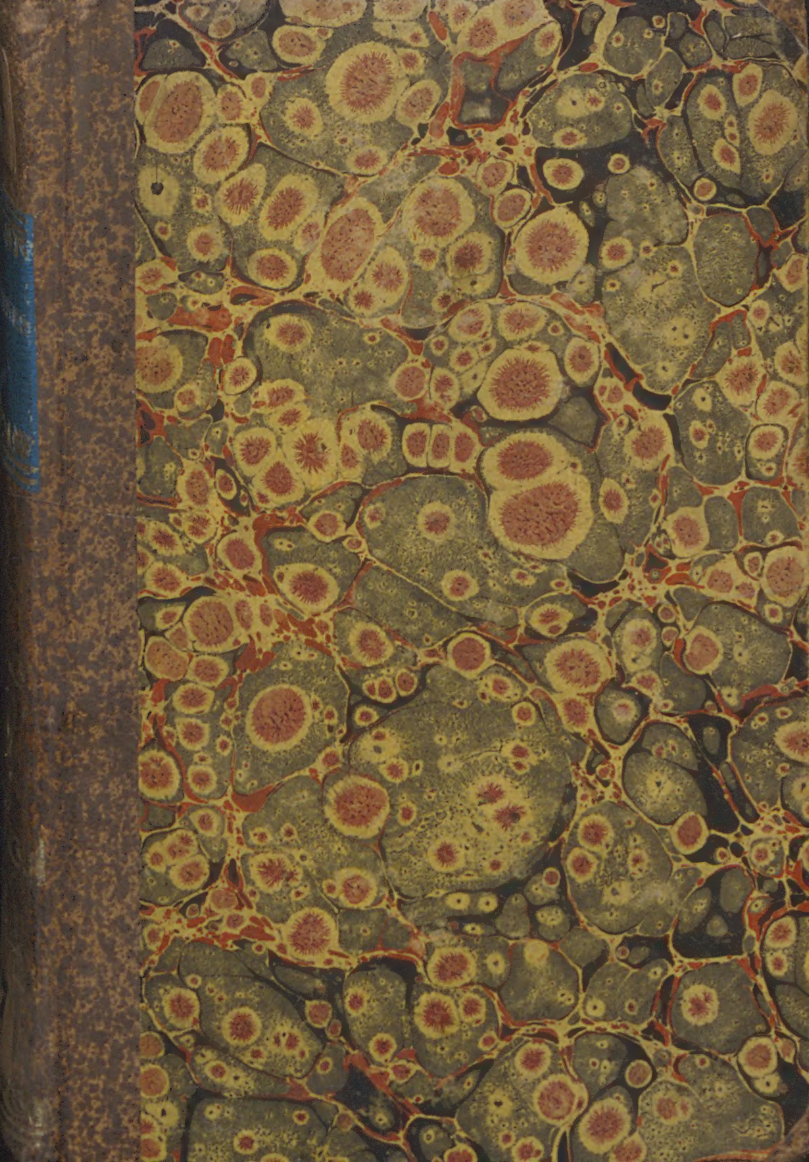
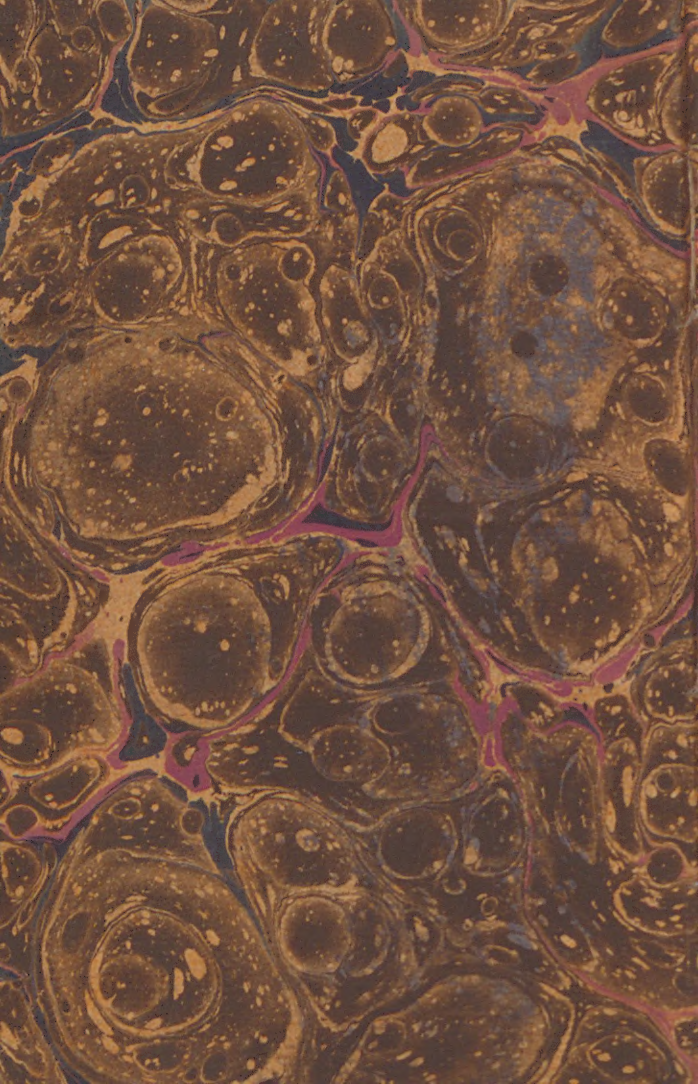
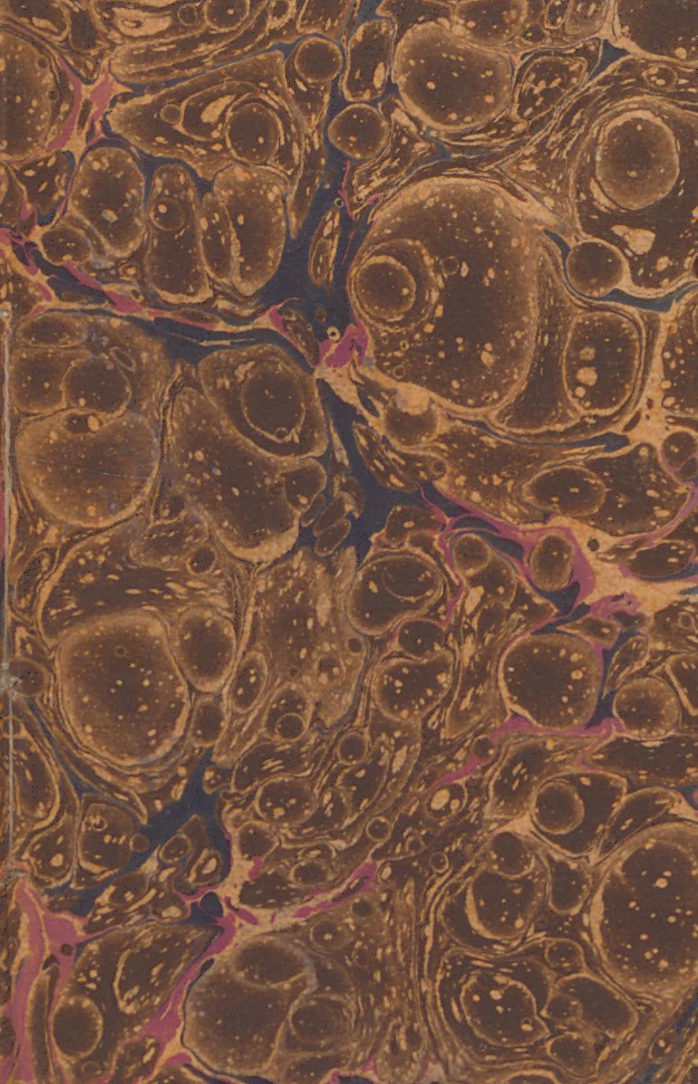






HISTORIA DE ZORRASTRONES

Ó

DESCUBRIMIENTO INTERESANTE

DE LAS FINAS Y DIABOLICAS ASTUCIAS

DE LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA,

RATEROS Y ESTAFADORES.

HISTORIA DE ZORRASTRONES

Ó

DESCUBRIMIENTO INTERESANTE

DE LAS FINAS Y DIABOLICAS ASTUCIAS

DE LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA,

RATEROS Y ESTAFADORES.

Obra histórica, graciosa, divertida en extremo, y necesaria á todo ciudadano honrado para poder librarse de las arterías y refinada maldad de los muchos picaros de que abunda la sociedad. Contiene detalladamente todas las sutilezas, estratagemas y ardides los mas finos é inauditos que emplean los *caballeros de industria y gentiles hombres de ganzua*, para robar sin estrépito en las poblaciones, y con menos esposicion que los salteadores de caminos.

Traducida de la quinta edicion del frances al castellano: refundida y aumentada por el autor, y adiccionada por el traductor

D. A. P. Z. G.

TOMO I.

MADRID:
IMPRENTA QUE FUE DE GARCIA,
por su regente D. Manuel Pita de la Vega.
1821.

ADVERTENCIA.

Esta obra nueva se publicó en Paris en diciembre último, y mereció tal aceptacion que van vendidas ya seis ediciones; y conociendo su mérito y útilidad se ha traducido inmediatamente en esta corte para darla á couocer á toda la Nacion: es una de las mejores obras que pueden publicarse en obsequio de los hombres de bien, para evitar que sean víctimas de los lazos artificiosos que diariamente les tiende la intriga y sagacidad de los estafadores de que por desgracia abunda la sociedad. La rateria es un arte de tanto progreso que continuamente se ven y oyen mil sucesos estraordinarios que admiran aun á las personas mas diestras y esperimentadas. Los rateros y estafadores sutilizan su industria mas y mas todos los dias, discurriendo y practicando los mejores y mas raros medios de ejercer su arte con

utilidad y sin riesgo; y es preciso que la sociedad sepa cuáles son sus invenciones y su manejo, particularmente los hombres acaudalados, si han de librarse de ser tarde ó temprano sus víctimas, respecto á que todas las maquinaciones de estos malvados se dirigen contra sus bolsillos. Esta clase de gente es muy capaz de toda accion baja y servil, como la falsa persuasion, la adulacion, la honradez aparente, la hipocresía, la traicion, y el disimulo: siempre estan dispuestos para ejecutar sus proyectos abominables, sin reparar en las desgracias de sus semejantes, si les resulta alguna ventaja; y tienen tal arte y sutileza para engañar á todo el mundo, que es casi imposible el no caer en sus lazos si no se tiene conocimiento de su intrepidez y sagacidad: estos caballeros de industria son tan falsos que bajo de la máscara de la amistad y de la buena fe, arruinan con sus disfraces y apariencias á los hombres sencillos é incautos, y estafan tambien con la misma facilidad á un avaro, á pesar de ser en quien mas reina la descon-

fianza y voluntad de dar, soltar, ni prestar.

No se pasa un dia sin oir hablar de las sutilezas y arterías diabólicas de que se valen estos entes abominables, *gentiles-hombres de ganzua*, para robar sin estrépito en las poblaciones, y con menos esposicion que los salteadores de caminos: *se verán en esta obra*, dice el autor, *aventuras estrañas, inauditas y singulares, que parecerán increibles, pero no dejarán por eso de haber sucedido; pues todo cuanto caso contiene es verdadero, y no podrá señalarse entre ellos uno solo que sea fabuloso*. Así, pues, esta obra es una historia en compendio de los acontecimientos mas memorables y estraños que han ocurrido en diferentes naciones, segun han llegado á noticia del autor; y por ellos se puede enterar todo lector de la travesura, arresto, y viveza de imaginacion de tantos hombres inmorales, y ociosos, agentes del vicio y del crímen, conocidos por los nombres de *rateros*, *estafadores*, *guitones*, *petardistas*, *martagones*, *tramposos*, *peta-*

tes, *gatos*, *belitres*, *sollastrones*, *pillos*, *fulleros*, *truanes*, *intrigantes*, *tahures*, *maulones*, *bellacos*, y demas títulos que los distinguen de los hombres de bien, á quienes hasta aquí han logrado arruinar con sus incomprensibles estratagemas, reduciéndoles á la mendicidad, para disfrutar sus fortunas entre los ciudadanos honrados, y proporcionar á estos igual suerte. Sirva, pues, de aviso é instruccion esta obra á todo el que tenga algo que guardar, sino quiere perderlo; y sepa que los rateros penetran con su vista, con sus uñas y su olfalto hasta los rincones mas profundos de un escritorio, de un baul y del seno de la tierra, como el zahori, la lechuza y el perro perdiguero, con la doble ventaja de saber adquirir un tesoro sin estrépito alguno ni violencia de su dueño; y que la lectura de esta obra es mas útil y necesaria para saber y poder custodiar el mexicano que todas las puertas, llaves, y candados del universo.

DESCUBRIMIENTO

DE LAS ASTUCIAS Y ARDIDES

DE RATEROS Y ESTAFADORES.

El 24 de junio de 1802 escribió en Paris uno llamado Flachat al consejero Piton, encargado de negocios del duque Guillelmo Looz, que teniendo una cosa importante que comunicarle, le suplicaba pasase á su casa. Piton fué y vió por primera vez á Flachat de quien nunca habia oido hablar: en ésta primera conversacion se dió á conocer Flachat como el amigo mas íntimo del primer cónsul, el sugeto de su mayor confianza en los negocios mas secretos, y en fin, su banquero encargado de la direccion de todos sus fondos; y para no dejar ninguna duda de todo esto, enseñó á Piton un paquete considerable de cartas escritas del mismo puño del primer cónsul. V. ha hecho un recurso

hace unos dias al primer cónsul, dijo á Piton, reclamando su proteccion para que haga cierta indemnizacion al duque de Looz; yo soy quien la puso en sus manos, y despues de haber conferenciado sobre el asunto conmigo, ha resuelto que la indemnizacion del duque sea consignada sobre el ducado de Westfalia, y que ascenderá á un millon de renta; pero antes de firmar el tratado que debe celebrarse sobre este punto, añadió Flachat, me ha encargado el primer cónsul diga á V. que quisiera vendiese al miembro de su familia que él designase, los bienes que V. posee en Francia, pues que no piensa en conservarlos: si consintiese V. en esto no habrá ningun obstáculo en la indemnizacion: mañana tengo que llevarle la contestacion, pero sobre todo tenga V. presente que le costará muy cara cualquiera indiscrecion sobre este punto, y que desde luego serian despreciadas todas las reclamaciones que se hiciesen.

Piton suplicó á Flachat que asegurase al primer cónsul que se apresu-

raria á firmar todas las actas que le fuesen presentadas de su parte: que el duque de Looz tendria un placer en ver que la transmision de los bienes de su casa se hacia en favor de una familia que merecia tanto aprecio á los ojos de la Europa, y que no podria nunca olvidar que debia su existencia civil y política á la proteccion de un gefe tan digno.

Al dia siguiente 25 de junio á las siete de la mañana fué Piton á la casa de Flachat á entregarle la noticia que le habia pedido el dia anterior sobre la clase de bienes del duque de Looz, y apenas entró llegó un correo todo cubierto de sudor con una carta concebida en estos términos.

"*Querido Flachat: te espero al momento en Malmaison, pues tenemos que hablar de asuntos importantes.*"

Al momento Flachat hizo venir á un sin número de criados para ponerse un vestido de corte magnífico cubierto de oro, y que pusiesen cuatro caballos á su coche.

Tened la bondad de venir á la una,

dijo á Piton, *y esperadme que vuelva de Malmaison.*

A las siete de la tarde llegó Flachat, y dijo que el primer cónsul estaba en su jardin, y que él al momento que le vió le habia abrazado diciéndole: *Ah! querido Flachat, necesito que me aconsejes: Estoy atrasado y es preciso me busques en este mismo instante quince millones de francos: tú puedes sacarme de este apuro como otras veces: admite el ministerio de hacienda, pues de lo contrario no respondo de nada.*

En cuanto á V., dijo á Piton, *ha resuelto el primer cónsul que su hermano José arregle la indemnizacion del duque de Looz, y que forme el tratado; me ha asegurado que ratificará todo cuanto su hermano José haga sobre este asunto.*

El 26 de junio á las diez de la mañana presentó Flachat á Piton á el llamado *** diciéndole que era el enviado de José Bonaparte para tratar de la adquisicion de los bienes del duque de Looz.

Este encargado aseguró á Piton que

estaba ya arreglada la indemnizacion, no sobre el ducado de Westfalia, que se destinaba para otra cosa, sino sobre una parte del obispado de Munster, situado á la orilla izquierda del Ems, que se graduaba en ochocientos mil florines de renta: que el duque Guillelmo disfrutaria con este pais de la prerrogativa del voto viril con los príncipes; y que al momento que las actas preparatorias que debian de servir de seguridad á la venta, estuviesen firmadas, daria órden el primer cónsul para levantar el secuestro.

José me ha encargado, continuó el comisionado, llevar á V. á Morfontaine luego que se hayan formalizado las actas, para estender los diplomas que asegurarán la indemnizacion de V. con todas las formalidades necesarias, y estipular en ellos la garantia de la Francia: despues lo llevará al primer cónsul quien encargará su ejecucion al ministro de relaciones esteriores; y José tendria un placer en que V. hiciese que interviniese en este tratado el ministro de S. M. Prusiana.

Entónces el comisionado presentó

los proyectos de las actas que dijo traía de Morfontaine, y añadió que no convendria variar nada porque estaban hechos al gusto del primer cónsul y de su hermano José.

Piton declaró de nuevo que suscribiria con plena y entera confianza á todas las actas que se le presentasen á nombre del primer cónsul, ó cualquiera de los miembros de su ilustre familia.

Al separarse convinieron en reunirse en la mañana siguiente á las ocho en casa de Flachat para firmar las actas.

Al reunirse presentó Flachat á un caballero lleno de distinciones llamado Bret, abogado: el señor es, dijo Flachat, la persona que José ha elegido para figurar en el contrato.

Mi fortuna es tan considerable, dijo Flachat, *que me grangearia muchos enemigos si pusiese mi nombre en esta compra.*

Dos horas despues llegó el escribano Charpentier, quien se disculpó de haber tardado algo porque habia tenido que ir muy de mañana á las Tullerias,

y desde allí al palacio de José para estender un contrato secreto.

Flachat presentó á Piton á Charpentier como el secretario de confianza del primer cónsul y de toda su familia; y Piton declaró que en vista de este informe llegaba ya Charpentier revestido de su confianza sin limites.

Charpentier leyó las actas que fueron consentidas y firmadas como se presentaron.

El enviado de José salió al momento diciendo que iba á Morfontaine para decir que todo estaba ya concluido, y saber el dia y la hora que señalase José para pasar el tratado.

El 2 de julio Flachat escribió á Piton citándole para que fuese á su casa á la mañana siguiente á las siete.

En esta conferencia Flachat dijo que José habia juzgado ser insuficientes los poderes de Piton, y que era preciso, antes de pasar el tratado diplomático, que procurase la ratificacion de las actas por el duque su amo; que á este fin Piton debia despachar un correo estraordinario con los modelos de los poderes

y de la ratificacion que él habia hecho, segun las leyes de Francia.

El 6 de julio despachó Piton un correo estraordinario al duque su amo, informándole exactamente de toda su negociacion, diciéndole que podia ratificar con plena confianza todas las actas que él le enviase, porque estaban conformes con la voluntad del primer cónsul y de su hermano José, á quienes deberia su existencia civil y política la casa ducal.

El 11 de julio, lleno de la mayor confianza el duque Guillelmo de Looz, ratificó las actas en los mismos términos que se le habia enviado, las hizo visar por el ministro de Francia en la corte de Cassel; y remitiéndolas á Piton le escribió diciéndole: *que en vista de su confianza en la justicia y magnanimidad del primer cónsul, habia él firmado ciegamente las actas que le habia enviado, y que para la ejecucion confiaba en la divina providencia, y en el enviado por Dios sobre la tierra para restablecer la paz entre los hombres (el primer cónsul.)*"

El 20 de julio llegó el correo con

las actas revestidas ya con la firma del duque Guillelmo, y al momento Flachat informó al enviado de José, quien dijo que iba á Morfontaine.

Este enviado volvió á la mañana siguiente, dijo que José estaba muy satisfecho de la conducta del duque Guillelmo y que habia dado la seguridad formal de que en cuarenta y ocho horas estaria firmado el tratado político. El 22 y dias siguientes Piton esperó inutilmente el tratado diplomático que se le habia prometido: todos los dias le trasladaban para el siguiente, y por último estrechados por sus vivas instancias, le dijeron que José habia ya enviado la órden del Primer consul al Ministro de relaciones exteriores; que se iba á publicar el plan general, y que veria figurar en él al duque Guillelmo José, por las indemnizaciones que le estaban concedidas.

En este intervalo el duque José Guillelmo escribió á Piton que suponia estar ya firmado el tratado diplomático, y se espresaba así en esta carta:

Yo pido á Dios por la conservacion

de los dias del primer consul y de su hermano José, quiera Dios que ellos transmitan su sabiduria á sus sucesores, y que vivan perpetuamente: estos son mis sinceros votos.

Piton, viendo á la publicacion del primer plan de indemnizacion que el duque Guillelmo no estaba comprendido en él, empezó á dudar de la verdad de todo cuanto habia pasado: comunicó sus dudas á Flachat á quien no faltaron pretextos para tranquilizarle. *Voy*, dijo, *á Malmaison para hablar al primer cónsul: venid mañana y os diré algo de positivo.*

A la mañana siguiente Flachat dijo á Piton: *el primer cónsul me ha encargado aseguraros que cumplirá sus promesas, y que está indignado de la conducta del Austria y de la Prusia, que en estas circunstancias no habian llenado sus intenciones. Por lo demas*, dijo Flachat, *el primer cónsul va á trastornar todo el plan, y me ha encargado os diga escribais al duque Guillelmo que puede confiar enteramente en su proteccion, y que obtendrá induda-*

blemente la indemnizacion que se le ha prometido cuando se han firmado los contratos.

A pesar de estas seguridades se rasgó el velo que hasta entónces habia cubierto los ojos de Piton, y en su consecuencia despues de haber hecho á Flachat todos los cargos y reconvenciones que merecia una conducta tan reprensible y criminal, le propuso el anular todas las actas y dejar con esta condicion sepultado en un perpetuo olvido todo cuanto habia pasado; pero á pesar de todas las diligencias y demostraciones de Piton, no quiso conformarse Flachat con esta composicion, y declaró que era muy cierto que el primer cónsul y José no habian cumplido su palabra hasta entónces; pero que acaso habrian dado instrucciones secretas en Ratisbona, las cuales saldrian en el segundo plan; que en todo caso no desistiria de sus contratos interin no se le diese una indemnizacion de un millon y doscientos mil francos.

Piton se avistó con Charpentier quejándose de esta conducta, y le previno que no se desprendiese de las actas; pe-

ró este en lugar de vituperar la conducta de Flachat, declaró que iba pormitad en el beneficio de este negocio, aconsejando á Piton tratase de componerse amigablemente con Flachat si no queria ver hacer uso de la influencia que tenia con el abogado Brest para registrar los contratos, vender los bienes y pasarse con los fondos al estrangero.

Piton conoció que era muy necesaria la prudencia con un hombre capaz de todo, y fué tan fundada su opinion en este punto, que despues hizo ver la experiencia que Flachat violando el depósito de las actas con el auxilio de Charpentier las habia ya empeñado en casa del banquero Despreu, en seguridad de un préstamo de 600.000 francos que habia podido sacarle fraudulentamente. En vista de todo esto, logró Piton despues de un mes de negociaciones el reducir las pretensiones de Charpentier y Flachat á un millon de francos.

Se trataba precisamente de anular enteramente los contratos, y á este fin logró Piton que Flachat se resolviese á

ir con él en 10 de enero de 1803 á Rheina, donde se hallaba el duque Guillelmo revestido con los poderes de Charpentier para transigir y arreglar definitivamente este asunto.

En el informe que hizo Piton al duque Guillelmo su amo luego que llegó con todos los detalles de la trama criminal, propuso la prision de Flachat y hacerle castigar con arreglo á las leyes; pero el duque Guillelmo por respeto y adhesion á la pesona del primer cónsul y por todos los individuos de su familia, y deseando evitar las consecuencias que podria ocasionar la publicidad de un crímen tan odioso en un estado que acababa de sufrir tanto, no consintió en semejante procedimiento contra Flachat, y prefirió sacrificar los intereses de su familia; por lo que dió órden á Piton de observar un silencio eterno sobre este asunto, y buscó el medio mas fácil y prudente para dar á los dos intrigantes que le habian engañado tan cruelmente el millon que exigian para la composicion. Pero no teniendo esta suma y no hallandola sino

á empréstito hipotecando sus bienes, de los que no podia disponer á el efecto por las actas hechas con Flachat, de quien no pudo lograr la nulidad de ellos antes de recibir la cantidad señalada, se vió en la precision de formalizarle la venta de sus bienes con las condiciones y formalidades que exigió Flachat para asegurar el millon.

El duque Guillelmo para evitar toda publicidad, se determinó á mayor abundamiento del sigilo, á no decir á su hijo José Arnould los motivos que le habian obligado á tomar esta medida, y murió sin comunicársela.

Tal era la situacion del duque José Arnould, cuando habiendo pedido se levantase el secuestro que sufrian los bienes de su padre, se le contestó que no podia lograr esta solicitud interin no adquiriese los bienes que resultaban ser de Flachat.

Fué pues preciso tratar de nuevo con este hombre miserable, y hacer el sacrificio de un millon y doscientos mil francos por la indemnizacion que pidió Flachat por las diligencias necesarias pa-

ra la negociacion, y el costo de los contratos y de los registros.

A esta nueva sumision del duque Arnould se siguió el alzamiento del secuestro de sus bienes; pero cuando esperaba el momento de verse libre de las obligaciones tan enormes que habia contratado, y que de dia en dia agravaban mas su posicion por el cúmulo de intereses, vió que por pretensiones injustas y denuncias calumniosas lograron sorprender al emperador las hermanas del duque Arnould, y hacer secuestrar de nuevo sus bienes, no como heredero, sino como adquisidor; título contra el cual no podian tener accion alguna los co-herederos.

En 10 de noviembre del año 13 dirigió el duque al emperador una relacion simple y fiel de todo cuanto llevamos dicho, y he aquí la carta que recibió sobre el asunto.

El secretario de estado al señor duque de Looz de Corswarem.

S. M. el emperador se ha enterado,

señor duque, de vuestra carta del 10 de este mes, y de la relacion con que, exponiendo los motivos que tuvo el difunto duque Guillelmo de Looz para vender sus bienes situados en Francia, haceis ver á S. M. I. los detalles de la intriga de que habeis sido victima. El emperador ha mandado al momento se prendan y entreguen á los tribunales los autores de tan odiosa estáfa, para que sufran todo el rigor de las leyes: ha visto igualmente con placer S. M. I. la franqueza con que habeis dado este paso, y quisiera que cualquiera otra persona, que fuese el objeto de semejantes maquinaciones, imitase vuestro ejemplo, pues ese es el medio de obtener justicia, y de asegurar el castigo de los culpables. Tengo el honor de ofreceros la seguridad de mi alta consideracion.

Firmado, F.-B. Maret."

Nota. Flachat y Charpentier sufrieron efectivamente el lúnes 3 de marzo de 1806 la pena merecida, pronunciada que fué por el tribunal de justicia criminal de París.

Suceso II.

En el mes de setiembre de 1797 llegó á Bordeos un americano con mucho dinero, y ningunos conocimientos: desembarcó en la fonda que se llama *l'hôtel de fumel*, y al momento tuvieron su amistad íntima el fondista y el peluquero que le peinaba, y su familia se componia únicamente de un negro que le acompañaba en su servicio desde América: era tan hablador, tan inocente, y estaba siempre tan desocupado, que en pocos dias instruyó al fondista y al peluqero de todos sus negocios en América: al fin de tres semanas murió este hombre de repente en su cama: los dos confidentes que habian visto representar *el legatario universal*, se pusieron al momento de acuerdo para hacer una repeticion del testamento de Crispin: el uno se metió en la cama despues de haber escondido el cadáver, y el otro fué á buscar un escribano con el negro, para autorizar el testamento del fingido enfermo: despues de esta ceremonia en-

viaron á buscar un confesor, y en el ínterin colocaron en su cama al verdadero muerto: á la llegada del confesor, fingen con lágrimas, que el enfermo acaba de espirar. Viene el escribano, lee el testamento de la víspera, y se hallan dos legados considerables para el fondista y el peluquero: preguntan al negro y confirma las disposiciones de estos dos pícaros, y en fin dan sepultura al americano. Sin embargo los intrigantes que habian hecho promesas al negro para que entrase en sus intereses, tuvieron la imprudencia de disgustarle faltando á sus palabras, y picado de tal falsedad los denunció al juez de su picardia. Fueron presos al momento y sufrieron la suerte que habian merecido.

Suceso III.

Un jóven fingiéndose estrangero se va en casa de un sastre, y le dice: *á V. me dirigen señor maestro para hacer un vestido, y vengo confiado en que me dará gusto en todo: yo no me detengo en el precio; pero quiero buen*

género: el sastre le dice que espera no irá descontento: le presenta varias muestras, el jóven las reconoce y se decide por las que el sastre prefiere, por ser buena calidad y un color de moda: se ajustan en el precio, le toma medida, y el vestido debe entregarse á la mañana siguiente á las diez: el jóven presenta al sastre un villete de Banco de 500 francos, y le dice que se cobre: el sastre dice que no está acostumbrado á cobrar antes de llevar la obra, y que cuando se la entregue la pagará: le pide las señas de su casa para no faltar á la hora indicada; el jóven toma la pluma para escribirsela; pero se acuerda tener que salir muy temprano, y dice que para no hacerle dar un paseo inútil que vendrá él mismo á buscar el vestido; y al momento se vá: á la mañana siguiente llega en casa del sastre á las diez en punto en un cabriolé que habia tomado para ir: *ya veis que soy hombre de mi palabra*, dijo al entrar: *y yo tambien*, respondió el sastre, *aquí teneis vuestro vestido; probadle á ver si os está bien*: el jóven se lo pone y

dice que le está bien: le deja puesto y envuelve el que se ha quitado: trata de pagar y no halla su bolsillo ni la cartera, pues ha dejado uno y otro sobre la chimenea: *no vivo léjos de aquí*, dice al sastre, *hacedme el gusto de acompañarme hasta mi casa y os daré vuestro dinero; tengo un cabriolé y estareis pronto de vuelta, pues yo os traeré en él.* El sastre que no debia desconfiar de un hombre que habia querido pagarle adelantado, acepta la proposicion: el jóven no olvida coger su vestido debajo del brazo, suben al cabriolé y él mismo jóven le guia; al fin de un cuarto de hora detiene el cabriolé á la puerta de una cochera; es inútil, dice al sastre, que os apeeis, pues bajo en dos minutos; pero el ratero se habia parado delante de un pasadizo, y en lugar de subir á su casa se habia escapado por el otro lado: el sastre se desesperaba en esperarle viendo que no venia: se informa del cochero del cabriolé si le conoce: *yo, no señor*, responde, *pues me ha alquilado en la plaza*: al oir esto el sastre, y sabiendo que habia un pa-

sadizo: *me ha estafado*, esclama, y bajó del cabriolé profiriendo estas palabras: y disponiéndose á volver á su casa á pie, le detuvo el cochero diciéndole: *no siendo justo que yo pierda mi trabajo tratad de pagarme, pues que habeis venido en mi coche: yo no tengo que ver en loe asuntos que tengais con el sujeto que se ha marchado, ni conozco á otro mas que á vos para pagarme*: el sastre maldiciendo al que le habia engañado, pagó el coche y se fué á su casa mas triste que la noche.

Suceso IV.

En el mes de mayo de 1897 fueron dos particulares muy bien vestidos á casa de un rico diamantista de Paris calle de Saint-Honoré con un mozo de cordel que llevaba un baul grande, y le suplicaron que se lo guardase, pretestando que no habian hallado las señas de la casa adonde debian llevarle, era inútil volverla otra vez á la suya que estaba lejos; y el diamantista consintió en guardarle. Como es costumbre

el dejar en estos almacenes ó tiendas ricas un criado por la noche para que haga la guardia á tantas preciosidades, se quedó aquella noche un sobrino del diamantista, quien oyó á media noche un ruido del lado donde estaba el baul: prestó su oido con la mayor atencion, y habiéndose asegurado de que era cierto, fué inmediatamente á dar aviso a las personas de la casa, quienes ensayaron á ver si podian abrir con ganzuas el baul; pero no lo pudieron lograr por estar el secreto por dentro: se resolvieron por último en hacerle piezas, y hallaron un hombre dentro y una porcion de puñales. Avisaron al instante al cuerpo de guardia inmediato, y el oficial sospechando que en este asunto habria mas cómplices, encargó que no se propalase este acontecimiento, pues iba á tomar sus medidas; puso bastante tropa oculta á las entradas de las vocas-calles, y á las tres de la mañana ya se habian cogido siete personas cómplices, á las que se puso inmediatamente en seguridad.

Suceso V.

Una princesa de Alemania se halló un dia en la opera, á la que aquel dia honraba la reyna con su presencia, y vió entrar en su palco á un caballero con dos pages: este señor, despues de haber saludado con toda ceremonia á la princesa, la pidió en nombre de la reyna uno de sus pendientes, diciéndole que S. M. se habia prendado de ellos por su brillo, y que solo deseaba ver uno: al momento la princesa se apresuró á quitarse un pendiente de sus orejas, y entregándolo á este caballero, suplicándole hiciese presentes sus respetos á S. M.; y despues de haber recibido esta alhaja salió del palco de la princesa: durante la opera no se acordó la princesa de su pendiente, pero despues de concluida, viendo que nadie venia á traerle, envió á la reyna uno de sus gentiles hombres á preguntarla si queria permitirla poner á S. P el otro pendiente, si es que la gustaba la muestra que tenia: la reyna admirada contestó que no

habia visto tales pendientes, ni sabia lo que queria decir la princesa, y ésta entonces conoció que habia sido robada.

Suceso VI.

Un ratero, lleno de confianza en los recursos de su oficio, alquiló un cabriolé, y vistió á uno de sus compañeros para que sirviese de lacayo: le detiene á la puerta de un comerciante de paños, y parece interesado por el color de dos piezas de paño que estaban á la puerta: pregunta á su lacayo si no es éste el color de la librea grande, y el lacayo le responde que sí: hace medir las dos piezas, pregunta el precio, y las compra: saca su bolsillo y no halla en él mas que cinco luises: dice que ha corrido toda la mañana por las tiendas, que ha hecho diferentes compras, y gastado mas que pensaba: figura tener prisa; hecha sobre el mostrador los cinco luises, saca su relox y se lo entrega al comerciante. El lacayo coge los paños comprados, asegurando que al momento que haya llegado á casa

el señor marqués vendrá él mismo á traer el dinero y recoger el relox. El comerciante medio abochornado teme comprometerse cara á cara con un hombre de calidad, y dice que no puede ni quiere recibir prendas algunas, y que es aun mas sencillo el mandar el mancebo para que se lo lleve á su casa: el marqués no quiere importunar y dice, que teniendo allí su coche es mas sencillo llevar en él las piezas de paño: con respeto á las prendas dice que eso le es indiferente, pues conoce que no es justo se le confie el género sin conocerle: sube en su cabriolé y marcha sin esperar respuesta: se detiene en la misma calle á la puerta de un relojero; vé dos péndulas que le gustaron y las compra en 1800 francos: quiere que vayan á colocarlas al momento á su cuarto, y como el carruaje es de resorte cree que irán mejor con él las péndulas; pero es tan pequeño que apenas dejan el sitio necesario al marqués: éste manda á su lacayo que saque las piezas de paño, y el relojero quiere encargarse de ellas para que las lleve uno de sus mozos: su-

be al cabriolé el marqués, da las señas de su casa, y manda que vayan inmediatamente con las dos piezas de paño: el relojero busca la casa y no la encnentra; nombra al marqués y nadie le conoce, y se vuelve á su casa con la esperanza de que el marqués incomodado enviará á buscar su paño, y á los que han de colocar las péndulas: á la mañana siguiente ve llegar á su vecino el comerciante de paños, y le presenta el relox que el marqués le dejó en prenda por el paño: este relox es de cobre dorado y le cuenta lleno de afliccion su desgraciada aventura: el relojero le dice lo ocurrido con sus dos péndulas, y le enseña el paño que ha dejado el marqués en su casa: reconoce el comerciante sus dos piezas de paño, las reclama, y le amenaza de demandarle en justicia: se consulta con muchos vecinos sobre el asunto, y dicen que cada uno guarde lo que ha recibido en prendas.

Suceso VII.

El duque de Orleans durante su es-

tancia en Londres, hizo fabricar unas evillas de zapatos todas de brillantes magníficos: estando de vuelta en Paris, y en uno de aquellos paseos nocturnos que solia hacer le robaron una evilla; pero no teniendo tiempo los ladrones para coger la otra, se convinieron en lograrla en otra ocasion.

El duque no advirtió la falta de su evilla hasta la hora de desnudarse, y quedó sorprendido de la astucia y destreza del que se la habia robado.

A la mañana siguiente muy temprano le dijeron que deseaban hablarle dos caballeros de San Luis, que venian á tratar con su Alteza de asuntos importantes, y el duque mandó que entrasen. Los caballeros de San Luis dijeron al príncipe que venian de parte del teniente general de policía, quien habiendo sabido que le habian robado á S. A. una evilla de mucho valor, habia puesto en vigilancia muchos dependientes toda la noche para descubrir al ladron, y que creia no habian sido infructuosas sus diligencias, pues se habia hallado á un particular con una evilla

guarnecida de brillantes; pero que no estando seguro de si era la de S. A., le suplicaba el señor teniente general de policía tuviese á bien el confiarle la otra para confrontarla. El duque que no dudaba fuese la suya, se apresuró á dar la otra á los caballeros de San Luis que se retiraron al momento.

Habiendo pasado dos dias sin volver á ver el duque á los caballeros de San Luis fué á casa del teniente general de policía, quien despues de informado del motivo que le llevaba, le dijo: V. A. debió haber desconfiado de esos falsos caballeros, y en todo caso haber mandado seguirlos ya que les disteis vuestra alhaja: ese era el verdadero medio de hallar la otra: sin embargo voy á practicar las mas eficaces diligencias; pero temo serán inútiles porque esos caballeros de industria no tendrán la torpeza, (vista ya su sagacidad) de presentar vuestras evillas á los diamanti tas, pues á estas horas estarán ya tan desfiguradas que nadie las podrá conocer. Efectivamente, á pesar de la vigilancia de la policía no se pudieron

descubrir las evillas ni los caballeros de San Luis: lo que sintió mas el duque fué el haber sido tan perfectamente engañado por aquellos ladrones, y haberles él mismo entregado la evilla que no pudieron robarle la víspera.

Suceso VIII.

Un ratero estremamente astuto tenia un diamante muy hermoso que valia mas de ocho mil francos, y teniendo pensado hacer con él una de aquellas sutilezas de manos, propias de su oficio, mandó labrar á un lapidario amigo suyo, una piedra blanca del canadá, que parecen diamantes despues de labradas, en términos que solamente los lapidarios expertos las distinguen, pues escriben y rayan el cristal, y tienen un brillo casi igual al diamante: la hizo, pues, labrar igual al diamante que tenia, y puesta en el anillo lo mismo que el otro con su oja debajo disimulada, parecia propiamente la otra sortija, y hubiera engañado al mejor platero. Con estas dos alhajas se presentó en casa de una

comercianta de sedas en Paris calle de los Yerros, diciendo que necesitaba para casarse una porcion de géneros para sí y para su futura esposa: el comerciante, viendo tan buen parroquiano, le dijo que en todo Paris no hallaria una tienda de mas surtido y géneros de mas gusto al intento que la suya, ni tampoco precios mas arreglados, y le enseñó una multitud de piezas de géneros de todas clases: pero antes de ajustar nada, dijo: debo advertir á V. señora, que interin no haya recibido la legítima paterna, despues de casado, y la dote de mi muger, no tengo dinero contante que daros: yo me caso de hoy en ocho dias y al momento se me entregará todo lo que nos corresponda á mi novia y á mi; necesito géneros por valor de unos 2500 francos, pero interin os pago recibireis en seguridad una alhaja de mayor valor. -- *¿Qué clase de alhaja me dareis?* -- *Una que os dejará contenta*, respondió; y enseñándola el anillo; *yo os dejaré este brillante*, la dice: ella le mira, y aunque no era inteligente, conoció que era hermoso:

pero, señor, le dice, *no entiendo de pedreria: y de consiguiente no sé su valor. -- Pues, señora, podeis hacerle tasar de la persona que querais, y me someto á lo que ella diga, si es inteligente.* -- La comercianta halló ser muy razonable esta proposicion, y dijo que la veria un diamantista conocido suyo, si queria acompañarla hasta su casa: fueron inmediatamente: ella le llevó á casa de un compadre suyo, á quien enseñó el brillante, suplicándole la dijese si era bueno, y cuántos géneros podria dar sobre él; y el diamantista, habiéndose prendado de la alhaja, la dijo: *comadre, no tengais miedo, pues aunque le deis á su dueño por valor de tres ni cuatro mil francos de géneros, y aunque sea mas, yo respondo de que os queda aun doble valor en la alhaja. -- Yo lo creo, dijo el dueño, pues en ese precio ni en el doble no la doy yo; pero como no necesito mas géneros que los que he dicho no he querido extenderme á mas aunque la alhaja lo valga. -- Pero V. sabe, caballero, que los negociantes tenemos necesidad de*

nuestro dinero para tenerlo siempre en giro, y sentiria que tardaseis mucho tiempo en desempeñar vuestra alhaja. -- *Señora mia, yo la firmaré á V. un papel dándola facultad para venderla como suya, si en un mes, á mas tardar no la hubiera yo desempeñado.* -- *Muy bien, de ese modo me dejais tranquila, dijo la comerciante.* -- *Y si este caballero por casualidad no fuese por ella*, dijo el diamantista, *y tuvieseis necesidad de dinero, traedmela á mí, pues yo os daré por ella hasta 6000. francos.* -- La comercianta, muy contenta, y suponiendo que aun valdria mas, cuando su compadre ofrecia francamente esta cantidad para ganar sobre ella, dijo al dueño del diamante que podia ir á su tienda á escoger los géneros que quisiese: toma su sortija, y se vá con la comercianta, de cuya tienda tomó una porcion de géneros hasta la cantidad de 3000 francos, extendiéndose á 500 mas que los pedidos, por los estímulos é instancias de la comercianta. Luego que estuvieron cortados los géneros, la puso en la ma-

no el diamante falso que tenia, como hemos dicho la misma vista que el fino. La comercianta le tomó; no teniendo la menor sospecha de poder ser engañada, y no le miró tampoco mucho, porque estaba satisfecha de la sesion del diamantista, y deseaba tanto quedarse con él como el otro dejárselo: la pidió un poco de papel para hacerla la declaracion prometida, y la dijo: me parece que convendrá el hacer un papel para cada uno, pues de este modo yo podré reclamar mi brillante trayendoos vuestro dinero, y vos venderle, en caso (que no es de creer) de que yo no pueda venir á buscarle: así tenemos uno y otro nuestra seguridad; porque no la tenemos de vivir de hoy en un mes: todo lo tuvo la comercianta por muy razonable, y así se hizo: el villete que la hizo fué en estos términos: "*Yo el infrascripto* (aquí puso un nombre de familia distinguida, y una porcion de títulos y empleos) *confieso que soy en deber á Mad. . . . . comercianta de sedas de Paris calle de los Fierros, parroquia de San Inocencio, la suma de 3000*

francos por géneros que me ha vendido á precios ya estipulados; cuya suma promete pagar dentro de un mes de la fecha presente, y para su seguridad la he entregado en sus manos un brillante que pesa tanto, montado..... de tal hechura..... del cual se ha hecho cargo en seguridad y depósito: y estando los dos de acuerdo, digo yo..... que concluido el mes podrá venderlo á quien quiera dicha señora, como suyo propio, sin que yo ni los mios podamos reclamarle ni reconvenirla, bajo de ningun pretexto, aunque valga mas que la deuda: en fé de lo cual la he firmado el presente. = La comercianta guardó este papel, y ella le hizo otro casi en los mismos términos, y se separaron contentos el uno del otro. -- Concluido el mes se alegró la comercianta de que no volviese el fingido novio á recoger su alhaja, considerando su mas que doble ganancia; pero al cabo de algunos dias se vió necesitada de dinero para cubrir una letra, y fué á suplicar á su compadre la prestase sobre dicho brillante la cantidad que le habia pro-

metido, pues que conocia su valor mejor que otro; mas el diamantista despues de reconocerle, la dijo: sobre esta alhaja no me atreveré á daros mas que cinco francos, valor del oro, pues la piedra no vale mas que cinco sueldos: la pobre muger se quedó admirada, diciéndole que su promesa fué de darla por él 6000 francos cuando necesitase dinero. *Sí*, respondió el diamantista, *yo os lo prometí sobre el brillante que entónces me enseñasteis, mas no por este.* Ella creyó que su compadre soñaba: lo hizo reconocer á otros diamantistas; pero todos la dijeron lo mismo, y la causó una gran pesadumbre.

Suceso IX.

Una señora muy bien vestida, al parecer estrangera, se paseaba en el palacio Real acompañada de tres lacayos con su magnífica librea; se paró delante de una tienda, y empezó á ajustar una porcion de cosas que compró, y pagó al momento: vió despues unos hermosos

chales de casimir: los reconoció, preguntó el precio, y le halló exorbitante: el comerciante la hizo admirar la hermosura y la finura de la tela, y á pesar de parecerla caros escogió algunos; y poniéndose de acuerdo en el precio, la dijo que enviase al joven mancebo que estaba entonces en la tienda; que ella le llevaria en su coche, y le pagaria al momento que llegase á su casa: la comerciante viendo una señora tan bien puesta, y con tres lacayos, nada sospechó, y dijo al joven mancebo que la acompañase: se hizo un paquete de los mantones y de los demas efectos que habia comprado, y lo entregó á uno de los lacayos: salió de la tienda acompañada del muchacho, y tomó el coche.

Luego que llegaron á un cuartel muy distante del palacio Real, bajó del coche con el joven, y le hizo entrar en una botica. El boticario creyendo fuese algun estrangero que le llegaba, hizo mil cumplidos á la señora, quien al momento le llamó aparte, y le dijo: *este es un jóven por quien me intereso mucho: creo que está mal entretenido y enfer-*

mo de resultas de sus amores, y no se atreve á decirmelo: tendrá V. la bondad de cogerlo á solas y saber lo que tiene; y despues trataremos del modo de curarle: dicho esto mandó al jóven la señora que entrase con aquel caballero en su gabinete para pagarle: el jóven entra efectivamente en el gabinete del droguista, quien cierra la puerta para que nadie los oiga; la dama aprovecha este momento, y subiendo en su coche se marcha inmediatamente.

El boticario despues de haber invitado al jóven para que se sentase, le dice: *aunque no me conozcais caballerito, espero me hablareis con toda confianza; contestadme á ciertas preguntas que voy á haceros sobre algunas particularidades que os atormentan y afligen: en vuestra edad es muy fácil dejarse vencer de las inclinaciones; la razon aun no está fortificada para ser superior á la efervescencia de las pasiones, y casi todos en la juventud somos víctimas de una inclinacion que no podemos vencer: no ignorareis que nosotros por nuestro estado somos perso-*

nas discretas, y por esta razon no debeis ocultarme nada. -- *Estoy admirado*, dijo el mancebo, *de lo que me hablais, y os confieso que no entiendo una palabra de cuanto me decis.* -- El boticario insiste, el otro se enfada. -- *Es muy estraño*, vuelve á decir el farmaceútico, *que seais tan tenaz en negar una cosa cuando vuestra tia me lo ha confesado, y me ha encargado de vuestra cura.* -- *Yo os juro señor boticario, que no conozco á la señora con quien he venido. Ella me ha dicho que habeis quedado encargado de entregarme cien luises de oro por unos chales que ha comprado en mi tienda.* -- El boticario al oir esto conoció que este jóven habia sido estafado y burlado: sale de su gabinete y no encuentra ya á la dama ni á los tres lacayos: pregunta á su regente y dice que la señora hace mucho tiempo que se ha marchado: el jóven se aflige, se desespera; teme no le crean de inteligencia con la dama: *volved á vuestra casa*, le dice el boticario, *y si vuestra ama tuviese alguna sospecha, suplicadla que venga á infor-*

marse de mí, y yo la diré la verdad del hecho: el mancebo vuelve á su casa, cuenta temblando lo que le ha sucedido, su ama vuela á casa del boticario, le pide la acompañe á ver al comisario para deponer de lo que ha pasado en su casa, y condesciende en ello. La policía hizo todas las pesquisas imaginables; pero no se halló la dama ni la librea, porque todo intrigante y caballero de industria muda de trages, casas, y aun fisonomías á cada momento para no ser descubierto.

Suceso X.

Un hombre muy bien puesto entró un dia en casa de un platero para comprarle una sortija de alto precio: el platero le hizo mil cumplimientos y le enseñó muchas alhajas preciosas: nuestro hombre se probó una sortija, dos y tres; pregunta el precio de cada una, y dice que la una es muy cara, la otra demasiado buena, y por último se fija en un rubi, que dice le conviene: pregunta el precio, y le suplica sea razonable: el

platero toma la sortija, y mientras la examina, se presenta un mendigo á la puerta pidiendo una limosna: este caballero, que esperaba que el platero le dijese el precio del rubi, saca su bolsillo, y da algunas monedas al pobre, que contento de su forastero, se va á buscar fortuna á otra parte: por último se conviene en el precio, y el comprador, dice: *voy á preguntar á mi esposa si consiente en dar este dinero*: en este instante el platero echa de menos un brillante de gran valor: lo buscan, revuelven, y acaban por acusar á este señor: van á buscar al comisario de policia, desnudan á este caballero, y nada le encuentran: se querella del insulto y de la afrenta, y quiere perseguir ante el tribunal al platero: le apaciguan, recibe mil satisfacciones del infeliz estafado, y se compone todo amigablemente: fácilmente se adivina quién tenia el brillante, y cómo lo llevó.

Suceso XI.

En enero de 1778 un hombre que tenia el primer rango en su estado, lle-

gó á Paris, donde debian detenerle algun tiempo sus negocios: á la mañana siguiente de su llegada se hizo introducir en su cuarto un incógnito, y le dijo: he sabido que V. E. tiene que pasar parte del hibierno en este pais, y vengo á pedirle la preferencia para el suministro de leña; yo la tengo de la mejor en mi almacen, y todos los dias me dan gracias: yo suministro al duque de..... al conde de..... el palacio de......-- *Pues bien haced que me traigan 25 carretadas.* Nuestro hombre hace su reverencia, y á la mañana siguiente fueron colocadas las 25 carretadas en su bodega: *nunca se ha quemado mejor leña*, dijo el leñero, presentándose á los cuatro dias: *¿vengo á ver si V. E. está contento de mi surtido? -- Si, es excelènte! traeis la cuenta? -- señor..... yo no vengo por eso. -- No importa, venga, yo pago al contante á todos los que me surten*; y. el hombre tomó su dinero: Un mes despues se presentó otro hombre: *vengo*, dice, *á saber si V. E. está contento con los 25 carros de leña*

que le traje. -- Ya he dicho que es bueno. -- Es que, señor, estoy en vísperas de hacer un pago, y si V. E. quiere le pondré el recibo de su cuenta. -- ¡Como! ¿mi cuenta? ¿quereis que la pague dos veces? no, seguramente, no la pagaré: y diciendo esto sacó su cuenta, y se la enseñó satisfecha; de suerte que el verdadero leñero se marchó avergonzado y lleno de pena, viendo era víctima de algun ladron, que se habria presentado como criado suyo.

Para prueba de la credulidad humana se ven todos los dias ejemplos singulares de supercherias, practicadas con buen éxito por personas que intentan adivinar el por venir, y que logran, con su audacia y su charlatanismo tanta reputacion, que muchas personas crédulas van á consultarles el por venir: las niñas para saber cuando se casarán: las casadas para saber de sus maridos, si están ausentes: los unos para saber si serán felices en su enlace, viage, ó negocio, y los otros para tener buenos números de la loteria.

Tuvo un hombre mucha fe en esta

clase de adivinos, y fué á uno para que le dijese los números que saldrian en la loteria primera; el charlatan tomando un aire imponente, cogió una baraja, y despues de haberla movido, haciendo mil evoluciones y alces, hablando entre dientes y mirando muy pensativo al cielo, le dió tres números: nuestro majadero consultor va muy satisfecho á la loteria, y jugó los tres numeros, los que, por una rara casualidad le salieron, y ganó mas de cien luises dobles de oro: esta inesperada felicidad aumentó su confianza en aquel profeta falso, y le suplicó dándole diez luises de gratificacion, le escribiese otros números para volver á jugar, haciéndole algunas combinaciones: juega diez billetes y los carga con cuanto tenia deseoso de arruinar al estado si posible fuese; mas el arruinado fué él por su tonta credulidad, pues la suerte no le fué tan favorable como antes: se quedó sin camisa y no cesó de maldecir su suerte desengañándose, aunque tarde, de ser el adivino un impostor y un charlatan.

Suceso XII.

Dos estafadores se asociaron para ejercer su profesion, y se componian de este modo para hacer sus picardias: veían que una persona no estaba impuesta en las costumbres y usos de la capital, y uno de los dos iba delante de ella y el otro detras, pero á cierta distancia, hasta llegar á un parage á propósito para su designio: entónces el bribon que iba delante dejaba caer con destreza y sin ruido una moneda de oro falso, ó una alhaja de poco valor, y al momento se bajaba y recogiéndola decia, volviéndose al estrangero. *¡Jesus! ¡qué alhaja tan preciosa me he hallado! mire V., mire V.* -- El otro que venia detras se apresuraba para llegar pronto, y reclamaba la mitad de lo que se habia hallado el primero; y este dice: *si alguno tuviese derecho sería en tal caso este caballero que me lo ha visto recoger antes que V.....; pero para evitar disputas vamos los tres á casa de un comerciante para que lo tase, y*

si el señor quiere tomarla ya que yo no pueda, como quisiera, por no tener dinero, se la daremos en las dos terceras partes de su valor, y partiremos lo demas entre los dos para que ningnno tenga queja. -- El estrangero enagenado con el ofrecimiento que se le hace, se deja llevar á la casa de un fingido comerciante conocido suyo: este figura reconocer bien la alhaja, y la tasa en un precio por el que dice la tomará si quieren venderla. Aun no han salido de casa del comerciante cuando los dos rateros convienen en hacer una pequeña rebaja de la tasacion al estrangero, quien dió lo que restaba, y se marcha por su camino muy satisfecho; pero su alegria no es de mucha duracion, pues apenas cuenta en su casa el pasage, le dicen ha sido engañado por algunos intrigantes. Esta estratagema se renueva muy frecuentemente; y nunca les faltan inocentes que caigan en su red para vivir perfectamente de raterías.

Suceso XIII.

Un jóven de las inmediaciones de Montrevil, despues de haber sido ladron muchos años, y habiendo escapado de la vigilancia de los alguaciles, cansado ya de una vida tan espuesta, tomó la resolucion de vivir honradamente, y al intento se retiró en casa de un labrador rico que le recibió por criado; y no estubo mucho tiempo sin merecer la estimacion de su amo, quien le recompensó proporcionadamente á sus servicios. Estando un dia solo con él, le contó los robos que habia hecho: su amo no queria creer nada, y le dijo que esperaba darle pruebas de su habilidad antes de poco, para que supiese lo que daba de sí el arte de la rateria, lo que realizó algunos dias despues: un muchacho de oficio carnicero, vino á casa de este labrador á comprar un carnero, y le cargó sobre sus espaldas despues de haberle atado bien los pies: el criado dijo á su amo, que si le daba permiso, iría á quitarle el carnero al muchacho sin

que lo notase: el amo creyéndolo imposible, le dió licencia: al momento fué este jóven á buscar un par de zapatos, y alcanzó al muchacho carnicero: luego que llegó al camino real echó en el suelo un zapato, y fué á tirar el otro á 300 pasos de distancia: el carnicero llegó al primero, y viéndole, trató de ver si estaba el otro por allí al rededor, y no hallándolo le deja; pero se sorprende al encontrarle mas léjos: incomodado de no haber cogido el primero, se resuelve á volver atrás; pero ¿cómo lo ha de hacer cargado con un peso tan enorme que le abruma? no hay cosa mas fácil que aligerarse para ir á buscar el otro zapato: entre tanto el jóven que estaba en acecho, coge el carnero, y lo lleva en casa de su amo, sin decirle cómo se ha compuesto: el carnicero, de vuelta al sitio donde había dejado su carnero, se lamenta de su desgracia, y conociendo que su amo le despediria si no le llevaba otro, vuelve á casa del labrador, le refiere lo que le ha sucedido, y le suplica le venda otro carnero, ofreciendo pagarle de su solda-

da: el labrador no se hace de rogar, y le vende el mismo carnero: apenas se marcha, apuesta el ratero con su amo á que se lo quita segunda vez, y el labrador considerándolo muy dificil, le promete una gratificacion si es capaz de lograrlo, sin intencion de aprovecharse de la astucia del criado: este pues, se va corriendo y se oculta en el monte de Wailly, donde esperó á que pasára el carnicero: luego que le vió se puso á gritar *bay..... bay..... bay.....* y lo hizo tan bien que el otro creyó que su primer carnero se habia metido en el monte, no reflexionando que tenia atados los cuatro pies, y lleno de gozo hechó á correr en su busca; pero no pudiendo entrar en la espesura del bosque con el otro sobre sus espaldas, le arrimó á un lado y vuela al sitio de donde gritaba el primero. El ratero luego que le vió internar en el bosque salio y volvió á tomar el carnero. El carnicero cansado de buscar el primero, se acuerda de la imprudencia que tuvo en dejar el segundo, y mucho mas lo sintió cuando volvió y no lo halló. De suerte

que se fué desconsolado y no tuvo mas remedio que contar á su amo lo que le habia sucedido, y éste le despidió de su casa teniéndolo todo por un embuste.

Este caso sucedió el 22 de enero de 1746 en Waily.

Suceso XIV.

Una joven hermosa de provincia alquiló un coche para ir á Paris, y tratar de lograr una buena colocacion: no tenia ningunos conocimientos ni relaciones, pero como la habian asegurado que en poco tiempo y con mucha facilidad lograria su solicitud, se decidió á emprender aquel viage.

El dia que llegó á Paris fué atacada por una intriganta apenas bajó del coche; y conociendo que sobre ir sola, era una forastera inocente, poco acostumbrada á la capital y sus costumbres, fingió haberla visto en la aldea: La joven al pronto se sorprendió, pero la intriganta la aseguró tanto que la conocia, que por último vino á creerlo. ¡*Cuanto me alegro*, dice esta muger, *de haber-*

me hallado aquí al tiempo de llegar el coche! mi buena suerte lo dispuso así: ahora que tengo el gusto de volveros á ver, espero que nos veremos á menudo: ¿qué motivo os trae á la capital? -- vengo á solicitar una colocacion. -- Pues en eso precisamente podré acaso seros útil, porque tengo buenas relaciones: trais recomendacion para algunas personas? -- No, señora, ninguna. -- Durante este diálogo habian descargado el baul y una caja llena de efectos, y lo habia mandado coger á un mozo, disponiéndose para despedirse de la intriganta, cuando ésta la dijo: *¿á dónde vais á parar? -- Yo no sé, porque nunca he estado en Paris, y no sé de ninguna posada buena: -- Pues entonces*, la dice la intriganta, *podeis aceptar un alojamiento en mi casa, mientras hallais una posada de vuestro gusto: os lo ofrezco de buena voluntad, y sin cumplimiento, por lo que espero no me desairareis:* la joven aceptó sus ofertas en fuerza de sus vivas instancias, teniéndolas por una prueba convincente de la sinceridad de sus sen-

timientos, y la siguió teniéndola por su angel tutelar.

Luego que llegó á casa de la intriganta recibió la mas lisongera acogida, y se trató de emplear toda la mañana siguiente para buscar una buena posada: efectivamente, despues de haberse desayunado, salieron para buscar un cuarto; pero los que veian, no convenian, segun las ideas de la intriganta, los unos por caros, y los otros por incómodos, de suerte que se pasearon mucho sin tomar ninguno: la joven no perdia de vista á su directora en las correrías que hacian por las calles de Paris, y eso es lo que incomodaba á la intriganta, pero sin embargo se aprovechó de una quimera para escaparse; la joven, que no estaba acostumbrada á ver tanta gente, que la distraia en algunos momentos, perdió de vista á su conductora, quien se aprovechó de este momento favorable para desembarazarse de la recien llegada: la joven, como es facil de conocer, no viendo á su lado á su protectora, (pues la miraba como tal,) la buscó por entre la mul-

titud, esperó á que se hubiese concluido la quimera con la esperanza de hallarla luego que la gente se dispersase; pero todo fué inútil, pues por mas vueltas que dió no la pudo ver. Figúrese cualquiera cuál seria su afliccion, viéndose sola, y sin saber el nombre, ni la calle, ni casa de la intriganta, y teniendo en su poder el dinero y su equipage. ¡Qué de reflexiones tan tristes no se le ocurririan á una joven sola, sin casa, hogar, dinero ni conocimientos! grita, llora, se lamentaba, y por última halla personas que informadas del suceso ven que es víctima de una astuta ladrona, y tuvieron consideracion por su infeliz suerte. La condujeron á casa de un comisario de policia, y éste la tomó todas las noticias necesarias para emplear toda la energia y vigilancia que exigia la humanidad en favor de aquella infeliz; y en efecto, el éxito fué feliz, pues habiendo empezado desde aquel momento á obrar la justicia en todo Paris con toda la actividad, y pesquisas que se hacen en tales casos con el mayor sigilo y travesura, fué des-

cubierta la ladrona en el momento en que acababa de llamar á una comerciante para venderla ya los efectos de la pobre señora.

Suceso XV.

Una ninfa de Citeres, cuyas facultades se habian acabado en un largo viage, tuvo el antojo de pasar alegremente las pascuas de la natividad, y se fué el 2 de diciembre en casa de un honrado labrador de Dumford, (pueblecillo de Inglaterra) y le dijo que se habia escapado de la casa de su padre, hombre muy rico, y que iba á Salisburg, donde debia casarse con un caballerito de sus vecinos que debia escaparse tambien para seguirla algunos dias despues. Pero que como se acercaba la noche, y tenia ella efectos muy preciosos, no se atrevia á ir mas lejos; despues le suplicó la diese hospitalidad por aquella noche, cuya súplica fué favorablemente acogida, y la sirvieron una buena cena, la dieron buena cama en el mejor cuarto de la casa, y pasó el resto de la semana en el seno de la familia de aquel

labrador, llevándola por toda la vecindad para que participase de todas las fiestas del pueblo. Luego que llegó el domingo, le suplicó al labrador la prestase la llave de su baul para guardar en él su tesoro, que consistia en un paquete bastante pesado, muy liado y sellado, el que puso con mucho cuidado en el fondo, tomó lienzos y vestidos de la señora de la casa, y se marchó á Salisburg, acompañada del honrado labrador. Luego que llegó á la fonda, donde debia hallarse el de la cita, no vieron á nadie, pero ella no se desconcertó. Hizo buscarle por todas partes con la mayor inquietud, en apariencia, y su amante no pareció: entonces fueron sus lamentos y suspiros figurados con la mayor propiedad, y por último comprometió al labrador á ir á buscarle. Nuestro buen hombre montó en un caballo, entregó á esta aventurera todo el dinero de que no tenia necesidad para el camino, respecto á que ella habia dejado su tesoro en su casa, y marchó inmediatamente para Amesburg. Viéndose desembarazada del acom-

pañante nuestra petardista, se fué á otra fonda, y tomando una silla de posta, desapareció. No será inútil decir que el labrador no halló al futuro esposo en Amesburg, y que el tesoro que se habia depositado en el baul, no era mas que un lio de trapos y papeles donde estaban envueltos muchos pedazos de plomo que pesaban algunas libras.

Suceso XVI.

En 1796 un caballero llamado Renelle negociante muy estimado en Courtray, puso en pension á un hijo de cuatro años en un Eremitorio de Santa Ana. El hermano P. J. de Haesse que estaba empleado en las cosas mas infimas de la ermita de Santa Ana de Courtray, se introdujo en casa de Renelle, bajo el pretesto de dar á los padres noticias de su hijo, y le convidaron una sola vez á comer; pero continuando demasiado sus visitas, conoció el señor Renelle, que Haesse tenia mala conducta, bajo el hábito de hermitaño; y

siendo depravadas sus costumbres le cerró su casa, y dijo casi públicamente que le despreciaba y le detestaba por sus vicios y mal proceder.

El 6 fructidor año 4 habiendo logrado licencia de sus superiores para hacer una confesion general fué á Courtray, visitó á muchos padres de los discípulos que habia en el eremitorio, y bajo del pretesto de hacer algunos encargos para la casa pidió algunas cantidades adelantadas en cuenta de las pensiones, las que le dieron inocentemente sin recelo de ser estafados. En seguida se fué á Menin, se presentó en el convento de San Jorge, donde se hallaba de pensionista la hija de D. N....., y dijo que tenia el encargo de llevarla en casa de sus padres.

Apenas tuvo este depósito en su poder tomó una posta y se fué á Lille; la señorita conoce que no la lleva á Courtray, y le pregunta la causa de cambiar el camino; á lo que la responde, que la vida de sus padres depende de ser dócil á cuanto él la mande y á donde quiera que la conduzca, acompañando esta res-

puesta con las mas terribles amenazas. La jóven se llena de terror, y se deja encerrar en un cuarto de la posada en donde se apean. Haesse sale y visita los padres de muchos discípulos de la hermita, y los estafa igualmente con la mayor destreza, sacándoles sumas considerables como habia hecho en Courtray. Su ausencia de la posada fué larga, y la señorita habiendo vuelto en sí de su angustia, y espantada con el ruido de los coches y carros que pasaban por la puerta se puso á llorar, y llegaron á ser tan fuertes sus sollozos que excitaron la piedad de un extrangero que violentó la puerta, y sacó del cuarto á esta niña toda trémula, que se tranquilizó luego que se vió entre la familia del mesonero; pregunta dónde está, y sabiendo que se halla en Lille se acordó que allí residia un amigo íntimo de su padre, y suplicó que le fuesen á buscar; pero por una fatalidad incomprensible lo hizo tan mal quien fué á buscarle, que el sugeto no fué á verla. A las diez de la noche regresa Haesse, vuelve a tomar su ascendiente sobre

aquella infeliz, aparenta consolarla, la lleva, cena con ella, y duerme en el mismo cuarto, y á la mañana siguiente salen para Paris.

Haesse se asocia allí con un jóven de Gand, y toman la resolucion de marcharse á Italia; venden los vestidos de la jóven, la cubren de andrajos y la llevan á pie por todo el camino con los pies desnudos, y pidiendo limosna; por último llegan á Florencia: allí logra que el asociado de Haesse se compadezca de ella, y la promete volverla á su casa y entregarla á sus padres; pero Haesse llega á conocer la inteligencia que tienen, y al momento se ocupa de ver como ha de deshacerse de un testigo que quiere perderle; él habia dado á este jóven para su seguridad un pasaporte regular en nombre de Haesse, y sabia que era perseguido como estafador y como raptor de aquella jóven. Se presenta á la policía de Florencia y denuncia á su compañero como si fuese Haesse, (que era él mismo) á quien buscaban todas las autoridades por órden del directorio ejecutivo. El jóven es preso inmediatamen-

te, y como ignoraba la intriga pérfida de su compañero, respondió al momento que se llamaba Haesse, como decia su mismo pasaporte: le conducen á Francia, el juez residente le manda poner en seguridad y anuncia oficialmente que Haesse está preso.

Creyéndose así al abrigo de toda pesquisa se vá Haesse á Roma, y se atreve á casarse allí el 22 de octubre de 1796 con la desgraciada, á quien habia tratado con tanta barbarie por largo tiempo. El embajador francés Cacault, á quien se habian enviado señas cirscunstanciadas para buscar á Haesse, le hizo prender el 28 del mismo mes, depositó á la señorita en un convento y despues la envió á sus padres. Haesse esperaba por espacio de quince meses el castigo de su crimen en la cárcel de Roma, cuando halló medio de escaparse á beneficio de los acontecimientos políticos. Corrió toda la Italia y al momento se hizo muy rico por haber acompañado á Napoles, á Palermo, á Civita-Vecchia y á Génova á un negociante, á quien abandonó en esta última

ciudad. Prosiguió sus viages en Italia, en el Tirol, y en la Suávia por espacio de diez y ocho meses, y volvió á la Belgica en 1799.

En el mes de noviembre del mismo año se casó ante el cura de Santiago en Gante con una señora, á quien abandonó á los dos años dejándola en cinta de cuatro meses: habia disipado su fortuna y se retiró á Anveres, donde sirvió á un destilador de Nebrina, de cuya casa tuvo que fugarse para evitar las persecuciones que sufria por sus estafas; y habiendo hecho un viage á Londres se metió en casa de un comerciante, á quien abandonó tambien en 1802.

Entónces fué cuando se casó por tercera vez; pero la única en que lo hizo con las formalidades legales. Celebró su enlace en 1803 y fué á vivir con su muger á Brujas, ciudad de la Flandes: allí habia establecido una fábrica de nebrina, y era dueño de dos casas; pero vivió con tal escándalo y desarreglo, que la policía vino á indagar que era aquel Haesse que en el año 6

habia sido sentenciado; fué reconocido, preso y condenado por el tribunal de justicia criminal de Brujas en 25 de setiembre de 1809 á doce años de cadenas.

Suceso XVII.

El 16 de enero de 1778 se presentó en una fonda de la calle Dauphine en Paris un hombre vestido magníficamente con uniforme azul lleno de bordados de plata, y embozado en un capote todo cubierto de pieles; y despues de haber tomado un cuarto pidió un mozo de confianza para ir á buscar sus baules á la oficina de la diligencia, le dijeron que era muy tarde y que estaria cerrado; por lo cual lo dejó para el dia siguiente: le buscaron un coche alquilado que pidió, y mandó le llevase á la calle de Ponceau á una casa sospechosa, de donde salió poco despues con una muger, á quien llevó en casa de un relojero en la calle de la Moneda, bajo el pretexto de regalarla una sobre-caja de concha para su relox. La muger muy confiada dejó su relox

para ponerle la sobre-caja, y se fué con el ratero astuto á la posada donde debia alojarse. Nuestro caballero pide una cena delicada, y mientras la preparan hace venir á su cuarto un diamantista de la vecindad; parece que quiere cambiar los pendientes y los braceletes de la dama por alhajas mas preciosas, y al intento se las quita él mismo: hecha la eleccion abre la ventana y manda que le suban el dinero para pagar al diamantista; tardan en venir, tiene él aire de incomodarse, y despues de haber cogido las alhajas que estaban sobre la mesa baja furioso: el diamantista y la señora permanecieron esperándole en el cuarto mas de una hora, y cansados de esperar bajaron á buscar á nuestro caballero; pero ya habia desaparecido y se habia ido á casa del relojero para tomar el relox que la dama le habia dejado. De este modo dejó plantados á la señora por el relox, sus pendientes y sus braceletes; el diamantista por una porcion de alhajas; el fondista por el cuarto y la gran cena que habia dado; y el cochero por el alquiler del coche.

Suceso XVIII.

Pedro Luis Garnier empleado en la sub-prefectura de Sainz Pol había hablado muchas veces á Mr. Ansart tesorero de aquellas loterías sobre una compañía muy fuerte de capitalistas que hacian jugadas muy fuertes á cada extraccion, cuyo secretario le dijo se llamaba Spescha, y que era muy amigo suyo. Ansart, cuyo empleo en un pequeño pueblo, no le producía apenas utilidades algunas, suplicó á Garnier le recomendase con interés á Spescha para que sus jugadas se hiciesen en su administracion; á fines de diciembre de 1808 escribió Garnier á Ansart que habia logrado que Spescha hiciese sus jugadas en su administracion por toda la compañía, pero á condicion de que estas jugadas fuesen pagadas al tesorero en letras á la vista sobre el tesoro público, ó en efectos endosados por tres miembros de la compañía, y pagaderos en dia fijo en Saint-Pol; á mas de esto pedía para el señor Spercha la tercera parte de la jugada que la administracion de la lotería pasa á los

tesoreros de los fondos que recaudan. Pocos dias despues Garnier vino á dar á Ansart una carta de Lille fecha el 2 de enero de 1809, y suponiendo estar escrita por Spescha. En ella mandaba Specha á Garnier que hiciese en la administracion de Saint-Pol por cuenta de la compañía una jugada de 360.000 francos, sobre la extraccion de Bruxelas del 7 de enero; se disculpaba de no remitir firmados los efectos por tres miembros de la compañía, bajo el pretexto de no haberlos podido reunir en aquel momento; pero prometia enviar al tesorero certificaciones del tesoro público al momento que tuviese noticia de la extraccion con buen éxito ó sin él. En fin en un *post-scriptum* declaraba que su carta sola bastaria para el reconocimiento formal interin no estuviese pagada la jugada. El tesorero satisfecho con esta carta y lleno de confianza en vista de lo que dice sobre la lealtad de Garnier, que por la naturaleza de sus funciones, cuanto por la consideracion que merece su familia le parece hallarse al abrigo de toda sospe-

cha: consintió en dar billetes de lotería hasta la cantidad de 360.000 francos: la jugada consistia en doce estractos de 30.000 francos cada uno: registró la jugada y envió sus registros el 4 de enero á su inspector á Amiens. El mismo dia salió para Lille á fin de llevar por su mano en letras del tesoro público el importe de la jugada que le hicieron hacer. Era el portador de una carta de Garnier para Spescha, y de una letra del mismo Garnier concebida en estos términos: *Remito al señor Ansart una carta para el señor Spescha: no he puesto en el sobrescrito el nombre de la calle ni el número de la casa porque no me acuerdo en este momento, y porque no sé dónde he puesto la nota; pero creo que el señor Ansart no se verá muy embarazado para hallar en Lille la casa del señor Spescha.* En su carta decia Garnier á Spescha que inmediatamente tratase de pagar la jugada al tesorero en billetes del tesoro público, como estaba convenido.

El desgraciado tesorero busca inútilmente en Lille luego que llega la ca-

sa de Spescha, pues nadie ha oído semejante nombre, ni de ninguna compañía de capitalistas que jugase su dinero á la lotería; y bien pronto se convence de que este secretario y esta compañía son unos seres imaginarios, y que ha sido engañado con una infame estratagema: vedle aquí ya en vísperas de perder su destino, y de hallarse deudor de una cantidad tan considerable como 360.000 francos: sin embargo llega á Lille la lista de la extraccion de Bruxelas, y se encuentra en ella el número 30 que era uno de los doce estractos jugados por cuenta de la supuesta compañía: este estracto, á 30.000 francos la jugada, producía 450.000 francos, y por consecuencia un beneficio de 90.000 francos sobre la jugada total de los 360.000 francos. El tesorero se apresuró á volver á Saint-Pol. Llego el 8 de enero, y halla sellada por el gobierno la puerta de su casa. El inspector de Amiens se habia sorprendido al ver una jugada de 360.000 francos en una administracion que nunca las tenia sino muy medianas. Habia llegado á Saint-Pol el 7 á las

ocho de la mañana para ver si estaban realmente en la caja los fondos de las jugadas en esta administracion; pero viendo la ausencia del tesorero procedió inmediatamente á poner el sello.

Ansart, luego que llegó á Lille, se fué á la posada del inspector, y halló al juez de paz que le preguntó por la realidad de la jugada de los 360.000 francos, y desde luego confesó que no se habia hecho la entrega del dinero, pero dijo que habiendo dado la estraccion no solo para el rembolso de los 360.000 francos sino para ganar 90.000 francos, que le parecia justo el establecer una justa compensacion. El inspector despreció esta proposicion, y previno al tesorero restituyese los billetes que habia endosado indebidamente por una cantidad ficticia; y en efecto, fueron entregados el 13 de Enero por Garnier en la administracion de Paris, que los anuló, y destituyó al tesorero.

El tribunal de justicia criminal y especial de Saint-Omer instruyó proceso contra Garnier y Ansart, como prevenidos de haber intentado el sacar al

tesoro público por complicidad, y á beneficio de falsas escrituras, cantidades considerables, y se declaró competente para conocer en este delito: fue anulado el decreto de competencia por el tribunal supremo, y los reos fueron entregados al tribunal criminal y especial de Douai en Flandes.

Este tribunal declaró que Ansart no podia ser juzgado como cómplice de Garnier, y que todo probaba la buena fé del primero; que en este asunto habia sido engañado; que la carta escrita á Spescha habia sido firmada por Garnier solamente. Que éste lo habia hecho por abusar de la confianza del tesorero y para obligarle á dar los billetes de loteria sin la entrega de fondos. Ansart fué puesto en libertad; y pareciéndole al tribunal que el delito de Garnier era muy reprensible por muchas circunstancias, le condenó á un año de prision y á las costas del proceso.

Suceso XIX.

Un sugeto tenia un criado en su ca-

sa hacia ya muchos años, y estaba muy contento con él, pero el tal criado le dijo que iba á dejarle para colocarse, y efectivamente le dejó algunos dias despues, pidiéndole un certificado de sus servicios, que le fué concedido por su amo. Reconociendo su cartera este particular algunos dias despues, advirtió le faltaban mas de 20.000 francos de billetes, y recayeron sus sospechas al momento sobre su criado antiguo; por acordarse que no solo se habia marchado de su casa sin motivo conocido, sino que sabia que habia comprado muchos géneros antes de despedirse, no teniendo dinero nunca para cosa que alcanzase á mas que calzarse. Su amo le delató al tribunal, y presentándose la justicia en su casa despues de las formalidades de costumbre se le interrogó y estrechó á que dijese. *Quién le habia dado el dinero para comprar los géneros que tenia en su casa?* y respondió. Que su antiguo amo le habia prestado 20.000 francos á pagar en diez años, en recompensa de su lealtad y servicios; que le habia hecho su obli-

gacion; que probablemente estaria entre sus papeles. En consecuencia de esta declaracion se reconocieron los papeles de su amo, y efectivamente encontraron en su despacho la obligacion que habia citado. Y esta travesura impidió á su amo el proceder contra este ladron doméstico.

Suceso XX.

Un guiton astuto cogió un caballo de la cuadra de un caballero para hacer un viage, y ofreció á un cura, que halló en el camino, el cambiarle por su rocinante con sola la indemnizacion de cuatro onzas de oro. El cura se puso loco de contento al ver una proposicion tan ventajosa, y no la queria creer; mas el bribon del tuno le persuadió, diciéndole, que él montaba muy mal, y que el caballo era muy fogoso para él, por cuyo motivo le temia y deseaba deshacerse de él á cualquiera precio. *Solo exigiré de vos* continuó, *el que me hagais el gusto de entregar una carta á uno de vuestros vecinos.* El cura lo prometió, se hizo el cam-

bió, y se separaron, llevando directamente la carta al parage indicado. Pero cuál fué su sorpresa, cuando se apeó del caballo, y vió que empezaron á hacerle caricias, llamándole por su nombre, llevándole á la cuadra, y dándole al pobre cura despues las gracias por la molestia que se habia tomado de llevarle su alhaja, que contaba por perdida! En efecto la rescató de este modo, y el infeliz padre de almas se quedó á pie como San Francisco, lamentándose de sus onzas de oro y de su inocente rocinante.

Suceso XXI.

En Berlin una criada joven y bonita advirtiendo que su amo la miraba con cariño, formó el proyecto de hacer se casase con ella, y para lograrlo mas pronto fué á consultar con una vieja de las que dicen la buena ventura, y adivinan (segun los tontos) el por venir. La hechicera la recibió con aire grave; y mirándola de pies á cabeza con mucha atencion, la dice que conoce por sus facciones que debe tener una suerte feliz: despues coge una baraja, y hace

diferentes cortes dando á cada uno distintas interpretaciones felices; y habiendo hecho esto muchas veces, dijo á la criada que su amo la amaba, pero que era preciso emplear todos los secretos de su arte para lograr el enlace, para lo cual era preciso que ella, (la criada) hiciese algunos sacrificios. La pobre inocente despues de haberse asegurado bien de si podria comprometerse en hacer lo que iba á decirla, sobre lo que la hechicera la dió mil seguridades, las que creia sin vacilar, se resignó á todo, y pagó con cuanto dinero tenia doce paquetes de unos polbos simpáticos que debia hacer tomar á su amo. Este, desde el dia siguiente, halló un gusto estraño en su cafe; preguntó á la criada; ésta se turba, y su turbacion aumenta sus sospechas, y en fin, estrechada por su amo, confiesa lo que ha hecho, y su intencion. Al momento se hizo un analisis chimico de los polbos, y felizmente no tenian ningun ingrediente peligroso. La policia prendió á la hechicera, y fué condenada á seis meses de prision despues de haber estado en la

argolla espuesta á la vergüenza con un cartel que indicaba su oficio y su impostura. El caballero se casó con su inocente criada, y ésta sin necesidad de hechicerias supo darle gusto, y tenerlo ella en ser amada.

Suceso XXII.

Un intrigante, que no tenia otro mérito que la audacia, era mirado como el mas sabio doctor en la medicina. Parecia á los ojos de los crédulos, como un hombre inspirado del cielo, que no se informaba, como acostumbran todos los médicos, de lo que padecia el paciente, ni de las circunstancias que mediaban en la enfermedad; y á pesar de eso decia al momento todo lo que tenia y sufria el enfermo sin mas que mirarle. Este hombre que pasaba por un prodigio de ciencia jamas se equivocaba con relacion á la consulta del paciente, y ved aquí el medio de que se valia para imponer á las personas que le buscaban.

Habia colocado con arte en un ar-

mario que estaba en su gabinete de consultas, muchas campanillas, cuyo diferente sonido anunciaba al grave doctor el motivo de la visita, y tenia un criado de confianza que le servia de compadre, y que se fingia el bobo.

Luego que el paciente llegaba en casa del esculapio, le hacia entrar el criado en una sala destinada para recibir los enfermos, porque no podia entrar sino solo en el gabinete del venerable doctor. El criado empezaba por decir que su amo estaba con gente, y despues con su ayre simple, se informaba con disimulo de la emfermcdad que tenia el enfermo, compadeciéndose, y consolándole con la ciencia de su amo; y de este modo se enteraba hasta de las mas pequeñas particularidades de su estado: luego que se creía suficientemente instruido, salia como para ir á ver si su señor estaba solo: entraba en el pequeño gabinete que estaba á el lado, abria un armario donde etaban los cordones de las campanillas que correspondian al gabinete del doctor, tiraba de aquella donde ataba un papel con las circuns-

tancias que se le acababan de referir de la enfermedad, y por este medio sabia su amo el motivo que conducia á su casa al enfermo.

El criado, despues de haber instruido de este modo á su amo, cerraba el armario, entraba en la sala, y dos minutos despues introducia al paciente en el santuario medicinal.

Luego que se hallaba el enfermo en presencia del doctor, empezaba éste á decir lo que el criado le habia escrito, y ante todas cosas debia el enfermo al saludar entrando, entregarle la cantidad que tenia marcado ya el criado por la consulta. Le miraba, pues, de arriba abajo, le mandaba sacar la lengua, le tomaba el pulso, y referia todas las particularidades que dicho criado le habia participado, lo que admiraba á todos los pacientes al verle adivinar sin hacer pregunta alguna. Despues de este primer preámbulo guardaba el doctor algunos momentos de silencio, como uno que reflexiona, y en seguida, para dar á entender que habia meditado sobre la naturaleza de la enfermedad, hacia al-

gunas preguntas de importancia, y reflexionando otros momentos de nuevo, consolaba al paciente, prometiéndole su curacion, siempre que observase rigorosamente sus instrucciones y recetas que iba á escribir. Se levantaba despues con gravedad, abria un armario grande lleno de botellas con sus etiquetas ó rótulos, sacaba una, la entregaba al enfermo encargándole volviese á verle si la pocion que le daba no bastaba para aliviarle; y despues de esta ceremonia le conducia con un aire enfático hasta la puerta del gabinete, y esta misma ceremonia se practicaba con todas las personas que iban á su casa: continuamente estaban entrando y saliendo enfermos, y gozaba de una gran reputacion, hasque un carnicero, hombre travieso, quiso probar si este doctor tan alabado, era tan instruido como se decia. Se presenta, pues, en casa del médico, y habiéndose de antemano blanqueado la cara para parecer descolorido, empezó á preguntarle el criado, segun su costumbre, y le dijo tenia una enfermedad muy mala. Enfermedad que el ignorante no cono-

sia ó no entendia. Redoblaba sus preguntas, pero nunca podia instruirse, y no sabia de qué campanilla tirar. El carnicero incomodado repite que quiere ver al médico. *Mis dolores*, decia, *necesitan un pronto remedio.* El criado retardaba mas y mas la introducion de aquel enfermo con la esperanza de informarse mejor; pero forzado por las repetidas instancias del fingido paciente, va al armario, y tira del cordon de las enfermedades desesperadas, introduciéndole despues ante su amo, quien, despues de haber hecho las ceremonias de costumbre, le dice, con un tono lastimoso. No puedo ocultaros que os hallais gravemente enfermo; pero sin embargo, no pierdo la esperanza de curaros, aunque debo advertiros que la cura será muy larga. Ahora á vos toca el ver si tendreis bastante confianza en mí para tomar exactamente lo que os mande; y diciendo estas palabras, se fué á su armario, saca una botella y se la dá.

El carnicero no habia aun acabado de tomar la botella cuando empezó á reir á carcajadas. *Yo he querido juzgar*

por mí mismo, dijo, *si erais un hombre tan sabio en el arte de la medina como sois de impostor; sabed que la enfermedad que he contado á vuestro criado es fingida. Le he seguido sin que lo advirtiese hasta la puerta del gabinete y me he convencido al momento de vuestras supercherias, viendo los cordones de las campanillas y la indicacion de sus usos. A Dios señor doctor, voy á comunicar al público mis observaciones sobre el mérito de vuestras consultas.*

El carnicero lo hizo con tanta exactitud que nuestro médico vió su casa bien pronto desierta y perdida su gran reputacion; de suerte que habiéndose descubierto sus estratagemas, tomó el partido de irse á estafar á enfermos en otra parte.

Suceso XXIII

Un caballero llega á casa de un diamantista, y entra en la tienda limpiándose el sudor, como una persona que tiene mucho calor; pregunta si vive allí el señor Cestis, y el comerciante á quien lo pregunta, dice que es él.

Tengo una carta, repone nuestro caballero, *que se me ha encargado entregaros de parte del señor Wilians.* El diamantista toma la carta, la quita el nema y lee: *yo deseo tener una caja de oro de última moda y encargo á V. su eleccion: en cuanto al precio de sesenta á cuarenta guineas: meta V. la factura en ella para remitirle su importe al momento que vuelva de la aldea, pues estaré en Londres dentro de ocho dias: suplico á V. me la envuelva muy bien, y la entregue al dador de este billete.=Wilians.* El platero que era el diamantista de este caballero y que continuamente estaba vendiéndole alhajas del mayor precio, creyó que éste billete aunque no conocia su firma, era efectivamente suyo, y al momento se puso á escoger la mejor caja de cuantas tenia; mete dentro de la caja, como se le encarga, la factura de su precio, la envuelve bien para que no se maltrate, y la entrega al caballero, quien despues de haberle preguntado si aquello es todo lo que su amo le ha encargado, monta en su caballo, y marcha.

Quince dias se habian pasado sin saber del señor Wilians, y creyó que no podia tomar á mal el que se presentase, y se resuelve á visitarle: se informa si ha vuelto ya de su casa de campo, le dicen que si; da recado de que quiere hablarle, y le introducen á su cuarto; *¿Cuál es la causa que me proporciona el gusto de veros?* pteguntа Wiliams al diamantista; y el responde. *Como vivo en vuestro barrio, me tomo la libertad de venir á preguntaros si estais contento con la caja de oro que os he remitido por vuestro criado, segun las órdenes que me habeis dado? -- Yo no he recibido nada*, responde Wilians, *ni yo os he pedido cosa alguna. -- Sin embargo, ved aquí una carta que se me ha presentado de vuestra parte*, replicó el diamantista entregándole la carta. -- Wilians, despues de haberla leido, le dijo. Esta letra no es mia, voy á convenceros; y le enseñó su letra, y su firma. El diamantista conoció entonces que habia sido engañado por un diestro impostor, aprovechándose del momento en que el señor Wiliams es-

taba es la casa de campo para servirse de este pretesto, causa porque no tuvo él la menor sospecha de la fina estratagema con que habia sido estafado.

Suceso XXIV.

Una señora jóven tomó para ir por primera vez á Paris un asiento en una diligencia, y como el coche entraba en la ciudad, tuvo la imprudencia de decir que la habian encargado el entregar varias cartas, entre las que habia una que contenia una letra de cambio, pagadera al que la presentase; pero que se veía tan incomodada de haber aceptado semejante comision, por no tener ningun conocimiento de la capital, que ni aun sabia cómo entregar dichas cartas á los sugetos para quienes iban; y á mayor abundamiento añadió que dichas cartas estaban en el saquillo que llevaba en la mano. Uno de los viageros la dijo: *si V. quisiese, señora, aceptar mis servicios, yo la acompañaría á las casas mismas de los sugetos para quienes esas cartas vienen.* No fué despreciada

la proposicion, pues bajando del coche, y no teniendo la dama posada determinada donde ir, la dijo el mismo de la proposicion hecha para acompañarla: *voy á llevar á V. á una hermosa fonda de precioso alojamiento, donde se hallará con tanta comodidad y seguridad como en su casa.* Ofrece su brazo á la dama y ella le acepta, llevando con el otro brazo su capotillo, y acompañados del mozo que llevaba el equipage de la señora. Luego que llegaron á la posada, dejó sobre una mesa el ridículo donde tenia las letras, y su acompañante puso á su lado su maleta, apresurándose despues á hacer mil oficiosidades. Ayuda al mozo de esquina á descargar el equipage, y mientras la señora está ocupada en pagar el porte, el caballerito toma su maleta con el saquillo de las cartas, que procura envolver bien con su maleta, y pide el permiso á la señora, suplicándola le disimule el dejarla tan pronto, y prometiéndola volver á la mañana siguiente para acompañarla á casa de las personas con quienes tiene que verse. La dama le va despidiendo hasta la es-

calera haciéndole sus mas finos ofrecimientos, y las mas espresivas gracias por las molestias que ella le ha ocasionado. Marcha nuestro incógnito, y ella al momento se pone á deshacer sus baules y paquetes, sin echar de menos el saquillo de las cartas hasta pasadas algunas horas de su llegada á la posada. Como no habia entrado nadie en su cuarto, fijó sus sospechas sobre el mozo de esquina, porque era incapaz de creer que aquel caballero pudiese cometer semejante accion. Sin embargo, reflexionó que el mozo no habia pasado de la puerta del cuarto, y que luego que le pagó el porte se marchó; por lo cual no podia haber tomado el saquillo que estaba al otro estremo del cuarto. Se desvanece eu sus conjeturas, y espera hasta el dia siguiente para formar su juicio; y por último se persuade que aquel caballerito debe ser únicamente el culpable, viendo que no vuelve á verla y habiéndole esperado inútilmente todo el dia.

El estrangero apenas llegó á su posada abrió el saquillo, y encontró efec-

tivamente muchas cartas con diferentes direcciones. Advierte que una es mas gruesa que las otras; la rompe el sobre, y ve con el mayor júbilo que contiene una letra de cambio de siete mil setecientos cincuenta francos, pagadera á la vista. No pierde un momento en ir á la casa del comerciante contra quien está librada; le cuentan su importe inmediatamente, y pone el recibo con el nombre de la persona á cuyo favor está endosada.

La pobre señora se veía en el mayor conflicto, pues sabia que una de las cartas contenia una letra de cambio de siete mil setecientos cincuenta francos, y temia que hubiesen ya ido á cobrarla. Se informa de la mesonera si conoce al sugeto que la ha acompañado, y contestándola negativamente la cuenta lo que la ha sucedido; la mesonera la aconseja que vaya á la administracion de la diligencia donde ha venido para saber el nombre del sugeto y las señas, ofreciéndose á acompañarla. Salen y vuelven sin averiguar cosa alguna; van al comisario de policia para hacer la de-

claracion; pero ¿cómo habian de saber el paradero de un hombre de quien no solo ignoraban el alojamiento, sino sus señales y su nombre? La desgraciada señora se hallaba tambien imposibilitada de hacer oposicion al pago de la letra de cambio, porque ignoraba el nombre de la persona á quien se dirigia, así como el de el banquero. Sabia solamente que tenia muchas cartas que entregar, pero no conocia los sugetos para quienes eran, ni sus casas. Esta leccion la sirvió para ser mas reservada, y la convenció de que los intrigantes aprovechan todos los momentos y ocasiones para estafar á los inocentes que por su honradez se confian de todos, creyéndolos hombres de bien.

Suceso XXV.

Uu hombre, que decia ser un comerciante forastero, se presentó en casa de un negociante por mayor de tejidos de Ruan para tomar algunos hilos, y examinando los que le presentan, desprecia unos, y pone aparte otros. Despues de haber hecho su eleccion, se pone á ajustarlos, haciendo presente que pagará al contante; y concluidas sus reflexiones convinieron en el precio respecto á que es considerable la cantidad que ha de tomar; por último queda el comerciante en remitirle los géneros que ha escogido dentro de una hora á la casa que dice ser número 3, calle de San Martin, y que entónces entregará su importe. Hecho este convenio nuestro hombre se despide del comerciante, diciéndole que desde su casa le escribirá para que le remita otros géneros; apenas llega á su posada, le dicen que hay una persona que le busca y sale con ella dando órden al patron para que, si le llevan alguna cosa, diga que

se la pongan en su cuarto y vuelvan dos horas despues, pues ya él estará de vuelta. El comerciante envia el fardo, y el fondista hace que lo dejen en el cuarto del comerciante forastero, y dice que ha salido con otro caballero que ha llegado á buscarle; pero que habia dejado prevenido que volvia dentro de dos horas; y el mancebo del comerciante queda en volver pasado este tiempo. El forastero habia estado espiando desde lejos con la persona que le habia ido á buscar, hasta vér llegar los géneros, y un cuarto de hora despues entraron en la posada los dos; y el fondista dándole la llave de su cuarto, le dice que han llegado hace un momento aquellos géneros para él: *un instante mas pronto que hubieseis llegado, hubierais hallado al que lo ha traido, pero él volverá.* -- Entónces dice á su compañero, *venid, venid, y vereis lo que he comprado:* luego que estan ya en el cuarto, nuestro comerciante forastero abre el fardo, mete dentro su maletilla, vuelve á coserlo para que no se conozca su travesura, carga el fardo so-

bre sus espaldas, y dice al patron devolviéndole la llave del cuarto: *voy á devolver estos géneros, pues no es esto lo que yo escogí, y lo he visto por una casualidad. -- Habeis hecho muy bien,* dice el fondista; *pero vais á reventaros si llevais vos mismo ese enorme peso, y si quereis iré á buscar un mozo para que lo lleve. -- No, no merece la pena, pues yo estoy acostumbrado por mi profesion á llevar algunas veces mayor peso que éste: ya sabeis amigo mio,* dijo al que le acompañaba, *que me voy dentro de tres dias, con que no se os olvide para venir antes si quereis que os tome algunos géneros de vuestra fábrica;* y diciendo estas palabras salen los dos, y hacen la demostracion de separarse; pero á poca distancia volvieron á juntarse, cuando ya conocieron que no podian ser vistos, y tomando un coche salieron de la ciudad. Pasan las dos horas de la cita y viene el mancebo del comerciante, quien entra al cuarto del fondista y le dice: *¿Ha venido ese caballero? -- Si señor*, responde; *pero ha ido á su casa de V. al momento que*

llegó, pues parece que no está contento con los géneros. -- El mancebo se vuelve y va persuadido de hallarle con su principal, pero allí no le han visto, esperan, y se pasa el dia sin presentarse, por lo que al siguiente muy de mañana vuelven á enviar recado á la fonda. El fondista tampoco le ha visto, teme le suceda algun trabajo viendo que no ha ido á dormir, que se llevó él mismo el fardo, y que no habia querido tomar un mozo para llevárselo.

El comerciante pregunta al fondista si le conoce, y responde que es la primera vez que va á su casa. -- *Yo creo que ese hombre*, dice el comerciante, *me ha engañado.* -- *Eso no puede ser*, responde el fondista, *pues yo os daré su nombre y domicilio, como lo puse en mi libro por su mismo pasaporte, que estaba en regla, y visado por la policía*: toma su registro, y entrega el nombre y residencia del forastero al comerciante. *A mas de esto*, repone, *la maleta está en su cuarto; habrá encontrado algun amigo que le haya detenido, como sucede muy frecuentemente á*

todos los comerciantes forasteros; y así yo creo que hoy le vereis; decidme vuestra casa, y yo os avisaré al momento que vuelva. -- El comerciante le dió las señas de su casa y se marchó; pero bien persuadido ya de no volver á ver á su deudor; apenas se fué se le antojó al fondista el subir al cuarto del forastero, y se convenció al entrar de que el comerciante tenia razon en decir que habia sido estafado. *¡Ah!* dice esclamando á solas, *yo lo soy tambien, pues no puede quedarme duda alguna á vista de que tampoco está aquí la maleta.* Fué á ver al comerciante, le suplicó fuese con él á estar con el comisario de policía para declarar; escribieron al momento al pueblo del domicilio que indicaba el pasaporte, pero aquel sugeto nunca habia parecido ni vivido allí, y hasta su nombre era desconocido de los habitantes; en fin su nombre era supuesto, y el pasaporte falso: de lo que resultó que el comerciante fué estafado por sus géneros, y el fondista por el cuarto y la comida.

Suceso XXVI.

Un cierto quidam se presentó en casa de un caballero respetable, y le dijo: *pues señor, me han informado de que teneis un hijo único, y que quereis eximirle de la conscripcion: yo conozco particularmente á una persona que en esta ocasion puede serviros de mucho, y si quereis yo os presentaré á ella.* El padre acepta muy gustoso la proposicion; salen á visitar á esta persona, llegan á su casa, y despues de informarse por su amigo del motivo de la visita, dice, que es un momento muy crítico, porque el gobierno está muy rigoroso sobre las exenciones; pero que por respetos á su apreciable amigo iria á la secretaría ministerial á empeñarse, y que no perdia la esperanza de lograrlo por la íntima amistad que tenia con el ministro: pide los nombres, apellidos, casa y señales del jóven: el padre se las dá por escrito, y despues le dice que al dia siguiente tendrá el honor de visitarle para decirle el estado del asunto. Se

separan, y al dia siguiente recibe la visita del personage, quien le participa que ha presentado ya la solicitud, y que ha sido bien acogida; pero con la condicion de un sacrificio. *Yo lo haré muy gustoso*, dijo el padre, *¿decidme en qué cantidad consiste? -- Se trata solamente de 6000 francos, á saber: 3000 ahora, y los otros 3000 al entregaros la órden de excepcion: en cuanto á mí no pongo ningun precio, y lo dejo á vuestra discreccion.* -- El padre no vaciló en aceptar la proposicion, vá á su naveta, saca 3000 francos, los entrega al personage protector, y le promete que concluido el negocio cumplirá con él como un hombre agradecido y generoso. Se despiden, el uno, satisfecho de haber adquirido la amistad de una persona que toma tanto interés en hacerle un favor del que depende la tranquilidad de sus dias, y el otro, loco de haber cogido 3000 francos. Sin embargo el quidam al despedirse del padre, le dice que no le verá sino pasados tres dias, porque es preciso dar tiempo para presentar el asunto al ministro. A los

tres dias vá á ver al padre, y le dice que en veinte y cuatro horas estará firmada la órden de exempcion: efectivamente la lleva revestida de todas las formalidades necesarias: el padre apenas la vé da los 3000 francos restantes con lágrimas de júbilo; y despues suplica al protector que acepte cincuenta luises de oro, encargándole dar diez á su amigo, que es á quien ha debido su conocimiento. Ved aquí el padre que se halla con este papel sin inquietud ninguna por la suerte de su hijo. Sin embargo, al cabo de diez meses recibió el jóven la órden de presentarse á la municipalidad para recibir la de su marcha, y se presenta con su padre, quien exibe la órden ministerial: la examinan y toman nota para justificarlo ante el ministro; se pasó algun tiempo sin que padre ni hijo oyesen hablar nada, y al fin reciben una carta para presentarse en el ministerio de la guerra, con la prevencion de llevar la órden ministerial de exempcion. Van, la examinan, y les preguntan quién les ha entregado aquella órden, y nombran la persona y su domicilio. Figúrese cual-

quiera la sorpresa y dolor del padre y del hijo, cuando se les dice y se les prueba por los mismos registros que no está anotada en ellos esta órden, y últimamente que es falsa. Se expide inmediatamente la órden de arresto del quidam; pero habia cuidado muy bien de ponerse á salvo, pues sabia que debia descubrirse su estafa; y sin esperar á que la justicia viniese á mezclarse en el asunto, habia creido muy prudente la determinacion de tomarla la delantera. El resultado fué que el padre sufrió la pérdida de todo lo que habia gastado: y á pesar de que todos los dias se estan viendo causas formadas contra muchos estafadores de conscripcion, se hallan hombres crédulos que se dejan arrastrar por esta clase de tunos con astucia y persuasiva, que se arrepienten tarde de su credulidad.

Suceso XXVII.

Tres rateros vieron á un labrador cargado con una maleta, se acercó á él uno de ellos, entabló conversacion y le preguntó con tal maña, que al momento supo adonde se dirigia. Luego que tomó estas señas se separó de él, y fué á reunirse á sus compañeros, á quienes dió parte al momento. Otro tomó la delantera para ir á la casa adonde se dirigia el labrador, y luego que le vió cerca se presentó á él diciéndole: *¡Ola! ya iba yo á buscaros, pues los teneis impacientes. ¡Hombre que cansado debeis estar!* y diciendo estas palabras le alivia de la maleta, y se la entrega al tercer asociado que le acompañaba. *Toma, compañero, lleva esa maleta al amo y dile que está aquí este paisano. ¡Qué contentos se van á poner cuando sepan que habeis venido!* continuó diciendo, y deteniéndole para dar lugar al otro á evadirse; mas luego que le perdió de vista dice: *voy á orinar, y entretanto subid, pues dirán*

que por qué no os presentais, y apenas concluya de orinar os sigo; pero apenas nuestro hombre dió dos pasos se desfiló con gran admiracion del otro que le iba esperando. Sin embargo, entra en la casa donde le esperan, pregunta por la maleta, y dicen que no han llevado nada; y apenas hace relacion de lo ocurrido, conocen todos al momento que ha sido engañado por algunos rateros que le han sonsacado.

Suceso XXVIII.

En Paris se asociaron muchos rateros, y se propusieron el que uno pasase por un banquero, y los otros por sus oficiales de escritorio. Uno de ellos que tenia el acento estrangero, tomaba el título de negociante, y en este concepto estaba alojado en una gran fonda; y para imponer mejor, ved aquí los medios que empleaban para poner en contribucion á varios comerciantes. A fin, pues, de dar un crédito seguro al fingido banquero, que era la clavija maestra de todas sus operaciones, uno de ellos,

disfrazado de mozo de fuerza de la casa, y que para evitar toda sospecha que pudiera formarse sobre su intriga, no vivia en el mismo sitio ni en el mismo cuartel, venia todos los dias repetidas veces, y bajo de trages diferentes á casa del banquero, teniendo cuidado de llevar siempre en la mano varios papeles, y sobre sus espaldas sacaba un talego de dinero mas ó menos grande, el que otro asociado, disfrazado tambien de mozo de confianza de la casa, iba á tomar al sitio convenido entre ellos, y le volvia á casa del banquero, figurando haberlo recibido en otra casa de comercio: de suerte que con este manejo parecia que el banquero hacia un comercio considerable, y en poco tiempo se adquirió una gran reputacion.

El papel del negociante estrangero que, como hemos dicho vivia en una fonda de las de mas tono, era de ir á hacer relaciones con los grandes negociantes y á comprarles géneros. Se presentaba en los ricos almacenes, escogia los géneros de mejor salida, y proponia para su pago letras de diferentes comer-

ciantes estrangeros á tres y cuatro estilos, es decir, á los tres ó cuatro meses vistas, pero que estaban giradas contra el banquero su asociado, y aceptadas por él. *Tal es*, decia, *la condicion de mi pago; si os conviene voy á dejaros el efecto, para que podais enviar á casa del banquero y hacerle reconocer su firma, tomando al mismo tiempo informes de él en el cuartel.* Iban á casa del banquero, quien reconocia bien su firma y aseguraba su pago al vencimiento, y estaban mas y mas seguros de ello cuando veían el mostrador lleno de pilares de plata y oro. Los informes que tomaban en el cuartel eran tanto mas ventajosos, cuanto que los vecinos, segun lo que veían diariamente, decian todos á una voz, que el banquero hacia un comercio inmenso, y que no se veía mas que entrar y salir incesantemente con dinero de su casa. Cada uno se volvió á la suya en la firme persuasion de que no se podia hacer un trato con mas solidez. Luego que venia el fingido negociante conocia estar consolidado su proyeto, por el fino recibimiento

que tenia de todos. Su pacotilla estaba dispuesta, se la enseñaban, la reconocia, y la pagaba en letras de cambio, sobre las que le volvian tambien algun dinero. Le enviaban á su alojamiento las mercancias, que tenia buen cuidado de enviar á uno de sus asociados, de suerte que despues de esta picardia que se renovaba todos los dias en las casas de diferentes comerciantes, y habiendo ya recibido una cantidad considerable de géneros, se hallaba el fingido negociante con un tesoro, á beneficio de un ardiz tan seguro como llevamos referido, pues las letras que daba en pago eran casi todas á un mismo vencimiento. Como los comerciantes con quienes traficaba no tenian entre sí ningunas relaciones, no podian comunicarse sus asuntos, lo cual les libertaba de toda sospecha sobre la casa de comercio. Pero como se acercaba el dia del vencimiento de las letras, un poco tiempo antes desaparecieron el banquero, sus asociados, el comerciante, los empleados, y los mozos, de suerte que el dia del pago de las letras no encontraron

una persona los negociantes que las llevaron, ni pudieron tener la menor noticia de su paradero. Se hicieron las investigaciones mas exactas, pero todas fueron inútiles, y cada uno fué estafapo por los géneros que habia dado.

Suceso XXIX.

Un sugeto que acababa de sufrir grandes pérdidas, y que trataba de adquirir un empleo, se presentó en casa de un intrigante que pasaba por hombre de muchas relaciones, y de grande intimidad con las personas del mayor poder, habiéndole asegurado que este personage era muy suficiente para proporcionarle una colocacion excelente. El intrigante, en vista de la súplica del pretendiente, no se detuvo en decirle que esta clase de negocios se entablaba ordinariamente con un presente de quince ó veinte onzas de oro, que era el mejor medio de hacerlos terminar prontamente; y que á mas de esto, el asunto pedia á lo menos un mes de espera, respecto á que era preciso

agüardar el momento favorable para presentar la súplica; y que la demasiada precipitacion ocasionaria una negativa ó un retardo, que necesariamente traeria un perjuicio para el suplicante.

Este hombre conoció la justicia del razonamiento; pero las quince ó veinte onzas que tenia que dar anticipadamente le parecieron una carga tanto mas onerosa, cuanto que él se hallaba bastante escaso. El intrigante le hizo confiar de tal suerte en el logro de un empleo (que á sus instancias no podia fallar), que se resolvió á desprenderse de esta cantidad. Al fin de un mes fué á casa del intrigante, quien le dijo que no podia ya tardar en ser colocado; esperó aun unos quince dias, pero á esta época no se hallaba mas adelantado el asunto: el intrigante lo traslada de ocho en ocho dias, en términos que se pasan tres meses sin tratarse del tal empleo: entónces ya nuestro desgraciado pretendiente conoce que es víctima de un intrigante; quiere rescatar su dinero, y el intrigante le dice que no puede ya reclamarlo; el pretendiente le dice le presente á la

persona á quien lo ha entregado; el otro se resiste advirtiéndole que no deba comprometerle; y no pudiendo lograr nada presenta su queja á la justicia; el juez envia á buscar al intrigante, y este hombre sin vergüenza dice que aquel sugeto habia ido á suplicarle le proporcionase un empleo; que le habia advertido las dificultades que habria para lograrle, y la dilacion que ocasionaria la pretension: que efectivamente le habia entregado veinte onzas de oro; pero que era por el trabajo que se tomase en hacer todas las diligencias para seguir la pretension: que se admiraba de su injusta reclamacion, y que si se hubiese creido culpable en el asunto, no se hubiera atrevido á presentar al juez: como no habia testigos en el asunto, no pudo el juez resolver contra el intrigante, y el pobre pretendiente perdió su dinero.

Suceso XXX.

Dos rateros estaban un dia en las gradas del palacio Real en Paris, y el uno tenia en la mano un relox de cobre bien dorado, gritando: *¿Quién quiere comprarme mi relox? Tengo necesidad de dinero y le daré barato.* Un paisano pasaba en aquel momento por allí, y se detiene: el otro ratero viendo el momento propicio, se acerca, toma el relox, le abre, examina su máquina, tienta la caja y la encuentra doble, así como excelente el movimiento. -- *¿Cuánto quereis por vuestro relox? -- Doce luises. -- Es muy caro. -- Pues señor, V. le ha reconocido y conoce que vale mas. -- Ya lo veo, pero yo no le doy á V. mas que seis; vea si le conviene. -- No puedo darlo en eso: deme V. seis luises y medio y es suyo. -- No doy mas que los seis.* Durante esta conversacion estaba presente el paisano, y tenia la vista fija sobre el relox: se convienen en los seis luises, y el ratero entrega á su compañero dos, diciendo:

no tengo en mi poder en este momento mas que estos dos luises, pero si este caballero, dirigiéndose al paisano, *quisiese adelantarme cuatro luises le dejaria en prendas el relox, pues antes de un cuarto de hora tendria aquí su dinero.* -- El paisano que cree ser de oro la muestra, y que ve no se arriesga nada en hacerle aquel favor, le dá los cuatro luises; y el ratero al marcharse le dice: *soy con V. en un momento*; y el otro habiendo recibido el dinero se marcha al instante. En vano espera el paisano dos horas largas con la mayor impaciencia, y cansado ya se resuelve y sigue su camino. De vuelta á su casa cuenta la aventura, le dicen que enseñe el relox, y despues de haberlo examinado le hacen ver que ha sido engañado, pues aquella alhaja de oro con que va tan contento es una muestra vieja de cobre dorado: ¡cuál fué su sorpresa! mira el relox, le dá mil vueltas, le abre, le cierra, y por último se vá á un platero, quien acaba de desengañarle demostrativamente, y le dejó lleno de pena y de admiracion.

Suceso XXXI.

Un hombre al parecer factor de diligencia, se presentó en casa de un negociante. *Ahi teneis ese lio que viene para vos*, le dijo. Abre un registro, y repone. *El porte importa veinte y dos libras y diez sueldos.* El negociante que recibia muy frecuentemente pequeños lios por este conducto, y sin aviso algunas veces, pagó la cantidad que el hombre pedia, y pone su firma sobre el artículo que le es dirigido; y el factor inmediatamente que es pagado se marcha. Se descubre el fardo para ver lo que contiene, y no se hallan mas que pedazos de rodillas sucias y rotas.

Suceso XXXII.

Una jóven que parecia no tener mas que veinte y cinco á veinte y seis años, á pesar de que tenia treinta y cuatro, adornada de la mas bella figura, y esplicándose con un ayre encantador, y un arte interesante, se halló un dia en Londres en la ópera. Estaba acompañada de un hombre jóven que parecia de diez y ocho años, quien, por convenio entre los dos, la llamaba madre, á pesar de que eran hermanos. Un Lord se colocó aquel dia en el mismo palco en que ella estaba, y no pudo menos de admirarse de la frescura y las gracias de aquella dama. La conversacion no tardó en entablar relaciones, el Lord la proporcionó ya con interes, pero fué mayor despues que vió el talento, viveza, y gracia de aquella muger, en términos que le encantó, y el teatro que era su diversion diaria, no le llamó aquel dia ni un momento la atencion, no hallando placer mayor que el de hablar con su amable compañera de asien-

to. El teatro se acabó demasiado pronto para él; teme no volver á lograr ocasion de ver á la persona que tan vivamente le ha interesado, y se resuelve á pedir á la dama el permiso de acompañarla hasta su casa. Ella se resiste; él la demuestra la pena que le causa su separacion, y haberla conocido para tan cortos momentos, pero le consuela diciéndole que la gusta mucho la ópera, y que á la representacion siguiente no dejará de venir. Esta seguridad tranquiliza un poco á nuestro Lord, y espera con impaciencia el momento de la representacion deseada; llega aunque muy lentamente para él; va muy temprano á fin de acechar á su querida, y poderse colocar junto á ella. La ve al fin acompañada de su fingido hijo; se va á ella como una exalacion, la dice que la ha guardado un asiento en el palco donde él está, y que le parece el mejor sitio para ver la ópera, de lo que ella le da las gracias por su atencion. Entra en el palco con su hijo, quien se coloca detras de ellos, de suerte que el Lord se felicita de estar á el lado de una muger que ya ado-

ra: A su parecer podia ya hablar con mas libertad, y así se indemnizó de la privacion que habia sufrido de no verla, hablando continuamente del ardor de la pasion que le habia inspirado. Por esta vez se le concedió el permiso de acompañarla hasta su casa despues del teatro, y se le convidó á subir. El Lord enagenado de alegría, aceptó, como es de presumir, el convite inmediatamente. Por el adorno de la casa conoció que esta señora gozaba, si no de una gran fortuna, al menos de un pasar muy decente. Se le ofrece un refresco. *¿Puedo yo resistirme dice á vuestros ofrecimientos cuando los haceis con tanta gracia?* Se pasa tan pronto el tiempo estando con la persona que se estima, que al fin fué preciso separarse, y esto causó nuevas penas al Lord. A la mañana siguiente no faltó en ir para saber de la salud de su dama, y despues de una corta conversacion, la propone salir á dar un paseo. *Siento mucho el no poder agradaros*, le dijo con un aire lleno de gracia. -- *El tiempo está tan hermoso que es preciso aprovechar-*

le ; yo creo que V. señora, puede disponer libremente de su voluntad? -- Si, pero un deber importante me impone la obligacion de estar en casa ; soy madre, y no puedo dejar á mi hijo solo; y sería imprudente en proporcionarle diariamente nuevas disipaciones, pues la juventud está siempre dispuesta á entregarse á los placeres. Es preciso que mi hijo trabaje ; yo no tengo una gran fortuna que darle, y está en edad de pensar ya juiciosamente. Yo no deseo mas que sus adelantamientos, él lo sabe, y por tranquila que yo parezca, sufro bastante por este motivo. -- Parece muy dulce de carácter, y que respeta cariñosamente á su madre. -- Yo debo felicitarme de su docilidad, respeto, y cariño, pero el deseo de viajar le tiene trastornada la cabeza. No me habla de otra cosa continuamente, y cada dia es mas firme su resolucion. Yo os confieso, Milord, que me hallo en una posicion muy crítica y apurada ; quisiera suscribir á los deseos de mi hijo, pero.... -- Acabad, señora ; me creeis acaso indigno de

vuestra confianza? hacedme el favor de mirarme como un amigo, y estad segura de que aprovecharé todas las ocasiones de poder seros útil. -- No lo dudo, Milord, pero no me conoceis aun lo bastante para llenar el objeto de mis deseos. -- ¡Ah! señora, es bastante el veros para apreciaros: no me dejeis, yo os lo suplico, con una media confianza. -- ¡Eh bien! Milord, pues que así lo quereis, voy á hablaros con sinceridad, y haceros confidente de mi pena: mi hijo hace un mes me atormenta por ir á las indias, y quisiera aprovechar la salida de un navío que está para hacerse á la vela, pero no puedo dejarle partir sin hacerle su cargamento. Yo quisiera darle á lo menos la legítima que le corresponde de su padre, que importa mil guineas: yo tengo aun un recurso para dárselas, y os le voy á demostrar: al decir estas palabras, se dirige á su escritorio, y saca un contrato: *ved aquí*, dice, poniendo en sus manos el papel, *todo mi haber; es, como veis, una hacienda que poseo, y que vale seis veces mas*

que la legítima de mi hijo...... Si la vendo quedo perdida; á mas de que le tengo cariño por ser herencia de mi padre; yo preferiria el cercenar mi renta, y tomar prestado con hipoteca; pero tengo tan poca esperiencia de mundo, que no sé á quien dirigirme, y temo mucho el verme en la precision de vender. -- Vos hariais muy mal señora, dijo el Lord con energía, *en desprenderos de la herencia de vuestros padres; y para ayudaros á conservarla os ofrezco yo las mil guineas; pero con la condicion de que me permitireis venir á comer con vos sin ceremonia, y contad con mi palabra: yo me marcho señora, y en dos horas estaré de vuelta para cumplir mi promesa.* -- En efecto, el Lord no faltó á la hora convenida, y apenas entró sacó un bolsillo: *ved aquí, hermosa deidad, la cantidad que necesitais. -- Milord, yo no he pretendido el comprometeros á entregarme esta suma, y me veo precisada á rehusarla. -- Señora, hacedme el favor de recibirla; os pido esta gracia encarecidamente. -- Milord, os pongo*

una condicion, y es que iremos á casa de vuestro secretario para poneros la seguridad de la hipoteca -- Ba, ba; señora, tiempo tenemos para eso; ahora tratad solo de dar ese gusto á vuestro hijo. -- Yo os confieso francamente Milord, que con esta accion mereceis os mire como un amigo, y que me alegro mucho de poder ya dejar ir á viajar á mi hijo: su separacion me causará mucha pena; pero por otro lado conozco que era para mí mucha sujecion el tenerle siempre conmigo.. -- En efecto, convengo, dijo el Lord, *que bien mirado es una esclavitud, pues no tendriais libertad para tomar relaciones con nadie.* Pusieronse á la mesa, y el Lord cada vez estaba mas encantado de su querida: durante la comida dijo la dama á su fingido hijo. *Gracias á Milord, á quien no he podido ocultar el secreto de mis penas, estoy ya hijo mio, en estado de poderte dar la legítima de tu difunto padre: mañana pasaremos á casa de un escribano para formalizar el contrato, y podrás viajar segun tus deseos; yo te*

dejo la libertad de emplear tu legítima como mejor te parezca, para que no puedas nunca culparme de nada, en caso de que los nogocios no te salgan favorables. El hijo dió gracias á el Lord, y éste le dijo: *Yo deseo que vuestro viage sea feliz: cuidad jóven amable de vuestra carrera, pues la suerte de vuestra madre está unida á la vuestra; obrad con cordura, y cuidad de no salir engañado en vuestras negociaciones: este dia es para mí muy lisongero para no pasarlo en vuestra interesante compañíía.* Fueron al teatro y al separarse despues de concluida la ópera, se trató de que al dia siguiente estarian privados del placer de ver al Milord, porque este dia debia emplearse por la madre y el hijo en ir á buscar el escribano y al comisionado del navío para tomar las disposiciones necesarias. La dama salió á buena hora con su hijo, y no volvió hasta muy tarde para hacer creer al Milord, en caso de que hubiese venido, que se ocupaban en el viage. Luego que vino el Milord, no dejaron de decirle que no habian per-

dido el tiempo, que todo estaba ya terminado, y que el hijo debia marchar dentro de tres dias: esta noticia llenó de alegría á el Lord, porque iba á quedarse solo con el objeto de sus pensamientos, y los tres dias le parecieron un siglo. En fin, llegó el dia de la despedida y estuvieron tristes, á lo menos parecia lo estaban. Al dia siguiente en que debia marchar el hijo fingido, vino el Lord muy temprano temiendo que el dolor que habia afectado la madre, la perjudicase á su salud; luego que ella le vió le recibió con una tristeza falsa, pero estremada. El Lord se esforzó para disipársela, pero inútilmente. *Vuestro dolor es legítimo*, la dijo el Lord; *pero debeis ser superior por medio de vuestro talento: es preciso que tomeis el aire para disipar la melancolía que domina vuestra alma. -- Yo quisiera ir un par de dias á la campaña en casa de una de mis amigas. -- Hareis muy bien*, dijo el Lord; y ella tomó la resolucion de marcharse á la mañana siguiente: el Lord dijo que se aprovecharia de esta ausencia para ir tambien

á la campaña, y que dentro de tres dias estaria de vuelta. La dama fingió que marchaba, hizo espiar al Lord, quien efectivamente se fué á su campaña, como habia dicho. Ella entonces se aprovechó de este momento para empaquetar sus efectos, y dejó la capital para ir á reunirse con el fingido viagero al sitio en que estaban convenidos. Luego que llegó el Lord se presentó en casa de la dama, y no respondiéndole se informó si habia vuelto de la campaña: *no ha estado en ella*, le dijeron: *se ha mudado hace dos dias, y no ha dejado las señas de su nueva habitacion.* Figúrese todo lector cuál sería la admiracion y rabia del Lord cuando se halló burlado por aquella muger que adoraba, sin lograr sus deseos despues de sacrificar mil guineas.

Suceso XXXIII.

La sociedad, y particularmente la clase de comerciantes ó negociantes no pueden muchas veces ponerse al abrigo de la astucia de ciertos hombres á quienes confian sus géneros, y que luego que los venden, cubren la mas insigne estafa con las apariencias de un robo, á consecuencia de un asesinato de que dicen han sido las víctimas.

El 6 vindemario año 9 de la república, un particular, de vuelta de las comisiones que le habian dado varios negociantes para algunas ferias, entró en su casa con la cabeza ensangrentada, y dice que ha sido robado en una cantidad considerable á las ocho de la noche en los campos-eliseos, despues de haber recibido un sablazo en la cabeza.

Esta aventura hizo ruido, como es de presumir, y todos compadecen á este hombre diciendo que era muy honrado; y se cree tanto mas en este acontecimiento desgraciado, cuanto que lo prueban sus heridas; pero desgraciada-

mente para él, uno de los negociantes no fué tan crédulo como los otros, y apenas supo este acontecimiento se fué al momento á casa de nuestro hombre, quien le recibió, como á todas las personas que venian á verle, y á saber de sus negocios, con un ayre medio moribundo. Empieza por compadecerle, y le ofrece sus servicios; despues dice que le enseñen la herida, y se niegan con escusas; pero sus nuevas instancias hacen que el falso moribundo no pueda negarse, y nuestro negociante reconoce que la tal herida del comisionado no es mas que una ligera incision en la piel, ó un rasguño que estaba casi cerrado. Á vista de esto se realizaron sus sospechas; disimula, acaricia al hijo que habia acompañado á su padre á las ferias, y que tenia ya doce años; le pregunta mientras el padre estaba ocupado en hablar con otras personas, y el muchacho le responde ingenuamente que él no ha visto á los ladrones que su padre dice le atacaron: prevenido ya con estos indicios irrecusables, se va el negociante á casa del comisario de policía, y le

informa de todo. El comisario envia á llamar al comisionado, que no habia cuidado de ir á darle parte y queja, con el temor sin duda de que mandase reconocer la herida. Le pregunta y él tartamudea, probando con sus respuestas equívocas y llenas de contradicion que no ha sido robado ni herido.

Suceso XXXIV.

El quinto dia complementario del año 7 de la república se introdujeron cinco individuos en una casa, calle de Mail en Paris, domicilio de una italiana llamada Tresta, viuda Prat, y se anunciaron como portadores de una órden de la oficina central, contra uno llamado Rougier que vivia con ella: encuentran allí á este particular, y le declaran que está prevenido de emigracion, y de alteracion de moneda. Por consecuencia dicen que están encargados de prenderle, y de hacer un reconocimiento en la casa de la viuda Prat de todas las monedas, oro y plata, así como de todas las alhajas para llevarlo

á la oficina central, y conducir allí á dicho Rougier. Para dar á este atentado una apariencia legal se habia condecorado uno de los culpables con una cinta tricolor, y parecia llenar las funciones de comisario de policía: los otros tres habian tomado la cualidad de inspectores, y el quinto, armado de un gran sable, y vestido con uniforme de cazador, pasaba por el comandante de la fuerza armada, que estaba cercando la casa.

A favor de estos disfraces, el falso comisario de policía y sus cómplices cogieron una caja que contenia 12.000 francos, una barra de plata del peso de 14 á 15 marcos, y una cuchara grande. Concluida la operacion, intiman á Rougier la órden de seguirlos, y obedece: le hacen subir á un coche, donde se colocan con él dos de los fingidos inspectores, y el bribon disfrazado de militar; y en otro coche van los demas con los objetos robados. Distribuidos así los papeles, el primer coche toma el camino de la oficina central, pero fué á detenerse á uno de los patios del palacio de

justicia, donde los rateros, para desembarazarse de Rougier, aparentan favorecer su evasion, y le dejan escapar.

Entretanto el otro coche habia tomado una direccion opuesta, y se apresuraba verosimilmente para llegar al sitio fijado para la particion de los objetos robados.

No tardaron en conocer el funesto chasco que habian sufrido con aquellos picaros, y se pasaron muchos dias sin podèr averiguar cosa alguna, pues á pesar de las mas exactas indagaciones estuvo mucho tiempo cubierto el crímen con las sombras del misterio. La policía por su vigilancia activa lo llegó por fin á descubrir, y prendió á los autores del robo. Al uno le hallaron con una porcion de letras falsas con las que hacian su comercio, y gran número de instrumentos que servian para alterar la moneda.

Suceso XXXV.

Estafa de un género nuevo, en que ha entendido el tribunal de policía correccional de Paris.

En este asunto, sin ejemplo hasta el presente en los anales de la jurisprudencia, ha intervenido un juicio, en que ha sido precisa toda la sagacidad de los jueces para no pasar los límites de una justicia verdaderamente distributiva.

Antes de hacer conocer la sentencia del tribunal, vamos á entrar en los detalles que han dado márgen á este proceso verdaderamente singular.

Mr. Heyer, poseedor de una fortuna considerable, hizo conocimiento en los primeros dias del vindemario año 9 de la república, con uno llamado Barbaut, por relaciones del general Polian. Este, oyendo hablar en casa de Mr. Heyer de juegos y de lotería, dijo que habia conocido á un sugeto que decia tenia un secreto infalible para ganar al *treinta y cuarenta*. Mr. Heyer, seducido por el atractivo de un beneficio in-

menso, fué á casa de Barbaut, inventor del pretendido secreto, en los primeros dias del vindemario, á quien halló en la mas espantosa miseria, y le llevó á su casa despues de haberle dado cincuenta luises para ponerle en estado de presentarse en la sociedad. Mr. Heyer preguntó entonces á Barbaut en qué consistia el secreto que le habian dicho poseia. Barbaut se lo esplicó, y en su presencia misma hizo esperiencias que tuvieron buenos resultados; le lleva á diferentes casas de juegos, donde ganó constantemente, y concluyó por vender su pretendido secreto al crédulo Heyer.

Los debates á que ha dado lugar este asunto ofrecen las circunstancias mas estraordinarias. Si, de una parte, admira la estrema credulidad, por no decir mas de Mr. Heyer, que consiente en pagar 135.000 francos por el secreto infalible de engañar, de otra parte, la seguridad constante y sostenida de Barbaut no debe sorprender menos. Confiesa haber vendido á Mr. Heyer, no el secreto infalible de ganar siempre al jue-

go, sino el mejor medio de jugar con una especie de certeza; medio que dice ser el resultado de veinte años de observaciones y de cálculos; y *la prueba*, añade él, *de que Mr. Heyer sabia muy bien lo que compraba*, *es que yo he repetido en su presencia mis esperiencias tantas veces cuantas há querido; y así es que cuando ha jugado segun mi secreto, ha ganado sumas inmensas. No es culpa mia, sino ha seguido siempre mis instrucciones, ó si há concluido por olvidarlas enteramente.*

Mr. Heyer y los testigos que se han oido han convenido todos en que las experiencias hechas particularmente por Barbaut, habian tenido el mas feliz resultado; pero que no habia sido así cuando se habia tratado de poner sus instrucciones en ejecucion en las casas de juego. Quejandose Mr. Heyer un dia á Barbaut de que su secreto infalible le habia ya hecho perder mas de 42.000 francos, le respondió que eso no le admiraba, porque se obstinaba en jugar en los dias que Salomon habia señalado pa-

ra ser desgraciados. Mr. Heyer ha añadido que antes de venderle su secreto le habia preguntado Barbaut si creía en la Santa Trinidad, y que cuando le dió la respuesta afirmativa consintió en hacerle poseedor de tan raro tesoro. Estos hechos han sido negados por Barbaut.

Luego que se han determinado los debates ha oído el tribunal á Mr. Roullois, comisario del gobierno que ha presentado en resúmen claro y sucinto los hechos del proceso. A la presentacion de la acusacion, ha dicho, se ha preguntado cuál era el mas bribon; si el que habia vendido ó el que habia comprado, porque se presumia que este secreto infalible consistia en algunos subterfugios, y en algunos conocimientos; pero despues de los debates se ha visto que se trataba solo de los cálculos y combinaciones, y se ha dicho: el uno es loco, y el otro imbecil. Despues de haberse escusado en probar la segunda cuestion, ha desenvuelto el comisario del gobierno los medios propios para demostrar que si Barbaut era loco, á lo menos era un loco muy razonable, por-

que habia logrado dar valor á una chimera, y venderla en 135.000 francos; y ha concluido pidiendo contra Barbaut un encierro de dos años, y á una multa de 2.000 francos, reservando la repeticion civil de sus derechos á las partes interesadas.

El tribunal ha creido que esta estafa estaba sostenida por la confianza que Barbaut podia tener en su secreto, y á mas de esto por las pruebas ventajosas que se habian hecho por el demandante, las que le habian estimulado el deseo de adquirir el secreto.

No ha mirado como exempta de vituperio la conducta de éste, que por medio de un secreto que creía seguro, queria estafar las mesas de juego, y ponerse al abrigo de la inconstancia de la suerte.

En consecuencia, queriendo el tribunal ser justo con todos y satisfacer á la moral pública, condenó á Barbaut á 300 francos de multa y diez dias de prision: anuló las escrituras y toda obligacion hecha por Mr. Heyer en su favor: y con respecto á la suma de 9.000

francos recibidos por Barbaut, y la de 5.000 pagados por los gastos de las dos actas que se acaban de anular, considerados los puntos ya enunciados sobre Mr. Heyer, da por concluida toda competencia y pleito entre las partes, compensa los gastos de este proceso hasta la presente sentencia que con los gastos que pudiere ocasionar su ejecucion, quedan á cargo de Barbaut, así como la impresion y edictos de la presente sentencia, hasta el número de 500 ejemplares; previniendo á Mr. Heyer ponga en la caja de los hospicios civiles del comun de Paris, sobre la suma de 4.000 francos que importa la letra anulada, el don gratuito que su humanidad le sugiera.

Suceso XXXVI.

Un sugeto cambiaba de nombre en todos los pueblos por donde pasaba, hacia letras falsas de cambio, y contra-hacia toda clase de escritos, y para figurar mejor su papel pedia letras sobre Paris y otras ciudades de comercio; pagaba su importe, y contra-haciendo despues este papel, venia á decir que no conocia la casa contra quien estaba girada la letra, reclamaba su dinero, y entregaba un papel falso enviando en seguida el bueno para coger su importe. Esta estratagema le ha servido por muchos años, hasta que fué preso en Nancy donde dijo que se llamaba José Papillon.

Suceso XXXVII.

Un comerciante de Londres despachó para Halifay en agosto de 1801 una gran cantidad de vino de Oporto, y habiendo sido visitadas las cubas, segun costumbre, tomó su guia de la aduana, y el navío llegó á buen puerto; pero cuál fué la admiracion del comprador, cuando en lugar del vino que habia pagado, no encontró en las cubas sino una ligera superficie de vino contenida en una cuba doble, y el fondo ó cuerpo de ella lleno de agua del Tamesis. Como el comerciante del fraude habia tenido tiempo para escaparse, ha sido condenado á cuatro mil guineas de indemnizacion las que se perdieron por su engaño.

Suceso XXXVIII.

Un abogado de Bruxelas, aconsejó á una comercianta, que habia sido desgraciada en algunos negocios, declarase su bancarrota, haciéndole su acreedor imaginario por medio de una obligacion hecha á su favor de una suma de veinte y cinco mil francos. La comercianta consiente en ello, y firma la obligacion á favor de este hombre en quien tenia su confianza. Este, de concierto con su fingida deudora, obtiene una sentencia de ejecucion, y un auto de prision. Hasta aquí la picardia era igual de ambas partes, cuando nuestro letrado que no tenia otro objeto que sus intereses particulares, hace que pongan en la cárcel á su cómplice, y que se venda cuanto tiene de géneros y muebles para cobrarse de la cantidad á que ascendia la deuda figurada. La comercianta, indignada, descubre esta horrible traicion, confesando el pacto oculto que tenian, y obtiene una providencia para que se sobresea en la

venta de sus efectos, y se la declare acusadora del que antes era su consejero. Esta aventura sucedió en brumario (febrero) del año 20 de la república, y el tribunal de acusacion declaró que habia lugar á la formacion de causa contra el abogado por haber abusado de la confianza de una parte que no solo aconsejó sino que fué su defensor y depositario de su fortuna.

Suceso XXXIX.

Un ratero llevó á una prendería á su muger y por dos duros la alquiló por dos dias un trage muy decente, con el cual la vistió, y quedó hecha una señora; fué con ella despues á casa de un maestro de coches, y escogió el mejor bombé con un cochero bien vestido; y pagando su alquiler, subió y mandó la llevase á palacio, y desde allí á *Saint Mederic*; vuelve á palacio, y despues de haber dado una vuelta baja por la puerta que hace frente á la iglesia de Saint Barthelemy, donde vió muchos lacayos que se alquilaban, y escogió

uno buen mozo, y con una librea muy buena parecida á la del cochero; le lleva, le hace subir detras del coche, y con este equipage manda la conduzcan á la calle *Aubry-le Boucher*. Baja en casa de un comerciante de sedas, quien creyéndola lo que no era, la recibió con la mayor distincion, y ella le pidió los mejores puntos de Génova. El comerciante la enseñó los que habia en su almacen de mayor precio; eligió uno de los mejores y convinieron en el precio de quinientos francos; la dama entonces dijo al comerciante: tomad éste y venid conmigo en el coche para daros vuestro dinero en mi casa, que no está léjos, pues yo vivo en la calle de la *Verrerie;* y el comerciante creyéndola, tomó su sombrero y su punto, y subió al coche con ella. La dama dijo al cochero: *Cloitre Saint Mederic: tengo alli*, dijo al comerciante, *una prima y quiero enseñarla mi compra.* Se detuvo el cochero delante del claustro de *Saint Mederic*, y la dama dijo al comerciante: *dadme el punto, pues voy á enseñarselo á mi prima; esperadme aquí en mi coche, pues*

no haré mas que entrar y salir. - El comerciante que se creía seguro de sus géneros, teniendo el coche, y las mulas que le respondian de su valor en todo caso, se quedó en el coche, y mientras tanto la dama tomó un pasadizo, y se marchó con el punto. El comerciante estaba muy tranquilo en el coche esperándola; pero despues de haber esperado en esta disposicion dos y tres horas lleno de impaciencia, y viendo que no venia dijo al cochero: *¿cómo se llama tu ama?* *quién*, responde, *¿la que tiene alquilado el coche?*--*No*, *no*, dice el comerciante, *¿la señora que has traido aquí?*--*Señor*, responde el cochero, *yo no la conozco, pues vino esta mañana á tomar este coche alquilado, y pagó al amo su alquiler.* -- Entonces el comerciante sorprendido, preguntó á el lacayo: *decidme, ¿cómo se llama vuestra ama?* -- á lo que respondió el lacayo: *yo señor, no la conozco todavía, pues me ha alquilado en Palais-Royale èsta medio dia hasta las tres nada mas, y me ha dado solamente diez sueldos para comer.* -- *¡Cómo!* dice el comer-

ciante todo espantado, *¿no la conoceis ni el uno ni el otro?* -- *No, yo os juro que no la conozco*, dijeron á la vez cochero y lacayo. -- *¡Ah!* esclama el comerciante, *¡ved aquí perdido mi punto de Génova!* Tenia razon en decirlo, pues aun no ha podido á esta fecha averiguar cosa alguna, y muy lleno de pena se volvió á su casa. El cochero llevó á su casa el coche, y el lacayo se volvió á palacio para servir al primero que le buscase.

Suceso XL.

Un ratero se fué sin sombrero á una reunion numerosa donde se propuso escoger uno á su gusto: se puso á el lado de un magistrado que tenia uno nuevo escelente, y el ratero halló modo de apoderarse de él al salir la gente á empellones. Advirtió, pues, el magistrado que se le escapaba su sombrero debajo del brazo, y gritó: *señores que me llevan mi sombrero*: el ratero al mismo tiempo se lo puso sobre la cabeza, y apretando las manos sobre el sombrero, dijo: *no sea el diablo que me roben tambien el mio.*

Suceso XLI.

Un comerciante de Bordeaux recibió en 1791 una carta en que uno de sus corresponsales de Hamburgo le enviaba las señales de un hombre que decia haberle robado cuarenta mil francos en numerario, que habia averiguado era de Bordeaux, y que le veían frecuentemente en la Bolsa: concluía suplicándole encarecidamente no hiciese público el acontecimiento, porque el ladron era uno de sus parientes; pero que le convidase á comer, y le aconsejase hacer la restitucion; y que si lo lograba, le diese la cantidad de cinco mil francos. El Bordelés no se descuidó en observar con atencion todas las fisonomías que se presentaban en la Bolsa, y habiendo hallado por último al que buscaba, desempeñó puntualmente la comision. El estrangero aceptó el convite, y luego que se levantaron los manteles y que se hallaron solos, le declaró el comerciante haber sido instruido del robo en que se habia hecho culpable, y que tenia ór-

den para estrecharle á la restitucion. Pareció admirado, y confuso, y suplicándole en nombre de Dios de no perderle, le dijo que estaba dispuesto à hacer lo que se exigia de él, pero que no tenia el dinero, habiéndolo cambiado luego que llegó á Bordeaux en papel para hacerlo producir intereses: sacó su cartera, y le entregó al comerciante por valor de cuarenta mil francos en cédulas de mil francos cada una: el comerciante muy satisfecho le dió en dinero los cinco mil francos que tenia órden de regalarle si hacia la restitucion, y se marchó. Habiendo examinado despues con sus dependientes las cédulas de los cuarenta mil francos que acababa de recibir, reconoció que eran falsos; y en vano le buscó por todas partes. Se apresuró á escribir á Hamburgo, de donde le aseguraron que habia sido falsificada la firma de la casa, y que aquella maniobra era operacion de una sociedad de bribones que tenian miembros en todas las plazas principales de comercio de la Europa.

Suceso XLII.

Un médico de Dublin, hombre de cierta edad, muy acreditado y bastante rico, fué un dia á tomar cierta suma considerable en billetes de banco, y en oro; y volviendo para su casa, fué detenido por un hombre, que iba al parecer sin aliento á fuerza de correr, quien le suplicó fuese inmediatamente á ver á su muger que se hallaba con un flujo de sangre; añadió que era urgente el socorro, y que no se iria descontento el doctor, pues le daria una guinea por una sola visita. El médico, que era muy avaro, no tuvo que vacilar un momento, y mandó al sugeto que echase á andar enseñándole el camino, pues que detras le seguia: le introdujo en una casa situada en una calle muy retirada; le hizo subir á un cuarto tercero y le introdujo en una pieza, cuya puerta fué cerrada con llave al momento. Entónces el conductor presentándole con una mano al pecho la boca de una pístola al doctor, y con la otra

un bolsillo vacio y abierto. "Aquí teneis á mi muger, *le dice*, ella tuvo un flujo tan fuerte que la redujo al estado en que la veis: vos sois uno de los mas sabios médicos que tenemos, y yo sé que os hallais en estado de curarla mejor que otro, cuando me consta que venis de sacar de cierta parte el remedio necesario. Despachaos en aplicarle sino quereis mejor tragar dos pildoras de plomo que estan en este instrumento." El señor doctor hizo su gesticulacion á palabras tan atentas; pero obedeció: tenia algunos billetes de la banca, y ciento veinte y cinco guineas que estaban en rollos: puso estas con la mayor docilidad en la bolsa, y quiso salvar los billetes; pero el ratero no se descuidó en asegurarlos con igual política. *Esperad*, le dice, *no es justo que hayais hecho tan buena cura por nada; os he prometido una guinea por vuestra visita; yo soy hombre de honor y aquí la teneis; pero yo sé que teneis en vuestro bolsillo algunas recetas muy eficaces contra la repeticion del mal que acabais de curar, y es preciso que ten-*

gais la bondad de dejármelas. Los billetes del banco tomaron el camino de las guineas: entónces el ratero ocultando su pistola debajo de su capa, acompañó al médico suplicándole no hiciese ruido; le dejó á la esquina de una callejuela solitaria prohibiéndole el seguirle, y echó á correr bruscamente á buscar otro alojamiento á un cuartel distante.

Suceso XLIII.

Un ratero mal vestido pasaba por Monmoult-Street donde estan todas las roperías y baratillos de Londres, y fué detenido por un muchacho de las prenderías, quien cogiéndole por uno de los botones de su mal vestido, le suplicó haciéndole grandes reverencias le permitiese vestirlo con un vestido nuevo, y una levita que le vendria muy bien á su talla. El ratero miró con un aire brutal admirado su androjoso vestido, quedando por un momento suspenso; y por último dijo, que tenia necesidad, á la verdad de otro vestido, pero que sin embargo no

trataba de cambiar con nadie. Estrechado de nuevo por el ropero, entró con él en la tienda, y despues de haber echado á bajo muchos paquetes, y haberle vestido, queriendo bufonearse el mancebito, le dijo: *hace ya veinte años que no hago la caridad de vestir á ningun pobre, y quiero ejercer con vos hoy este acto de humanidad por hallarós de un semblante de humildad y virtud que no he visto en otros hace tiempo. Miraos al espejo, si no me quereis creer, vereis la hermosura del color, y podeis ver sobre todo el gusto con que está hecho el cuello.* -- Nuestro ratero, vestido de nuevo, despues de haberse mirado bien, y hallándose medianamente vestido, se volvió al ropero, y le dijo. *Amigo mio, echange in no robbery.* (Un cambio no es un robo) y sin esperar que le respondiese se puso á correr cuanto podia, alejándose con tal viveza que todos los *oh! he!* y los *stopthief!* (detener á el ladron) no pudieron contener la velocidad de su carrera. El vestido, cuyo color y cuello eran tan bonitos y bien hechos, desaparecieron

en menos de dos minutos con el hombre á quien estaba tan bien.

Suceso XLIV.

El comercio nos presenta diariamente nuevos géneros de estafas. Hay sugetos que venden barriles en buen estado, y bien llenos de aros ó cercos, que dicen estan llenos de espíritu de vino, ú de otros licores. Enseñan la muestra, pero despues de haberla presentado y vendido sus barriles, se reconocen y no se halla en ellos mas que agua pura, teniendo únicamente cada uno una caja ó bote de oja de lata, con unos cuarenta centímetros cuadrados, unidos al tapon, lleno del licor que se presenta de muestra, y cuando sacan esta, tienen cuidado de no sacarla sino por el tapon; porque oradando el barril con el taladro no saldria mas que agua. De este modo se halla el comprador no tener mas que una duodécima parte de la cantidad de licor que ha comprado.

Suceso XLV.

Nuevo modo de estafar, denunciado por el prefecto de policía, que halla un alimento perpetuo en la credulidad de un gran número de habitantes de los departamentos. He aquí en lo que consiste.

Un sugeto que se dice detenido en Paris, en una prision cualquiera, pero lo mas general en la del Temple, envia una carta á un ciudadano, cuyo nombre y casa le han sido indicados, en la que le anuncia primero que ha estado al servicio de un personage bien conocido; pero que no se halla ya en el territorio francés. Añade que al tiempo que su amo fué preso por delitos políticos, se vió él precisado á fugarse; que reside en la comun donde habita el sugeto á quien dirige la carta; que habiendo sido luego llamado por su amo á Paris, y temiendo perder allí un cofrecito lleno de alhajas, ó una fuerte suma de oro que quedó en

su posesion, creyó debia poner este tesoro en un parage distante de la ciudad donde reside el sugeto á quien se dirige; pero bastante retirado para que fuese imposible descubrirlo: que al fin le arrestó la gendarmería en el camino cuando volvia á Paris, y que ha sido conducido á la prision del temple ú otras donde permanece aun: que teniendo necesidad de dinero se dirige confidencialmente á él, haciéndole depositario de su secreto, autorizándole para recoger el tesoro y venderle ó guardarle seguro de su probidad, y de que partirá su valor religiosamente, del que le cede la mitad. (*Aquí viene un incidente al socorro del ratero que quiere recibir la cantidad que necesita antes de verse obligado á indicar el parage donde está oculto el tesoro*).

Estoy enfermo, dice, y colocado en la enfermería: el practicante enfermero, que me ha adelantado el dinero que he necesitado, ha exigido de mí, por no conocerme, que le deje mi baul á título de caucion, hasta pagarle lo que le debo; y en efecto lo tiene en su po-

der, y al momento que yo esté en libertad, me lo entregará: éste baul contiene, entre otras cosas, la nota circunstanciada del parage donde tengo depositado mi tesoro; y enviándome la cantidad de..... que le debo, me facilitaba V. el medio de pagarle y quedar bien con él; me devolverá mi baúl, y al momento yo le remitiré á V. la nota á fin de indemnizarle al instante del avance que me hubiese V. hecho, y de darle un testimonio cierto de mi reconocimiento, y de la confianza que me merece.

Tal es el espíritu en que estan concebidas las cartas conocidas bajo el nombre de cartas de Jerusalen, á cuya sombra cometen todos los dias mil estafas los rateros, aun desde las mismas prisiones, á beneficio de la codiciosa credulidad de muchos inocentes.

Suceso XLVI.

Un bribon de un ratero tenia deseos de comer bien á poca costa, y aun de obsequiar un dia á sus compañeros, y al efecto se fué á la *Vallée* con un mozo que cogió al paso. Se dirige á un pastelero, le dice que al dia siguiente se casa, y que necesita una gran cantidad de piezas para su boda. Ajusta todo cuanto halla de su gusto, y carga cuanto puede al mozo, diciendo al pastelero. *Amigo mio, mi tio, que es un cura de esta ciudad, hace todos los gastos de mi boda: con que hacedme el gusto de mandar que venga conmigo uno de vuestros criados y traerá el dinero.* Lo que hizo el pastelero, mandando á uno de sus mozos que le acompañase para recoger la cantidad en que se habian convenido. El ratero le lleva por muchas calles de Paris, y pasando delante de Saint-Jacques-de-la-Boncherie, dijo al mozo. *Aquí dentro está mi tio, entremos*, y le mandó que se esperase á la puerta. Entraron, y le dice, seña-

lándole al primer cura que vió diciendo misa. *Ved allí á mi tio, esperemos que acabe la misa:* lo que hicieron; y luego que el cura concluyó, *esperadme*, dice el ratero, *pues voy á hablarle.* Se acerca pues al cura, á quien no conoce, y le dice al oido. *Señor cura ved aquí*, señalando al mozo, *á este pobre muchacho que os traigo, que ha perdido el juicio; pero su locura es muy rara, pues cree que todo el mundo le debe dinero, y no tiene otra conversacion que pedir á todos los que encuentra: me han encargado mande decir un evangelio sobre él, y os suplico me hagais este favor.--Con mucho gusto*, dijo el cura. Entonces el ratero dijo en alta voz: *este mozo esperará á que os hayais desnudado.-- Muy bien*, dijo el cura, *salgo al instante.*--El criado del pastelero, viendo esto, creyó que no habia que hacer mas que poner la mano: dejó marchar sin reparo alguno al ratero, que se despidió de él, y llevó al mozo consigo. Pasados algunos minutos salió el cura, se fué derecho al criado del pastelero, á quien mandó poner de rodillas.

¿Para qué? dice el mozo, *para recibir dinero, creo que no necesita uno ponerse de rodillas: con que yo lo recibiré de pie.*--El cura creyendo que era efecto ya de la locura, se puso á predicarle, diciéndole que debia procurar desechar de su imaginacion esas tontas manías; pero el criado del pastelero, que no hacia caso de estos discursos, se incomodaba cada vez mas, y no cesaba de pedirle su dinero: estuvieron largo tiempo con esta graciosa disputa, hasta que empezando á dudar el cura de la locura que suponia en aquel mozo, le preguntó enfadado: *pero vamos, ¿qué dinero ni qué calabaza es el que quieres que yo te dé, y de qué demonios te lo debo yo sino te conozco?* -- *El dinero*, responde, *que vuestro sobrino ha quedado á deber á mi amo el pastelero N..... por las aves y otras piezas que ha llevado de su partelería para las fiestas de su boda, todo lo cual ha dicho que debeis pagar.* -- Entonces fué cuando uno y otro conocieron haber sido engañados; por lo que el criado del pastelero viendo que no tenia que esperar nada del

cura fué á buscar al ratero; pero fueron inútiles todas sus diligencias.

Suceso XLVII.

En el mes de setiembre de 1802 un sugeto llamado Colin bajó á una fonda amueblada, propia de Mr. Ibbotson calle Oxford en Londres: iba en un coche muy elegante, y llevaba consigo dos damas, á quienes llamaba, á la una su esposa y á la otra su sobrina. Se figuró ser un hombre muy rico que iba á establecer una banca, y que dentro de poco tiempo sería Baron: decia que era íntimo amigo del Lord Kenyou, y que por complacerle tenia que publicar una obra contra el papel moneda.

Dos semanas despues dejó Colin la fonda, pero volvia de cuando en cuando; y comiendo allí un dia con uno de sus amigos, llamado Free, halló el vino muy delicioso, y propuso á M. Ibbotson le cediese doce docenas de botellas, para cuyo pago presentó una letra de cambio de 65 libras esterlinas, tirada á

favor de Samuel Colin, Escudero, á seis semanas vista, por M. W. Etacker, en Chester, contra B. D Free, Escudero, calle de Harlay, número 9, aceptada por éste, y pagadera en casa de MM. Williams, hijo, Drurey y compañía, banqueros. M. Ibbotson recibió esta letra, volvió 35 libras esterlinas y 12 schellinhs que sobraban, y entregó el vino, que Colin hizo llevar á la casa que habitaba en la calle de Mortimer. Allí fué donde el mozo que llevó el vino, supo que M. Colin era conocido en el cuartel por ladron y estafador de todos los vecinos, y se lo advirtió al instante á M. Ibbotson, quien empezando á tener alguna inquietud, fué á casa de los banqueros designados en la letra de cambio y se la enseñó, y le dijeron que no conocian las personas que citaba la letra. Logró una órden para prender á Colin, quien presentó fianzas. Uno de los asociados de M. Willians y compañía, produjo un artículo de sus libros concerniente á el llamado Freé, por el cual se vió que en el mes de octubre último, no tenia la compañía de este

hombre mas que 9 schellings 6 D. ster para hacer frente á las letras que tenia sobre ellos por mas de 1166 libras sterlinas. Cuando se abrió la cuenta entre la casa y Freé, se habia presentado este aventurero con un equipage brillante, con criados de magnífica librea, y habia dicho estar fuertemente recomendado por su íntimo amigo sir Gregory. Se probó tambien que Colin habia dado una letra de 500 libras sterlinas en Bond-Street; otra de 365 libras esterlinas al dueño de una taberna en Covent-Garden; otra de 135 libras esterlinas á un maestro de coches en Long-Acre; otra de 55 á un comerciante de muebles, otra de 35 á un mercader de gorros, y otras muchas de diferentes valores á diversos comerciantes, y otras particulares, á quienes habia estafado por este medio, llevándose muchos géneros y dinero. Su verdadero nombre era Virgin, y era hijo de un tejedor de Taunten. En su primera juventud habiá servido como lacayo en Bath, y despues fué empleado en una casa de banco de esta ciudad; habiendo

dado lugar á que le echasen de ella, pasó á Francia, y cuando volvió á Inglaterra habia sido preceptor en varias casas de educacion cerca de Londres. Despues abrió una pequeña escuela en Portaland-Street, bajo el nombre del Reverendo Samuel Virgin, miembro de la clerecía anglícana, y su escuela llegó á estar floreciente; pero despues la vendió. En seguida se presentó como cura, é hizo funcciones de tal en Hunting-Ford-Bury, donde puso otra escuela y tuvo un cierto número de niños de buenas familias, que le pagaban setenta guineas de pension; pero allí contrajo muchas deudas y se vió precisado á marcharse. Entró en clase de mancebo en varias casas del banco, y le echaron de ellas por sus picardias; antes de ir á Chester habia logrado una licencia del rey para cambiar su nombre de Virgin en Colin, bajo el pretesto de una grande herencia que le habia dejado un pariente lejano que se llamaba Colin, y como habia cuidado muy bien de dar al rey de armas todas las piezas necesarias, las hacia valer con destreza para

seducir y lograr sus raterías. Colin fué condenado á dos años de prision en Newgate, y Free por un año en New-Frison.

Suceso XLVIII.

En el mes de agosto de 1802 engañó un inspostor á toda la ciudad de Buxton, haciéndose llamar honorable Enrique Howard, y dándose por el mas inmediato pariente del duque de Norfolk, y el heredero de Pairie, haciéndose presentar en las mejores casas: á favor de este nombre supuesto halló medio de tomar prestadas cantidades considerables, y de gozar el mas grande crédito en todas las casas de comercio. En fin, uno llamado Mr. Cumming, sospechándose ya la impostura, hizo tomar informes, y resultó que el honorable Enrique no era mas que un tuno y un diestro ratero llamado Croisier, que habia sido comerciante en Londres; pero que despues habiendo hecho banca-rota pasó á Irlanda, donde logró con sus travesuras estafar 500 libras esterlinas á una familia honrada,

en cuya casa se habia tambien emparentado. Descubiertos, pues, sus enredos y picardias por Mr. Cumming, fué conducido á las cárceles de Derby.

Suceso XLIX.

Tres mugeres, que se decian las enviadas de tres santos (San Jorge, San Nicolás, y San Lazaro) recorrieron en el año de 1802 una parte de la Bosnia, y predicaban á los habitantes de este pais reprendiéndoles sus vicios y su deprabacion; les exortaban á cambiar de vida, y les amenazaban con la cólera del cielo; y miraban tambien la sequedad que reinaba ya hacia mucho tiempo, como un castigo, precursor de los mayores males, si ellos no volvian á la virtud y á las prácticas religiosas. Ellas intimaban á los habitantes, en nombre del todo poderoso, para que renunciasen á sus malas costumbres, á todo lo que sirve al lujo, como los vestidos ricos, alhajas de oro y plata, y tomasen trages simples, humildes, groseros, y sin compostura. Como sus predicaciones

se apoyaban en la moral, hallaron una multitud de partidarios que creían en sus profecias. Los habitantes de la Bosnia, que segun la costumbre, tienen monedas y alhajas de oro y plata cosidas á sus vestidos, las arrancaban y las entregaban á estas profetisas fingidas, quienes, hallándose cargadas ya con una fuerte coleccion de estos ricos despojos, anochecieron y no amanecieron en aquel pais. Entonces fué cuando los habitantes conocieron ser víctimas de su inocente credulidad.

Suceso L.

La causa que vamos á referir es muy curiosa por sus detalles, y hace conocer el modo de que se manejan ciertas personas para estafar; se siguió en el tribunal criminal de Kent, y su acusacion fué hecha con mucho acierto por M. Garrow abogado por la parte agraviada Miss Robertson.

He aquí los pasos mas curiosos de esto asunto: Miss Robertson habia tenido por algun tiempo en sociedad con Miss Sharp, otra aventurera como ella, una escuela de señoritas en Croomshilb. Publicaba por todas partes que iba á hacer un enlace muy ventajoso, y habia tanto mas motivo para creerlo cuanto que era ella jóven, hermosa, bien formada, de una conversacion muy fina y muy animada, muy ingenua, y pintado el candor en su fisonomía. Tomó una casa en Paragon, y la amuebló con la mayor elegancia. Algun tiempo antes de mudarse habia hecho algunas compras por valor de doscientas libras esterlinas en

casa de MM. Oakley , Shackleton, y Evans , propietarios del almacen de modas en Bond-Street. Se dirigió á ellos para hacer transportar sus muebles y efectos á su nuevo domicilio; ellos se encargaron con mucho gusto, y la escribieron para asegurarla del placer que tendrian siempre en ejecutar sus órdenes y en verla en su almacen. Miss Robertson la hizo muchos pedidos y encargos, y Mr. Oaklley se fué á su casa y la hizo mil ofrecimientos para amueblarla el salon, que debia ser decorado con un gusto y una magnificencia admirable: mármoles, franjas de plata, molduras en oro, un cielo raso pintado en lapislázuli por los artistas mas hábiles, y en fin, el estilo y gusto de Oakley; pero la cantidad parecia espantaba á Miss Robertson: la tranquilizaron y la dijeron que no la apurarian, con lo cual el salon estuvo bien prontamente acabado.

Algun tiempo despues Miss Robertson fué noticiosa por una carta anónima, de que Mr. Oakley habia dicho que ella le debia 1.000 libras esterlinas;

y que dudaba sobre su fortuna tan decantada; ella pareció demasiado mortificada con esta proposicion, y tanto mas habiendo estipulado un crédito de doce meses; y se quejó con tanta destreza que Mr. Oakley no tardó en saber que ella estaba muy llena de resentimiento de sus sospechas. Vino Mr. Oakley á comer con ella, y negó en presencia de dos testigos las espresiones que se le atribuían.

Miss Robertson hacia el papel de una rica heredera, contraía deudas por todas partes, se empeñaba con todo el mundo, tomaba continuamente dinero prestado, y nada pagaba. Por último, se presentaron algunos acreedores importunos para que los pagase, y la aconsejaron ausentarse por algunos dias, lo que puso en ejecucion. Mr. Oakley que tenia sus espias, y que habia sabido los motivos de estar ausente Miss Robertson, se presentó una noche en su casa preguntando si habia llegado el tapiz del salon, y sin esperar la respuesta penetró en lo interior de la casa, tuvo medio de introducir á sus criados,

hizo poner en paquetes todo cuanto habia y se lo llevó, dejando las paredes desnudas: jamás se hizo una operacion con mayor velocidad.

Miss Robertson informada de que Mr. Oakley se habia aprovechado de su ausencia para llevarlo todo, volvió á Londres; le hizo comparecer en justicia, y tomó á Mr. Garrow por su abogado.

¿Qué hubiera hecho, pregunta Mr. Garrow, *en semejantes circunstancias un comerciante ordinario? hubiera recurrido á la justicia, y esperado con paciencia el embargo y una sentencia en su favor; pero este órden no se ha establecido sin duda para los negociantes, tales como los propietarios del almacen de modas de Bond-Street: Mr. Oakley ha creido que debió abreviar estas formalidades, olvidando el término de un año en que habia consentido para ser pagado de Miss Robertson, como los intereses de los demas acreedores que han subministrado algunos efectos, quienes tenian como él, su hipoteca sobre el mueblaje de Miss Robertson; digo su mueblaje, porque*

realmente era suyo, pues que le habia sido vendido y entregado, y que Mr. Oakley la habia dado el término de un año para pagarle.

Alega, es cierto, para su justificacion que Miss Robertson le habia autorizado para hacerlo; pero eso es una falsedad: en efecto, habiéndose presentado un dia en su casa el procurador de Mr. Oakley para hacerle firmar un billete de venta, se negó á ello Miss Robertson: á mas de esto, si hubiese tenido el consentimiento que dice, se hubiera conducido de otro modo, y no se hubiera presentado con pretextos rateros para hacer que le abriesen la puerta; y últimamente no hubiera pasado por la ventana de la cocina.

Tomas Hawkins, cochero de Miss Robertson ha sido llamado solamente para probar que el demandado y sus criados habian llevado los efectos de su ama: en el segundo interrogatorio este hombre ha declarado que habia llevado á su ama á Hatchett's para encargar un coche nuevo; que la habia conducido tambien á casa del obispo de Londres

en Sant-James-Square, pero que no se acordaba haberla llevado á casa de su hermana Lady Paget, ni á casa de su tutor Syr Edward Law, gefe de justicia, Lord Elbenborouh, ni á casa de su primo M. Dundas. Con estos nombres imponentes es con lo que Miss Robertson hacia sus embrollos y tenia engañado á todo el mundo.

Miss Sharp, la asociada de Miss Robertson, ha dicho, que comiendo un dia en casa de esta con M. Oakley, habia oido quejarse á su amiga de la proposicion vertida contra su reputacion, añadiendo que no tenia ma que enviarle su billete, y que ella le pagaria inmediatamente; á la que M. Oakley habia respondido. *Señora, yo tengo negociados con vos, y estoy satisfecho; yo creo que vos estareis igualmente contenta conmigo. -- Si, en efecto, lo estoy*, replicó Miss Robertson, *pues me habeis concedido doce meses de término. -- Ciertamente, Señora, yo quisiera saber quién os ha referido semejante impostura, y daria* 100 *libras esterlinas vor. conocerle.*

En el segundo interrogatorio, Miss Sharp declaró que en el dinero ya pagado por los efectos entregados por M. Ookley habia 110 libras esterlinas, que ella habia prestado á Miss Robertson, y que despues de la estraccion de ellos, habia reclamado una parte de dichos efectos: dijo tambien que habia estado con Miss Robertson en Faragon donde debian establecer juntas una casa de educacion: que se habia tratado de un viage á Fascally, propiedad situada en Escocia, de la que Miss Robertson iba á tomar posesion, pero que no habia oido decir que fuese una propiedad considerable: que una señorita habia dibujado el plan, pero que nunca habia estado colocado en el salon; que no se acordaba se hubiese hablado nunca de Fascally delante de Mr. Oakley, ni de Lord Glenbervie, cuñado de Miss Robertson; que á la verdad ésta habia nombrado á Lady Paget á quien llamaba hermana, porque debia casarse con el coronel Gunningham, hermano suyo; que decia estar tambien muy enlazada con Miss Portens, hija del obispo de Londres (que

nunca tuvo hija, dice el juez.) Que por lo demas, Miss Robertson era una muger muy reservada; que la habia dicho que esperaba una herencia considerable; y que en efecto, habia visto, antes que dejase á Croomshil, de luto por su abuelo; que su madre vivia aun, y residia en Devonshire-Street gozando de una fortuna de 50.000 libras esterlinas: la deponente añadió que ignoraba que el padre de Miss Robentson hubiese sido distribuidor ó aceitero en casa de un comerciante de aceite, y su madre aguadora: citó los diferentes parages donde habia estado Miss Robertson, desde que dejó á Paragon hasta que llegó á Huntingdos, donde la habian detenido; y que siempre habia estado con ella, exceptuados cuatro dias.

El juez la preguntó, *¿sí durante ese tiempo la habia visto vestida de hombre? -- ¡Vestida de hombre! nunca señor, nunca. -- ¿Y vos tampoco? -- ¡Yo! ni una sola vez desde que vine al mundo. -- ¿No sabiais que la historia de la gran fortuna de Miss Robertson era una fábula? -- Nunca su-*

pe nada. -- *¿No teneis algun interes en mentir?* -- *Yo señor, aborrezco la mentira.*

Mr. Sepherd, hablando por los acusados MMrs. Oakley &c.: dice, *que no habia visto nunca accion mas imprudente que la de Miss Robertson; que la destreza con que habia robado los efectos que reclamaba, era nada en comparacion del descaro con que pretendia se le volviesen á entregar: comerciantes de buena fé son engañados por una muger que no les ha dado un schelling, y que no ha tenido ni podido tener intencion de pagarlos: tienen la felicidad de recobrar una parte de sus efectos, y esta misma aventurera es la que pide hoy restitucion, indemnizacion é intereses: si lograse la sentencia que solicita, ¿qué es lo que ganará?..... MM. Oakley y compañía la harán prender de nuevo por la totalidad que les debe. ¿Cual es su crímen sino el de haber evitado á esta desgraciada los medios de continuar su oficio de estafadora, quitándola su buen coche, su brillante equipage, sus lujo-*

sas libreas y sus ricos muebles? porque en esto es en lo que únicamente estribaba su crédito, pues con semejante brillo y aparente riqueza estafaba á cuantos queria; así como con su pretendida propiedad de Fascally, sus parentescos con el obispo de Londres, su futuro enlace con el coronel Cunningham, su parentesco con Mr. Dudans y Lord Glembervic, sus relaciones con Lord Ellemborongh, y la inmensa fortuna de su abuelo y de su madre. Miss Sharp la presenta como una muger muy reservada; es preciso, en efecto, que lo haya sido mucho para engañar á esta excelente amiga. En vista de esto, ¿cómo nos admiraremos de que Mr. Oakley haya sido engañado? por lo demas, si obró despues del modo que se ha visto, fué por tener el consentimiento de Miss Robertsón para tomar los muebles que la habia dado, y se aprueba con la carta que le escribió un mes despues, concebida en estos términos: = "Si por error hubiesen tomado vuestros criados alguna cosa que no sea vuestra, ó que estuviese ya

pagada, podeis tratar de una compensacion con Miss Sharp, y doy por bien hecho cuanto en el particular tratareis los dos." Aquí se vé que habia un previo consentimiento: Mr. Oakley ha perdido aun en esta composicion 700 libras esterlinas, empleadas en pinturas y decoraciones que no podia llevar.

La carta de Miss Robertson pareció al juez una prueba decisiva contra ella, y fué despreciada su demanda.

Suceso LI.

En 17 de enero de 1788 al anochecer esparció la voz una banda de rateros disfrazados en obreros, de que se habia escapado un preso de Newgate (cárcel de Londres) y que se veía en el sumidero ú albañal que está bajo de la reja de Aldersgate-Street (calle de Londres), con cuyas voces se alborotaron las gentes, y se dirigió al punto enunciado un grupo grande de curiosos: uno de los rateros tenia una luz en la mano, y los otros tenian cuidado de apagarla tantas veces cuantas la encen-

dia: durante este tiempo, la distraccion y empellones de los curiosos para ver el fugado de Newgate, ocasionó una confusion tan grande, que los rateros se aprovecharon como quisieron para poner en contribucion los bolsillos de sus vecinos: uno de los espectadores perdió su cartera que contenia billetes del banco de sumas considerables; otros los relojes, pañuelos, cajas, &c. en fin, se conoció la ratería y astucia inventada con este objeto, y se prendieron á dos hombres de muy mal semblante, pero como no se les encontró ninguno de los efectos robados, fueron puestos al momento en libertad.

Suceso LII.

Un bribon, que sabia que un cuchillero de Paris era muy hábil en el arte de dar el mejor temple al acero, le comprometió, bajo el pretesto de hacer una fornitura al primer cónsul, á ir en casa de uno de sus amigos: fué allá, y subió despues con estos dos incógnitos al anochecer en un coche, que los condujo á una distancia de muchas leguas: le bajaron despues á un subterraneo donde se vió cercado de muchos hombres enmascarados, y uno de ellos le declaró que venia allí espresamente para dar el temple sin dilacion y sin replica á muchas matrices propias para fabricar luises. Para animarle á consagrar todo su talento á esta falsificacion, le hicieron mil promesas de fortuna: este hombre, casado y padre de familia, puso una repugnancia invencible para el trabajo que tan imperiosamente se le ordenaba, resistiéndose hasta en tomar alimento: los que le habian llevado allí arrebatadamente, viendo su entereza se determinaron á de-

jarle salir de la caverna, y restituirle su libertad, pero tomando todas las precauciones que pudiesen ponerlos al abrigo de una denuncia peligrosa: le vendaron los ojos, le pusieron una mordaza, y habiéndole echo entrar en un coche, le hicieron andar en la apariencia algunas leguas, y despues le llevaron al bosque de Satory, donde, despues de haberle atado á un árbol, le prohibieron dar el menor grito antes de media hora, advirtiéndole que uno de ellos quedaría armado para darle de puñaladas si se atrevia á llamar en su socorro antes que ellos hubiesen tenido tiempo para alejarse; y sumiso á esta imperiosa órden guardó el mayor silencio como se le habia prevenido.

A las once de la noche oyó largos gemidos el portero de las berjas de Satory, con gritos lamentables á lo lejos; se levantó, y al instante fué al mas inmediato cuerpo de guardia: le siguieron cuatro militares armados, y se dirigieron al parage de donde salian los gritos. ¡Cuál fué su admiracion cuando vieron á cierta distancia atado este infeliz á un ár-

bol, que les encargaba acercarse con discrecion, temiendo no hubiese algunos hombres ocultos! y acercandose, reconocieron que el desgraciado estaba atado con una larga cadena al árbol, cerrada con un candado, y se apresuraron á romperla, llevándole al instante al cuerpo de guardia.

Este hombre ponia mil dificultades en contar la causa porque se habia visto en tan horrible situacion; pero estrechándole un oficial para revelar el secreto, ofreció confiarselo á él solo: despues vino un comandante y exigió que respondiese á sus preguntas, á lo que contestó que no le sacarian una palabra sino es en presencia del prefecto, ante quien hizo la declaracion de cuanto hemos referido anteriormente: algunos obreros de la manufactura de armas de Versalles le reconocieron por haber trabajado con ellos, y le acompañaron á Paris hasta su casa. Este caso sucedió en pradial (noveno mes) año 8 de la república.

Suceso LIII.

Un caballero muy bien puesto y de la figura mas interesante bajó á boca de noche á una fonda muy frecuentada que está situada en un camino real, y encargó al criado que se presentó tuviese cuidado de su caballo y de darle de comer; despues entró en la fonda y pidió le diesen de cenar lo que hubiese; el fondista le presentó la carta, y escogió una gallina gorda, dos platos de legumbres, y en cuanto al vino el mejor que hubiese: le pregunta si quiere le sirvan en su cuarto, ó si preferirá estar en el salon donde tendrá buena compañía; se decide por el salon, donde entra saludando á las personas que se hallan en él; y despues de haber pedido permiso á una dama de cerca de treinta años para sentarse á su lado, se coloca en la mesa y sirven á cada forastero lo que pide, ocupándose en satisfacer su apetito: despues se hace la conversacion general, y llegando por último la hora en que de-

ben separarse los viageros para gozar del reposo, se marcha cada uno por su lado saludándose mutuamente unos á otros, deseándose buena noche y feliz viage.

El fondista que tenia á este caballero por una persona distinguida, le condujo él mismo al cuarto que le habia hecho preparar, y le preguntó antes de retirarse, si tenia algunas órdenes que darle. *Os suplico*, le responde, *hagais que me despierten al amanecer, y mandar que me tengan pronto mi caballo, porque me interesa salir al alba, si es posible.* -- El patron le saluda ofreciendo cumplir puntualmente sus órdenes.

El caballero, viéndose solo cierra la puerta de su cuarto, y deja la llave en la cerradura, como sucede ordinariamente en la mayor parte de las posadas: trata del medio de salir de este cuarto con el bolsillò relleno, y de poner en contribucion al mesonero ú fondista; le parece ser un hombre sencillo y bueno, y por consiguiente fácil de engañar: su imaginacion no le presenta ninguna idea ingeniosa, y em-

pezaba á enfadarse de la rudeza de su ingenio y travesura, cuando apercibe algunas chispas de fuego en el hogar de la chimenea; se acerca al momento, remueve las cenizas, y ve con mucha satisfaccion, que aun estan inflamadas: este hallazgo le inspira la idea de quemar sus calzones, se sonríe de placer silenciosamente, y al momento trata de su ejecucion: se desnuda precipitadamente, corta en pequeños pedazos sus calzones para que se quemen mas facilmente, y tiene cuidadò de apagar la luz para que le crean dormido: en poco mas de una hora se quemaron tan perfectamente los calzones que era imposible hallar el menor rastro de ellos, pues todos eran ceniza sobre el hogar de la chimenea: concluida la operacion, nuestro caballero se acostó y se dormió, esperando el resultado de su supercheria: el patron no falta á despertarle al amanecer, y toca á la puerta de nuestro caballero de industria; vuelve á llamar segunda vez, y viendo que no responden, mira con atencion, y ve la llave en la cerradura; abre la puerta, entra

en el cuarto, se acerca á la cama, y le dice acercándose al oido. *Caballero, ya es hora de que desperteis.* -- Al ruido despierta en efecto, y finge que no ha oido entrar al fondista; se frota los ojos, se tira de la cama, se pone la levita, y hace como que busca los calzones, y en el interin se informa del patron si está ya ensillado el caballo: El fondista que le ve trastornar la colcha, y los colchones de la cama, le pregunta si ha perdido alguna cosa; y él contesta que no encuentra los calzones: he aquí ya ocupado tambien el patron en buscarlos por todo el cuarto, y habiéndose hecho la mas exacta requisicion por todos los rincones, le dice el caballero. *Parece señor mio, que vuestra casa no es muy segura y que hay en ella personas que no tienen escrúpulo en desnudar á los viageros, porque yo no he venido sin calzones, y ya veis vos mismo, que me habeis ayudado á buscarlos, que han desaparecido; y lo que mas siento es que tenian en los bolsillos cien luises dobles de oro, de los que debo dar cincuenta en esta misma mañana, pues*

he prometido llevarlos, y mi palabra jamas ha dejado de cumplirse exactamente; con que, señor patron, ahora es preciso que los dos procedamos á la visita en todos los cuartos de vuestra casa, empezando por los que estan ocupados. -- Caballero, yo respondo, dice el patron con entereza, *de todos los viageros que estan en mi casa; los conozco particularmente, y son incapaces de quitar á nadie nada. -- No lo dudo*, repone el caballero de industria; *pero no es menos cierto que mis calzones han desaparecido, y que es preciso parezcan; y no teniendo yo tiempo para esperar á que se despierte cada uno de los viageros, hacedme el favor de enviar á buscar al juez de policía de este pueblo. -- Pero, señor, por Dios no penseis en eso, pues vais á hacer perder todo el crédito á mi casa. -- Yo por vos lo siento, pero es preciso que se haga justicia: ya os he dicho que mi tiempo es precioso, y si no fuera por este desgraciado acontecimiento ya estaria yo en camino.* -- El patron se afligia, y nuestro hombre cada vez mas

firme, jurando que nadie saldria de la casa hasta que viniese el comisario de policía; y cuanto mas le suplicaba el patron que no hablase tan alto, mas voces daba. Por último el pobre fondista, viendo que el caballero no escucha ya razones ni súplicas, le dice: *confieso que para mí es un enígma que no comprendo la desaparicion de vuestros calzones: yo tengo un gran interes en conservar la confianza de los viageros que me dispensan el favor de venir á mi casa, y podeis conocer que la visita de un juez en residencia me desacreditará para siempre; ved aquí la proposicion que os hago: tengo unos calzones nuevos que no los he puesto mas de dos veces, y me parece que os vendran bien porque sois de mi grueso y estatura; os los daré con un bolsillo de veinte y cinco luises en oro, y dejemos el asunto sin dar escándalo ni publicidad al acontecimiento, que para vos y para mí es bastante pesado. -- No señor, ¿por qué ha de quedar esto sin castigo? y despues ¿qué razon hay para que yo pierda mi dinero, y quede como un*

bribon en el concepto de la persona que me espera en este momento para recibir los cincuenta luises? -- *Pues, señor, no os altereis mas ni deis voces; yo os daré esos cincuenta luises para que no quedeis mal en ese compromiso.* -- Esta proposicion era justamente la que esperaba el caballero de industria, pero hizo como que la oia con indiferiencia: el fondista continua diciéndole. *Haceos cargo, señor, de que este sacrificio me va á causar la mayor miseria; yo bien conozco que vuestra pérdida es doble que lo que os ofrezco con tanto sacrificio por sostener mi crédito: yo haré todas las pesquisas necesarias, pero sin ofender la delicadeza de ninguno, para hallar vuestros calzones, y si tuviese la fortuna de descubrirlos, creed que los teneis inmediatamente en vuestro poder, si teneis la bondad de volver á mi casa cuando paseis por aquí; y os confieso que esta es la primera vez que me sucede un lance semejante.* -- El caballero tiene aire de enternecerse, y le dice: *Vos teneis el semblante de hombre*

honrado, y por compasion consiento en la proposicion que me haceis, y sino fuese por los cincuenta luises de que tengo absolutamente necesidad, no tomaria mas que los calzones por no poder irme sin ellos. -- El fondista sin esperar á mas, va corriendo á buscar lo que ha ofrecido, y en menos de dos minutos se lo entrega al caballero de industria, quien se viste apresuradamente deseando salir lo mas pronto posible de la fonda. El caballo estaba preparado, monta en él, y el patron antes de que se marche le recomienda el no contar á nadie la aventura, lo que promete nuestro caballero á quien no le convenia tampoco divulgarla. Se separan por fin dándose las manos, el fondista muy contento de verse ya libre de una pesadumbre y de haber pagado á tan poca costa, segun él, una cantidad tan considerable, robada en su casa, y el caballero industrioso lleno de júbilo por haber cenado sin costarle nada, y haber sacado cincuenta luises de oro.

Suceso LIV.

Paseándose en Paris cierto ratero, y estando en acecho como el gato para dar su golpe, vió una puerta abierta, y se entró atrevidamente, llevando ya su disculpa prevenida para en el caso de hallarse con alguno: entró hasta la sala, y no encontrando á nadie, se apoderó de un vestido de tafetan que vió sobre una silla, y se lo llevó: al salir de la casa, encontró á la puerta á un procurador, dueño de ella, que salia del palacio de justicia, y viéndole tan cargado debajo del capote, le preguntó qué llevaba? -- El ratero se desemboza con mucho descaro y serenidad, y le enseñó el vestido que llevaba, diciendo que su esposa acababa de dárselo para componerlo; de suerte que el procurador, teniendo al ratero por un oficial del sastre, le dejó marchar sin reparo alguno.

Suceso LV.

Un tuno y sagaz ratero encontró cerca de Londres á un sacerdote muy bien vestido, y segun su porte le pareció sería uno de estos capellanes que ordinariamente tienen el bolsillo lleno de guineas: se acercó á él, y le dijo que *pareciéndole mejor su vestido que el suyo, le suplicaba se lo cambiase.* -- El cura por lo pronto creyó que era una broma, pero viendo que aquel bribon tomaba un ayre serio y de impaciencia, se quitó con pena su vestido, y tomó el otro. Luego que estuvo hecho el cambio, se puso á correr con todas sus fuerzas el pobre sacerdote temiendo ser maltratado; el ratero acordándose que se le habia olvidado sacar lo que tenia en su vestido, corre tras el cura, le grita que se detenga, pero no sirve sino para que corra mas. Por último el robado llega á una calle muy frecuentada de la ciudad, y el ratero dejó de seguirle. Entra el cura en su casa y se lamenta no solo del vestido sino de

unas guineas que el ratero se llevó en él; ¡ mas cuál fué su alegría y admiracion cuando registrando los bolsillos de su nuevo trage se halló poderoso, encontrando en ellos una cartera llena de billetes del banco por valor de mas de 380 libras esterlinas!

Suceso LVI.

Un estafador bajo el disfraz de un lacayo con buena librea, fué á llamar á la puerta de una casa situada en la plaza de Saint-James en Londres, donde se daba una gran comida á un sinnúmero de gentes: salió á responder un criado y le entregó una carta dirigida á un Lord, que era uno de los convidados, diciendo que tenia órden de esperar la respuesta. El Lord, luego que la leyó se echó á reir con un aire de agrado, y la compañía (pues era una comida de hombres) le suplicó les instruyese de aquel mensage galante que acababa de recibir; el Lord se resistió, pero de un modo que permitia nuevas instancias. En efecto insistieron, su discrecion se

vió obligada á ceder, y confesó (con un aire reservado) que la carta que acababa de recibir era un billete amoroso: poco á poco vino á ser mas franco y acabó por leer en alta voz el billete desde el principio hasta el fin; pero con la precaucion sin embargo, de no declarar el nombre de la persona que le escribia. Despues de este primer placer, (preludio de momentos deliciosos que le prometia la carta) dió órden al criado de decir al portador de aquel papel que esperaba en la ante-cámara, que tendria el placer de ir á desayunarse con su querida en la mañana siguiente. Todos los convidados se apresuraban con el deseo de felicitarle su buena fortuna, y bebian á la salud de la hermosura desconocida, cuando el criado que habia llevado la respuesta verbal, entró con un aire despaborido en la sala, y dirigiéndose á su amo, le dice: *¡señor..... señor..... el hombre vestido de lacayo que..... que..... que ha traido el billete á Milord, se ha llevado todos los redingotes, los bastones y los sombreros que estaban en la ante-cámara!*

-- Entonces empezaron las grandes risotadas, á pesar de las pérdidas de los redingotes, y el dichoso Lord fué el único que no se divertió con una ocurrencia tan chistosa.

Suceso LVII.

Un particular que se paseaba en una de las calles de Paris teniendo en la mano una caña hermosa con su paño de oro, encontró á un pordiosero que parecia andar arrastrando con mucho trabajo con el auxilio de dos muletas, y que le pidió una limosna con muchas instancias; el caballero por librarse de sus importunidades le dió un real de plata, y uno que pasaba muy bien vestido le dijo que esta limosna era muy mal hecha; que el bribon á quien acababa de dársela, tenia las piernas tan buenas como las suyas, y que no contrahacia el estropeado sino para estafar á las personas caritativas, á quienes podia inspirar piedad su aparente situacion; *y sino, para convenceros*, añadió, *prestadme un momento vuestro baston,*

y vereis como el miedo de ser tratado como merece, le restituye pronto su agilidad. -- El caballero del baston con puño de oro, enfadado de haber sido engañado por tener buen corazon, y curioso al mismo tiempo de ver lo que resultaba, prestó la caña, y el otro estrangero oficioso corre sobre el mendigo para golpearle. Este puso sus mulетas bajo del brazo, enderezó sus piernas, y se puso á correr con tal ligereza que el sugeto curioso que los seguia sin perderlos de vista, creyó que el perseguidor no podria alcanzar al mendigo. Sin embargo, hay motivo para creer que al cabo se juntarian, pues la caña no ha vuelto, y su dueño, despues de haber esperado inútilmente mucho tiempo, se vió precisado á continuar su camino sin su baston con el rico puño de oro.

Suceso LVIII.

Tres rateros que se hallaban entre nna gran masa de pueblo que estaba en la cruz de Trahoir á ver ejecutar un gentil-hombre condenado á ser guillotinado, vieron á un paisano del lugar de Colombe montado sobre un hermoso asno, que miraba con la mayor atencion todo el misterio de la justicia, y se propusieron adquirir el asno de nuestro pobre hombre: para lograr su designio se metieron todos tres por la muchedumbre, y habiendo ya llegado cerca del paisano, uno de ellos, apoyado sobre el pescuezo del asno, le ocultaba la cabeza con su capote, mientras que otro, figurando estrivarse para ver sobre la grupa ó ancas, le descinchó con la mayor sutileza; despues tomando con su tercer compañero los dos lados de la albarda, levantaron suavemente al paisano en el ayre, sin que apercibiese la maniobra, por lo muy ocupado que tenia el espíritu en considerar al pobre reo; con una pequeña conmocion

que ocurrió con motivo de robarse algunos bolsillos por la misma banda acaso de rateros, y justamente cuando el verdugo iba á desprender la cuchilla, el tunante que ocultaba la cabeza del asno, tirando de la brida al tiempo que otro le picaba por atras con un alfiler gordo, le sacaron de entre las piernas del paisano que tenia los ojos y todos sus sentidos sobre el patíbulo, y haciéndole dar cuatro pasos, le llevó uno de ellos, mientras que los otros dos sostenian á nuestro papamoscas sobre la albarda. Luego que pusieron en seguridad el asno dejaron caer á su amo en el momento de ejecutar el golpe fatal sobre el reo, y el pobre hombre, viéndose trastornado en tierra, á su asno fuera de sus piernas, y sin saber la causa, permaneció en el suelo por mucho tiempo, creyéndose mas muerto que vivo: despues, habiendo vuelto un poco en sí, preguntó á los que estaban al rededor de él si no habian visto su borrica, pero no pudo saber otra cosa sino que un hombre vestido de negro se la habia llevado: el paisano tuvo que

volverse á pie á su lugar, lleno de admiracion de una aventura tan estraña, de la que nunca pudo dar otra razon á su muger ni al cura mas que haber perdido su pollino estando montado en él.

Suceso LIX.

Dos rateros de consideracion, (yo los llamo así porque era preciso fuesen de muchos fondos para hacer lo que vamos á referir) eran tan ricos que ascendía su caudal á cuarenta mil francos; eran estrangeros, y fueron á establecerse á Paris: uno de ellos tomó una hermosa casa en el arrabal de Saint-Germain, y tenía un coche con sus famosos caballos en una de las mejores casas de posada; el otro hizo lo mismo en la huerta, por que importaba estuviesen lo mas distantes que pudiese ser el uno del otro: éste contrahacía el aleman haciendo parecér que era muy facil de engañar; decia que era un comerciante que venía á emplear una suma considerable de dinero en la gran ciudad de Paris para tener toda clase de géneros que debia llevar

á la feria de Francfort en Alemania: compraba todo lo que hallaba curioso por todas partes, empleó mas de veinte mil francos en telas de seda, de oro, de lana, castores, hilos, puntos, pedrerias, relojes, guantes, cintas, abanicos, alajas de oro y plata, y generalmente en todo lo que quería hacer creer que le daría una grande utilidad en esta feria: todo lo que compraba lo pagaba en dinero contante, pues eran unos doblones de oro que no pesaban en ese tiempo, y no valían entonces mas que siete pesetas ó francos y cuatro sueldos, pero en la bolsa entre los negociantes pasaban por siete francos y seis sueldos: tomaba los géneros á los precios que le ponian, como un hombre que suponia no habia de pagar: luego que estaba hecho el ajuste, lo pagaba todo en doblones, pero los daba á siete francos seis sueldos diciendo que lo mismo los tomaba él. Los comerciantes que hallaban siempre su ganancia en el precio del género, se ocupaban poco ú nada de dos sueldos por doblon, cuando les quedaba en sus efectos de utilidad ó benefi-

cio treinta sueldos y aun mas de un escudo: siempre les decia contra-haciendo el estrangero: *señores, yo he cogido aquí los doblones de un comerciante al mismo precio que os los doy; me ha hecho entender que valen eso en Paris, y no ha tenido á otro mas que á mi que no haya tomado de esta sola moneda, pues todos llevan de diferentes: no es justo, pues, que vos perdais ni yo tampoco, ni que por esta consideracion me vendais vuestros géneros mas caros; todos los que han recibido de mí pueden ir con un billete mio, y les dará de otra moneda.* Al decir esta proposicion todos abrieron tanto oido, y dijeron interiormente: *lo peor que nos puede suceder es perder dos sueldos por doblon, que lo pagamos muy bien y aun mucho mas en el ajuste; pero si lo podemos tener será mejor.* De suerte que todos tomaron un billete de este fingido comerciante para recibir otro dinero en casa de su banquero; así es como llamaba al que, como hemos dicho, estaba en el arrabal de Saint-Germain: van todos á su casa, los unos

tras de los otros para tener otro dinero, y no perder dos sueldos en cada doblon. El fingido banquero los cita á todos para la mañana siguiente, diciendo que á la noche debia recibir de otra moneda; en este intervalo el ratero que estaba en la huerta, y que ya tenia en su poder los géneros, ajusta la cuenta en su posada y se marcha. A la mañana siguiente todos los comerciantes se hallan al amanecer en casa del otro que les habia citado: esperaron á que se vistiese y que estuviese en estado de hablarlos: los hizo entrar á todos preguntándoles qué dinero habian recibido de su corresponsal, y cada uno presentó su cantidad, el uno de cien doblones, el otro cincuenta, éste ochenta, aquel doscientos, haciendo sentar en un libro los nombres de los sugetos que llevaban este dinero, y la cantidad que dejaba cada uno: luego que hizo esto con todos, preguntando si habia mas, y viendo que le salia su cuenta, les dice: *señores, estoy muy contento de haber rescatado mi dinero; el que os ha enviado aquí no es mas que un bribon, á quien he*

prestado todo ese dinero por la recomendacion de uno de mis amigos, de quien me ha presentado cartas: entre nosotros, los negociantes por mayor, lo tomanos á ese precio, y es un tonto en devolvérmelo respecto á que no tomaba ningun interes de él: marchad á decirle esto mismo de mi parte, y aseguradle que de mi casa no volverá á sacar un teston. -- Los comerciantes quisieron hacer ruido; pero el fingido banquero les dijo: *lo acertado será que vayais á recoger vuestros géneros; yo daré á cada uno un papel confesando que he tomado mi dinero, y que estamos él y yo solventes.* Estos inocentes no pudiendo hacer otra cosa se vieron precisados á ir sin dilacion á buscar á la huerta al comerciante, y supieron que ya se habia marchado: el del arrabal de Saint-Germain (el banquero) ajustó cuentas con su posada, empaquetó sus efectos y fué á buscar á su compañero al sitio donde estaban convenidos para reunirse: estos dos rateros en lugar de á ir Francfort, se dirigieron á otra ciudad á vender los géneros de

aquellos pobres comerciantes, víctimas de su codicia, pues por un pequeño interes de dos sueldos en doblon, fueron estafados completamente por dos bribones.

Suceso LX.

Un paisano tenia una pieza de tela que vender y la llevó en un viernes al mercado de Roven; la tenia sobre sus espaldas, y se paseaba por la plaza con otras personas, que habian ido como él á vender sus efectos: habiéndose paseado largo tiempo y empezándose ya á cansar, se sienta para reposar sobre una piedra que habia junto á un poste. Un ratero, viéndole en esta posicion, tomó una ahuja con ilo, y cosió sobre sus espaldas por detras de él, un pedazo de la tela que pasaba; y luego que acabó de coserla, tomó por detras á este paisano toda la tela que tenia sobre sí y la echó sobre sus costillas poniéndose á pasear con los otros: el paisano sintiendo que le habian quitado su tela miró al rededor por todas partes, y no sabia á quién dirigir-

se; el que se la habia quitado le preguntó que le sucedia *¡Como!*, responde muy asustado, *¡en este momento me acaban de robar la tela que tenia sobre las espaldas y no sé quién ha sido!* -- El ratero entónces mostrándole la punta que tenia cosida á las suyas le dice. *Amigo, no ser tonto; si tú hubieses cosido la tela sobre tus espaldas como yo he hecho con la mia, no te la hubieran robado.* El pobre paisano perdió su tela, y juró que para otra vez no despreciaria el consejo del ratero.

Suceso LXI.

Un tuno supo que una honrada viuda, que vivia cerca de la plaza Mauberb, alojaba en su casa á las personas que querian entrar en pension: entró descaradamente en esta casa, y no habiendo encontrado en un cuarto mas que tres capas de todos aquellos que estaban en pension, las agarró al instante, y se las puso sobre la suya; bajaba la escalera, mas veloz que habia subido y estaba ya para salir del umbral de la puerta, cuando un jóven abogado, que estaba en pension en esta casa, viniendo de la ciudad con una capa forrada de pana ó felpa, encontrándose con él, le preguntó de dónde venia, á lo que el bribon respondió sin cortarse, que iba á quitar las manchas de las capas que acababan de darle algunos señores que vivian en aquella casa: nuestro abogado mirando entónces la suya de alto á bajo que estaba llena de polvo y grasa, le pregunto si esa operacion era muy larga; y habiéndole respondido el rate-

ro que en una hora las pensaba volver como nuevas, le dió nuestro abogado la suya, encargándole limpiarla lo mas pronto posible: de suerte que con esta estratagema, y una serenidad de espíritu tan admirable, llevó este tunante cuatro capas en vez de tres, y por supuesto que sus dueños no las volvieron á ensuciar; pues las limpió una vez para siempre: dejamos al sabio lector el juzgar lo que pasó despues entre los pensionistas cuando echaron de menos sus capas, y las gracias que se ocurrieron á todos, burlándose del abogado que habia perdido la suya por su culpa, pues el que menos le decia: *que tenia mas letras que él aquel lego quita-manchas, que con tanta sutileza le hizo soltar la capa de los hombros voluntariamente para limpiarla como las otras.*

Suceso LXII.

Tres comerciantes de la ciudad de Nápoles habiendo equipado y armado un navío de guerra para ir en corso contra los piratas, tuvieron la fortuna tan favorable, que en poco tiempo reunieron un botin que ascendia su valor, entre dinero y alhajas á setenta mil ducados: con esta cantidad quisieron ya retirarse, temiendo que si trataban de aventurarse mas, lo podrian perder todo, y suponiendo justamente que con veinte mil ducados cada uno, á mas de lo que tenian en sus casas, pasarian con la mayor comodidad el resto de su vida: volvieron pues á la ciudad de Nápoles con la intencion de poner su dinero en casa de algun rico comerciante á intereses; pero como todos tres eran muy desconfiados, no quisieron que ninguno de ellos mismos fuese el depositario del dinero, y le pusieron en casa de un banquero para mayor seguridad, hasta que hubiesen encontrado una buena ocasion de colocarlo con unos intereses razonables: le

hicieron firmar una obligacion á este banquero, por la que se obligaba á volver este dinero siempre y cuando que fuese pedido por acuerdo de los tres interesados, y de no entregarlo sino á su presencia, bajo de la pena de pagar doble; declarando estos comerciantes que ellos no le pedirian ningun interes por el tiempo que tuviese en su poder este dinero, respecto á que no habian pensado dejarlo mucho tiempo, sino el emplearlo lo mas pronto posible. Habia uno de estos tres comerciantes que tenia mucha mas destreza y talento que los otros, y así los engañó: este hombre, por su experiencia manejaba á los otros como queria; tenia la comision de todo el gasto que hacian, y de buscar un medio de colocar los fondos en parage seguro para hacerle producir sus intereses: negociaba tambien en nombre de los tres los asuntos que tenian en la vicaría de Nápoles, que es una especie de parlamento: tenia poder de sus compañeros para obrar en su nombre en todo cuanto concernía á la operacion de sus bienes; y cuando necesitaba algun

dinero, tomaba una carta de seguro, ó póliza (pues así se llaman los billetes en este país) de sus asociados para recibir del banquero lo necesario para todos los gastos que tenia que hacer en comun, cuya póliza estaba concebida en estos términos: "*N..... banquero, entregareis á N..... presente y portador la cantidad de....., y firmado éste por él mismo á vuestra vista, os servirá de abono en nuestras cuentas de comunidad.*" Este habia ya recibido muchas pólizas como ésta, y mucho dinero de que habia dado cuenta á sus asociados; y como deseaba engañarlos, les dijo: *que no tardaria en tener un medio para emplear sus fondos, y sacar intereses considerables.* Lo hizo tan bien que sus compañeros dijeron al banquero: *que no tendria ya mas tiempo sus fondos, y que* N. ... (nombrando al zorrastron que hemos citado,) *debia colocarlos en un parage donde les produciria un grande iuteres.* -- Á lo que el banquero les respondió: *que cuando quisiesen, estaria pronto su dinero.* -- El asociado ratero, no queriendo retar-

dar mas el ver realizado su designio, fué á ver á sus asociados, y les dijo: *que ya era tiempo de hacer producir á sus capitales, y que habia hallado el medio, segun les habia prometido.* Despues les propuso un proyecto seductor que habia él mismo inventado, y que presentaba una utilidad cierta y muy ventajosa; pero les dijo que para la ejecucion era preciso hacer un presente á cierto personage, sin cuyo sacrificio no podia hacer cosa alguna; y que para este efecto era tambien indispensable adelantar algun dinero, de todo lo que prometió llevar la debida cuenta: en su consecuencia les pidió una póliza para el banquero, la que no tuvieron reparo en firmar, como habian hecho con otras, poniendo. = "*N.... banquero, no dejeis de entregar á N...... portador de la presente.....*" En vista de esto, le preguntaron sus compañeros: *¿qué cantidad quereis? -- Yo no puedo deciros cuánto en el momento,* respondió, *porque tengo que consultar con muchas personas, y es mucho andar para volver despues aquí: poned*

que me dé la cantidad que yo pida. -- Lo que hicieron anotando: *la suma que os pida.* -- Este, muy contento se va á buscar al banquero, y le dice: *yo bien sabia que no tendriais mucho tiempo nuestro capital, pues ahora mismo voy á colocarlo: aquí teneis la póliza de mis asociados que os ordenan entregármelo.* -- El banquero viendo la póliza, no tuvo ninguna dificultad en entregarle todo el dinero que le restaba de los tres comerciantes; y nuestro asociado bribon, lleno de alegría salió al momento para Nápoles, habiendo dado antes órden de preparar al efecto un navío; y desde este tiempo no se ha vuelto á oir hablar de él. Los otros dos asociados viendo que no se presentaba, fueron á ver al banquero para tomar noticias; pero fué mortal el golpe de saber la felonía que acababa de cometer marchándose con sus fondos: dijeron al banquero que él responderia, en vista de que tenian su papel por el que se obligaba á no entregar el capital sino en presencia de los tres: le hicieron comparecer en justicia, se divulgó el asunto

por toda la ciudad, y llegó á los oidos del duque de Osuna, virrey de Nápoles, que hizo llevar á las partes á su presencia; y despues de haberlas oido: *amigo mio*, dijo al banquero, *yo os condeno á ejecutar lo que habeis prometido y firmado cumplir, que es pagar la cantidad otra vez, por haberla dado con tan poca precaucion; pero quiero que se observen rigurosamente los términos de vuestro contrato, que dicen no podreis entregar ese dinero sino en presencia de los tres interesados: que se presenten los tres, y en el acto entregadles integra la misma suma.*

Por este medio se libró el banquero, y los dos asociados perdieron su dinero, pues no pudiendo comparecer el otro no llegó el caso de pagar segunda vez, segun habia resuelto el rey, siguiendo las terminantes condiciones del contrato.

Suceso LXIII.

En la ciudad de Chartres habia dos hermanos, el uno llamado Cárlos Estampas, y el otro Felipe Estampas, hijos de un rico comerciante de esta ciudad: el Cárlos, que era el mayor, fué enviado por su padre á Paris á casa de un comerciante de paños para instruirse en el comercio; despues se estableció en Paris, se casó, y tuvo algunos hijos: el Felipe permaneció en Chartres con la profesion de su padre que era platero: se casó allí, pero no pudo tener hijos. Un cierto ratero, natural de Chartres, estando en Paris, y conociendo bien á los dos hermanos, y á toda su familia resolvió hacer una de las suyas en casa de Cárlos Estampas comerciante de paños, como hemos dicho, que vivia en la calle de Saint-Honoré: advirtió sus designios á unos bribones de Paris con quienes trataba, diciéndoles que con una sutileza que habia discurrido, hallaria medio para hacer que le recibiesen á comer y dormir en casa de este co-

merciante de paños; que no dejasen de hallarse en la calle á la una de la noche, que él les abriria la puerta, y tendrian ocasion para lograr un buen saqueo; y resolvieron hacerlo como lo propuso.

Este ratero, para lograr su objeto, fué á ver á este comerciante de paños, casi desnudo (es decir, con muy mal equipage, sin medias ni zapatos, sombrero, chaqueta ni capa, sino solamente con unos andrajos que le servian de calzado) á quien dijo que tenia dos noticias, buena y mala que darle: la mala, que era la muerte de su hermano Felipe; y la buena, que no teniendo hijos, era él su heredero, á quien habia dejado por testamentario. Esta noticia fué capaz para consolar muy pronto á Cárlos de la pérdida de su hermano: le preguntó al ratero si no le traía carta de su cuñada: respondió que sí, y que le encargaba fuese á buscarla inmediatamente *¿pero sabeis*, continuó el ratero, *la desgracia que me ha sucecido? pasando por Palaipeau, donde he comido en una fonda, á cuyo dueño no me a-*

cordaba deber quince francos hace cuatro ú cinco años, me los ha pedido, amenazándome de cobrarlos de cualquier modo antes de perderme de vista; y como yo no tenia dinero para pagarlos, me han quitado el vestido, y me han dado solamente este andrajo que veis; yo me admiré tanto de este proceder, y quedé tan angustiado, que no me acordé de coger la carta de vuestra cuñada, que para que no se me perdiese, la habia cosido en uno de los faldones de mi casaca: pero estoy pronto á reparar este olvido, si me haceis el favor de prestarme esos quince francos para ir á buscar mi vestido: vuestra señora cuñada, que me conoce muy bien, y en cuya casa estoy todos los dias por ser su vecino, os los volverá sin duda, en caso de que yo no tengo medio de pagarlos al momento.
Despues le contó tantas perticularidades de Chartres, y de toda su parentela, de la que tenia Cárlos noticia, que no tuvo dificultad en darle esta cantidad, y máxime cuando tenia los mas vivos deseos de ver la carta que le anun-

ciaba tan buena sucesion, porque sabia muy bien que su hermano estaba poderoso.

El ratero con este dinero se mantuvo el tiempo que fué necesario para hacer creer á Cárlos que habia estado en Palaiseau, y que habia vuelto. Se va en casa de un prendero, donde por diez francos tuvo un vestido completo de viejo, despues se fué al cementerio de Saint-Innocent á buscar un memorialista de los que hay en aquel sitio, y le hizo escribir una carta en los términos que quiso, en nombre de la muger de Felipe Estampas, y la llevó al comerciante de paños, quien habiéndola leido, y viendo que ella le confirmaba lo que el ratero le habia dicho de palabra, con la circunstancia de suplicarle su cuñada fuese á buscarla á Chartres inmediatamente, no dudó ya de la verdad. El ratero para cubrir el defecto de no ser la carta de letra de la cuñada, habia hecho poner en post-data, *que la disimulase, pues la gran afliccion que tenia no la permitia escribir, porque no hubiese podido poner una palabra sin*

bañar el papel con sus lágrimas: y despues se remitia á la relacion que hiciese el portador de la carta, asegurando que era hombre de bien y conocido antiguo de la casa.

Cárlos Estampas hizo quedar al ratero á comer y á dormir en su casa, (que era lo que él deseaba,) diciéndole que para cumplir con los deseos de su hermano se pondria en camino al dia siguiente muy de mañana con él para ir á Chartres. Luego que todo el mundo estuvo en la cama, el ratero que no pensaba en dormir, abrió una ventana que correspondia á la calle, para observar la llegada de sus compañeros, quienes no tardaron en venir; baja para abrirles la puerta, pero como de ordinario, y particularmente en Paris, donde todos viven alerta, estan cerradas las puertas de los comerciantes con llaves dobles, le fué imposible abrir; de suerte que se vió preciso á volver á subir, y echar por la ventana algunas piezas de paños á sus compañeros, no atreviéndose á tomar mucho, ni de otras cosas, por miedo de que lo conociesen,

porque era preciso dejarse ver al dia siguiente.

Llegó el dia, y Cárlos Estampas hizo llamar al ratero, á quien dijo que habiendo pensado por la noche en el viage que habia determinado hacer, le parecia que no era regular presentarse en Chartres sin ir vestido de luto; que para esto necesitaba tiempo, y que por lo tanto le aconsejaba fuese á Chartres á llevar una carta á su hermana, en la que le diria la causa que le obligaba á retardar su salida dos ó tres dias, pero que en este tiempo no faltaría en lo que deseaba, para consolarla cuanto le fuese posible de la pena que tenia: le dió dinero para hacer su viage, y por el trabajo que habia tenido en llevarle tan buena noticia, pero asegurando que habia sido mayor el sentimiento que le habia causado la desgraciada muerte de su hermano, que el placer de tan interesante sucesion.

El ratero, viendo que no habia podido realizar sinó una pequeña parte de su proyecto, resolvió hacer lo mismo en Chartres con Felipe Estampas, ha-

ciéndole creer que su hermano habia muerto en Paris, para ser bien recibido en la casa, y agarrar algunas alhajas de la platería: para lograr el proyecto hizo contra-hacer por un memorialista de Saint-Innocent una carta de Cárlos, en los mismos términos que la que habia fingido antes, dándole noticia de la desgracia que le habia sucedido de haber perdido un buen marido, y él un buen hermano, diciéndole que el difunto le habia dejado algunos legados en su testamento, nombrándole su testamentario, y tutor de sus hijos menores de edad; y suplicándole por último fuese inmediatamente á Paris para ordenar sus asuntos, suplicándole la disimulase el no escribir ella misma la carta.

Llega á Chartres con esta carta, y la presenta á Felipe Estampas, quien se llenó de dolor con tan funesta noticia: creyendo que este hombre habia venido espresamente de Paris, y que le habia enviado su cuñada, le hizo dar bien de comer, y le dijo que se volveria al dia siguiente para advertir á su cuñada que iba á hacerse los lutos, que dentro de

dos dias le tendria en su casa, y le dió tambien una carta para ella: pero el ratero, en lugar de pasar la noche en dormir, abrió la cerradura de un gabinete con ganzua, en donde cogió una cajita que tenia algunas sortijas de mucho valor, y algunos diamantes y perlas muy hermosas; de suerte que le salió mejor la cuenta en Chartres que en Paris; y al dia siguiente muy de mañana se marchó fingiendo que iba á llevar la carta á Paris: en la casa no advirtieron al instante la falta de la caja, porque apenas se levantó el platero por la mañana no trató mas que de disponer sus lutos para marcharse sin dilacion á Paris.

Lo bueno y gracioso del asunto es que Cárlos salió de Paris el mismo dia que salió su hermano Felipe de Chartres para hacer sus viages, y que ambos fueron á dormir á Bonelle que está cerca de la mitad de camino de Chartres á Paris; pero habiendo salido Cárlos un poco antes, llegó á mejor hora, se fué á dormir al Leon de Oro, que le dijeron era la mejor posa-

da: cenó al instante que llegó, y se fué á dormir despues para salir pronto á la mañana siguiente: Felipe llegó muy tarde, y preguntando por la mejor posada, le enseñaron al Leon de Oro, á donde pidió un cuarto, y le dieron el que estaba casualmente junto al de su hermano, quien se hallaba ya acostado y dormido, y para entrar en él, era preciso pasar y atravesar el que tenia el otro; en efecto atraviesa sin hacer atencion alguna al pasar, y fué á acostarse con uno de sus amigos que habia llevado en su compañía.

Como ellos hablaban juntos en este cuarto, Cárlos, habiéndose despertado, oyó la voz de Felipe, que le pareció muy semejante á la de su hermano, pero no podia entender la conversacion; y se llenó de admiracion, empezando á tener miedo de si sería el alma de su hermano que volvia al mundo; y despues se confirmó mas en esta aprension, pues habiendo tenido necesidad de ir al comun Felipe, estando acostado, se levantó desnudo en camisa, y atravesó el cuarto de su hermano; éste, con la claridad

de la luna le reconoció, y viéndole en este estado, dió un furioso grito, que no causó menos miedo á Felipe reconociendo tambien la voz de su hermano, quien se volvió á su cáma lleno de terror y espanto, creyendo de su hermano lo mismo que su hermano creía de él; de suerte que los dos pasaron el resto de la noche en la mayor aprension el uno de otro: pero el mejor pasage fué á la mañana siguiente que se hallaron de luto el uno y el otro, haciéndose la señal de la cruz pensando verse uno y otro en fantasma: sin embargo, animándose poco á poco se acercaron, se palparon, se abrazaron y vinieron á saber la causa de su chasco, sabiendo tambien algun tiempo despues el hurto que habia hecho el ratero en sus casas de paños y alhajas; pero fué preciso lo tomasen con paciencia porque no tenia ya remedio su pérdida.

ÍNDICE

de lo que contiene este primer tomo.

HISTORIA DE ZORRASTRONES

Ó

DESCUBRIMIENTO INTERESANTE

DE LAS FINAS Y DIABOLICAS ASTUCIAS

DE LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA,

RATEROS Y ESTAFADORES.

HISTORIA DE ZORRASTRONES

Ó

DESCUBRIMIENTO INTERESANTE

DE LAS FINAS Y DIABOLICAS ASTUCIAS

DE LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA,

RATEROS Y ESTAFADORES.

Obra histórica, graciosa, divertida en extremo, y necesaria á todo ciudadano honrado para poder librarse de las arterias y refinada maldad de los muchos picaros de que abunda la sociedad. Contiene detalladamente todas las sutilezas, estratagemas y ardides los mas finos é inauditos que emplean los *caballeros de industria y gentiles hombres de ganzua*, para robar sin estrépito en las poblaciones, y con menos esposicion que los salteadores de caminos.

Traducida de la quinta edicion del frances al castellano: refundida y aumentada por el autor, y adiccionada por el traductor

D. A. P. Z. G.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA QUE FUE DE GARCIA,
por su regente D. Manuel Pita de la Vega.
1821.

DESCUBRIMIENTO

DE LAS ASTUCIAS Y ARDIDES

DE RATEROS Y ESTAFADORES.

Suceso primero.

Un oficial, de los hombres mas hermosos de París se halló cruelmente chasqueado una vez por la buena opinion que tenia de sí mismo, segun la admiracion general de que era el objeto; y es el caso, que hallándose entre una multitud de gentes enmedio de la iglèsia, viendo la misa de doce, se vió demasiado estrechado de un costado, y se volvió con viveza ácia su vecino; y éste que le apretaba tanto, le dijo: *Caballero, no tendria V. la bondad de volverse del otro lado?--Por qué?* responde: *--Pues, señor, una vez que me obliga V. á decirlò, sabrá como yo soy pintor, y mi compañero que está en la tribuna del frente, encargado pòr una señorita hermosa de hacerla vuestro rè-*

trato, me está haciendo señas sobre la aptitud en que quiere retrataros.

El oficial lleno de amor propio no duda de esta asercion, y mucho menos cuando vé en la tribuna indicada un hombre que tenia fija la vista sobre él, y un lapicero en la mano. Segun le va tocando el otro tiene mucho cuidado en tomar la posicion que cree se le manda, y pasados algunos minutos le dice el otro: *mil gracias caballero; no se incomode V. mas, pues ya está hecho.*-- *Hombre*, responde el oficial, *buen retratista debe ser vuestro compañero, pues no puede ninguno ser mas listo!*-- El pintor fingido desapareció en la multitud, y el oficial registrando sus bolsillos, vió que la historia del retrato no habia sido mas que una extratagema para robarle el dinero, el relox, la caja del tabaco, y todo cuanto tenia en el bolsillo.

Suceso II.

Marchando el rey de Inglaterra al parlamento en toda ceremonia se halló

entre la confusion de gente que habia en la carrera por donde pasaba S. M. un astuto ratero, y viendo á su lado un aldeano muy bien vestido, con su relox en el bolsillo, se acercó á él seguido de dos acólitos, y en el momento de pasar frente por frente el coche del rey, que era la ocasion que deseaba, le dió un empujon, y con aire de indignacion le dijo: *D-n yonr disloyal heart, why don' t yon pull your hat off white the gobernor goesbi*, (el D..... lleve vuestro corazon desleal: ¿por qué no os quitais el sombrero mientras pasa el gobernador?) Esta enérgica reprension le hizo tal impresion, y le causó tanto miedo, que temiendo le quitasen ellos mismos por fuerza el sombrero dirigió al efecto con presteza ambas manos á la cabeza, y entonces nuestro leal ratero y sus acólitos le arrebataron con la mas fina sutileza el relox, el bolsillo, y la cartera.

Suceso III.

Caminando un oficial de *Troies é Rheims* en su caballo, se arrimaron á él

otros dos que tambien iban en los suyos por el mismo camino, y todos tres fueron hablando en buena compañia, como si hubiesen sido antiguos amigos; y por la noche se detuvieron, y cenaron juntos en la misma fonda. En el momento de pagar, ofrece uno de los dos pagar todo el gasto, á condicion de hacer la cuenta de cada uno, concluido su viage; la proposicion es aceptada, y al momento saca un bolsillo de oro, y paga al fondista. El oficial le hizo varias reflexiones sobre lo imprudente que es el llevar un viagero consigo una cantidad tan considerable; y respondió: *Sí, en efecto, pero ya sabe uno, sobre poco mas ó menos, con quién trata; y verdaderamente que nosotros no tenemos porque temer.* — Por la noche se apearon en otra fonda, y no hallando libre mas que un cuarto con tres camas, se conformaron con él, y cada uno tomó la suya. El oficial, quejándose de estar cansado dijo que tenia deseos de entrar en la cama, y el celoso compañero de viage le aconsejó acostarse y dormir sin inquietud tranquilamente, y que dejase á su cuidado

el madrugar para mandar echar el último pienso á los caballos, ajustar la cuenta en la posada, y disponerlo todo para marchar: el oficial con este ofrecimiento se acuesta y se queda dormido con la mas completa confianza, pero al momento que despierta, busca su relox, y no le halla, salta de la cama lleno de inquietud, y ve que le han robado el bolsillo: baja apresuradamente, pregunta por sus compañeros, y le contesta el fondista que han marchado muy temprano, diciendo: *que estando cansados sus caballos, salian antes que el oficial, quien los alcanzaria con el suyo al momento.* Todos sus votos y patadas fueron inútiles: perdió cuanto tenia, así como el fondista el gasto, pues digeron que el oficial pagaria, y le dejaron sin un cuarto.

Suceso IV.

Un italiano que se habia establecido en Paris inventó una treta ó maulería muy simple para engañar en el juego y estafar á todo el mundo, de lo que se

apercibieron los jugadores muy tarde, pues ya se habia hecho poderoso á costa de todos: este italiano tenia una caja de oro lisa por los bordes, y cuando se presentaba algun golpe decisivo, tomaba un polvo de tabaco, y ponia con mucho disimulo la caja sobre la mesa, con lo que tenia bastante para jugar con pleno conocimiento y seguridad, pues el menor reflejo de la caja le presentaba las cartas que salian segun las iba distribuyendo, y asi las revisaba todas como si tuviese al frente un espejo.

Suceso V.

Un joven vestido con mucha decencia, y montado sobre un hermoso caballo, se detuvo delante de la tienda de un relojero en Sevilla, (en España) y le pidió reloxes bonitos de oro; el relogero le suplicó se apease y entrase en la tienda para ver con toda comodidad y satisfaccion todos los mejores que tenia. — *No*, dijo el caballero, *porque mi caballo es muy dificil de montar, y sin bajarme puedo escoger la que me aco-*

mode: El relogero le sacó las mejores repeticiones de oro en hermosura, seguridad y valor, de las que eligió, (como tonto, y sabiendo que no seria para él muy cara) la mas escelente de todas, y luego que se entretuvo unos cuantos minutos en disputar sobre el precio, la metió en el bolsillo, y fingiendo buscar el dinero para pagarla, picó fuertemente al caballo, y rompió á galope gritando al relogero: *¿no os dige que este maldito caballo era una fiera incorregible? amigo no le puedo contener.*

Suceso VI.

En Brighthelmstone advirtió un ratero que un M. H. *** tenia costumbre de nadar todas las mañanas por espacio de media hora, y se desnudó á cierta distancia del parage desde donde se echaba al mar el nadador; fué allá, á bordo de un barco, diez minutos despues de haberse arrojado aquel al agua, y quejándose de hallarse un poco malo dió orden al barquero para conducirle á tierra mientras se vestía. Un relox, una

caja de oro, mas de cuarenta guineas y un frac elegante fueron el fruto de esta atrevida tentativa.

M. H.*** luego que concluyó su ejercicio diario, vino al sitio donde habia dejado su barca, y no la halló, y descubriéndola despues cerca de la orilla se fué allá de algunos saltos mas, y vió lo que acababa de suceder: al principio creyó que seria un chasco que queria darle su hermano, habiendo dicho el barquero que se le parecia mucho el hombre que habia llevado á tierra; pero algunas horas despues vió M. H. *** unos andrajos á la orilla del mar que no pertenecian á ninguno de los nadadores luego que salieron del agua, y conoció que no volveria á ver sus guineas, ni sus alhajas, ni á quien las habia robado.

Suceso VII.

Una muger de Paris que tenia juego en su casa se propuso el plan de hacer un retrete secreto, y retirado en ella, y al intento suplicó á uno de sus conocidos la buscase un buen arquitecto: llega éste,

le consulta, pregunta su pensamiento, disputan sobre la forma, el tiempo se pasa, y le convidan al primer ofrecimiento á comer, lo que no acepta; pero por último no puede escusarse de pasar alli toda la tarde; le convidan á hacer la partida, pero como no juega, se niega, y la señora de la casa le invita con mil ruegos á ir á medias con ella; consiente por una mera condescendencia, se sienta y se duerme: á las dos de la mañana le despiertan para ajustar sus cuentas, cuyo resultado es que la tal señora ha perdido diez mil cuatrocientos francos: se admira, grita, tiembla, jura, y quiere resistirse á desembolsar una cantidad tan exorbitante, pero con aquellos modales propios de tal canalla le hacen firmar una letra de cinco mil doscientos francos que le corresponden, pagadera á la mañana siguiente, y no se trató mas de la obra para que fué llamado: quiso aun resistirse al pago de la letra dando cuenta al gobierno de la picardía que habian hecho con él, mas como no tenia testigos fué obligado á satisfacerla despreciando toda demanda.

Suceso VIII.

Un jóven viajero salió de su casa para practicar ciertas diligencias de comercio en varios pueblos, y atrevesando á caballo una de las nuevas aldeas que se habian formado cerca del bosque de Enfield, llegó á un sitio donde se iba á edificar una capilla de metodistas, y sabiendo que allí debia hacerse una colecta, esperó á que empezase el servicio, bajó de su caballo, entró en la capilla y escuchó el sermon con mucha atencion: poco tiempo despues sacó de su bolsillo una guinea, la echó en su sombrero, y dió la vuelta á la capilla haciendo la colecta con mucha devocion; las buenas almas edificadas y estimuladas por su ejemplo, se animaron á imitar su caridad, y á porfia le llenaron el sombrero de dinero; y por estraordinaria que les pareció la conducta de este jóven, le dejaron obrar. El mismo sacerdote, que atribuyo este zelo á una conversion repentina del demandante, y que miraba de soslayo su peculio en aquel

sombrero, no se opuso á su oficiosidad. Pero cuál fué la sorpresa de esta congregacion de fieles cuando vieron tomar la puerta de la iglesia á este nuevo convertido, en vez de entrar en la sacristía! todos le gritaron que llevase el producto de la colecta, y el respondió: *no hermanos mios, yo he recibido con mucho gusto lo que me habeis dado en toda vuestra libertad, y esto es para mi.* -- Montó en su caballo, que era tan ligero como el viento, y dejó gritando contra él á los devotos, deséandole segun la fórmula, *an eternal damnacion* (una eterna condenacion.)

Suceso IX.

Un dia de aniversario de S. M. británica, viendo unos rateros que estaban llenas de gente las avenidas del palacio de Saint-James, á quienes habia atraido la curiosidad de ver las personas que iban á la corte, soltaron enmedio de la multitud de almas que habia, un perro grande que llevaban atado con rabia, y en el momento que este animal puesto

ya en libertad, empezó á procurarse paso por medio del populacho, gritaron todos que estaba rabioso: estas voces ocasionaron una confusion tan grande en el pueblo que todos los espectadores se arrojaban unos sobre otros. Los que estaban en la maniobra se aprovecharon de este momento tan favorable á sus ideas, recogieron infinitos reloges, bolsillos, pañuelos, y cajas de gran valor, que en la confusion mudaron de dueños en un abrir y cerrar de ojos.

Suceso X.

En cierto pueblo de la Normandia hizo matar un labrador un marrano para su provision, y como en aquel pais haya la costumbre cuando se mata, de enviar á los vecinos y amigos de aquella salchicha y morcilla que se hace siempre con las carnes y la sangre del puerco, así como oreja, pie, y algun higado, lo que hacen tambien despues los otros cuando matan, enviando el mismo regalo que han recibido, este labrador que recibia siempre este presente de to-

dos sus vecinos, y que con un solo marrano que mataba, no tenia ni aun para hacer este cumplido, se vió lleno de pena por no saber qué hacer, y se dirigió á uno de sus vecinos que, segun él se figuraba, era uno de sus mejores amigos, y le dijo: *Compadre, hay muchas personas en esta parroquia que me envian regalos todos los años cuando matan sus marranos, de suerte que ahora que yo he matado, me hallo como obligado á corresponder con lo mismo, y estoy dudoso sobre lo que debo hacer, porque si trato de cumplir con todos, no matando mas que un marrano, no alcanzará para tantos; y esta es la causa que me obliga á suplicaros me aconsejeis lo que deba hacer en tal apuro.* -- *Lo que debeis hacer*, le dijo el vecino, *si yo estuviese en vuestro lugar colgaria á la ventana mi marrano, de manera que todo el mundo lo viese, y á la mañana siguiente muy temprano, haria creer á todos que me lo habian robado, y por este medio estaria exento de regalar á nadie.* -- *Hombre! en efecto; a fé mia que teneis razon, y*

voy á seguir vuestro consejo. -- Al momento mandó poner su marrano de modo que todos lo viesen, y lo dejó así toda la noche: el vecino que le habia dado el consejo no se descuidó en hacer lo que habia proyectado: se levantó á media noche y se llevó á su casa el marrano, cuya operacion fué de cortos momentos y de ninguna dificultad: á la mañana siguiente muy temprano salió nuestro labrador á la ventana para ocultar su marrano, y poder figurar el robo, pero ya no lo encontró: maldijo al momento la invencion de su amigo, despues de haberle agradado tanto en la víspera: la primera persona que encontró fué su vecino, y le dijo: *Voto á tal compadre! ¿no sabeis que esta noche me han robado el marrano?* -- *Bueno*, contestó el vecino, *eso es lo que debeis decir. Es que no es mentira, pues efectivamente me lo han quitado.* -- *Bravísimo, vecino, lo haceis tan á lo vivo, que casi yo mismo lo creo, á pesar de haber sido vuestro consejero: sostenedlo así siempre, y todo el mundo os creerá.* -- El labrador se puso á jurar afirmando que no se

chanceaba; pero cuanto mas juraba, mas se esforzaba el otro en darle la razon y su aprobacion, de suerte que si pudo librarse del regalo de los vecinos honradamente, tambien le costó el sacrificio de perder todo su lechon.

Suceso IX.

Un ratero, ya maestro en el oficio, natural de la Normandia, fué á París y se alojó en la calle de Saint-Denis en el meson que tiene por muestra una Zorra: luego que llegó, preguntó á la mesonera si podria tener un cuarto, y ser asistido en él, porque tenia que permanecer mucho tiempo en París: la mesonera le preguntó cuánto tiempo podria estar, y respondió que no se lo podia decir, porque venia á seguir un pleyto de consecuencia, y no sabia cuándo se podria acabar; pero que daria muchas gracias á Dios si los jueces le podian despachar en cuatro ú cinco meses; y que de todos modos estaba resuelto á no irse de París hasta no verlo sentenciado: entrando despues á discurrir sobre el asunto de este pleyto dijo: *que*

habia comprado un oficio, y que los interesados despues se habian opuesto á dárselo, por lo que pedia se le pusiese en posesion depositando el dinero, y que sobre esto era sobre lo que al presente se disputaba: añadiendo, *que habia traido el dinero á París para este efecto, cuya cantidad ascendia á diez mil duros, y que los traia bien contados en su maleta:* despues suplicó á la mesonera tuviese la bondad de guardárselos en parage seguro, porque no queria tomar nada de aquellos diez mil duros cantidad destinada únicamente á dicho objeto: la mesonera le prometió guardarlos, y tener el mayor cuidado de ellos, asi como entregárselos en el momento que se los pidiese. El ratero hace entregarla una maleta llena de piedras cerrada con tres ó cuatro candados, ella la recibió, y la guardó bajo de dos llaves: en seguida la pregunta cuánto le ha de llevar por comida y cama en su cuarto, y le dice que cinco francos diarios, con la observacion de que venga ó no á la posada algun dia deberá pagar lo mismo: aceptó sus condiciones, y mandó poner

por escrito el dia de su llegada, para pagar cuando se marchase tantos dias como hubiese permanecido en la posada: tres meses hacia lo menos que estaba en ella, comiendo perfectamente, y bien asistido, sin que el mesonero ni la mesonera le pidiesen ningun dinero, creyendo estas buenas gentes tener buen fiador en la maleta, donde suponian hallarse los diez mil duros, como les habia dicho el ratero: este picaro Normando salia todos los dias por la mañana, y no volvia hasta el medio dia; comia, y despues no volvia hasta la noche, fingiendo siempre que venia de visitar á los jueces, y de conferenciar con su abogado: asi continuo este género de vida hasta que un dia supo que la mesonera tenia que ir al dia siguiente muy de mañana á Vaugirard á ver un hijo que tenia criando, y que no volveria hasta la noche: este viage le proporcionó el hacer una de las suyas con el mesonero, de cuya picardia estaba el pobre hombre bien léjos de maliciar: este ratero, sabiendo que la mesonera se habia llevado la llave del cuarto donde habia guardado la maleta, vi-

no al medio dia, fingiéndose muy alegre, y dijo al mesonero que acababa de ganar trescientos francos en un cuarto de hora, porque habia comprado un caballo que le habia costado cuatrocientos cincuenta francos, y en el acto mismo le acababan de ofrecer setecientos cincuenta: pidió su maleta para tomar dinero y pagar el caballo, cuyo dueño le esperaba para comer juntos. El mesonero le dice que su muger habia llevado la llave y que no vendria hasta la noche: entonces el ratero empezó á jurar y votar muy incomodado, queriendo que fuesen al instante á buscar el cerragero para abrir la puerta, pretestando que no hallaria nunca igual ocasion. El mesonero le hizo presente que no podia mandar abrir la puerta sin cometer una tropelia, y dejarlo todo despues abandonado: que á mas de esto, hallándose solo, no tenia tiempo para cuidar del cuarto; pero estas razones no satisfacen al ratero, se pone mas furioso, no quiere perder la buena ocasion de quedarse con el caballo, teme que el dueño se marche, y por último quiere que vayan á

buscar al cerragero: el mesonero, para aplacarle le dice: *Yo no me atrevo á permitir que se descerrage la puerta, y prefiero buscar el dinero que necesiteis mientras viene mi muger: decidme cuanto quereis, y salgamos del paso de este modo sin atropellamientos.* -- El ratero que no deseaba otra cosa, hizo como que estaba poco satisfecho de la proposicion, diciendo que haria lo mismo en caso de necesitar mayor cantidad: por último se convino en que le diese el mesonero los doscientos cincuenta francos para pagar el caballo que habia fingido tener comprado: se ajusta tambien con el mesonero por lo que le ha de llevar por mantener el caballo; y para disimular mas su picardia da una gratificacion anticipada al mozo de paja y cebada para que se lo cuide bien, pidiendo despues al mesonero un par de luises mas para pagar la comida que ha prometido dar en la fonda al dueño del caballo: y despidiéndose hasta la noche, salió para no volver mas.

Llega la mesonera por la noche, y el marido la reprende de haberse llevado

la llave, por la que dice ha tenido tanto ruido, y ella se admira diciendo: *Como! ¿ Despues de tres meses que está en mi casa sin pedirme nada, precisamente en el dia que yo estoy ausente se le ha ocurrido?* *Si*, dice su marido, *he tenido que darle doscientos cincuenta francos para pagar el caballo, y dos luises para ir á comer con el que se lo vende:* -- *al fin, no importa*, responde ella, *pues tenemos buen fiador.* -- Llega la noche, y el mesonero y su muger aunque ven que no viene su huesped, no se admiran, creyendo que estará de francachela con su comerciante; pero tres ó cuatro dias despues, viendo que no parecia, se imaginaron que acaso, si trató de ir el mismo dia por la noche á casa, le habrán matado algunos rateros para robarle el caballo y la capa; y se confirmaron mas en este concepto despues de haberle esperado inútilmente mas de ocho dias: se presentaron con un memorial al comisario esponiendo todo lo ocurrido, y diciendo tenian en su casa una maleta de aquel hombre, que se la habia mandado guardar, la que conte-

nia, segun él mismo habia dicho, diez mil duros: que ellos le habian prestado doscientos sesenta y dos francos, y otro tanto mas doble que importaba su manutencion y hospedage de mas de tres meses que habia estado en su casa: que temiendo ser incomodados algun dia, acudian á la autoridad para que mandase abrir la maleta, y depositarla en donde tuviese por conveniente para su seguridad; efectivamente, se dió providencia, y fueron comisionados un comisario del distrito, con un escribano, alguaciles y testigos para hacer muy formal y auténtica la apertura de la maleta: pero cuál fué su sorpresa, y cuál la admiracion, particularmente en el mesonero, cuando no vió dentro de la tal maleta mas que pedernales! Porque como él no sabia nada mas que por la relacion de su muger; que creía hubiese visto y contado el dinero, se quedó mas frio que un marmol, viendo ya perdidos sus doscientos sesenta y dos francos, y mas de quinientos por la posada y manutencion; sin embargo lo que mas le acabó de desesperar fué el tener que soltar otra cantidad

regular por los gastos de justicia, y los derechos del comisario, escribano, alguaciles, y testigos, cuyo importe pasaba de ochenta francos: enagenado y lleno de furor el pobre mesonero se desverguenza con los de justicia, le hacen comparecer, es condenado á una multa y dos meses de reclusion, muere la mesonera de pena, se pierde el meson, y el infeliz mesonero cuando cumple su reclusion, sale para ir enfermo al hospital donde se despidió de este pícaro mundo falaz para descansar en un cementerio y verse libre de la misma perversidad de los hombres.

Suceso XII.

Estando M. Boyle en su palacio en Irlanda, se presentó un hombre bien puesto, y pidió permiso para hablarle, á lo que respondió un criado que su amo estaba ocupado; pero el incógnito insistió, y dijo que tenia cosas de grande importancia que comunicar á su amo; por lo que al fin fué introducido en su gabinete, cuya puerta cerró él mismo con

cuidado: despues, dirigiendo la palabra á M. Boyle, le dijo: *tengo asuntos de la mas alta importancia que comunicaros, y que como tales exîgen un secreto inviolable:* M. Boyle le respondió que le prometia bajo de su palabra de honor el guardar el secreto que le exîgia: *Pues señor*, repuso el incógnito, *yo no estaré tranquilo sino cuando me lo hubiereis prometido sobre la Biblia;* y sacando al momento una de su bolsillo, hizo M. Boyle el juramento que se le pedia. *Ahora*, continuó este piadoso pícaro, *vais á saber mi secreto: Yo necesito ochocientas guineas, dadmelas al momento, ó sois muerto.* Esto fué apoyado con una pistola armada, y M. Boyle entregó la cantidad que se le pedia: el bribon tomó el dinero con mucha serenidad, hizo una profunda reverencia, y recordó á M. Boyle el juramento que habia hecho: este honrado, pero débil le guardó inviolablemente, y solo despues de su muerte se supo esta aventura que se halló entre sus papeles.

Suceso XIII.

Cuatro rateros tuvieron deseos de comer bien un dia sin costarles nada, á costa del primero que pudiesen emgañar; y sabiendo que habia en un bodegon de París un mozo que era mny inocente, creyeron que les seria muy fácil engañarle: acordaron entre todos el dla, y se fueron al bodegon donde pidieron de comer: debe suponerse que pidieron de cuanto habia, que comieron bien y bebieron mejor, pues como no pensaban pagar no les dolian prendas: luego que se rellenaron bien, llamaron al mozo para ajustar la cuenta, y vista la carta ó lista de lo que habian consumido, figuró uno de ellos que metia la mano en el bolsillo para pagar, á pesar de que ninguno tenia un cuarto: otro que estaba inmediato á éste dijo: *¿qué quereis hacer? no, no, á fé mia que vos no pagareis aqui:* el tercero se puso furioso diciendo al mozo: *os prohibo tomar dinero de ninguno mas que de mí:* pero el cuarto insistió mas que ninguno di-

ciendo: *que no tenian que disputar ni incomodarse pues todos quedarian iguales, porque él solo seria quien pagase el gasto, en inteligencia de que de lo contrario seria asunto de perderse la amistad.* Todos prohibian al mozo tomase el dinero, y no sabia de quién habia de cobrar, hasta que uno de ellos dijo: Señores, *para que todos quedemos contentos y que el asunto se termine, pues que alguno de nosotros ha de pagar; no hay mejor medio que sometemos á la suerte, pues si no esta disputa será interminable: que pague aquel á quien le toque la suerte, y para esto vamos á vendar los ojos á este mozo para que tampoco tenga la libertad de escoger, y aquel que coja que pague el gasto:* convinieron todos en ejecutar el pensamiento, incluso el mozo, que estaba muy lejos de maliciar cosa alguna: le cubrieron los ojos, y los pícaros rateros, para disimular mejor su proyectada estafa, corrian por el cuarto, y estuvieron un rato figurando esconderse y guardar silencio para no ser cogidos, hasta que por último se fueron escurriendo los unos

tras de los otros, dejando solo al inocente mozo de la hosteria, tentando por todos los rincones del cuarto: media hora estaria dando vueltas ya atolondrado de tanto buscar al que habia de pagar, hasta que el amo, viniendo de la ciudad, entró en el cuarto, y el criado le afianzó con el anelo de recobrar ya la vista, diciendo: *ah! ah! V. es el que paga el gasto*: y en verdad que dijo bien, porque todo quedó sobre las costillas del amo, quien enterado de la picardia que le habian jugado aquellos bribones, tuvo motivo para admirar tanto su sutileza, como la estupidez y poca malicia del tonto de su criado.

Suceso XIV.

Un dia estando recorriendo la feria de Saint-Ovide el comisario de policia, vestido de grande uniforme, para vigilar si se observaban exactamente los reglamentos de policia, se acercó á él suavemente un ratero atrevido y diestro, y le cortó los faldones de la casaca; y no contento aun del feliz suceso que tuvo

su osadia, fué al dia siguiente á la misma casa del comisario de policia, á la hora que supo habia salido, y dijo que era un oficial del maestro sastre, que iba de órden del señor comisario á buscar el vestido que le habian cortado aquellos rateros en la feria, (dignos de ser ahorcados) para componerlo, segun lo acababa de prevenir á su maestro: llevaron el recado á la señora, quien le mandó entrar, y le dijo: *hombre, no entiendo ese recado, pues mi marido mandó esta mañana hacer otro uniforme á su maestro de V. y acordaron dejar éste para chaqueta de casa viendo que el ratero le habia dejado ya inservible*: -- *Si señora, es cierto*, dice el ratero sin cortarse ni aturdirse, *ya lo sé; pero como el señor comisario dió órden de advertir á todos los plateros de la ocurrencia ayer mismo, y que los agentes de policia han trabajado tanto desde anoche, parece que un platero ha seguido á un hombre que le rogó tomar un poco de plata de unos bordados que dijo tenia en casa, y dando parte inmediatamente, le ha sorprendido la po-*

licia en el acto de ir á quemar los faldones robados; han llevado preso al ratero, y acaban de presentar los faldones al señor comisario al pasar por casa de mi maestro, quien ha ofrecido unirlos sin que se conozca, á cuyo efecto dió órden el señor comisario para venir á buscar la casaca. -- A vista de esta narracion tan verosimil, mandó la señora le entregasen la casaca, la que no volvieron á ver.

Suceso XV.

Estando un hombre en el parterre ó patio de la comedia italiana sintió un movimiento á su lado que le hizo temer le hubiesen sacado la caja de oro del bolsillo; echó mano inmediatamente para desengañarse de sus sospechas, y vió con dolor que no eran infundadas: la mala cara de cierto sugeto que vió á su lado le hizo entrar en sospechas directamente sobre él, y al momento le agarró por el brazo, y le dijo al oido, temiendo interrumpir el espectáculo; *V. acaba de escamotearme mi caja de oro: con que*

vuelvamela, pues sino le hago arrestar por la guardia.-- Si V. mete ruido, me pierde, dijo el ratero, *es cierto que yo tengo la caja, pero hagame V. el favor de sacarla con su mano de mi bolsillo, para que las personas que nos rodean no conozcan nada de lo que V. me ha dicho.* -- El buen hombre se presta inocentemente á lo que dice el ratero, pero apenas metió la mano en su bolsillo, empezó á gritar el picaro *á el ladron, á el ladron!* todos creyeron que tenia razon, viendo que habia metido el otro la mano en su bolsillo: llega la guardia al momento, se apodera de aquel hombre honrado, se suspende la representacion, se agolpa la gente, y mientras protestaba de su inocencia, se escabulló el ratero, y con él desapareció la caja.

Suceso XVI.

Encontrando un ladron en el *Pont-Royal* un mozo de fuerza ó de esquina con un talego de dinero, le preguntó si no pertenecia á un banquero amigo suyo, diciéndole su nombre: el mozo respon-

dió que no: *lo siento*, repuso el ladron, *porque yo tengo costumbre de ocupar siempre á los mozos que sirven en casa de este amigo: pero me pareceis buen hombre, y voy á daros un viage, ya que ahora no veo á ninguno de los que suelen servirme: ácia donde vais?-- pasada esta calle, todo derecho*, dijo el mozo. --*Bueno, de ese modo en el camino podeis tomar la cantidad que tengo que recibir*: siguieron los dos juntos, y al pasar por el pretil de los teatinos le ofreció un polvo de su caja de tabaco, y el mozo encantado de su bondad le tomó y le dió gracias, pero no tardó en sentir los efectos de aquel polvo envenenado: sus piernas se debilitaron, empezó á trastornarse de un lado para otro, y estaba ya próximo á perder el conocimiento, cuando el ladron que le acompañaba, le hizo entrar en una taberna, y dijo al tabernero que su mozo se habia emborrachado, pero que tuviesen cuidado de él hasta que hubiese desollado la zorra, y le diesen despues un refresco elado, á cuyo fin dejó un luis al tabernero; y mandando le fuesen á

buscar un coche de alquiler gratificó con un par de francos á un mozo que fué corriendo á alquilarlo: llegó el coche, subió á él con su talego fuerte de dinero, y desapareció: pasadas muchas horas, despertó de su letargo el mozo, y se quedó sorprendido al ver que habia desaparecido su talego de dinero: le reclama, le dicen que su amo le ha llevado, y conoce entonces la bellaqueria y ardiz de que se valió aquel fingido banquero para robarle.

Suceso XVII.

Un ratero empezó á gritar de repente enmedio de una gran masa de pueblo, que le acababan de robar su caja de oro y señaló á un hombre mal vestido que estaba cerca de él, quien al momento hizo mil protestas de su inocencia: la guardia llegó al ruido de la disputa inmediatamente, y creyó que debia llevar á presentar al comisario de policia al delator y al delatado; el comisario empezó por hacer registrar al acusado, y no le hallaron nada: *yo estoy seguro*

de que me ha cogido la caja, dijo con ayre el que se fingia robado; *que le registren bien: ella es ovalada, adornada de trofeos, de un oro especial, y con excelente macouba.* -- En fin, la volvieron á buscar, y la hallaron en un pequeño bolsillo que tenia en el faldon del vestido, y que estaba ya bien practicado: entonces el denunciador dijo lleno de alegria: *suplico á V. señor comisario, tenga la bondad de probar mi tabaco, y verá que realmente es mi caja, á mas de las otras pruebas que he dado ya.* -- El comisario que era muy aficionado á la *macouba*, tomó gustoso un polbo, y le halló muy delicioso: el primer oficial, cuya nariz era tambien catadora inteligente, quiso saborearse con otro polbo; y el sargento que habia entrado con ellos, pidió el permiso de regalarse igualmente con aquel tabaco delicioso; pero un instante despues se quedaron dormidas estas tres personas, y al momento los dos rateros se apoderaron de todo el dinero que tenia el comisario de policia en su cuarto, cogiendo tambien, para dar el golpe

completò, los reloges que tenian los tres aletargados, las evillas, los anillos ricos del comisario, los pañuelos, y los bolsillos con bastante dinero, excepto el del sargento que solo contenia diez y ocho francos. Despues de haber limpiado cuanto habia á su vista se marcharon cada uno por su lado, y los soldados que estaban á la puerta no se opusieron á su paso, creyendo que el asunto estaba terminado; mas despues, viendo que tardaba ya mas de una hora en salir el sargento, y admirados de no oir hablar en el despacho del comisario, le dijeron á un criado que bajó de la casa, advirtiese á su caporal que se acercaba la hora de la parada, pues acaso no sabria que era tarde distraido con alguna conversacion interesante: entró á dar el recado, y se halló sorprendido viéndolos á todos dormidos, lo que comunicó al momento á la familia temiendo justamente hubiesen sido asesinados; y alborotados todos con una novedad tan estraña, acuden, llaman á un fisico, y por mas medicinas que les aplicaron no hallaron remedio para volverles la vida, pues se-

gun declararon en junta varios facultativos, les habian emponzoñado, dándoles algun narcótico para privarlos por de pronto del sentido: esto se comprobó despues, habiendo cogido á los ladrones, y declarado estos que los habian soporado con los polvos que les dieron de la caja, los que tenian tambien una composicion mortal; por lo que expiaron su delito en un patíbulo.

Suceso XVIII.

Dos rateros de París enviaron á buscar un rico comerciante de sedas, y le digeron que eran unos negociantes flamencos, que necesitaban emplear hasta la cantidad de diez mil francos en telas y sedas de Leon: el comerciante volvió al momento á su almacen, de donde hizo ir cargados á tres mancebos con las cosas mas ricas y preciosas que tenia de mas gusto: al momento se hizo la eleccion y el precio, y en este intervalo se sirvió la comida de la que tuvo que disfrutar el comerciante, estrechado con las mas vivas instancias. Apenas acabaron de

comer, entró otro ratero, y dijo al que habia comprado las telas: *he bien! quereis desquitaros?* -- *Con mucho gusto,* respondió el otro, *que traigan una baraja; este caballero,* continuó dirigiéndose al comerciante, *es un negociante de mi pais que ganó ayer dos mil escudos: si vos tuvieseis suerte jugariamos á medias para corregir la fortuna; y en este caso llevareis la baraja.* -- El comerciante aceptó la proposicion, y al momento se pusieron á jugar: en menos de dos horas perdió este comerciante diez mil francos, y entonces el griego que los ganó hizo una pausa, y le dijo: *caballero, como no tengo el honor de saber con quien juego y que llevais perdida una cantidad considerable, me permitireis os pregunte quién me pagará? Seguid, seguid,* dijo el compañero, *yo abono al señor, y respondo por todo lo que pierda, pues le soy deudor de una cantidad regular, y cuando así no fuese tiene mi bolsillo abierto á su disposicion.* -- *Pues, señor, entonces vamos á continuar; sin embargo de que no quisiera fuese tan desgraciada la suer-*

te de este caballero, y que la dejásemos en caso de no cambiar, pues no somos tahures para tratar de arruinarnos; á mas de que si esto se supiese despues, perderia mucho nuestra buena reputacion en el comercio.-- Continuaron jugando, y el inocente comerciante perdió no solo las telas, sino todo el dinero que llevaba.

Suceso XIX.

Dos ladrones querian formar una partida de juego con un médico muy rico que era muy jugador, pero estaba tan ocupado con sus enfermos que no habian podido cogerle, á pesar de las muchas estratagemas que habian empleado al intento: al fin, uno de estos bribones tuvo la ocurrencia de fingirse enfermo, y envió á buscar muy de mañana al famoso esculapio: éste le halló efectivamente en cama, le tomó el pulso, y dió órden de prepararle una purga, pero no sabia que él era á quien querian purgar: prometió volver por la tarde, y cuando llegó, encontró á va-

rios sugetos jugando al faraon mucho oro con una banca de doscientos luises: el fingido enfermo dijo al médico, despues de haber hablado del estado de su enfermedad: *me parece que vuestra fisonomia es feliz: quereis tener la bondad de apuntar diez luises por mi? Con mucho gusto; si, señor, no tengo inconveniente*, responde el aficionado doctor. -- El griego le dió los diez luises, y al momento se puso á jugar, ganando en un cuarto de ora cincuenta luises, los que entregó al enfermo diciéndole que muchas veces habia querido proponerle ir á medias. -- *Ah! mi Dios, señor doctor, siento mucho que no me lo hayais dicho*, responde el enfermo, *yo hubiera tenido un placer en partir con vos esta pequeña ganancia: pero lo que se difiere no se pierde; no teneis mas que venir mañana á la misma hora; estos señores, probablemente estarán aquí, y jugaremos juntos lo que querais*: no faltó al dia siguiente el doctor, y asociándose con el enfermo, que estaba ya muy mejorado, se sentaron á la mesa: le dejaron ganar algunos

luises, pero despues cambió la suerte, y perdió en aquel dia y en el siguiente veinte mil francos que habia ganado á fuerza de años, poniendo recetas, tomando pulsos, reconociendo orinales y dando muchos paseos.

Suceso XX.

Habiendo casado á una hermana el presidente del tribunal criminal de París con un caballero rico de una aldea, fué éste á ver á su cuñado, y estando ya para volverse á su casa, despues de haber pasado ocho dias en su compañia, le dijo que iba al Palais-Royal á comprar algunas cosas que le habia encargado su muger: su cuñado le preguntó qué dinero llevaba, y le contestó que tenia unos cien doblones que emplear: *cuidado*, le dijo el presidente, *no te alivien de ese peso algunos rateros, pues los hay muy finos. Ba, ba, yo no los temo,* respondió el caballero aldeano, *ellos pueden usar de todas las sutilezas que quieran, pero nada lograrán, pues yo soy mas fino que ellos*: sin embargo, su cuñado le aconsejó que no llevase tanto

dincro, pues podria arrepentirse; pero era testarudo y despreció el consejo mandando poner al instante los caballos al coche para salir: mientras los enganchaban, vinieron á ver al presidente cuatro rateros para recomendarle á uno de sus compañeros que estaba preso, acusado de haber escamoteado un bolsillo en Palais-Royale; pero se presentaron en un trage tan decente que nadie creería sino que eran unos caballeros de la mayor distincion: nadie ignora que en París hay muchos señores de esta calaña, que van perfectamente vestidos para tener entrada en todas partes, y no hacerse sospechosos. El presidente que no los conocia, los recibió con la mayor distincion, y dió á sus personas aquella acogida que era regular por su parte, mas no la que ellos merecian; pero cuando supo que iban á recomendarle un famoso vendimiador de bolsillos, acusado y convencido de tal, y que ellos se calificaban sus parientes y amigos, conoció lo que eran, y mudó de semblante al momento, preguntándoles si tenian verguenza para interesarse por un hom-

bre tan culpable? Ellos respondieron que el acusado era un sugeto de mucho honor, que le habian calumniado, y que ellos querian tomar parte en su estimacion para indemnizarle de la infamia que le habian querido hacer sufrir; y por último, que esperaban se les haria justicia para no morir todos de pena, á cuyo fin querian hacer prender á los calumniadores que habian depuesto contra él; interin el presidente hablaba con estos cuatro hombres honrados, le envió á decir su cuñado si queria alguna cosa para *Palais-Royale*, y le contestó que esperase un momento, pues tenia que decirle antes de marcharse: *Pues señores mios*, dijo á los cuatro fingidos caballeros, *podrá muy bien no ser tan criminal como se le hace, vuestro amigo, pariente ó lo que sea, pero nosotros no podemos juzgar sino por las declaraciones de los testigos que le condenan: yo sé muy bien que esto es sensible, y por lo mismo quisiera favorecerle en esta ocasion, pero me parece dificil: sin embargo yo haré cuanto estuviere de mi parte si haceis una cosa que os diga;*

y ellos al oir esta expresion le prometieron vencer imposibles por complacerle.

El presidente que empezaba á conocerlo, les dijo: *aquí teneis un cuñado mio que va á comprar varias cosas á la galeria de palacio para llevar á la aldea, y lleva en el bolsillo cien doblones, asegurando que no tiene miedo alguno de los rateros. Si fuerais capaces de discurrir algun ardid para escamotearle el bolsillo sin que lo conociese ni tocar á lo que tiene dentro, os prometo que al momento mandaré poner en libertad á vuestro amigo.--Ah! señor presidente*, respondieron ellos, *ese es un insulto á nuestras personas. Qué juicio es el que habeis hecho de nosotros?--No*, repuso el presidente, *no es mi intencion el injuriaros, pues yo os tengo por unos sugetos honrados y por personas de distincion, y mal puedo creer os mezcleis de semejante profesion; pero quiero saber hasta qué grado estimais la vida de vuestro amigo; y si es tanto el amor que le teneis, no debeis resistiros á practicar una cosa*

como la que os pido. En fin, despues de mil altercados, viendo los caballeros de industrla que no podian salvar la vida de su compañero de otro modo, y temiendo que en la cuestion de tormento que estaba mandada, podria declarar sus cómplices, entre los cuales se hallaban ellos, prometieron al presidente hacer cuanto les pedia, á pesar de no haberse ejercitado nunca en esas pillerias, solo por el cariño que profesaban á su pariente y amigo: y en seguida le suplicaron les hiciese conocer el sugeto á quien habian de engañar: *Va á subir al coche: al momento que yo le hable*, les dijo, *esperadle en la calle, seguirle, y no le perdais de vista.*--Nuestros caballeros despues de haberse despedido, se fueron á esperar á la calle al recomendado, y acordaron el medio de que no se les escapase: El presidente encargó de nuevo á su cuñado que no llevase tanto dinero, advirtiéndole que sería mejor hiciese ir al comerciante á buscarlo á casa; pero no hizo caso de todas estas reflexiones, subió al coche, y mandó le llevasen derecho á palacio, donde le espe-

raban los rateros que no le habian perdido de vista; luego que llegó á palacio bajó del coche, entró en la galeria, y habiéndose detenido en una tienda, se acercó á él uno de los caballeros de industria, figurando que compraba alguna cosa: observa sus acciones, y ve que tenia una mano en un bolsillo del vestido, con la que se imaginó que tenia agarrado el del dinero, y que nunca la sacaba para nada; hecha esta observacion se fué á sus compañeros, los instruyó de todo, y resolvieron lograr su intento con una extratagema diabólica, de la que bien enterado éste, volvió á su sitio, es decir, á ponerse cerca del cuñado del presidente: los otros, paseándose en la galeria, se acercaron tanto á él, que uno de ellos, dándole de codo con fuerza en el estómago, le causó un dolor tan grande, que sacó inmediatamente la mano del bolsillo para ponerla donde habia recibido el mal. El que estaba á su lado acechándole, como el gato al raton, introduce en este momento favorable su mano diestramente en el bolsillo, y se apodera del que contiene el

dinero: se escurre disimuladamente, se reune á sus compañeros que le esperaban en el lugar de la cita, y se marcharon llenos de alegria á casa del presidente á quien entregaron el bolsillo, de lo que se puso tan contento, que les cumplió inmediatamente la palabra que les habia dado, haciéndo poner á su compañero en libertad.

El cuñado del presidente que habia quedado en la galeria del palacio, sin pensar en otra cosa mas que en su dolor, estuvo allí un rato hasta que se halló un poco aliviado, y despues volvió á tratar del precio de las cosas que queria comprar; y habiéndose por último convenido en el precio, mete su mano en el bolsillo para pagar, y se halla con la novedad de haberle ya robado el dinero. Se quedó tan sorprendido, que no sabiendo qué decir ni qué hacer, se vió precisado á volver á casa, con la tristeza pintada en su semblante, en términos que su cuñado hubiera podido adivinar el lance sin saberlo ni decirselo. Trata de informarse de todo lo que ha ocurrido, y el otro dice que no hay na-

da, temeroso de que sepa su desgracia, y por ser motivo para que se rian de él por habérselo repetidas veces advertido, y aconsejado.

El presidente viendo que no podia sacarle una palabra le dijo: *Me presumo, segun la tristeza que traes, que te ha sucedido alguna aventura desgraciada, y que te habrán cogido el bolsillo. Perdona, hermano mio, no es nada de eso*, dijo con frialdad, *es que yo no me encuentro bueno.--Ea pues, vamos á comer, y te hallarás mejor*, le dijo el presidente: respondió que no podia comer, y que no comeria; pero su cuñado le importunó tanto que al fin se sentó á la mesa, mas no comió nada de cuanto le presentaron. *Que me traigan*, dijo el presidente, *el manjar que he mandado, pues estoy seguro de que eso le provocará el apetito á mi hermano.*--Volvió á repetir que no comeria nada, pero el presidente repitió que apostaria lo contrario, y que aquel plato seguramente le abriria el apetito. Los criados que estaban ya prevenidos por su amo, llevaron aquel plato cu-

bierto, y le pusieron delante del cuñado, quien no quiso tocarlo por mas instancias que le hizo el presidente; y éste viendo su resistencia le dijo: *Pues hombre, ya que tú no comas, hazme á mi plato:* descubre al efecto el que estaba cubierto, y se halla con su bolsillo, pues su hermano para divertirse con él, le habia mandado poner á la mesa entre dos platos, y al verle fué mayor su alegria que su admiracion; por lo que el presidente advirtiendo el placer que le causaba aquel presente le dijo: *é bien ¿qué te parece de este plato? no te moverá el apetito?*--Quiso saber cómo habia pegado aquel salto su bolsillo, y su hermano le dijo: *come, come, y despues lo sabrás*: no se hizo rogar dos veces, y comió mas que cuatro: acabaron de comer, y despues le contó el chasco que le habian dado, lo que le hizo reir infinito por la estravagancia de la aventura.

Suceso XXI.

La muger de gobierno de un señor ingles, que estaba ausente de la ciudad,

habiendo recibido por un comisionado una carta que parecia escrita por su amo, vió en ella la órden que la daba de arreglarlo todo para su regreso, y de sacar la vajilla del depósito en que la habia puesto en casa de un banquero para tenerla mas segura durante su ausencia; y reflexionando sobre la tal carta llegó á dudar si seria de su amo viendo que no tenia la marca del correo; por lo cual queriendo asegurarse de si la letra era suya, fué á consultarlo con el hermano del amo para saber lo que deberia hacer, y examinando atentamente la carta, la dijo que estaba convencido de que era de su hermano, y la aconsejó ejecutar cuanto en ella la mandaba: los temores de esta muger no se disiparon aun, á pesar del dictamen de aquel, y se fué á casa del banquero, menos para hacerle devolver la vajilla, que para preguntarle lo que debia hacer en tales dudas y temores; mas el banquero se persuadió de tal suerte de que la carta era del amo de esta muger que la aconsejó obedeciese cuanto la mandaba, y se convinieron en que él en-

viaria el arca de la vajilla: sin embargo, para asegurarse mejor, suplicó al carnicero de su casa dejase un mozo de la carniceria para que durmiese allí hasta por la mañana siguiente, dia de la llegada de su amo, segun la carta; el carnicero no pudiendo desprenderse de ningun criado, la ofreció dejar uno de sus perros de presa temible por su ferocidad, asegurándola que en caso de peligro la defenderia mejor que ningun hombre: en vista de esta propuesta fué encerrado el perro en el cuarto donde estaba la bajilla con otros efectos preciosos: se pasó la noche sin alarmas, pero á la mañana siguiente la muger de gobierno encontró al bajar, abierta la puerta del cuarto, y el cadaver de un hombre con las entrañas despedazadas, y la cara, las manos, la garganta y las manos llenas de mordeduras: el perro, que conocia á la muger, la dejó acercar sin hacerla daño: examinó al cadaver, y vió que era el hermano de su amo con quien habia consultado la víspera.

Suceso XXII.

Pasando un joven muy bien vestido por una calle retirada de los arrabales de París, vió á cierta distancia dos hombres que le pareció iban riñendo muy llenos de cólera el uno contra el otro; y las palabras irritantes que se respondian mutuamente aumentaron su furor hasta el estremo de pararse, y sacar las espadas con las que se dieron terribles golpes: el joven fué espectador de esta refriega, y no pudo impacientarse de esperar al resultado, pues el mas arrestado se llegó á enagenar en tales términos que adelantándose demasiado, se descubrió al enemigo, quien le dió una estocada mortal, y cayó anegado en su sangre, marchándose el vencedor precipitadamente para ponerse en salvo: la calle donde acababan de batirse los dos campeones era de las mas solitarias y retiradas cuyas paredes eran dos grandes tapias que dividian unos jardines, de manera que el herido podia morirse sin socorro alguno: compadecido de su tris-

te situacion el joven se acercó y con el tono mas tierno y humano le dijo: *no teneis que afligiros, pues yo os prestaré los auxilios que fuesen necesarios: ah! señor*, le contestó el herido con una voz débil, *llevadme por Dios al primer cirujano que halleis, pues conozco que no me queda una hora de vida:* el joven al momento le cogió por bajo de los brazos, y sosteniéndole lo mejor que pudo, le ayudó á marchar: *¡cuánto obligais á mi corazon para seros agradecido*, exclamó el herido? *puede ser que el desgraciado que será causa de mi muerte acaso sea algun ladron: no confieis en semejantes hombres, pues buscan riñas, y proporcionan pendencias con quien quieren; y aunque uno trate de tenerlas firmes con ellos, tiene al cabo que sucumbir, porque ya van seguros del golpe.*

Mientras hablaba así el herido, vió el joven que le conducia á pocos pasos de distancia el nombre de un cirujano, escrito con letras gruesas sobre una puerta, y creyó debia entrar en aquella casa: le introdujo una especie de barbero

con el herido en un cuarto grande y muy mal equipado, donde vió con admiracion al espadachin que acababa de demostrar su valor, acompañado de otras muchas personas. El herido entonces se reanimó repentinamente, y sacó debajo de su vestido una vegiga que tenia aun alguna sangre. *Ya no la necesito*, dijo, *pues el pajaro cayó en nuestra red, y ahora quitemos de la puerta esa señal de cirujano.* A estas palabras rodearon á nuestro pobre hombre, le estrecharon á que de buena voluntad entregase el bolsillo, el relox, sus alajas y cuanto tenia sobre sí de precioso: quiso resistirse al principio, y se vió con las espadas al pecho, lo que por amor á la vida le obligó á dejarse despojar. Los astutos rateros temiendo que el joven tomase las señas de la calle y de la casa, le encerraron hasta que fué de noche, le vendaron los ojos luego que vieron puesto el sol, y acompañándole dos de ellos, le hicieron dar muchas vueltas y revueltas, hasta que estando ya lejos, le quitaron la venda de los ojos, y le previnieron que seria muerto si gritaba y miraba atras.

Fácil es de admirar la sorpresa y terror del pobre joven, víctima de su virtud y humanidad, quien estuvo inmovil mas de un cuarto de hora, al cabo del cual, pueden nuestros lectores imaginar lo que haria, pues su espíritu no estaba para otra cosa que para buscar la tranquilidad y alimento que necesitaba, para lo que se fué á su casa, donde llenó su semblante á todos de sobresalto, y despues de serenado contó á su familia el lance que le habia pasado.

Suceso XXIII.

Unos finos rateros que despreciaban todos los medios ordinarios de que otros se valian comunmente para robar, inventaron una estratagema nueva para engañar al público: al intento se asociaron con una intriganta que tenia juntas en París: la pusieron, pues, en un coche brillante seguido de otros dos, y viajaron por Alemania, publicando que conducian una princesa griega despojada de sus estados por el gran señor; y cada uno de estos bribones representaba un personage de la comitiva: el uno era el

secretario de estado de S. A., otro mayordomo mayor, otro gentil-hombre de cámara, el cuarto caballerizo mayor, &c. Habian tomado trages orientales, y no hablaban sino el idioma ó lengua franca de las escalas de Levante, que es una mezcla de italiano, frances y español. Se presentaban innumerables personages á la princesa, y procuraban en todas partes recrearla con fiestas y juegos, pero ninguna cosa la divertia mas que la baraja y todo juego de suerte, en lo que no habia persona mas diestra que ella, aunque es cierto que mucho consistia en el auxîlio de sus confidentes. Ya empezaba S. A. á hacer fortuna, cuando en un pueblo pequeño se halló casualmente un autor que acababa de dar al público una historia general novísima en lengua alemana de todas las revoluciones del imperio Otomano, en la que no habia puesto una palabra de su alteza; y fué acusado de ignorante é inexacto el historiador, por lo que le empeñó su honor á investigar lo necesario para aclarar la verdad, y se indemnizó con tanta felicidad, que hizo ver á los alemanes la

fidelidad de su pluma publicando y probando claramente que la tal soberania era fingida; que la princesa y todos los de su comitiva eran una banda de bribones: á vista de esta solemne declaracion se vió S. A. destronada, privada de sus estados imaginarios, que era la ilusion sola, y su tahureria; por lo que temiendo su alteza serenísima sabiamente las consecuencias que podia y debia tener este descubrimiento, se volvió precipitadamente por caminos desusados á su tierra, donde sin el boato ni tratamiento de alteza fué y pasó la vida de una princesa con los muchos miles de pesos que adquirieron con tal estratagema.

Suceso XXIV.

Estando en su capilla Francisco I.º con sus gentiles hombres oyendo misa, se puso detras del cardenal de Lorena un ratero muy bien vestido, y le escamoteó el bolsillo; pero no habiéndolo podido hacer sin que lo viese el Rey, le hizo seña con el dedo para que callase: el Rey le dejó tranquilo, y le preguntó

despues al cardenal que dónde tenia su bolsillo? éste, no hallándole, pareció inquietarse, y dió un buen rato al Rey, pues despues de haberle hecho reir con sus movimientos y sobresalto, pretendió le volviesen lo que le habian quitado; pero el autor del robo habia ya desaparecido y el Rey reconoció bien tarde que habia sido tambien engañado.

Suceso XXV.

Tres rateros habian reunido con sus picardías dos mil luises de oro, y tuvieron el deseo de doblarlos: se vistieron magníficamente y fueron á casa de un banquero á quien entregaron los dos mil luises de oro suplicándole les diese una letra de cambio de igual suma contra Lyon: no tuvieron dificultad en lograr lo que pedian, y al mismo tiempo le obligaron para que escribiese á su corresponsal por el primer correo, porque uno de ellos dijeron iba á tomar la posta para Lyon, y acaso necesitaria algo á su llegada.

Luego que dieron este paso contra-

hicieron la letra de cambio, la entregaron á uno de los suyos que marchó inmediatamente en posta para tomar el dinero en Lyon en el acto mismo de recibir la carta el corresponsal. Volvieron á casa del banquero luego que estubieron seguros de que iba ya lejos su carta: le volvieron su letra de cambio, y le dijeron que la persona que debia ir á Lyon habia recibido una contra órden, con cuyo motivo no podian hacer ya el uso que pensaban de la letra, y le suplicaron les volviese su dinero con deducion del descuento, &c. El honrado banquero accedió á ello sin reparo, y entraron en su casa nuestros caballeros de industria, ricos con cuatro mil luises dobles de oro, porque su comisionado llegó á Lyon, y le hizo pagar al corresponsal del banquero los mismos 4000 luises de la letra de cambio falsa, con los que volvió á París algunos dias despues.

Suceso XXVI.

Un comerciante que viajaba á caballo en el condado de Glosester halló

tendida enmedio del camino real una muger que reclamó su amparo, diciéndole que acababa de ser robada y maltratada de unos bribones, y le suplicó la ayudase á levantar para poder ir, aunque con trabajo hasta el pueblo inmediato: el comerciante movido de compasion echó pie en tierra, y al dar la mano á aquella desgraciada muger, se vió con una pistola al pecho que le presentó repentinamente pidiéndole el bolsillo: desconcertado con semejante proposicion entregó su dinero, y se dejó coger el caballo; entonces el bribon, que no tenia de muger mas que el vestido, montó en el caballo, y se marchó á brida suelta, dejando al comerciante admirado, y afligido, quien prometió sinceramente á Dios que no volberia á bajarse de su caballo jamas para favorecer á muger ninguna que implorase su amparo.

Suceso. XXVII.

Siete rateros estaban en acecho hacia mucho tiempo para aprovechar la

ocasion de engañar á un banquero de Lyon que habia llegado á París, y que tenia la reputacion de jugador, pero era muy astuto y vivia siempre muy sobre sí: sin embargo, los rateros habiendo sabido el dia de su marcha para Lyon en la diligencia, conocieron que no debian perder aquella ocasion, y tomaron siete asientos: nuestro banquero, pues, se halló entre siete rateros que, fingiendo no conocerse, y dándose el uno por un coronel estrangero, el otro por un caballero que viajaba de incógnito por divertirse é instruirse, otro pariente de un ministro, el cuarto por primo de un Duque, y así los demas, lograron prevenir toda sospecha contra sí: el banquero apenas tenia plaza en la diligencia, pues se consideraba muy pequeño á el lado de personas de tan alta condicion, y creia no haber tenido en su vida mejor compañia: por la noche los rateros pidieron barajas, y jugaron ellos, sin contar con el Lionés que se fastidiaba de ser simple espectador, y les suplicó le permitiesen entrar en la partida: consintieron meramente por política, y le fue-

ron levantando muy bonitamente su dinero en diferentes sesiones hasta que le dejaron sin un cuarto, y sin letras de cambio; ya estaban en la última, cuando llegaron á Lyon, donde buscaron estos caballeros de industria quien les acompañase en la diligencia para deshacer su viage, y aumentar su peculio con la misma destreza.

Suceso XXVIII.

Un ratero se habia propuesto limpiar los bolsillos de un mayorazgo, y despues de mil tentativas inútiles supo que se habia visto precisado á irse á vivir una temporada en casa de un cirujano para restablecer su salud, que habia sufrido mucho, y estaba bastante alterada con su libertinage: *brabo, bueno:* dijo el ratero, al momento que supo esta anecdota, *esto es hecho; mi asunto ya está en mis manos y lo doy por concluido, pues ya no puedo errar el golpe; no tengo mas que tomar los mismos remedios, en lo que no me arriesgo nada; antes al contrario, puedo ganar en tomarlos,*

pues está en dudas si yo padezco la misma enfermedad, y estoy seguro de cogerle todo el dinero: todos los médicos dicen que es preciso divertirse durante esta curacion, y yo me encargo de divertir á mi enfermo: en efecto lo hizo con tal destreza y propiedad, y de un modo tan interesante, que durante la aplicacion de los remedios perdió el tonto mayorazgo mas de sesenta mil francos en dinero, y salió de casa del cirujano despues de sesenta dias, curado radicalmente de mugeres y del juego.

Suceso XXIX.

En París vivia en la calle de santo Domingo con una ama de llaves un hombre ya de cierta edad, retirado en la soledad y separado casi de todo trato de gentes, entregado enteramente á la pasion que se fortifica á costa de otros, y muere con nosotros, cual es la avaricia, pues todo su placer se cifraba en acumular luises sobre luises: un dia que se habia marchado á su casa de campo por algun tiempo, y habia dejado á el

ama en casa, se presentaron unos hombres vestidos de negro y en trage de juez, escribano y personas de justicia: llaman, les abre, la dicen que su amo ha muerto, y que van á inventariar y poner el sello á todos sus efectos, con cuya noticia la muger se queda inmovil entregada al mas profundo dolor: proceden al inventario, y despues de haber sentado los muebles de mayor importancia, piden las llaves de los armarios para custodiar y contar lo que contengan: se van á una papelera, hallan una hucha de 180000 libras en oro: requieren á la buena muger con un tono imperante que se encargue de este dinero, segun el uso, y ella pone una repugnancia terrible, preparada por ellos con sus amenazas y responsabilidades para que se negase á tal encargo: la dicen que van á darla un descargo, y forman proceso verbal de que el señor comisario quedará depositario de este artículo, así como de las alhajas, y toda pieza de plata ú oro, bajillas, &c. porque seria una imprudencia dejarlo bajo los sellos como los papeles y muebles:

dado este golpe, concluyen el resto de la comedia, y dando algun dinero á la muger de gobierno, se despiden de ella, encargándola cuidar los efectos que quedan inventariados, y exortándola á consolarse.

Pasados algunos dias volvió el amo á su casa, llama á la puerta, le abre su ama, y al momento que le ve.....puf..... cierra bruscamente, dándole con la puerta en las narices, y santiguándose asustada por creer que aquel hombre es su amo que vuelve del otro mundo. El viejo no entiende aquella farsa, llama de nuevo, y enojado ya de tal accion y de tanto esperar dá fuertes golpes, y aun se esfuerza á llamar á voces, con mil dicterios y gritos. Llegan todos los vecinos, y se hallan en el mismo caso por haber corrido la noticia de su muerte en toda la vecindad, lo que causa en ellos el mayor espanto: sin embargo el mas atrevido se adelanta solo por dirigirle la palabra para ver como es el tono de voz de los resucitados ó animas del otro mundo, pero el supuesto difunto no comprende la causa de tantos espamien-

tos: por fin se abre segunda vez la puerta, y él pregunta á su ama de gobierno el motivo de su espanto, mandándola hacer una exácta explicacion de todo: ella le cuenta todo lo que ha pasado, y le enseña los sellos por todas partes: al oir esto dá un salto el difunto y con cara de desenterrado echa á correr con direccion á su papelera; el ama le declara que nada hay y nada hallará, pues la justicia se lo ha llevado todo: al instante cree este desgraciado que ha sido robado, y se vuelve loco, dándose á pocos dias la muerte en uno de los raptos.

Suceso XXX.

Un caballero bien puesto y muy formal iba por una calle con una hermosa caña de indias que tenia un rico puño de oro: pusose á hablar con un amigo, y segun estaba parado, se sostenia por atrás enredando con su baston: vino un hombre y se lo arrancó con violencia: él se vuelve, y el hombre sin huir le pide mil perdones y le dice que la obscuridad le ha engañado; que creyó era

uno de sus amigos á quien habia querido sorprender, y en el acto le volvió su baston. El caballero se fué á una casa, y refirió su aventura, á lo que otro sugeto mas sospechoso que se hallaba presente, le preguntó si habia reconocido bien sn baston: confiesa que no, y conoce al instante que ha sido remplazado por un palo ó caña imitada con puño de cobre.

Suceso XXXI.

En el mes de Junio de 1775 llegó á media noche un hombre al puente nuevo en París quien dijo ser el arrendatario de una de las tiendas que hay fabricadas en dicho puente, y pidió luz y una escolta bajo el pretesto de tener que marcharse por la mañana muy temprano, mucho antes que lo que pensaba, para llegar á una feria; á cuyo fin se veía obligado á preparar inmediatamente sus géneros. El sargento no tuvo repugnancia alguna en auxiliarle á vista de su relato, y dispone dos soldados para escoltar al fingido comerciante: abre las puertas y

los armarios con llaves falsas, prepara sus fardos, y los mismos soldados le ayudan á transportarlos al cuerpo de guardia donde no los tuvo mucho tiempo. Ál dia siguiente llega por la mañana á la hora acostumbrada el verdadero dueño de la tienda, la halla desocupada, empieza á lamentarse, y la misma tropa le refiere inocentemente el lance.

Suceso XXXII.

A pesar de ser tan griegos los rateros, sin embargo han sido engañados algunas veces: tres de estos caballeros de industria estaban alojados en una misma fonda ó posada con un caballerito joven que habia pasado á París para hacerse cargo de una sucesion poderosa; y resolvieron cambiar las intenciones del testador apropiándose una parte de la herencia; una tarde, pues, propusieron al joven heredero que les hiciese la partida, y éste que tenia en aquel momento asuntos que evacuar muy interesantes, les suplicó trasladasen aquella diversion para

la mañana siguiente, lo que fué aceptado de buena voluntad por los rateros: ellos se reunieron una hora antes del tiempo señalado para la cita en el cuarto donde estaba ya colocada la mesa de juego, y deliberaron el modo de ganar al joven provinciano, fijándose en el juego del sacanete, y que para librarse de toda sospecha le dejarian ganar al principio cien luises, pues habian visto por esperiencia que los engañados se entregaban siempre al juego con mas ardor por este medio. El proyecto estaba bien concertado, y no podia menos de tener buenos resultados, si el joven provinciano, que habia vuelto á entrar en la posada sin que le viesen, no hubiese oido la conversacion desde un cuarto inmediato, y en vista de este plan formó al momento el suyo. Media hora despues entró en la sala, y se puso á jugar al momento, pero luego que ganó cien luises, vino su lacayo, que estaba ya advertido, á decirle en aquel momento que un caballero estaba en su cuarto, y queria precisamente hablarle sobre un asunto urgente y muy interesante. Salió, y se

fué á otra posada inmediatamente riendo de los rateros, quienes no le volvieron á ver.

Suceso XXXIII.

Un dia que el conde de Soisons estaba jugando, vió detrás de su silla por un espejo que tenia al frente, un hombre que no le pareció de muy buenas trazas é intenciones, y esta desconfianza le hizo estar con cuidado: en efecto, poco tiempo despues sintió que le habian cortado el cordon de su sombrero, y fingiendo no haberse apercibido de nada, suponiendo tener que hacer aguas, se volvió al ratero, y le suplicó tuviese la bondad de cuidar de su juego, lo que nuestro hombre no pudo reusar: el conde bajó á la cocina, y tomó el cuchillo mas grande y mas afilado que halló, y escondiéndole bajo de la lebita se volvió á la sala de juego. El ratero, impaciente por marcharse, se levantó al instante para entregarle sus cartas, pero el conde le hizo señas para continuar; al mismo tiempo se acercó suavemente

al ratero, le agarró una de sus orejas cortándosela sin detencion, y segun la tenia en la mano, le dijo: amiguito, ya tengo prenda, y cuando V. me vuelva mí cordon, le volveré yo tambien su oreja.

Suceso XXXIV.

Milord Stroford fué robado con mucha destreza: tenia una espada de gran valor, y un ratero disfrazado de exento, así como sus compañeros de guardias reales, esperaron al Lord en una calle por donde debia pasar á pie al anochecer: el fingido exento le detiene, y le dice que tenia órden del Rey para conducirle á la Bastilla, mostrándole una órden falsa perfectamente imitada; y haciéndole entrar en un coche, se subió con él, y la tropa le fué escoltando: luego que estuvieron cerca de la Bastilla, el ratero pidió al Lord su espada porque no debia tenerla ningun preso, y prometió llevarla él mismo al palacio del Lord: despues se bajó como si fuese á conferenciar con el gobernador de la Bastilla, dejando solo al Lord

en el coche, dondo estuvo esperando las horas perdidas; y desesperados ya los cocheros del Simon, le preguntaron si era preciso dormir allí aquella noche, por lo que y viendo ya el chasco, pues que el exento no volvia, mandó le llevasen á su casa; y al dia siguiente no obstante haber averiguado ser falsa aquella órden, y sí solo una rateria bien urdida, no queria acabar de creer le habian intentado robar formalmente, sino que seria chasco de algunos de sus amigos lores; pero se convenció plenamente con el tiempo viendo que su espada no volvió.

Suceso XXXV.

Un arzobispo de Cantorbery siempre que iba á su casa de campo se detenia ordinariamente en un meson ó pequeña fonda que estaba enmedio de un monte solitario para que su comitiva tomase algun alimento, y un dia vió desde una ventana de este meson á un particular que se paseaba de un lado y otro, de aquí para allí solo en el monte, gesticulando y moviendo los labios como un

cómico que estudia solo su papel: entró en curiosidad de saber lo que hacia aquel hombre, y bajó disimuladamente para dirigirse á él; llega, y entabla con él una conversacion que á cada momento interrumpia con nuevos gestos, y un soliloquio casi continuo: *¿qué es lo que ocupa tanto vuestra imaginacion? En qué estais pensando que os distrae enteramente de lo que estamos hablando?* le preguntó el arzobispo. = *Estoy jugando,* respondió: = *¿Con quién? -- Con Dios.* No fué necesario mas para persuadirse el arzobispo de que hablaba con un loco, y resolvió divertirse con él un rato.-- *¿A qué jugais? -- Al Aljedrez.--Y jugais mucho interés? -- seguramente. -- ¿Cómo haceis la cuenta cuando ganais ó perdeis? -- Muy facilmente: cuando pierdo me envia Dios al instante un pobre á quien doy la pérdida: en este momento que os estoy hablando soy mate, y debo cincuenta guineas.* -- A estas palabras saca cincuenta guineas de su bolsillo, se las dá al arzobispo, y se marcha; el arzobispo no sabia qué pensar de una aventura tan singular: continuó

su camino y distribuyó á los pobres las cincuenta guineas: á la vuelta de su casa de campo encontró á nuestro loco en el mismo sitio, y al momento se fué á él, como conocido antiguo: *A Dios amigo!* le dice, *¿estais aun jugando? ¿cómo os ha pintado la suerte desde que no nos vemos?* -- *unas veces bien y otras mal*, respondió el jugador; *hoy he tenido golpes los mas felices del mundo: en este mismo instante que llegais he ganado cincuenta partidas.*--*Y quién os pagará*, pregunta el arzobispo?- *Sereis vos* responde el otro bruscamente sacando una pistola de su bolsillo; *porque así como Dios me envia siempre un pobre cuando pierdo, nunca deja de enviarme un rico cuando gano.* -- El arzobispo acababa en efecto de recibir quinientas guineas, el jugador lo sabia, y tuvo que dárselas: entonces fué cuando este prelado conoció, aunque muy tarde, que este hombre á quien habia creido loco, no era sino un bribon.

Suceso XXXVI.

Un comerciante de Londres se ha-

llaba escaso de dinero, y supo por un conducto reservado que un particular debia ir á cierto sitio con una suma de quinientas libras esterlinas: tomó un caballo y se fué al parage donde debia hallarle, llevando con prevencion un conejo: al anochecer alcanzó el coche, manda parar al postillon, y acercándose á la puertecilla: *señor*, dijo al viagero, *aquí tengo un conejo de venta.* = *¡Un conejo! ¿y qué queris que yo haga? Yo quiero venderle, tengan ó no necesidad, y no hay que replicarme: su precio es el de quinientas libras esterlinas.* = El viagero comprende lo que le dice á media voz, dá su dinero, y coge el conejo.... Al cabo de algun tiempo, corriendo por todas las calles nuestro viagero, le pareció conocer al vendedor del conejo en la persona de un jacarero grueso que se estaba tocando la barba á la puerta de su tienda: se informa, y confirmado en sus sospechas, su primer cuidado y diligencia fué comprar un conejo en el primer sitio donde le halló, y entrando despues en la tienda bajo el pretesto de comprar alguna cosa, dijo que queria

hablar al principal reservadamente, y luego que estuvieron solos le dijo: *señor, yo tengo un conejo de venta; (y le sacó del volsillo,) por uno muy semejante he pagado quinientas libras esterlinas, pero este vale seiscientas.* = El comerciante un poco desconcertado, pero muy sobre sí á pocos momentos, esclamó: *no podeis figuraros lo que me alegro volver á veros: sin vos, sin esta suma de 500 libras yo estaba arruinado: ahora mis negocios se han restablecido, y despues he entrado en el goze de una sucesion considerable: así, pues, yo os suplico acepteis la cantidad doble.* = El viagero entonces contentándose con sus quinientas libras esterlinas se retiró muy satisfecho.

Suceso XXXVII.

Un ratero jugaba al piquete ó juego de los cientos con un capitan anciano de caballeria en una ciudad de provincia, y le escamoteaba las jugadas sin usar de mucha destreza; siempre que queria tener buen juego despabilaba la luz con una mano, y con la otra escamotaba la

jugada. El buen capitan que no era tonto habiendo visto este manejo dos ó tres veces le dijo, deteniéndose y poniendo sus cartas sobre la mesa: *señor mio, advierto ya repetidas veces que nunca tengo As cuando despabilais la luz, y me hareis el favor de no tomaros tanto trabajo, porque yo prefiero el no tener tanta claridad, siempre que mi juego no sea tan obscuro*: = con esta advertencia se contuvo el ratero algunos momentos, pero una hora despues, tratándose de una partida decisiva, y teniendo tan mal juego que sin hacers us habilidades era imposible lograr la victoria, cogió de nuevo las espaviladeras, y dijo al capitan: *con vuestro permiso caballero; perdonad, pues esta es una costumbre antigua*: = *y yo*, dijo el militar deteniéndole al escamotearle la carta, *la tengo de espavilar á los que me roban en el juego*; y al mismo tiempo sacó de su bolsillo un puñal, y le cortó las narices.

Suceso XXXVIII.

Uu capuchino de Meudou, hermano

limosnero, volviendo á su convento con aquello que habia podido recoger de pescados, fué detenido por un tunante, que le pidió con las pistolas en la mano el dinero, ó la vida: el fraile hizo sus reflexiones, y mil súplicas, advirtiendo al mismo tiempo que era gastar pólvora en salvas; que un hombre de su trage tenia bien poco que dar, &c. = el otro insiste, le hace vaciar sus mangas, sus sacos, su cepo, reune unas treinta pesetas, y se vá: el fraile le llama y le dice: *señor, me parece sois bastante humano en vuestro proceder, y voy á pediros un favor: yo voy á entrar en mi convento, tendré necesidad de justificar que me han robado, ó voy á sufrir un castigo mas cruel que la muerte; con que os suplíco encarecidamente me mateis, ó me deis una eecusa ó salvaguardia:= Y qué es lo que quereis que yo haga, padre? Disparadme vuestra pistola en cualquier parage de mi ávito para poder probar que yo hice alguna resistencia. Pues, señor, alla vá, estended vuestro ávito:* el ratero dispara, el capuchino mira: *mas qué es esto? aquí no se*

conoce! le dice el fraile.—*Es que yo no tenia cargadas las pistolas mas que con pólvora......trataba de haceros miedo y no mal.*-- *Pero no teneis mas armas? No, padre.*-- A estas palabras el capuchino se le hecha encima ...... *Pícaro!*-- *ahora estamos con armas iguales......veamos cómo te burlas de mí*......El fraile era de buen cerviguillo, corpulento y vigoroso, confundió á golpes al ratero, y le dejó en el sitio por muerto, recobrando su dinero, y siguiendo su camino para descansar de la lucha en su convento.

Suceso XXXIX.

Un ratero afamado tomó la resolucion de robar una de las principales iglesias de la ciudad de Roven, y despues de muchas juntas que tuvo con sus compañeros para tratar de la ejecucion de este proyecto, he aquí el medio de que se valió para lograrlo. Se vistió todo de negro fingiéndose un hombre devoto, y disfrazó á sus compañeros de criados de librea, y en seguida se fué á vivir en

las inmediaciones de *Saint-Godard*, cuidando de ir por muchos dias consecutivos á la misa mayor con mucha devocion. No le sirvieron de poco las limosnas que daba á los pobres que llegaban á pedir su amparo, pues en muy pocos dias se grangeó una excelente reputacion en todo aquel cuartel, y sobre todo en aquella iglesia. En poco tiempo se hizo amigo del sacristan á quien debió toda su confianza. El sacristan edificado de su buena conducta aparente, le enseñó todos los ornamentos y alhajas de la iglesia, y el ratero le dijo que pensaba aumentarlas con un regalo antes de marcharse: -- *Eso es muy propio de vuestra generosidad*, respondió el sacristan, y al mismo tiempo le dejó en la sacristia, mientras marchaban á poner las vinageras en un altar donde iba un sacerdote á decir misa: el ratero se aprovechó de este tiempo para examinar y reconocer las cerraduras de los armarios donde estaban los ornamentos, las de las puertas, y las de las ventanas, y estaba ya concluyendo su reconocimiento al tiempo que volvió el sacristan, quien le

pidió mil perdones de haber tardado tanto. El ratero en este momento sacó de su bolsillo un luis de oro, y se lo dió con la intencion de mandar decir al dia siguiente una misa de *requiem* por sus parientes difuntos, y el sacristan lo recibió mirándolo una y mil veces: el ratero no faltó al dia siguiente á la misa de *requiem*, y á todos los concurrentes dió pruebas de una edificante virtud y piedad, aunque fuese aparente: al dia siguiente, entre la una y media de la noche ejecutó su proyecto el ratero, y halló el medio de entrar en la sacristia por el sitio que le pareció mas accesible: hizo esperar, al pie de la ventana por donde entró, á sus lacayos fingidos, y despues de haber forzado los armarios de la sacristia con una palanca que llevaba, cogió todo lo que habia mas precioso, y lo dió á sus compañeros. Logrado ya este golpe, se volvió á su casa, hizo enfardarlo todo durante la noche, y marchó al dia siguiente con direccion á París con toda su gateria: luego que llegó, proyectó ir á vender el botin que habia sacado de la iglesia: al

intento se disfrazó de cura, hizo pasar á sus compañeros por mayordomos de fábrica, y cargó á un mozo con el fardo: despues se fué en seguida á buscar un comerciante, y le dijo que era cura de una parroquia de *Rouen* y que los señores que le acompañaban eran los mayordomos de la fábrica; que iban todos juntos para deshacerse de los ornamentos antiguos que no eran ya de moda; y el fardo fué abierto al momento: el comerciante despues de haber examinado cuanto contenia dentro, les preguntó el precio, y les ofreció el suyo; pero fué tan corto en apreciar tan buenas alhajas que el fingido ratero se alteró un poco declarando contra la codicia y usura de los comerciantes: los supuestos mayordomos de fábrica que no deseaban mas que tener dinero, sin esperar al justo precio de lo que tan barato les habia costado, le llamaron aparte: y le dijeron que no debia valancear en aceptar el ofrecimiento del comerciante, y volviéndose á éste al mismo tiempo, le dijeron que se deshacian de aquellos ornamentos para tener fondos con que

comprar otros nuevos; y hablando despues al oido al fingido cura, le hicieron presente el peligro inminente en que se hallaban á cada momento que transcurria sin salir del paso, pues las requisitorias podrian haber llegado, y dejando el fardo allí, cuidaria el comerciante mismo de encubrirlo y fundirlo todo para no perder en tan interesante especulacion: estas reflexiones hicieron suscribir á todo al cura; se realizó la venta, les fué entregado al momento su dinero, y se marcharon al instante suponiendo que su presencia era necesaria en otra parte.

Suceso XL.

Un caballero, á quien escamotearon el bolsillo en el palacio real de París, resolvió coger al primer ratero que acometiese á sus bolsillos: se hizo, pues, hacer un resorte, cuyo juego era tan justo, que al momento que metian la mano se cerraba de tal suerte que no la podian sacar despues: volvió al *Palais-Royale* al dia siguiente, y al tiempo de

estar comprando una friolera se le arrimó un bribon que al querer hacer una de las suyas quedó aprisionado como un raton en la ratonera; el caballero habiéndolo sentido, en vez de volver la cara al ladron, echó á correr, y el ladron se vió obligado á correr con él á pesar suyo; se paseó con él por todas partes, y le presentaba de aquella suerte á todo el mundo: todos se sorprendian de ver á estos dos hombres inseparables, y creían que era alguna apuesta. El ratero decia con la mayor humildad: *señor, no me perdais pues yo haré cuanto exijais de mí; me someto á cuanto querais:* nuestro caballero despues de haberse hecho el sordo por algun tiempo, le dijo: *dime dónde está el bolsillo que me robaron ayer pues no te suelto interin no me lo digas.* El ratero que no tenia el dinero consigo, le llevó á donde estaban sus compañeros, y les explicó el conflicto en que se hallaba; y fué necesario restituir el dinero por lograr la libertad del preso: esta invencion fué la que le proporcionó al caballero el placer de volver á ver su bolsi-

llo, y el ratero quedó tan escarmentado que no volvió á meter sus manos en ninguna parte.

Suceso XLI.

Un particular se sintió indispuesto apenas llegó á París, y habiendo llamado á un facultativo, le dijo éste que tenia principio de una enfermedad que podia ser muy grave: nuestro hombre recibió con bastante disgusto esta noticia, y dice que si es desagradable estar enfermo, lo es mas el estarlo en una posada: le proponen estar en casa de un guarda, y tampoco le acomodó: el cirujano acaba por decirle que puede irse á su casa si quiere, y la proposicion es aceptada. Convinieron en el precio, y el enfermo se vá en aquel mismo dia á casa del esculapio: al fin de un mes se halla ya mejor, pero para evitar la recaida le tienen bajo un régimen severo: un dia, pues, que habian salido el cirujano y su esposa, pasa nuestro convaleciente al armario ú alacena donde tenian varios comestibles y hace un es-

trago fácil de conocer: bien confortado ya su estómago se cree en estado de poder dejar la posada, pero antes de marcharse se apropió algunos cubiertos de plata que estaban en un cajon de la alacena: por la noche vuelven los amos de la casa, y no hallan al pensionista: temen que la imprudencia de haber salido demasiado pronto le pueda hacer daño, y le ocasione algunas consecuencias, particularmente estando tan débil; pero el reconocimiento del armario disipa bien pronto semejantes temores, y el cirujano conoce al momento que él es el engañado por aquel mismo á quien ha prodigado sus favores, y su tiempo por restablecer su salud; por lo que bien escarmentado jura ser mas circunspecto para elegir los pensionistas cuando piense volver á tenerlos.

Suceso XLII.

Un habitante de París llamado Roustire hombre relajado, y agoviado de deudas, hallándose á la cuarta pregunta discurrió la picardia siguiente, interin

heredaba los cuantiosos bienes que tenian dos tios suyos generales, y ricos propietarios.

Monsieur N........, uno de sus tios tenia una hermosa campaña, ó casa de campo en *Saint-Cloud*, limitrofe de *Surennes*; y durante la temporada en que su tio no iba allá, habiéndose concertado el sobrino con otros libertinos como él, cada uno hizo su papel; los unos de criados, los otros de médicos, otros de enfermeros, y el mas atrevido hizo de enfermo; habia ya llamado escribanos de París por interposicion de su sobrino, y luego que llegaron dictó un testamento por el que legaba 200, 000 francos á Monsieur N. Roustire su sobrino con una gran campaña, y despues declaró que no podia firmar: el sobrino regaló magnificamente á los escribanos y empleados de justicia, segun las órdenes que dejó tambien dadas su tio, y todos se separaron muy contentos.

Roustire viéndose necesitado de dinero algunos dias despues fué á casa del primer escribano que era el depositario del testamento, y le pidió prestada una

suma de 200, 000 francos, asegurándole el pago con la que sabia él mismo le dejaba su tio, quien iba de mal en peor, en términos de no poder dilatar ya mas de veinte horas su existencia segun los físicos.

El escribano estimulado del 20 por ciento de intereses que le prometió Monsieur Roustire por premio de su favor, le dió inmediatamente la cantidad que le pedia con urgencia para disponer todos los funerales y demas gastos que decia tenia que hacer segun las órdenes reservadas que le habia dado su tio.

Pasados ya algunos dias, y viendo que no moria el tio, se impacienta nuestro escribano, se informa dónde vive el testador, vá á su casa, y le asegura de su satisfaccion en verle restablecido de la cruel enfermedad que ha tenido, aunque interiormente tenia una pena que le devoraba, temiendo ya alguna catástrofe en sus intereses: el supuesto testador no sabe qué decir á este hombre: le contesta que hace mucho tiempo lo pasa perfectamente sin la menor alteracion en su salud: aquí el escribano empieza ya

à temblar, su lengua se pone valbuciente, su rostro se cubre de palidez, y los dos se ven confusos y embarazados sin saber cómo esplicarse ni entenderse: por último el escribano rompe el silencio, y protesta al supuesto enfermo y testador que él mismo ha estendido su testamento con uno de sus compañeros, y que lo tiene en su escribania, como se puede ver con todos los requisitos y circunstancias.

Al momento conocen lá intriga y se descubre claramente la travesura del sobrino, á quien mandaron arrestar inmediatamente, y le pusieron en un castillo interin tenia juicio y cordura para poder gozar de la poderosa sucesion de sus dos tios que le amaban.

Suceso XLIII.

Dos rateros muy bien vestidos se detuvieron delante de una puerta grande donde habia un cartel, y le dijeron al portero que les enseñase el cuarto que se aquilaba: el portero les suplicó subiesen al cuarto principal, y que tiren

una vez de la campanilla para que al instante los abran: hallan un criado en el recibimiento, se dirigen á él, y éste los introduce en un hermoso salon, donde estaba con visita la dueña de la casa. Los dos rateros la piden mil perdones de incomodarla, quieren hacer como que se marchan, y dicen que volverán en otro momento: su aire de honestidad la previene en su favor, les insta para que no se marchen, les informa del precio, que no les espanta, si el local conviene á sus deseos, y no se trata ya mas que de ver la distribucion: insisten para que la dama no deje la compañia, y entonces ella encarga á un criado les conduzca á ver el cuarto: los dos rateros miran, examinan hasta los mas pequeños rincones: se alegran delante del criado de la comodidad é independencia de los cuartos, y mientras uno de ellos hablaba con el criado sobre algunas modificaciones que habria que hacer, el segundo, que habia visto un hermoso relox en la chimenea del cuarto dormitorio, se acercó disimuladamente, y le cogió con tal presteza y oportunidad,

que él criado no pudo advertir ni aun siquiera que se hubiese separado de él un momento.

Dado ya el golpe, y deseando estos bribones marchar lo mas pronto posible y sin precipitacion, vieron ligeramente y como de paso todo el resto de la casa: vuelven al salon y dicen á la señora que les gusta mucho el cuarto, y que les conviene; y para alejar toda sospecha piden un tintero, y dan unas señas falsas para que se puedan tomar informes, dando un luis de gratificacion al criado; y en seguida, saludando cortesmente á la dama, se despiden diciendo que no quieren abusar mas de su bondad.

Pasado algun tiempo vá la señora á su cuarto, dirige maquinalmente su vista á la chimenea, no vé su relox, y cree que aun se engaña; pero se acerca mas, y vé que efectivamente no está: llama inmediatamente, grita, viene el criado, le pregunta si ha visto su relox, y con su negativa funda sus sospechas al momento sobre los dos estrangeros: le dá las señas al criado, y le manda

que vaya inmediatamente á su casa. El criado vá en efecto á la casa donde indica el papel, pero todo es inútil, y su vuelta desconsolada anuncia al ama que los dos caballeros no eran mas que dos bribones, que bajo el pretesto de ver los cuartos, se introducen en todas las casas para levantar lo que pueden de su sitio: esta fué una hermosa leccion para la dama por ser tan confiada, pero le costó el escarmiento y la enmienda una soberbia repeticion de oro, con música, y toda guarnecida de brillantes.

Suceso XLIV.

Una compañia de rateros tenia para imponer mas, un coche hermoso, y una casa muy elegante retirada del bullicio en un cuartel distante del centro de París; y tan pronto el uno hacia de cochero, como de page, en términos que continuamente se estaban disfrazando, y llevando libreas diferentes todos los dias para no ser conocidos; á mas de esto tenian en casa una muger que segun las ocasiones, hacia tambien su papel. Un dia se

paró el coche de estos caballeros de industria, de los que uno, como hemos dicho, estaba vestido de cochero, y otro de criado, delante de una tienda de lienzos y puntos muy afamada: el criado fingido se baja de la trasera del coche, entra en la tienda, y con un aire de seguridad, presentó á la comercianta una carta concebida en estos términos: *Madama, deseando emplear algun dinero en el artículo de encages, me dirijo á V. para que se sirva traerme algunas piezas de los mejores que tenga, á cuyo fin la envio mi coche, suplicándola se sirva de él, en la inteligencia de que mis criados van á sus órdenes.*

La comercianta que estaba acostumbrada á llevar sus géneros á todas partes cuando se los pedian, no entra en sospecha de que quieran jugarla una pieza; y á mas de esto, la librea, y el lujo del coche la imponen, y la hacen pensar que es alguna señora de rango distinguido la que la escribe: en este concepto se apresura á escoger lo mejor que tiene en su tienda, y tomando una porcion de cartones de encages, sube al

coche sin valancear, y lleva tanta confianza que no pone atencion en el camino por donde pasa, ni de la calle donde está la casa en donde entra el coche: el criado abre la puertecilla, la dá su mano para bajar, la suplica le siga, y la introduce en un magnífico salon donde está una señora de cuarenta años, que empieza por pedirla mil perdones de haberla hecho salir de su casa: en seguida reconoce los encages, escoge algunos poniéndolos á un lado, despues de haberse ajustado, y al mismo tiempo hace un asiento de la calidad, cantidad, y valor á fin de, segun ella decia, no pasar de la suma que queria emplear en este artículo: como ya no se trataba mas que de despachar políticamente y con disimulo á la comercianta, la dijo la señora: *Ah! pero yo no veo entre todo lo que habeis traido, encages negros de punto delgado, y quiero tambien tomar algunos*: la comercianta confiesa que se le olvidó el tomarlos, pero que vá á reparar su olvido volviendo á su casa, para presentárselos inmediatamente: el aire de opulencia que vé en esta casa

tanto en las entradas como en lo interior, cuanto por los semblantes respetuosos de las personas que rodean á la señora, teme insultarla en tomar sus encages, particularmente los que tiene ya separados, diciéndola que todo será satisfecho cuando vuelva, y los deja todos, sin tomar cosa alguna de tantas como llevó para escoger; sin embargo, para que lleve su cuenta, la dice la señora, que debe tomar una nota de todo lo que allí deja, lo que hizo á fuerza de instancias, y marchó llena de satisfaccion y confianza.

Cuando ya salia del salon, conoció la señora que la prudencia exîgia que la comercianta no mirase la casa ni la calle, y la estuvo diciendo que no sufriria se fuese á pie; que su coche y sus criados estaban á sus órdenes; y al momento mandó al lacayo que la habia llevado, y que con este designio iba y venia para recibir la órden, que dijese al cochero llevase á su casa á la comercianta para volverla á traer despues, y que fuese él tambien para acompañarla. La comercianta, por no parecer ridícula, no se

atreve á reusar el ofrecimiento: baja con el lacayo, quien abre la puertecilla, la ayuda á subir al coche, y se coloca despues atrás, echando inmediatamente á correr los caballos: durante su marcha no miró el camino por donde pasaba, ocupada su imaginacion en la venta considerable que hacia: sin embargo, importaba mucho que el coche no se parase á la misma puerta de la comercianta, pues todo estaba previsto: luego que el cochero se vió á doscientos pasos de la tienda se detiene, baja precipitadamente, como si le hubiese acaecido algun trabajo, suelta maliciosamente uno de los tiros y finge hallarse embarazado; el lacayo se baja tambien de la trasera, examina lo que hace su compañero, y riñen los dos; pero despues de cuatro voces y juramentos abre la puertecilla, dice á la comercianta que se acaba de quebrar un correon del tiro y que es imposible dar un paso mas; que todo es un cuarto de ora mas ó menos, y que no habiendo mas que un paso ya para llegar á su casa, la acompañará si gusta, y que el cochero volverá inmediatamente á buscar-

los apenas componga el correon: la comercianta que no desconfia de nada, y se halla en su calle, pone en ejecucion el parecer del lacayo; éste la baja del coche, y la acompaña; pero el cochero apenas la pierde de vista, sube á su puesto, y con la manopla hace volar á los caballos, y no vuelve á parecer: el lacayo permanece algunos minutos en la tienda, saliendo y entrando como para ver si viene el coche; mas al fin desaparece: pasada media hora, viendo la comercianta que no está allí el lacayo, envió á una de sus criadas para ver si estaba el coche donde le habia dejado, y decir á los criados que estaba ya dispuesta para marchar: la criada no encuentra coche ni cocheros: vuelve á dar parte á su ama, quien maliciando que no ha mirado bien, ni estado en el parage donde se hallaba el coche, sale ella misma á buscar el lacayo, pero tampoco le halla, y no pudiendo tomar señas ni noticias de sus vecinos, se convence de la pérdida que vá á sufrir, pues no habiendo hecho atencion de la calle, del camino, ni de la casa de la señora que

la llamó, no puede tener ningun indicio para descubrir los rateros.

Suceso XLV.

Un ladron de aquellos que hay complacientes, y tan numerosos en la ciudad de Londres, que se ven colgar frecuentemente, aunque con pena y compasion, encontró á una muger muy bien vestida, que á favor de las tinieblas se dirigia con timidez á la tienda de un usurero que prestaba dinero sobre alhajas, y deteniéndole le saludó con el cumplimiento ordinario, y en seguida le dijo: *Señor, tengo mi bolsillo sin un ochavo, y para ocuparle algo voy precisamente á empeñar mi relox;* y al decir esto sacó un relox de oro del pecho. *¡Ah pobre señora!* la dice el ladron *¿qué vais á hacer? no veis que esos bribones usureros os prestarán tres guineas por una alhaja que vale diez?--Yo la tomo en cinco; tomad.*-- La contó su dinero y marchó.

Suceso XLVI.

Un gentil-hombre ordinario de Luis XVI, llamado *La Roche*, bufon de la corte por su verbosidad, inocencia, y familiaridad original que afectaba hasta con el Rey, ensayó una aventura pesada, que no hizo mas que aumentar la risa, y la mofa de su persona. Caminando de Paris á Versalles sirviendo al Rey se halló en un coche simon de dos asientos al lado de un hombre muy bien puesto que le ofreció de su tabaco. *No le tomo nunca*, respondió; *pero sin embargo tengo una caja muy bonita como veis, y es un regalo del difunto rey*. Al decir esto, le enseñó una caja hermosa, que tenia el retrato de Luis XV, con un cerco de diamantes. El compañero de viage toma la caja, la admira, y se la vuelve á la Roche, quien la mete en su bolsillo. Luego que llegaron á palacio, baja del coche, (su compañero le habia ya dejado á la entrada) cree que su bolsillo está muy ligero, le tienta, y no halla mas que un pedazo

de papel en el que estaban escritas estas palabras de lapiz: *Cuando no se toma tabaco no se necesita caja.*

Suceso XLVII.

Un milord inglés advirtió que habian destruido una porcion de caza considerable en sus tierras, y para remediar este daño se sirvió de la astucia siguiente, que se puede calificar muy bien de picardia. Envió á buscar un famoso cazador furtivo de la vecindad, y le dió permiso secretamente para matar toda la que viese en sus heredades, en cierto tiempo que le señaló. Este hombre mató cerca de ciento ciuncuenta piezas, las fué á vender á sus antiguos chalanes á un precio moderado, llevando una lista exacta de los nombres de todos los compradores, y algunos dias despues este honrado cazador los denunció á todos ante un juez de paz de la vecindad, y las multas (la multa es de cinco guineas por cada pieza de caza) impuestas en esta ocasion contra los infractores importaron setecientas cincuenta libras ester-

linas, que el delator partió con el astuto milord.

Suceso XLVIII.

Un médico muy acreditado en una ciudad grande de provincia fué á Paris á recoger algunas sumas que le debian, y se alojó en una fonda sin criado alguno. No tardó en conocer que diariamente le faltaban algunas monedas de oro del dinero que guardaba en su mesa. Se quejó al fondista, de cuya providad no dudaba, y éste no se detuvo en decirle que respondia de cuanto perteneciese á las personas que se hospedaban en su casa. Le suplicó contase su dinero á su presencia antes de salir para saber si le faltaba cuando volviese. En efecto, reconociendo la suma por la noche quedó demostrado que le faltaban dos ó tres luises, y el fondista dijo entonces que conocia perfectamente al autor del robo. Era una criada de la fonda, que encargada de arreglar todos los dias aquel cuarto era la única persona que tenia la llave: hicieron entrar á esta criatura

y fué al momento convencida; confesó que instigada por su amante, quien la habia proporcionado llaves falsas, habia robado poco á poco treinta luises. Aun restituyó quince que conservaba, y dió por el resto en prendas sus vestidos al amo, quien se encargó de pagar lo demás, y la despidió vergonzosamente.

No habiendo podido ser secreta esta aventura en la casa, fué informado el gobierno, y prendieron á la muchacha; fué citado el médico para declarar y su deposicion debia salvar á la culpable ó conducirla al suplicio, segun el rigor de las leyes. Tocado de compasion por esta miserable criada, y no teniendo que reclamar, pues que todo le habia sido restituido, no se detuvo en afirmar que no tenia de qué quejarse contra aquella muchacha, que la tenia por honrada; y con esta declaracion se felicitó de haberla podido salvar la vida. En efecto, fué puesta en libertad, descargada de toda acusacion, por falta de pruebas, y fué á buscar á su amante quien no vió en la bondad del doctor sino una bella ocasion de ejercitar sus talentos. Como ha-

bia sido escribiente de curiales y sabia algunas leyes, aconsejó á esta artificiosa criatura que intentase la formacion de un proceso criminal contra el médico y el fondista por causa de difamacion, pidiendo la restitucion de los quince luises que la habian hecho dar, asi como los efectos que la habian retenido; y no pudiendo retractarse de la declaracion que ya tenian dada en favor de la moza, se tuvieron por muy felices el uno y el otro de poderse desenredar del asunto sin tener que sentir, dando indemnizaciones considerables, y aun asi hubieran tenido una sentencia fatal si los jueces que felizmente estaban enterados de la odiosa maniobra que habia suscitado este último proceso, no hubiesen dulcificado el rigor de la ley.

Suceso XLIX.

Un ladron vestido de Quakero se acercó á un ministro de la iglesia y le dijo: *¿Cómo estás amigo? ¿no tendrás la bondad de decirme el camino que se debe tomar para ir á Lancaster?*--El ministro le indicó el camino, y el ladron

prosiguió: *me pareces buen hombre, y creo que no me reusarás un poco de dinero para el viaje: ¿qué dices?* -- El eclesiástico no creyendo malos designios en el fingido Quakero, le hizo la observacion de que el caballo que montaba, y todos sus atavios no anunciaban fuese un hombre necesitado; pero que en todo caso, no era él demasiado rico para hacer de esos presentes. = *Siento mucho*, replicó el ladron, con la mayor serenidad y sangre fria, *el ver que un hombre de tu estado no tenga mas caridad: sin embargo, eh aquí un pequeño instrumento*, añadió, sacando una pistola del bolsillo, *que te dará esa virtud necesaria á un hombre de la iglesia, ó que sino te la inspira, te castigará.* -- A estas palabras, que pronunció con un tono firme y decidido, bajó de su caballo, y teniendo la pistola puesta al pecho del buen sacerdote, le cogió veinte luises que llevaba en los bolsillos, y despues de haberle despojado, le dijo: *te aconsejo seas caritativo, y que dejes tomar interes á tus entrañas por las necesidades del pobre.* Concluido el con-

sejo, montó en su caballo este predicador persuasivo, picó al animalito con ambas espuelas, y no parecia sino que se bebia los vientos, en términos que en un abrir y cerrar de ojos desapareció.

Suceso L.

En una parroquia de una aldea, á distancia de una legua de *Ville-franche* en *Beaujolais*, mandó el cura de aquel pueblo que le pusiesen una tarde la mesa para comer debajo de un emparrado de su jardin para poder mejor tomar el fresco, cuando entra un criado, y le anuncia la llegada de una estrangera, que decia ser parienta suya, y queria hablarle: *que entre*, respondió; y al momento se presenta una muger muy bien puesta, y de cerca de cincuenta años, que acercándose con un aire franco, le dice: *querido primo, permiteme el honor de saludarte cariñosamente, y recordarte en la memoria una persona que te ha sido de alguna utilidad en tu juventud: estoy segura de que te costará trabajo el reconocerme: ¡cómo!*

¿cómo te has de acordar de tu prima, la que te lababa las valonas, y te cuidaba tu ropa cuando estabas en el seminario? -- En verdad que los años cambian mucho las fisonomias! Pero sin embargo, el cura vuelve en sí, recorre su memoria, aproxima sus ideas, y cree reconocer en efecto en la persona que le habla algunas facciones de una parienta que habia tratado muy de cerca de estudiante: la aventurera entonces vuelve á recargar, citándole veinte anecdotas, declinando todos los nombres de la familia, y pasando revista á tantas circunstancias, que al fin se levanta nuestro hombre, la saluda, la abraza, y la pide mil perdones de la indiferencia con que la habia recibido al entrar.

Sirven la comida, coloca el cura á su parienta en el sitio de honor, y esta responde con acierto á todas las preguntas: *en verdad, prima,* dice el cura, *que era preciso todo el detall de circunstancias, en que has entrado en tu relato, para convencerme de que tú eres aquella persona de confianza que yo tenia para ciertos desahogos tan frecuentes en*

la juventud: en efecto, el tiempo, y la edad causan prodigiosas transformaciones en una persona; y sin que sea mi intencion la de incomodarte, te confieso francamente que no hallo en tí ninguna de aquellas facciones que me eran tan familiares, ni aun el aire de ellas, que suele en algunos no borrarse: pero al fin esto no debe incomodarte; y para volver á lo que mas particularmente te pertenece, dime qué asunto te trae por este pais? = A esto dijo con algunas carocas y gestos fingidos: -- *Hace veinte años que me fijé en Château-Chinon, donde he adquirido una propiedad que está enfrente de la de tu tio, y como no estamos distantes mas que ocho leguas de Corbigny, donde vive tu padre, fuí hace quince dias á verle, y preguntarle si queria alguna cosa para tí; despues tengo á dos leguas de aquí una herencia que coger, la que exije muchas diligencias, y me he visto en la precision de hacer este viaje. A esta noticia se puso á llorar el buen viejo, y me respondió: direis á mi hijo que nuestro pleito está para sentenciarse; pero que el procurador pide*

aun cincuenta duros para evacuar varias diligencias que hay que practicar antes de la sentencia difinitiva, y que hallándome despues de tantos desembolsos en la imposibilidad de reunir esta suma, le he de merecer me saque de este apuro, y entregarosla si quiere á vos misma.--¡Ah maldito proceso! dice el cura, *temo que nos ha de arruinar: ¿querrás creer, querida prima, que llevo ya dados á la familia mas de mil y quinientos francos para que se concluya?...... y lo peor es que aun no hemos logrado verle el fin, y será preciso esforzarse uno todavia para sacar á mi pobre padre del embarazo en que se halla: mañana voy á tomar una letra de cambio sobre Ville-franche, y á enviársela, pues no me atrevo á tomarme la libertad de encargarte esta molestia.--No tienes que andar en cumplimientos ni retóricas,* responde la prima; *si tú quisieres entregarme esa cantidad puedes hacer que llegue á tu padre sin gastos ni esposicion, y á mí no me cuesta ningun trabajo.--Pero el peso te vá á incomodar estraordinariamente, y...--Qué peso ni qué calabaza?....á mas de*

que, ¿no puedes reducirlo á oro, y hacer imperceptible su vulto y su peso? --En efecto......pero, y si tienes un mal encuentro? --vuelta con los inconvenientes? sobre eso no hay miedo: haciendo que me acompañe un criado hasta salir del monte, no hay que temer por el resto del camino, pues voy tan segura como lo estoy ahora enmedio de este jardin. En fin, queda convencido el cura con todas estas razones, y al dia siguiente hace ensillar su caballo, da los cincuenta duros á su parienta, la confia tambien unos papeles de mucha importancia para su padre; la encarga hacer mil cumplimientos á toda la familia, y manda á su criado la acompañe, sin recelar del chasco que le estaban preparando, pues esta solemne bribona se habia señalado ya con otras muchas proezas de esta especie. Se informaba circunstanciadamente de los nombres y calidades de todos aquellos á quienes queria imponer, indagaba, y penetraba hasta las cosas mas secretas de las familias, y razonaba con tal acierto como si hubiera sido la depositaria ú confidenta en cualquier nego-

cio. Se introducia en las casas bajo el pretesto de hacer servicios importantes por sí ó por encargo de otros, y en una palabra tenia el acierto y travesura para fingir fisonomias y adivinarlas, contrahacer el tono y eco de las voces, los gestos de la persona á quien representaba en sus empresas, y de urdir una narracion con todo el colorido de la franqueza y de la verdad. Interin se consolaba nuestro buen cura de esta sangria que acababa de recibir su bolsillo, el crédulo Juan su criado, con la brida en la mano, atravesaba el monte con la sobrina, y se dirigia pacíficamente ácia un pueblecillo que distaba de allí á legua y media. Luego que llegaron al meson, puso el caballo en la cuadra; y la famosa aventurera le hizo sentar en su mesa para comer; el badulaque quiso resistirse, pero ella le cogió por la espalda, le hizo sentar en su silla diciendo que en viage no habia distinciones, y que todos eran iguales. *En verdad, amigo Juan*, continuó ella, *me admiro de la economia de mi rico primo, tu amo! ¿Cómo puede un*

hombre como él, sufrir un vestido tan sucio, y tan indecente, y la cabeza calva desnuda como la tuya? Eso deberia avergonzarle, y no haria mucho en darte sus pelucas viejas para cubrir tus grandes orejas, y librarte de constipaciones: = *Señora todo el pueblo dice lo mismo que V.* respondió Juan, *pero aunque el amo sea un hombre honrado, y de buenos sentimientos, nunca ha tenido el antojo de regalarnos nada; y puedo asegurar á V. que en quince años que hace le servimos Teresa y yo, no nos ha dado aun de ferias por valor de un real.*

Pues bien, repone la prima, *yo voy á avergonzarle, y á peinarte á mi costa*: llamó al momento á la mesonera, y la preguntó si en el lugar se hallaria algun mancebo de barbero ú cirujano que tuviese en su tienda algun peluquin ó peluca? = *Si señora*, responde la mesonera; y al momento la enviaron á buscar; llega, pues, un barbero con una caja debajo del brazo, prueba una peluca vieja en la cabeza de nuestro Juan, y diciendo le estaba bien, se pone á hacer-

le la barba, á esquilarle, y desengrasarle de tal suerte, que Juan no era ya Juan; y aun era muy diferente despues, cuando se hizo venir á un ropero, y se le puso una levita de paño gerdo que no se habia usado mas que seis semanas: hecho esto se convino en el precio, y tanto el barbero como el ropero reciben la orden de volver como dentro de tres horas para tomar su dinero. Juan, que se encuentra ya otro hombre se deshace en dar muestras de gratitud, y no sabe dónde colocar sus manos: se acaba la comida, y no está en la cocina mas que lo necesario para informarse dónde vivia cierto procurador, á quien estaba encargada de entregar unos papeles de parte de su pariente el cura; *teneis que andar cerca de un cuarto de legua de muy mal camino*, dijo la mesonera; *pero teneis un buen caballo, y esos muebles son para servirse de ellos.* *En eso pienso*, repuso la intrigantona; *Juan me esperará en la cocina, y antes de las dos estoy de vuelta.*--Apenas dijo esto, se marcha, y aun está corriendo, pues fué necesario esperar

las dos horas, cuatro, seis, meses, y años, pues la tal sobrina no volvió á parecer: la mesonera hizo ir á uno de sus hijos, pero el procurador no habia visto semejante muger; vuelven á enviar despues, y tampoco habia llegado. Al fin, entran en sospechas, y estas vienen á parar en realidad. La tal aventurera es tratada de bribona, y el criado es acusado de estar de inteligencia con ella: hace juramento de que no tenia culpa alguna, que él es la víctima, y que su amo pierde cincuenta duros, y un caballo de mucho valor: á este tiempo llegan el barbero y el ropero, quienes instruidos de la picardia, se echan sobre Juan, le despeinan, le desnudan, y le llenan de injurias: la mesonera no se contentó con las voces y los improperios, pues viendo que no podia cobrar el gasto que habia hecho, le dió mil moquetazos, y despues sus hijos le llenaron de leña: el pobre Juan bien aporreado, bien esquilado, medio desnudo, con el pancho bien repleto, y llorando cogió su palito, y lamentándose por todo el camino, llegó á las nueve de la

noche al pueblo: su amo estaba acabando de cenar: *tenga su merced buenas noches*, dice al entrar con una voz lastimosa: -- *bien venido, Juan*, le contesta el cura, que no habia notado cosa alguna en su semblante, ni en sus trazas: mas despues le mira, y estupefacto le dice: *¡hombre! ¿quién diantres te ha puesto así? -- vuestra picarona sobrina; sí*, dice llorando; *á bien que yo pierdo tanto ú mas que su merced, pues me han llenado de palos, y me han esquilado mi pelo; pero su merced pierde el dinero, y al pobre Lucero*: en seguida se puso á referirle la deplorable historia acaecida con su amada sobrina: al dia siguiente lo supieron todos sus feligreses, compadecieron al cura, y celebraron lo del criado mucho, sin poder reprimir la risa siempre que veian á Juan por su aventura burlesca.

Suceso LI.

Dos estrangeros recien llegados á París corrian muy temprano una mañana muchos cuarteles de la capital, y se

divirtieron en considerar las portadas de muchas iglesias: trataban de seguir sus observaciones, cuando al pasar por una calle estrecha, vieron á un joven que venia ácia ellos, y que se acercó con el dolor pintado en su semblante, sin sombrero, sin medias, y sin vestido: *señores*, les dijo lleno de tristeza, *veo en vuestro aire que sois estrangeros, tened compasion de un desgraciado que acaba de ser despojado robándole cuanto tenia.* El aire de franqueza con que reclamó su amparo les movió á compasion, y le hicieron entrar en una roperia, que no hacian mas que abrir, donde le mandaron dar un vestido que pagaron al momento: le dejaron reponerse de su miedo, y despues he aquí lo que les dijo:--*No hace veinte y cuatro horas que estoy en París donde tengo un hermano en la escuela de Saint-Côme; y disponiéndome á tomar el mismo estado, á cuyo fin me habian dado mis padres, que son de Noyers en Bourgogen, doscientos francos, tuve la imprudencia de decirlo en una posada que está á dos leguas de aquí, donde*

me hicieron comer con una persona desconocida, de quien no formé sospecha alguna, y este hombre me pareció tan fino y tan prudente, que no tuve reparo en entablar conversacion con él; y me hizo varias preguntas sobre mi familia, mi estado, y sobre el objeto de mi viage; pero apenas pronuncié mi nombre, se arrojó á mi cuello, diciendo: Ah! *sí, sí, vuestras facciones no me eran estrañas: vos hablais de un hermano que está en Saint-Côme; ah! ingrato! desde que está en París le hemos hecho las mas fuertes instancias para que venga á vernos: mi madre y mi hermana, que le encontraron un dia, le ofrecieron la casa, y le suplicaron viniese á ella con tanta mas libertad, como que estamos enlazados con vuestra familia por las mugeres; pero sea timidez, sea frialdad, no hemos tenido aun el gusto de verle corresponder á nuestros ofrecimientos: supongo que vos no sereis tan esquivo y tan grosero, y que desde mañana tendré la satisfaccion de presentaros á mi familia:* yo al oir esto, y siendo un señorito de

aldea, que no he tenido esperiencia del mundo ni he salido de mi rincon, tuve la simpleza de acceder á sus instancias: antes de salir del meson quise pagar mi cubierto, pero el hombre se formalizó, y satisfizo al mesonero, antes de que yo pudiese tener tiempo para meter la mano en mi bolsillo: llegamos á esta ciudad al amanecer, y no tardamos en ir á la casa de mi compañero, donde en efecto me recibieron con la mayor distincion, y muy pocas palabras que dijo al oido á la madre y á la hermana creo produjeron este efecto: *¡Qué feliz es para nosotros este dia, cuando nos proporciona el placer de tener en casa á un descendiente de la linea que estimamos tanto*, decia la madre! *vuestro hermano aun no ha querido dispensarnos este honor; sin duda la buena sociedad le incomoda ó le espanta; pero yo espero que vendrá, pues mañana voy á anunciarle vuestra venida; por lo demas vos podeis estar aquí como en vuestra casa misma, y baste decirlo una sola vez para siempre*: -estuve tentado veinte veces para preguntarle su nombre, y

hasta qué grado llegaba nuestro parentesco; pero su algaravia y la de la hija me cerraban al momento la boca; me hicieron sentar en un gran sofá, pusieron la mesa, y nos sirvieron una comida bastante buena y curiosa: yo comí con buen apetito, y bebí muy bien; y despues el café, y algunas copas de licor nos hicieron pasar mucho del medio dia sentados á la mesa: despues propusieron una partida, la que acepté, y aun en ella fuí feliz.

A las diez se pusieron á la mesa, y si no me habia sido posible durante el dia el saber alguna cosa sobre los nombres y cualidades de mis parientes, fué peor aun por la noche, pues las dos mugeres se pusieron á picotear, y á chocar conmigo con una infinidad de proposiciones, que sujetaban mi curiosidad: =*no fieis en el pueblo de Paris*, decian ellas, *pues para un amigo sincero que halleis, encontrareis mil pícaros, y segun sois de franco é ingenuo no tardareis en ser engañado y puede ser alguna cosa peor: si teneis dinero guardaos de llevarle con vos, pues aun*

no es de dia y ya se estan oyendo referir mil robos, y raterias: ved ahi un armario, y puestas teneis las llaves: guardad en el todo lo que tengais mas precioso, y segun lo necesiteis podeis abrir y sacar lo que querais: yo os le cedo para que le useis mientras estuviereis aquí. A mas de esto, añadieron otros muchos ofrecimientos y tantas pruebas de consideracion que no valanceé un momento en tomar las llaves, abrir el armario, y poner en él no solo mi dinero, sino todo mi equipage, mi repeticion de oro, mi caja del mismo metal guarnecida de diamantes, un estuche de plata con varias preciosidades, y un brillante de doscientos luises de oro, que era un regalo que me habia hecho mi madrina al despedirse de mí: despues de haber puesto en lugar seguro cuanto tenia quise entregarlas las llaves, pero me obligaron á tenerlas: dieron las doce, y las dige que tenia muchos deseos de descansar: al momento, el que se decia mi primo tomó una luz, me abrió un gabinete muy curioso, donde habia una cama decente, y me dijo que allí

dormiria muy bien; despues me dió las buenas noches con el aire mas cariñoso, y cerró la puerta para irse él tambien á la cama. Pero figuraos mi desgracia, cuando apenas empezaba á cerrar mis ojos me vi de repente atacado de unos dolores en el vientre que me obligaron á saltar de la cama; al ruido que yo hice entró mi pariente con una luz: *¿Qué hay de nuevo, me dice, necesitais de alguna cosa?* = Quando yo hubiera querido disimular no lo hubiera permitido el dolor que me acompañaba, y le confesé francamente lo que tenia. -- *Sois un pobre hombre, me respondió, venid, seguidme.* -- Entonces echando á andar delante con la luz, me hizo bajar una pequeña escalera que yo no habia visto aun, y despues de haber atravesado un patio, y un callejon largo, abrió una puerta y me dejó pasar: *Sosteneos sobre la pared tentando, me dijo, y no habreis andado cuatro pasos á la izquierda cuando hallareis el sitio que necesitais; entre tanto aqui espero con la luz.* Yo al momento me puse á buscar tentando sin poder saber ni conocer dónde estaba,

cuando en este momento me cierra la puerta mi querido primo de mi alma dando una gran risotada, y dejándome en las tinieblas, pues tan obscuro estaba que no me fué posible hallar el camino por donde habia entrado: en lugar de una puerta encontré diez, y cuanta mas atencion ponia para desembarazarme de aquella estancia mas me embrollaba; y como mi situacion era tan incómoda, siéndome ya tambien sospechoso el grito de alegria de mi buen primo, me hallaba resuelto á gritar con todas mis fuerzas, cuando de repente oigo una multitud de gente acaballo que se acercaba á mí, y se pusieron á gritar: *¿quién vá allá?* El miedo me dió piernas, y no cesé de correr cuanto pude, hasta que tropezando con una mojonera, caí tan redondo como era, y quedé tendido sobre un banco de arena, donde he esperado el dia lleno de temores é inquietudes que no me es posible esplicaros: en fin, he tenido la felicidad de hallaros, felicidad que no debia esperar un desgraciado despojado como yo, desde los pies á la cabeza.

A estas palabras el pobre joven se puso á lamentar su suerte de un modo tan interesante, que los dos estrangeros se enternecieron, y á mas de lo que les habia costado vestirle, le dieron seis luises, los que recibió colmándolos de bendiciones: querian hallar en el momento una persona que conociese bien todos los cuarteles de París para buscar á los ladrones y entregarlos á la justicia: pero el comerciante de la casa donde estaban les dijo: *todas vuestras pesquisas serian inútiles, caballeros; ¿no veis que este pobre joven está andando hace tres horas? No haceis mas que llegar de las provincias, y pensais que os seria fácil descubrir á los autores del robo, cuando yo, que vivo hace veinte años en París, no conozco aun la mitad de la ciudad! Contentaos con la buena obra que acabais de hacer, y si vuestras ocupaciones os lo permiten estended vuestra generosidad hasta encargaros de entregar este pobre joven á su hermano, respecto á que nos ha dicho que está en la escuela de Saint-Côme, y yo me ofrezco para*

acompañaros: -- aceptaron la proposicion del comerciante, y marcharon: llegaron al establecimiento, y encontraron efectivamente al hermano, quien instruido del acontecimiento desgraciado que acababa de suceder, hizo las mas finas demostraciones de reconocimiento á los estrangeros y al comerciante.

Suceso LII.

Retirándose un sacerdote á su casa á boca de noche fué detenido por una banda de rateros que le intimaron la órden de entregar el dinero que tenia en su bolsillo inmediatamente, y les respondió que no llevaba en todo apenas un duro. El aire esquivo con que pronunció estas palabras hizo entrar en sospechas al gefe de la compañía, quien le dijo: *señor cura, nosotros no dudamos de la fidelidad de vuestras expresiones por vuestro estado, asi como el deber de nuestra profesion es tal que no podemos suscribir á lo que se nos diga, sin asegurarnos del hecho por nuestros mismos ojos; y asi os suplico nos permi-*

tais hacer en vuestros bolsillos la visita que previenen los estatutos de nuestro cuerpo. -- Apenas pronunció estas palabras se pusieron todos á registrarle y en lugar de un duro le hallaron diez luises que acababa de ganar al faraon. *Cómo! señor cura, padre de almas,* le dice el gefe de los ladrones, sorprendido, ú fingiendo estarlo; *¡es posible que un hombre de vuestro estado, un ministro del altísimo, haya podido resolverse á faltar á la verdad por satisfacer á la avaricia! Sin duda no conoceis que una mentira, odiosa y fea en boca de un simple particular, es un crímen grave y escandaloso en un hombre de la iglesia que deshonra el carácter sacerdotal: si hubieseis hecho, como creiamos, una confesion sincera de la cantidad que teniais, nuestra intencion era el partir con vos, como era justo: pero habiendoos envilecido á nuestros ojos con vuestra supercheria, declaramos en este momento por buena presa toda vuestra ropa:* dicho esto, hizo el orador una señal de ojo á sus compañeros, y en dos minutos pusieron al cura

en estado de poder ir á tomar un baño.

Suceso LIII.

Una muger que fué presa por un robo doméstico, y que se aseguraba ténia á sus órdenes un gran número de ladrones chicos y grandes, respondió al juez, que la decia podia evitar el sufrir la pena merecida por su crímen, declarando quiénes eran sus cómplices: *no, señor, no lo haré, pues tengo hecho juramento de no revelar á nadie mis secretos, ni los de otros.*

Suceso LIV.

Justino Sciol, natural de un pueblo de la Normandía era hijo de un propietario de muy poca fortuna, quien sacrificó sin embargo una buena parte de ella para darle carrera en los mejores colegios, destinándole al servicio de la iglesia. La disposicion del jóven y su aplicacion favorecieron la buena educacion que le dió; pero tuvo la desgracia de perder

demasiado pronto á su digno padre; y desde entonces, arrastrado por el atractivo de los placeres, dejó las costumbres y ropage de eclesiástico, y se entregó á la efervescencia de las pasiones, con cuya vida desarreglada consumió los módicos recursos que le habia dejado la sucesion paternal; estaba ya reducido á la mas cruel escasez cuando halló un maestro de escuela, su antiguo compañero de colegio, á quien declaró su situacion, y conociendo éste su talento le ofreció su mesa, su casa, y un corto estipendio, si queria ayudarle á desempeñar sus funciones en el lugar de Malesherbes donde habia establecido su pension: la crisis en que se hallaba no le permitia despreciar este ofrecimiento, y llenó sus deberes con bastante zelo en este destino: tres años despues murió el primer institutor, y Sciol se constituyó por sí mismo maestro de escuela y de la pension con mucha satisfaccion de los habitantes, de quienes gozaba ya la mas alta opinion y aprecio: pero no convenia una vida tan sedentaria á la viveza de su carácter, y sus gustos, reprimidos bastante tiempo

hacia por la sabiduria de su predecesor; por lo que bien pronto tuvo ocasion de volver á dar libertad á sus pasiones: un negociante muy rico que tenia asuntos importantes en Marsella, le hizo proposiciones bastante ventajosas y considerables si queria acompañarle, y encargarse de la teneduria, y del arreglo de sus cuentas, lo que fué aceptado con el mayor placer y gratitud: sacó buen partido de los fondos de la pension que habia tenido por espacio de ocho años, dió sus cuentas y marchó á su nuevo destino que desempeñó con inteligencia y exactitud: los asuntos del negociante estaban ya terminados, y Sciol iba á quedar sin colocacion, cuando tiene la fortuna de introducirse con un caballero italiano, muy opulento, que necesitaba un secretario, y le recibió al momento por los buenos informes que tubo de su inteligencia é instruccion y á poco tiempo le concedió la confianza mas absoluta, hasta el punto de poner en sus manos una parte de su fortuna; estuvo cinco años en esta casa, y se perfeccionó de tal suerte en la lengua italiana, de

la que habia tenido alguna tintura en su juventud, que podia pasar facilmente por un natural del pais.

Hasta la honradez se veía en este joven en un grado interesante y nada comun, pero sea que sus inclinaciones viciosas hubiesen estado siempre ocultas, ó sea que la ocasion las hiciese renacer durante la ausencia de su protector, no pudo resistir á la maldecida tentacion de robarle una cantidad de cerca de cuarenta mil francos, y muchas alhajas, con lo que se refugió en un pais estrangero. El primer cuidado del caballero italiano fué el de denunciarle á la policia de París, que no pudo darle sino señales insignificantes sobre la conducta de Sciol en Francia, donde no se le habia visto desde su ausencia de Marsella, y que se le habia sentado en los registros por si volvia á parecer.

Sin embargo Sciol viajó por los mejores pueblos de Italia bajo el nombre del *Conde Justino*, y anunciándose en secreto por un hombre que queria conservarse de incógnito. Pero estas correrias exigian cierto aparato, y era nece-

sario tener muchos fondos, los que á él le faltaban, pues empezaban á escasear sus facultades pecuniarias; pero él tenia mucha prevision para buscar de antemano nuevos recursos: creyó, pues, hallar uno tan agradable como útil, en el conocimiento que hizo con una hermosa cantatriz florentina á quien juzgó muy opulenta, viéndola gastar con fausto lo que habia ganado con facilidad: se apresuró en hacerla la corte, y ella que tenia el proyecto de asegurar un estado sólido, presentó mil dificultades, dejándole solo traslucir el medio de vencerlas con el matrimonio, y precisamente este era el punto á donde el supuesto *conde Justino* queria venir á parar, para apropiarse la fortuna de la cantatriz. Demasiado diestro para descubrirse en el momento, presentó un aire triste al oir la proposicion, mostrándose al mismo tiempo mas apasionado que nunca, y dejó sin embargo la esperanza en pie para hacerla consentir que por último vendria á resolverse al sacrificio, sino podia de otro modo obtener la posesion de un corazon que no tenia precio para

él: perfectamente representado este papel por una y otra parte, concluyeron por casarse, y despues de esta augusta ceremonia llegó el momento de la franqueza; la esplicacion fué embarazosa, pero bien pronto conocieron que se habian mutuamente engañado, y que ni al uno ni al otro les restaban muchas facultades para sostener la vida á que estaban acostumbrados; y teniéndose que hacer las mismas reconvenciones, se guardaron muy bien uno y otro de incomodarse ni aun insinuarse, y trataron de ponerse de acuerdo para sacar recíprocamente el partido posible de sus talentos, y regalarse con su proyecto: no les faltaron pretestos para alejarse del pueblo de su enlace, viajaron por diferentes ciudades, se presentaron con aire de opulencia; y anunciando el deseo de reunir en su casa la mejor sociedad con el atractivo del placer, tuvieron casas de juego, donde el conde tenia cuidado de dirigir diestramente los pasos de la fortuna, mientras que su consorte hacia valer con prudencia el imperio de su hermosura. Tuvieron tambien el arte de

hacerse amigos por donde quiera que iban, y no viajaban sino precedidos siempre de una consideracion particular de todos, que alejaba toda sospecha por parecer la merecian por su honradez, y buena conducta: así es como pasaron juntos quince ó diez y seis años, y al fin de ellos murió la cantatriz en Roma, dejando á Justino un hijo, que habian tenido en el primer año de su enlace, y le habian dado una educacion bastante regular.

Considerando entonces Justino el estado de su fortuna, y hallándose con cien mil francos en dinero contante, tuvo el mas fuerte deseo de volver á Francia, y hacer allí un papel importante para aumentar su capital: estaba decidido á ejecutar este proyecto, cuando una circunstancia inquietante aceleró la ejecucion: supo que el señor italiano de quien habia sido secretario, se hallaba en Roma, y tuvo motivo para creer que habia sido reconocido, respecto á que le constaba que dicho señor italiano estaba tomando noticias é informes, &c. No valanceó un momento mas, y se puso en camino, no

para su provincia, que no podia ofrecerle ningunos recursos, sino para París, donde esperaba que la suerte, que le habia favorecido hasta aquel momento, seria la misma en adelante. Revestido de títulos falsos que forjó de su cabeza, y para los que no tuvo otra cosa que hacer que italianizar su apellido, y acortar el nombre de familia, se presentó, á beneficio de diferentes cartas de recomendacion, como descendiente de la ilustre casa Justiniani, príncipes de Scio, y divulgó misteriosamente una historia bastante verosimil sobre la desgraciada suerte de su familia, antiguamente soberana, y obligada hacia ya muchos siglos á vivir en la obscuridad. Acreditado de buena fé este romance por los banqueros de quienes habia cobrado letras de cambio, y relatado con un aire de importancia por un hombre cuya estatura era enorme, edad de mas de cincuenta años, un tono franco, y acento estrangero, parecian apoyar la veracidad; por lo que impuso al público, é inspiró tanto mas interes cuando el héroe de esta historia no entablaba ninguna pretension, y no pare-

cia buscar otras sociedades que las mas sencillas: el fingido príncipe de Scio fué acogido como tal en la capital, y llegó á ser conocido en la corte en calidad de persona real: halló protectores que solicitaron y obtuvieron para él una pension del gobierno, quien dió á mas de esto una capitania de caballeria á su hijo, y no dejó de hacer valer altamente el favor con que le honraban.

El insinuó tambien que el Rey, no pudiendo hacerle entrar en posesion de los muchos bienes que antiguamente pertenecieron á su familia, trataba de indemnizarle ampliamente con algunas concesiones de grandeza; y entre las sociedades crédulas que frecuentaba con preferencia, halló fácilmente personas de buena fé, que con esta esperanza, le hacian adelantos para sostenerle en el rango en que se habia puesto: teniendo el cuidado de ver de cuando en cuando los ministros, no dejó de presentarse con toda seguridad en casa de M. Malesherbes desde que estuvo en alto puesto, y fué recibido con distincion; pero habiéndole examinado atentamente un criado

antiguo de este ministro, le reconoció por el maestro de escuela á quien habia confiado la educacion de uno de sus sobrinos, y se apresuró en prevenir á su amo, que irritado de la impudencia de semejante hombre, hizo pedir á la policia todas las noticias que pudiese haber relativas á él, y por el medio de algunos italianos testigos en Roma de su marcha precipitada, y de los informes tomados, fué fácil de buscar su origen, y saber toda su vida. Sin embargo de estar seguro M. de Malesherbes de toda la historia no quiso proceder estrepitosamente porque no se divulgase la demasiada y bochornosa credulidad de la corte, y se contentó con mandarle intimar la órden por la policia de dejar los falsos títulos que habia tomado, así como las decoraciones que habia usado, saliendo al mismo tiempo de París sin dilacion, advirtiéndole que por donde quiera que fuese seria vigilado.

El supuesto príncipe de Scio, ya Justino Sciol, ejecutó esta órden tanto mas pronto, cuanto que podia temer se le tratase con mas rigor, y que la nece-

sidad de ausentarse favorecia á la de ponerse al abrigo de sus muchos acreedores, que viéndole despojado de sus títulos, no hubieran dejado de reclamar severamente las cantidades que le habian prestado para ayudarle á sostenerse como príncipe. Así, pues, este aventurero, despues de haber estafado á un sin número de personages en paises estrangeros, no fué mas feliz con las demas raterias que hizo en otros puntos de la Europa, pues todo era preciso para sostener la magnificencia de sus aparentes personages, teniendo al mismo tiempo el corazon lleno de inquietud y sobresalto.

Suceso LV.

Un ratero empleó un ardiz bastante singular y diabólico en una estraccion de la loteria real de Londres para atrapar á un judio que creía sacar un gran partido de las circunstáncias: nuestro ratero, pues, habiendo dado gritos de alegria en el momento de salir de la rueda uno de los lotes de 20.000 libras esterlinas, escribió el número, salió corriendo de la sala

dando vueltas por el aire á su sombrero, y se puso á gritar con todas sus fuerzas: *huzza! huzza!*; y atrayendo sobre sí las miradas de todos los espectadores, le siguieron muchas gentes del pueblo, entre las que se introdujeron algunos compañeros suyos para aumentar la multitud, y todos pedian que los convidase á beber cerveza; pero hizo como que no entendia á nadie y siguió gritando siempre *huzza!* teniendo su número en la mano, sin hacer mencion de que todo el mundo le miraba, y afectando estar enteramente preocupado con la fortuna de haber sacado el mayor lote.

Un judio, pues, que le seguia, creyendo ser mas fino que los otros, y deseando encerrarle, le aconsejó diese para beber al populacho para desembazarse mas pronto de él: *bueno*, responde, *ya lo hubiera hecho, pero si no tengo dinero*: --*no importa*, responde el israelita, *yo lo tengo para serviros, y así no os detengais*; y al mismo tiempo le entregó un bolsillo lleno: le introdujo en una taberna donde era conoci-

do, hizo dar á beber el judio á todo el populacho por su cuenta, y disponiendo despues una buena comida en un cuarto separado para una porcion de amigos conocidos, pagó tambien este gasto de su bolsillo; pero fué bien recompensado y satisfecho, cuando, levantándose el ratero de la mesa con el pretesto de una necesidad, desapareció, dejando estupefacto á su Amfitrion, con una estratagema en que no habia pensado ni remotamente el buen israelita.

Suceso LVI.

Un hombre cuya probidad era bien conocida de M. de Sartines, vino un dia á quejarse de una rateria, tanto mas pérfida, cuanto que procedia de un amigo que le debia hacia mucho tiempo su mayor estimacion y confianza. Este hombre, teniendo que recibir un reintegro de cien mil libras pagaderas en oro, habia suplicado á uno de sus amigos, con quien estaba ligado hacía ya veinte años, le acompañase para tomar este dinero, y o guardase en su casa hasta el momento

en que debia darle su destino: la cantidad de las 100, 000 libras se llevó, en efecto, á la casa de este amigo, pero reservadamente, para no exponerla á la tentacion posible de los criados; en términos que solamente la muger de este amigo, que ayudó al transporte de la suma, fué el unico confidente en el asunto; llega el momento de recoger el depósito, y al reclamarlo afectan la mayor admiracion marido y muger, negando atrevidamente haber recibido semejante cantidad: no tiene testigos para convencerlos, y espera que *Mr. Sartines* le dará algun medio para recobrar esta parte tan considerable de su fortuna: el magistrado promete ocuparse en ello, pero se abstiene de dar esperanzas que puedan acaso no realizarse; y era tanto mas dificil el determinarse en este caso, cuanto que el depositario tenia un estado que parecia garantir su integridad, y que gozaba de muy buena reputacion; sin embargo Mr. de Sartines le hace llamar á su casa, y le dice las quejas que se le han dado: es de inferir que el hecho fué negado con tanta firmeza como au-

dacia; y así es que el reclamante fué tratado de loco, mentecato, &c. -- *Eh bien!* dijo Mr. de Sartines, *pues que no teneis de que arrèpentiros, espero que no reusareis el darme una prueba, que borrando hasta la menor sospecha, me hará conocer al mismo tiempo el crímen ó la demencia de vuestro calumniador: poneos á esta mesa, y escribid lo que voy á dictaros.* -- El juez dicta: "todo está descubierto, mi querida esposa, y vamos el uno y el otro á ser colgados, sí al momento no vas á casa del comisario general de policia con los 100,000 francos del depósito." -- *firmad vuestro nombre, y mandadsela á vuestra esposa.*

El acusado, lleno de inquietud, pero persuadido de que se trata solamente de una prueba que no tendrá consecuencias, á la que conoce no se puede negar sin hacerse culpable, no pone ninguna dificultad, y escribe, cierra su carta, y pone el sobre-escrito; pero cuando vé que *Mr. de Sartines* dá la órden á un inspector para llevar la carta, observar todos los movimientos de la mu-

ger para darle parte, y acompañarla si se decide á ir, conoce que se ha clavado por sí mismo, y entonces se hecha á los pies del magistrado, confiesa su crímen, y le suplica no le pierda; este movido á compasion le promete su gracia, pero con la condicion de hacer inmediatamente dimision del destino que ocupa y que deshonra, advirtiéndole que su conducta será en lo sucesivo vigilada con la mayor severidad. En este momento entró la muger con los 100,000 francos, y fueron entregados á su dueño, que habia perdido enteramente la esperanza de poderlos recobrar.

Suceso LVII.

Hallándose un particular bastante estrechado en el patio del teatro de la comedia francesa con motivo de la mucha concurrencia, sintió que andaba en uno de sus bolsillos una mano estraña y la agarró al momento; y cuando abria ya su boca para gritar *¡á el ladron, á el ladron!* le preguntó éste si estaba seguro de que su mano habia estado en su bolsi-

llo: = *me parece*, responde, *que no me queda que dudar cuando la tengo aun agarrada. -- Ah! señor, cuánto os lo agradezco*, repone el ratero muy por lo bajo para que no lo oigan los inmediatos; *yo iba á hacer una simpleza: bien es que estamos aquí tan apiñados unos con otros que toma uno facilmente el bolsillo del vecino por el suyo: yo temiendo á los rateros, contra quienes no es inútil toda precaucion, trataba de cambiar de bolsillo á tres luises de plata, y iba á meterlos inocentemente en el vuestro si no me lo hubieseis advertido: cuánto os lo agradezco!* -- Entonces abrió la mano, y el otro vió efectivamente los tres luises, con lo que convencido, le dijo; *pues guardadlos bien no os suceda lo que temeis;* y dándole gracias el ratero desapareció inmediatamente entre la multitud. El otro por precaucion quiso tambien meter la mano sobre su dinero, pero ah! ya no existia; pues para quitarle ese cuidado le habia sacado y trasladado á otro bolsillo el ratero hasta el tamo.

Suceso LVIII.

Estando comiendo en una fonda dos amigos se acercó á ellos un judío, y con un aire falso les enseñó una caja guarnecida de oro proponiendoles si la querian comprar; uno de ellos tomó la caja para verla, y el israelita le dijo con dulzura: *tened cuidado, caballero, por que es una obra muy delicada y sabreis el proberbio: "quien quiebra los basos los paga."* -- *No tengais cuidado, padre Matusalen*, le respondió riendo el curioso; *yo tengo las manos finas y.....* diciendo esto abrió la caja, y se cayó el cerco al suelo: -- *voto á tal, cuanto lo siento*, dijo el judio, *¿qué manos son las vuestras, cuando solo en tomarla me habeis echado á perder una obra de la mayor solidez? ved aqui una alaja perdida, y.... pero yo os contemplo un hombre racional, y espero me la pagareis: bien os adverti de no tratarla mal sabiendo su delicadeza y que era un gefe de obra del arte: á mas de que no os costará mas que una bagatela, pues con*

ochenta francos esta satisfecha. -- Tuvieron mil contestaciones, pero fué inútil el decir los dos amigos al judío que los cercos de sus cajas no estaban bien unidos para que cuando alguno tratase de verlas se creyese las quebraban ó maltrataban, pues el judío levantando la voz y protestando de su providad, les amenazó con el comisario de policía, repitiendo: *quien quiebra paga.* Los dos amigos no queriendo esponerse á contestaciones desagradables concluyeron con darle los ochenta francos, que recibió dejándoles la caja, cuyo valor resultó ser de dos francos, pues los cercos eran de cobre.

Suceso LIX.

Una señora que tenia una fonda magnífica vió entrar en su casa un dia un hombre encorbado con el peso de un cajon enorme, diciendo que la llevaba cien botellas de vino de España, y que tenia que darle tres luises por el porte y derechos. La fondista admirada por no esperar un presente de tal especie, dudaba en recibirle cuando la entrega-

ron una carta con el sobre para ella, y su fecha de Madrid, en la que la decian que un caballero que habia estado mucho tiempo alojado en su fonda, y que la habia merecido mil atenciones, trataba de insinuarla su reconocimiento con el vino que la enviaba de España; añadian que se reservaba el sugeto su nombre para dejarla por algun tiempo en la duda, y para que ella no tratase de corresponder á una bagatela que le era debida por justos títulos: todas estas razones eran bastante plausibles, y la vista del cajon bien atado, numerado, y con su sobre acababa de confirmar el contenido de la carta.

En fin, nuestra fondista, muy contenta de lograr tener un vino que podria valerla mucho, dió tres luises al hombre que se lo habia llevado, y este se marchó despues: habiendo pasado su primer transporte de alegria, la entró el deseo de probar aquel excelente vino, y mandó abrir inmediatamente el cajon, donde no se hallaron mas que botellas llenas de agua.

Suceso LX.

Pasando uu particular por una calle de París compró á un paisano una hermosa liebre con la que pensaba regalar su paladar, y rellenar bien su estómago, pero cuando su cocinera trató de guisarla vió con la mayor admiracion que no era sino un gato forrado con la piel de una liebre.

Suceso LXI.

Un tratante en perros se paseaba una tarde en el *Boulevard*, y tenia un perro pequeño sobre sus brazos, del tamaño de un puño, y con unas orejas de medio pie de largas, ofreciendo este animal maravilloso á los aficionados: una señorita le llamó: *Jesus! qué animal tan bonito*! exclamó: *cuidado que sus orejas son estraordinarias.*-- *O! señorita, yo estoy seguro de que no se halla otro semejante á diez leguas en contorno*: trata de ajustarlo, y despues de algunas contestaciones se convienen en el precio: la señorita dá cuatro luises, y

el hombre se retira protestándola que no paga ni aun solomente las orejas.

Llena de alegria, vé pasar á dos amigas, y las enseña al instante la compra que acaba de hacer: la celebran y hacen mil halagos á el animalito, y casi á porfia le hacen las dos sus caricias...pero qué sorpresa! En el momento que mas se admiran de la hermosura de su cabeza, se le queda entre las manos á su ama una oreja: se sorprenden, y no saben qué pensar de aquella aventura, hasta que resolviendo el observar en qué consiste, reconocen inmediatamente la otra oreja, y ven con admiracion y risa que está pendiente solamente de un ilo muy delicado sostenido de un pequeño corcheto: quieren seguir y buscar al fabricante de perros vivos, pero ya habia desaparecido: nuestra señorita, avergonzada de haber sido engañada de este modo, dejó el paseo, y abandonó el perro, que corriendo por el *Boulevard* con la segunda oreja colgando aun como natural, llamaba la atencion de las gentes que le admiraban como un fenómeno nunca visto, hasta que viéndole perdi-

do, le cogieron y llevaron otro chasco igual.

Suceso LXII.

Vamos á referir un suceso de los mas estraordinarios en esta clase de picardias, que por lo singular ha ocupado la atencion de París mucho tiempo, y que en efecto, prueba lo fecundas que son en recursos esta clase de personas que viven de raterias y engaños.

Una buena devota de profesion, de edad de cincuenta años, muy crédula, pero muy rica, viendo la misa en San Pablo, su parroquia, quiso seguir la costumbre que tenia de comulgar á lo menos dos veces cada semana, y á este fin, despues del último evangelio deja su reclinatorio, y se acerca al comulgatorio para recibir al señor; pero cuál fué su sorpresa, cuando abriendo su libro para la accion de gracias, fijó al momento su vista sobre un villete ó tarjeta adornada con un cordon de flores en miniatura, que contenia en carácteres dorados lo que sigue: *La buena opinion de tu vida, y tus oraciones han*

llegado á penetrar hasta en el cielo, y el santo patron de esta iglesia ha sido tan fuerte y tan poderoso intercesor vuestro para con Dios, que acaba de obtener, como una gracia inaudita, el volver á bajar sobre la tierra para venir mañana á comer con vos: pero á fin de gozar de una prerrogativa tan distinguida, es necesario que alejeis á todos los profanos para que esté solo con vos: entonces es cuando oireis cosas que no se han dicho á ningun mortal, y de que el todo poderoso ha querido hacer depositaria á una alma tan pura y tan exaltada como la vuestra.

Pablo, Apostol.

Juzga, lector mio, la impresion que debia hacer sobre una cabeza trastornada con tanta santurroneria, esta novedad tan estraña: nuestra venerable salió al momento de la iglesia, llamó á su criada, que tan imbecil como ella, era tambien fácil de engañar: vedlas aquí ya ocupadas en leer y releer cien veces la santa carta misiva, y en llorar una y

otra de alegria. Pero cómo recibir á un santo? Qué manjares sustanciosos serán los que le gusten? Cuál será el fondista tan hábil que pueda lisongearse de preparar una comida, digna del apostol de las naciones?....... Ellas hubieran querido muy bien hacer confianza de tan celeste secreto á muchas de sus vecinas; pero era preciso alejar á los profanos, pues estaba bien espreso: debian estar solitos los dos, y San Pablo se hubiera incomodado furiosamente, (pues dicen que enfadado era en el mundo un diantre) si alguna persona mas que la criada, que tambien era muy devota, fuese admitida en la entrevista que debia realizarse para la manifestacion de cosas tan grandes.

Sin embargo, era preciso tomar un partido, y la resolucion de la criada fué el ir á encargar una comida de dos cubiertos á un fondista que estaba al fin de la misma calle. *¿para quién es*, preguntó este hombre? -- Otro embarazo: pero una tonta siempre es tonta: esta reveló el secreto al fondista, contándole la entrevista de su ama con un apostol,

y le suplicó despues que guardase el secreto: nada cuesta el prometer, y el fondista juró que nadie sabria el secreto: pero apenas se marchó la moza, reflexionando en lo que acababa de oirla, creyó adivinar que querian mas el bolsillo de esta iluminada, que á la elevacion de su alma; deduciendo de aquí que todo era una estratagema de algun bribon. Penetrado de esta idea, se vá á casa de un platero afamado de París, que sabia era hermano de la devota, con el designio de interesarle en evitar las consecuencias de esta intriga diabólica. Este hombre habia salido desde las nuebe, y durante su ausencia, uno de los oficiales no habia tenido dificultad de prestar á la devota una vagilla completa de plata que la acababan de llevar; lo cual alarmó mas al fondista, y de compasion no quiso marcharse de allí hasta que volvió el platero: llega por último á las tres, y sabe toda la historia; y como conocia la estremada simpleza de su cuñada, se resolvió al momento á sacarla del inminente peligro en que la veía. Empezó pues por prevenir

á una ronda, y resolvió disfrazarse él mismo en San Pedro; y precedido de una buena escolta, se fué á las inmediaciones de la casa de su cuñada, á la hora próxima en que suponia que debia entrar San Pablo: todo salió segun sus deseos, y despues de una media hora de espera, vió que se dirigia ya el santo patrono ácia la casa de la devota. Estaba vestido de israelita, guarnecida la barba con un postizo, un libro debajo del brazo, y un palo en la mano: llama, ama y criada salen á abrir, y se prosternan á sus pies; despues le introducen en una sala perfectamente adórnada, y se encierran solitas con él. Un cuarto de hora despues llega el fondista, cargado con su pequeña despensa portatil, en la que van arreglados todos los platos por su órden; llama segun estaba prevenido, y viniendo la criada con el cuidado de abrirle, toma la cesta, le dice dos palabras al oido, le despide, y no esperando ya á nadie hecha todos los cerrojos.

Sin embargo, apenas pusieron en la mesa el primer plato, San Pedro, que estaba enfrente de la casa de su herma-

na, desde donde observaba cuanto pasaba, llega y llama con fuerza: la criada quiere abrir, pero San Pablo se opone: se repiten los golpes á la puerta, amenazando echarla abajo: á pesar de lo que manda el apostol, se hace preciso el saber cuál sea la causa de tanto ruido, y poner el remedio: *¿Quién llama?* dice la criada, -- y se responde: *San Pedro:* -- Sorpresa agradable para la beata, pues cuenta con tener en su casa aquella noche á todo el apostolado; y al momento manda abrir; pero San Pablo se obstina en que no se abra á San Pedro, porque quiere estar solo: por último se oyen unos golpes tan furiosos y multiplicados, que los pestillos y cerrojos de la puerta no pueden resistir ya tantos esfuerzos: en este momento la criada no escucha ninguna órden: se abre la casa, y San Pedro con un trage judaico, la cabeza calba, con sandalias en los pies, y en las manos un par de llaves, se acerca á San Pablo, y le dirige estas palabras con enfasis: *Apostol de las naciones á quien el señor mandó reunir las ovejas perdidas de*

la casa de Israel, ¿ quién os obliga hoy á pasar los límites de vuestro ministerio, y á gobernar las ovejas predestinadas del rebaño sin una mision espresa? Enviado yo mismo para corregiros y haceros cargos, me atrevo á significaros el decreto del Altisimo, que os manda suspendais vuestros trabajos, y me sigais á las mansiones pacíficas de donde os habeis escapado con grande admiracion de toda la corte celestial; y en caso de que no querais obedecer, ved aqui (prosiguió, haciendo entrar á la ronda) *alguna cosa mas importante para vos que una gracia victoriosa que os obligará á obedecer.*

Al pronunciar san Pedro estas palabras intimó la orden de hacer su deber á toda la gente de justicia y armas que le acompañaba: san Pablo fué desbarbado y desnudado al momento: bajo el disfraz de apostol hallaron los instrumentos propios de un malvado, como pistolas, ganzuas, limas y puñales. Qual fué la admiracion de las devotas, y como se quedarian cuando san Pedro se dió á conocer, fácil es de adivinar: *estas son las*

consecuencias de tus sandeces, é indiscreciones, dijo á su hermana, *y agradece á la vigilancia de tu hermano el no perder esta noche tu vida y tus bienes; y con respecto á este miserable la justicia le hará eonocer el sitio que merece ocupar, concluido ya su apostolado.*

Suceso LXIII.

Hay en Inglaterra cierta clase de gentes que no tienen otro oficio que ir á las cárceles á ofreçer sus servicios por cualquiera tenue extipendio, encargándose de hacer todas las diligencias de los presos; y como suelen ser pagados anticipadamente, no les importa despues el hacer ó no lo que se les manda: uno de estos demandaderos habia recibido una cantidad considerable de un preso con la promesa que le habia hecho de sacarle bien de la causa criminal que se le seguia, y á pesar de las lisongeras esperanzas con que habia entretenido á este desgraciado, no pudo el rey faltar á la confirmacion de su muerte á que habia sido condenado por los tribunales: ya

estaba éste infeliz instruido de su suerte, cuando una mañana vino á verle su falso demandadero: *eh bien*, le dice, *¿cómo estamos de alegria? -- Decid mas bien la rabia de haber sido engañado por vos. -- ¿Cómo es eso; que mosca os pica, amiguito?* repone el embustero... *que mosca, malvado.... que mañana me cuelgan. --¡Cómo! vos colgado?... la chanza seria demasiado pesada: pero quién puede atreverse á llevaros al suplicio? vamos, serenáos y no hagais caso; yo creo que no tendrán la temeridad de llevarlo á ese estremo teniendo yo la palabra del ministro, y voy desde aquí mismo á obligarle á que me la cumpla; y cuando no.......¡como! ¿vos colgado¿ vos... cuando se me han dado las seguridades mas positivas de lo contrario¿ Yo quisiera verlo, y veriamos despues..Vaya, si digo que no se atreverán á colgaros, pues si tal hicieran, lo estaria viendo, y no lo creeria: por último, yo voy á ver al ministro, y confiad en mi: tranquilizaos y dejadlos obrar, pues si hacen alguna tropelía, aquí quedo yo:--* En efecto, el pobre diablo salió al pati-

bulo, fué colgado, y lanzada su alma á la eternidad, como dicen en Inglaterra; y el pícaro é inhumano ladron que le engañó, quedó en el mundo para gozar lo que á el otro desdichado le costó la vida: este es el mundo, y estos son los hombres.

Suceso LXIV.

Hay bribones de todas especies, y asi es que si el mayor número no puede resistir al atractivo del oro, hay otros que seducidos por la hermosura del bello sexo, emplean tambien sus ardides y astucias para lograr los favores de las jóvenes hermosas, y aquí tenemos un ejemplo.

En el número de mugeres hermosas mas interesantes se distinguió en cierta ciudad y cierto tiempo una beldad llamada Victorina; era una jóven rubia hecha á pincel, cuya fisonomía tierna y encantadora hacia la mas viva impresion: los amantes de un rango ilustre que parecia se disputaban la gloria de enriquecerla, la hacian aun mas hermosa

que los encantos mismos de que la naturaleza la habia dotado: un caballerito jóven que gozaba de una fortuna poco considerable, no cesaba de suspirar por Victorina, y deseaba con el mas vivo ardor obtener el favor de poderla hablar; pero como ella estaba entretenida con el mayor fausto, no habia podido hallar el momento oportuno para hacerla sus proposiciones. En fin, una noche que la vió sola en la comedia, pudo colocarse en su palco, y buscando un pretesto para fundar conversacion, supo con el mayor júbilo que el censualista estaba ausente por algunos dias: y sin perder un instante en vanas esperanzas ni mas inútiles suspiros, presentó su ofrenda, y la divinidad no fué insensible, pues consintió á beneficio de un centenar de medallas rubicundas en que la llevase á su casa, y la acompañase hasta la mañana siguiente, y... &c. &c. nuestro amante no tenia esta cantidad en su bolsillo, y le fué preciso confesar en el momento de separarse de la complaciente beldad, que necesitaba le disimulase por algunas horas, prometiendo volver á sa-

tisfacerla aquella deuda de honor antes de concluirse el dia. En efecto, apenas entró en su casa, se apresuró á cumplir su palabra, á cuyo fin entregó las cien medallas de oro á su ayuda de cámara con órden de llevárselas á Victorina: es preciso saber que este ayuda de cámara habia echado los ojos de la concupiscencia hacia ya mucho tiempo sobre esta célebre ninfa; pero no siendo bastante rico para comprar audiencias que se vendian tan caras, procuraba sofocar sus deseos, y tiernos sentimientos; mas la ocasion de ver de cerca á esta seductora deidad, despertó en su corazon aun con mas vehemencia que nunca sus deseos, y encendió la llama de un fuego mal apagado, por lo cual resolvió aprovechar aquella feliz casualidad que se le presentaba. Escogió en el guarda-ropa de su amo un vestido magnífico, se vistió y peinó con la mayor finura y delicadeza, salió de casa por una puerta trasera, entró en el primer coche público que halló, y mandó que le condujesen hasta la puerta de la casa habitacion de Victorina: llega á su antecámara, y

afecta un aire de importancia, haciendose anunciar como un caballero estrangero: se apresuran á introducirle, y declara sin ceremonias el motivo de su visita, y viendola vacilante pone sobre la mesa sus cien medallas de oro. A este aspecto se disiparon enteramente los escrúpulos de aquella hermosura, y las rubicundas cantaron segunda victoria. Pasados algunos dias volvió nuestro caballero á visitar á esta peligrosa sirena, y se sorprendió al oir de su boca las mas agrias reconvenciones: pero confesando ella que en lugar del ayuda de cámara, habia recibido la visita de un señor estrangero que la habia regalado cien medallas de oro, no dudó entonces que su emisario habria inventado el medio de indemnizarse del trabajo que habia tenido en llevar su recado: le hizo llamar á la casa de la misma Victorina, y en fuerza de las amenazas de echarle de su casa si no confesaba la verdad, declaró sencillamente el diestro ayuda de cámara cuanto habia pasado: su amo entonces no hizo mas que reir, celebrando sobre todo el gracioso error en que la codicia habia hecho

caer á Victorina para entregar sus encantos gratis á su astuto ayuda de cámara.

Suceso LXV.

Siempre fué muy peligroso el dar crédito á los adivinos y hechiceras que en gran número pasean las calles de Paris, y el egemplo siguiente nos hace ver las consecuencias de semejante credulidad.

Dos señoras de un rango distinguido oyeron hablar de una estrangera para quien era muy fácil adivinar el por-venir, y resolvieron consultarla, á cuyo fin se fueron á su casa de paso para la ópera, es decir vestidas elegantemente: las alhajas que llevaban dieron en ojos á la hechicera, y las dijo: *señoras mias, si quereis que os lea el por-venir es preciso que os armeis de valor: sabed que nosotros tenemos en este mundo una estrella ó numen que nos acompaña continuamente, pero que no se comunica sino siendo obligado por un poder superior; yo sola puedo hablaros particularmente de vuestras disposiciones; pe-*

ro nada lograreis sino suscribis á ciertas condiciones absolutamente necesarias. Las señoras preguntaron con viveza y curiosidad cuales eran las condiciones: =*Vedlas aquí*, prosiguió la sibila moderna con un tono grave: *Se trata de despojaros de esos vestidos, obra de lujo, y que anuncian lo pervertido que está el mundo: Adan cuando hablaba con los espíritus estaba en una pura desnudez.*= Dudan, balancean, tienen tentaciones de retirarse, pero despues se animan conociendo que solo su numen será testigo de su obediencia, y la curiosidad las ciega: las ropas, las alhajas, y todo cuanto tienen sobre sí es metido en un cuarto, y cada una de las señoras enteramente desnudas pasan á un gabinete separado, y permanecieron alli dos horas con una impaciencia increible, y dificil de expresar; pero viendo que no se presentaba el numen, empezaron ya á temer que habian sido engañadas: se llenaron de miedo, y empezaron á dar gritos espantosos: sus criados que las esperaban á la puerta de la calle, corrieron al ruido, acompañados de muchos ve-

cinos, y las sacaron de su prision, pero entraron en su coche con unas ropas prestadas para no ir desnudas, pues la hechicera, despues de haberlas cerrado con llave, habia desaparecido con sus andrajos y todo el equipage de las curiosas y crédulas, justamente castigadas.

Suceso LXVI.

Un harpagon, ó avaro, grande especulador, prestó quinientos luises á una señora debil, mas provista de atractivo que de fortuna, y como era tan riguroso en sus asuntos, la exigió una letra pagadera á una época determinada, dando sin embargo á entender que la señora podria pagar cuando quisiese, y de un modo agradable para el uno y para el otro: pasados algunos dias creyó la señora que debia probarle su tierno reconocimiento y se lisongeó tanto mas de acreditarselo, cuando el rico avaro repitió con frecuencia sus visitas para gozar de una felicidad que no podia esperar de una señora de recato, sin mediar las tristes circunstancias que la afligian.

Pero habiendo llegado el término de la letra, cuál no fué su sorpresa al ver entrar al criado de Creso reclamando el pago de su obligacion ¡*Yo me esplicaré con vuestro amo*, le dijo ella: Vino este al momento, y le dice: *amigo mio estoy llena de admiracion de que trateis de exigirme el pago de una bagatela despues de lo que sabeis ha hecho una muger como yo por vos.* --¡*Ah! señora*, respondió el grosero é indecente avaro, *yo os respeto demasiado para poder nunca haber creido que os compraba; asi es que yo no he cobrado mas que los intereses*; y la hizo pagar con el mayor rigor judicial hasta el estremo de vender sus muebles y equipage. Esta es la moral del dia, y este el visible castigo de la prostitucion.

Suceso LXVII.

Uno de estos desgraciados á quienes en el año 7, arrastró el horrible frenesi del juego á los garitos, encontró alli un amigo (Hedelein, corredor de cambio) cuya cartera sabia estaba bien lle-

na de letras considerables, y le dijo en confianza, que durante la revolucion le obligó á escaparse y ocultarse en el monte de Vincennes el temor de ser saqueado por los ladrones, y que en tal parage escondió una cantidad muy considerable, que no ha ido aun á buscar, pero que piensa ya desenterrarla respec: á que todo se halla tranquilo: Hedelin estremadamente crédulo, consiente, en fuerza de las instancias de su amigo en acompañarle al sitio indicado, y marchan á el anochecer para no ser vistos: estan caminando mucho tiempo hasta que llegaron á un sitio retirado, y repentinamente Hedelin, lleno de admiracion y terror, oye estas palabras de su falso amigo: *he perdido al juego todo mi dinero; he tomado tres letras fuertes á Mr. Liancourt, y es preciso que tú me des un medio para cubrir este robo, ó te mato.* = Hedelin aturdido y enagenado con este apóstrofe, permanece en el silencio un momento, y no sale del estupor en que se hallaba sumergido, sino para recordar y atraer á su amigo á los sentimientos de honor; pero son inútiles

todas sus reflexiones, y cuando le dice que no puede satisfacer á sus deseos, siente un puñal que le entra en un vacio, y que una mano furiosa vuelve á sumergirle en la herida. El asesino habia hecho sin duda menos profunda la herida que lo que creia, pero viendo que la victima hace algunos esfuerzos para defender algun resto de vida, entonces saca una pistola de su bolsillo, y le dispara un tiro, pero la vala apenas lastima á Hedelin rozándole solamente un brazo; le dispara otra y no le toca: entonces ya desesperado se precipita sobre el desgraciado, y trata de acabarle de asesinar para robarle: un caballero que ha oido los pistoletazos corre al ruido: Hedelin, cubierto de heridas y de sangre, tiene aun fuerzas para subirse á la grupa de su caballo; pero el asesino se apoderó de las bridas, y amenazó con otra pistola al caballero; Hedelin cae medio desangrado del caballo, el caballero huye, y tiene la fortuna de que no le acierte un tiro que le disipara: vuelve á empezar la lucha, y Hedelin aunque tan desangrado, logra arrancar al asesino otra pistola que le pone al pe-

cho: trata de hacer fuego pero le faltan las fuerzas, y por último sucumbe á los repetidos golpes con que le aflige su falso amigo: pasa con sus caballerias un huevero y acude á los gritos que oye: el asesino que habia ya robado en parte á Hedelin, no teniendo mas armas cargadas, y temiendo que los clamores y esfuerzos del huevero no hiciesen acudir mas gente para arrestarle, huye precipitadamente y deja espirando á su victima: el huevero carga en una de sus caballerias al desgraciado Hedelin y le lleva á un meson inmediato á donde hacen acudir al instanse un cirujano, quien logró volverle la existencia, y vive aun en el dia en Paris para poder contar el horroroso é inhumano suceso que acabamos de referir: el asesino era el secretario del duque de Liancourt, y acababa de robarle tres letras fuertes de cincuenta mil francos cada una, las que perdidas al juego, le precipitaron hasta subir un año despues al patíbulo.

Suceso. LXVIII.

Un judío llamado Melchisédech, cam-

balachero de profesion, hallándose arruinado, se halló con uno de sus amigos, buen israelita, es decir, que no formaba escrúpulo de engañar á cuantos podia. Este honrado hebreo no tenia en todo su capital de comercio mas que dos bastones, cuyo mérito consistia en una vana apariencia, porque estaban quebrados y encolados: entregó generosamente uno á su amigo Melchisedech, y le convidó á que se asociase con él por el resto del dia, para ver si podian hallar juntos á quien engañar para indemnizarse en parte de los caprichos de la fortuna: aun no se habian puesto de acuerdo, cuando el ojo penetrante de Melchisedech descubrió á ver un jóven militar que le pareció presa fácil: "yo soy demasiado conocido para presentarme, dijo á su camarada, vete tu á hacer mi papel con ese joven guerrero, y le enseñaremos, para que sepa que un buen soldado debe estar siempre en guardia sea en paz, sea en guerra:" el otro judio entendió á media palabra lo que le queria decir, se separó del astuto compañero que podia hacerle sospechoso, y se acercó con un aire hipócrita al joven que

queria engañar: *yo soy*, dijo afectando una algaravia singular, *un pobre marinero que vengo de las indias, y la estrema necesidad, asi como el deseo de poder llegar á mi pais, me obligan á vender esta caña única alhaja que me han dejado mis caprichos y el viage largo que acabo de hacer; y vos podeis haceros con este sorberbio baston por la corta cantidad de tres luises: no es la mitad de su valor porque tiene mas de treinta pulgadas.* = El oficial ofreció hasta 36. francos, los que se apresuró á tomar luego que vió no podia robarle mas, y los dos judíos partieron fielmente esta cantidad. Melchisedech guardó la caña que le habia dado su compañero, y ved aquí la aventura que le resultó: estaba en un café aquella noche, cuando vió entrar al jóven oficial que parecia muy engreido de tener una caña de treinta pulgadas; y aun no habia visto apenas la del judio, cuando despreciándole le enseñó la suya y le dijo que la tasase: el israelita le dijo que podria haberle costado cinco luises, y le propuso trocase, respecto á que la suya tenia dos pulgadas:

el joven atolondrado y antojadizo se dejó persuadir, y dió doce francos encima. El judío debiera haberse marchado despues, pero se entretuvo en beber una copa de licor; y mientras se deleitaba con ella imprudentemente, el militar quiso apoyarse demasiado sobre el baston, y tuvo la pena de verlo al momento dividido en dos: furioso de haber sido engañado, saltó sobre Melchisedech y le aplicó tantos cachetes que le dejó molido, tratándole al mismo tiempo de pícaro y de ladron: el judío no perdió la cabeza pues luego discurrió el modo de salir bien de aquel paso, y aun de abochornar al oficial: cogió la caña que le habia este dado en cambio, y partiéndola por la mitad hizo ver que estaba unida ó injertada, y que por consiguiente habia sido tambien engañado. El oficial, en vista de esto, lleno de confusion y de mil improperios que tuvo que sufrir del judío, tuvo que retirarse abochornado, temiendo pasar por otro bribon,

Suceso LXIX.

Esrando oyendo misa una señora en la iglesia de san Roque, sacó de su saquillo una caja muy hermosa de oro esmaltado, y creyó haberla vuelto á guardar despues de tomar su polbo, pero concluida la misa, advirtió al tomar su redículo que estaba muy ligero; registra al momento y no halla la caja, á pesar de buscarla con la mayor inquietud y cuidado al rededor del banco donde estaba sentada. Un hombre de buena fisonomía y bien portado se acerca, y con aire interesado y complaciente la pregunta el motivo de sus movimientos y desasosiego. Ella se lo dice, y al momento este hombre hace retirar á toda la gente que se halla en aquel sitio, y busca la caja con anhelo por uno y otro lado: pero nada halla; por lo cual no duda ya la señora que ha sido robada, y se queda enteramente sorprendida: el sugeto que la habia ayudado á buscar su alhaja, viéndola desazonada y pálida la ofrece su brazo para acompanarla hasta su casa, y des-

pues de algunos cumplimientos acepta, diciéndole que va cerca de la casa de madama *** una de sus amigas calle de *Gaillon* donde está convidada á comer. En el camino habla con su acompañante, le dice su nombre, le dá sencillamente las señas de su casa calle de *Saint-Honoré*, y le dice que su pobre doncella Adelaida, que ha quedado sola en su cuarto, sentirá no poco la desgracia que la ha sucedido de dejarse robar la caja; luego que llegó á la casa de su visita, dió las mas espresivas gracias á el hombre honrado que la habia acompañado, y se separaron: éste se va al momento á la calle de *Saint-Honoré*, y casa que le habia sido indicada, pregunta por Adelaida, la dice *que ya sabe se queda su ama á comer en la calle de Gaillon en casa de su amiga; y que debiendo ésta tener mas gente que la que esperaba, ha pedido á su amiga doce cubiertos prestados, los que le ha suplicado ésta vaya á buscar á su casa; pero como no me conoceis* continuó diciendo este á Adelaida, *y que sois demasiado prudente para confiar de una*

persona desconocida, me ha dado vuestra ama su caja para que podais darme crédito, y confirarme lo que manda á pedir. La buena Adelaida, en vista de la caja, queda completamente satisfecha, y no pudiendo dejar la casa sola en ausencia de su ama, entrega los doce cubiertos con los que el ratero muy contento del feliz suceso de su astucia, sale, y desaparecen con él los doce cubiertos y la hermosa caja de oro.

Suceso LXX.

Mr. Sartines á quien la ciudad de Paris debió los mayores favores, tanto por el celo que puso en purgar la capital de los muchos rateros y estafadores de que abundaba, cuanto por su actividad en prevenir los crímenes que se cometian en las grandes ciudades, iba frecuentemente á casa del duque Orleans (Luis) quien le recibia siempre con la mayor distincion y bondad: un dia recayó la conversacion sobre los estraordinarios enredos y astucias diabólicas de los rateros, refiriendo varios casos de su sagacidad. El prín-

cipe sostuvo que todo procedia del descuido, y que no metiéndose entre los corrillos de gentes, ó teniendo algun cuidado, no podia ninguno ser victima.

Mr. Sartines le respondió que S. A. no se hallaba en estado de poder juzgar estando siempre adornado de sus decoraciones, rodeado de su corte, sin podersele acercar mas que los que tuviesen el honor de ser conocidos de S. A. y retirandose la muchedumbre siempre que su persona se acercaba: pero que si S. A. queria ir tres ó cuatro veces vestido como un simple particular, sin acompañamiento, y sin tomar precaucion alguna estraordinaria, le escamotearian muy fácilmente su relox ó su caja del bolsillo sin poderlo evitar. El principe ofreció apostar que no le robarian, cuidando solamente de no meterse entre mucha gente; y la apuesta fué aceptada. Al dia siguiente vino M. Sartines á buscar al príncipe quien se puso una levita, y marcharon juntos á los *Boulevars* nuevos, que es uno de los parages menos frecuentados de Paris: pusieron pie en tierra, y pasaron la barrera donde dejaron la comitiva: una con-

versacion interesante, y la soledad del sitio en que se hallaban, hicieron olvidar bien pronto el motivo del paseo; pero apenas habian andado doscientos pasos en el campo, vieron cerca de una choza á una muger que golpeaba á un hijo suyo de cerca de diez años con la mayor ínhumanidad: el duque de Orleans que era bueno y estremamente sensible, se dirigió precipitadamente á esta muger, y reconviniéndola por su barbarie, trató de tranquilizarla; pero ella llena de furor, esclamó: *Ah, señor, no le defendais, pues no sabeis todas las picardías que hace; es un bribon*: el niño que tenia una figura interesante, fué á echarse en los brazos de su protector llorando, para ponerse al abrigo de los golpes de su madre, y en este momento fué despojado el príncipe: *y ahora, señor*, dijo Mr. Sartines, *¿creereis en la destreza de los rateros?* =*¡como!* dice el príncipe: -- *registrad vuestros bolsillos*: reconoce S. A. su bolsillo, y advierte que en efecto le falta su caja, y conoce que no hay precaucion ni vigilancia que baste á las astucias de los rateros; é indignado de ver

que una criatura tan jóven recibia aquella educacion quiso retirarla del crímen y mandó que no volviese á la prision de donde le habia sacado con su madre Mr. Sartines para jugar esta escena con el príncipe, quien mandó ponerle en una pension para darle una buena educacion: pero es bien dificil que el germen del vicio, desenrollado en la infancia, haya sido destruido totalmente.

Suceso LXXI.

Un banquero muy rico tenia la mayor confianza en un criado que le servia hacia ya diez años con la mas grande fidelidad y exactitud, pero despues llegaron á cambiar los sentimientos de este criado, quien se enamoró; y deseando enriquecer á su querida y casarse con ella no vió otro medio mejor que robar al hombre rico y especulador, que tenia toda su confianza en él; á cuyo fin resolvió ejecutar su crímen de modo que fuese imposible sospechase nadie contra él; y vas á ver, lector mio, el horrible complot que formó: compró doce libras de

pólvora, y puso la mayor parte sobre la mesa de su amo de la que cogió mas de cuarenta mil francos: despues puso junto á la pólvora una mecha hecha con yesca, y muy larga, para que la esplosion no se ejecutase hasta pasada media hora, y despues de haber puesto fuego á la mecha, se retiró tranquilamente, fué á poner su tesoro en un cuarto pequeño que habia arrendado á el efecto en un sitio retirado, y se fué corriendo al *Boulevard*, inmediato á su casa, para verla saltar; lisongeándose de que entonces gozaria impunemente el tesoro robado; pero, por fortuna, el banquero, que nó acostumbraba á ir á su casa hasta las diez de la noche, fué á las ocho, y admirado del olor de la yesca quemada, examinó de donde podia provenir, y vió con tanto terror como sorpresa que la yesca aprosimaba ya su fuego á la pólvora, en términos que si tarda cinco minutos mas, su desgracia era inevitable: se apresuró á retirar y apagar la fatal mecha, y viendo que habia sido robado, hizo llamar al comisario de policía, quien dijo al momento que seria muy oportuno el arres-

tar al criado, pero el honrado banquero contestó que de su criado respondia como de si mismo. El criminal se atrevió á entrar en la casa, estando en estas diligencias, con el designio de ver cuál seria la causa de retardarse la ejecucion de su abominable proyecto: llega, y apenas fué interrogado en nombre de la justicia, perdió la cabeza, confesó plenamente todo cuanto habia maquinado, declaró el nombre del comerciante que le habia vendido la pólvora, el dinero que habia robado, dónde lo tenia, y en fin contestó la verdad á cuanto se le preguntó; y en vista de tan horrorosa confesion confirmada por las demas indagaciones y diligencias que se practicaron, fué condenado al último suplicio como incendiario y ladron.

Suceso LXXII.

Un ratero, tenido por maestro en su arte, queria robar á un comerciante de vino que tenia una buena fonda, donde habia comido algunas veces; pero este hombre era tan desconfiado que no era

facil hallar un medio para darle un asalto; mas sin embargo, á fuerza de dar vueltas en su traviesa imaginacion este astuto ratero inventó un espediente muy estraordinario: fué á buscar un maestro de albañilería y le pidió cinco ó seis oficiales para cierta obra que dijo tenia que darles; y habiéndoselos dado, les hizo poner nuestro ratero los vestidos domingueros, encargándoles tuviesen cuidado de ocultar los instrumentos de su profesion, bajo el pretesto de que tenian que trabajar sin que lo viese la fondista de la casa donde los iba á llevar, porque no queria absolutamente consentir en la obra indispensable que él iba á mandar hacer. Despues de haberles prevenido de este modo los llevó á la fonda, y mandó preparar una buena comida en un cuarto particular, donde mandó llevar algunas botellas de vino mientras se disponia la comida: *amigos mios*, dijo á su gente, todos valientes y muchachones, *vamos antes de nuestros asuntos à comer y beber bien*; *subamos al cuarto donde hemos de comer*: ellos obedecieron al momento, y con su órden ocultaron sus erramientas de-

tras de una puerta: llega la comida compuesta de manjares delicados y sustanciosos, y se pusieron á comer todos con un apetito como si nunca hubieran probado un bocado; y en cuanto á beber fueron cada uno una cuba: viendolos ya borrachos el ratero les dijo que era dueño de aquella casa; que el principal inquilino que tenia en ella se quejaba hacia mucho tiempo de que la chimenea del cuarto donde estaba hacia mucho humo, y que para remediarlo se proponia echarla abajo y construir otra; pero que la muger del arrendatario principal se habia opuesto siempre, y era preciso orillar de una vez este pnnto: *Luego que hubieseis comido y bebido* continuó diciendoles, *todo lo que querais, os pondreis á la obra, y no deteneros aunque os digan lo que es de presumir, pues como yo soy el dueño de la casa, solo teneis que tratar conmigo, y despues no quedareis descontentos de mi generosidad:* = Al concluir estas palabras se levanta, y nuestros albañiles, luego que acabaron de comer, hicieron lo mismo, y mientras buscaban y preparaban sus erramientas escondidas

cogió toda la plata que estaba sobre la mesa diciendo la llevaba al fondista, y encargó á los operarios que trabajasen á toda prisa, y sin detenerse, lo que ejecutaron inmediatamente. Apenas se marchó toman sus picas y martillos, y se ponen á demoler repentinamente la chimenea haciendo un ruido espantoso en el cuarto. Figúrese nuestro lector si seria grande el estrépito cuando temblaba la casa, y llenó de terror á fondistas y pasageros sin saber á qué atribuir aquellos golpes sino á qué la casa se venia abajo: acuden todos llenos de terror, y cuanro mas gritan á los albañiles, mas redoblan sus esfuerzos, cegando y auyentando á todos con el polvo y escombros que caian de lo alto de la chimenea; en fin, ellos trabajaron con tal actividad que en media hora escasa fué demolida enteramente la chimenea, momento en que empezaba á descubrirse el enredo: los pobres albañiles tan diligentes sin necesidad pararon sus tareas concluido su encargo, y entonces fué cuando entraron los de la casa en el cuarto, y advirtieron el robo de cubiertos; el fondista habia muy bien visto salir al ra-

tero, pero le habia parecido que las seis personas que quedaban, eran bastante caucion para pagar el gasto: los inocentes albañiles lograron justificarse refiriendo cuanto les habia pasado, y fueron obligados solamente á poner la chimenea en el estado en que la hallaron, (pues no habia otra mejor en el pueblo, por no hacer jamas humo,) y á mas de esto perdieron todos aquellos jornales invertidos en hacer y deshacer, y el fondista tuvo que sufrir el robo de los cubiertos, y el valor de la gran comida que tenian ya en el cuerpo; y solo el ladron fué quien ganó el comer opiparamente de valde y la suma considerable que valian todos los cuchillos y cubiertos.

Suceso LXXIII.

Ya hemos referido la picardia de aquel ayuda de cámara que se aprovechó del dinero de su amo para lograr los favores de una hermosura; y ahora vamos á publicar otro succso que no tuvo para su autor los mismos resultados. Habiendo ido á Paris un habitante de una ciudad de

provincia para arreglar algunos asuntos importantes con uno de sus amigos, tuvo precision de retardar su regreso algunos dias, y para evitar la inquietud en que podria estar su muger, suplicó á su amigo (que se volvia ya á su casa por haber concluido sus asuntos) fuese á visitarla y tranquilizarla, diciéndola que no habia novedad y que no tardaria en verla; y al mismo tiempo le encargó la entregase cuatro mil franços en oro que acababa de cobrar de un deudor en Paris; el amiguito recibió muy gustoso esta comision, pues estando muy enamorado de aquella señora, resolvió hacer servir el dinero que la llevaba de su marido para contrarrestar su fidelidad conyugal; y para lograrlo mejor, empezó por decirla que su marido no estaria de vuelta hasta pasados otros dos ó tres dias, y que de este modo tenia ella aun otras tantas noches libres de que disponer: *Ah ¡qué feliz seria yo, la decia, si las dedicaseis á consolar á vuestro mas síncero amante! el respeto me impide hace mucho tiempo el descubriros mi ardiente amor; pero al fin, es demasiado violento el fuego*

que me devora, y es preciso ya que rebiente el volcan que ocultamente abrasaba mi corazon: mi amor es tan perfecto que os sacrifico toda mi fortuna: Sí, toda está á vuestros pies: muchas veces tendreis deseos de ciertos adornos, trages á la moda, un vestido brillante, ó algunas alhajas para adornar vuestro hermoso pecho y blancas manos, y acaso no os habreis atrevido á pedir el dinero para satisfacer este gusto; pues bien, aquí teneis cuatro mil francos en oro por de pronto, que os suplico acepteis de mi amistad y cariño para que podais dar á vuestra hermosura el adorno que merece sin gastar lo que podais necesitar para atender á las demas obligaciones de vuestra casa. = Este amante era persuasivo, y la vista del dinero hizo á su elocuencia aun mas peligrosa con una muger débil, y fácil, mediando el vil interes, (si es que la que pospone su honor y opinion á éste, se halla en el caso de las rameras) que es el principal movil de la prostitucion en toda muger que desconoce las mas apreciables virtudes de su sexo, cuales son el pudor y la delicadeza de sentimientos; al

momento se puso nuestra dama tan humana y enamorada que no fué necesario suplicar mas, pues embriagada con la ofrenda, no tuvo mas talento y repugnancia que otras muchas remilgadas que vemos diariamente de todas clases y estados, sin que podamos decir que haya muchas Susanas entre ellas. Recibió, pues el dinero muy contenta y sastisfecha, y se rendió á su astuto amante, quien no salió en tres dias de su casa. Llegó por último el marido en el dia señalado por su carta, y admirado de que su muger no le hablase ni del amigo ni del dinero que habia recibido, tomó el partido de hablarla él mismo. Dificil seria el querer esplicar la admiracion y rabia de esta muger, cuando supo qne pertenecia á su marido una cantidad que creía haber ganado tan legitimamente, y viéndose no solo comprometida con su marido, si no castigada por su criminal debilidad: lo cierto es que furiosa y enagenada de haber sido engañada, hizo en sus transportes de cólera y terror la penosa confesion de cuanto habia pasado: su esposo ultrajado, no perdió el tiempo en recon-

venciones inútiles, pues en el acto cogió á su muger y estuvo para expiar su crímen en sus manos de golpes que la dió, hasta que convencido de ser ineficaces semejantes castigos, asi como desafiar á su pérfido amigo, resolvió vengarse mejor de los dos, y al intento puso en una reclusion á la muger y trató de sacar partido de una desgracia sin remedio: hizo comparecer ante el tribunal á su falso confidente para hacerle pagar los cuatro mil francos que le habia entregado, en atencion á que, segun su declaracion, no habia dado esta suma á su adúltera muger sino para sobornarla: el marido ganó la demanda, y su adversario fué condenado á la indemnizacion de intereses considerables, y la muger á una reclusion perpetua. ¡Ah pobres maridos! si no quereis ser C..... vigilad á vuestras consortes, y no confieis de los que se dicen vuestros amigos.

Suceso LXXIV.

El caso que vamos á referir es de los mas estraordinarios que han sucedido.

Mad. de Merival se casó contra su inclinacion con el baron de este nombre, y pasado algun tiempo tomó el partido de retirarse á un palacio antiguo de la Normandia, donde estaba sola, y pasaba su vida en leer; pero cansada de una vida tan fastidiosa, halló una diversion mas dulce en la sociedad de un hombre amable: se presentó el vizconde de *Marné*, que era una de aquellas figuras que hay raras, que aunque no interesan, agradan; nuestro vizconde teniendo precision de volver á Paris, halló una persona discreta, bajo cuyo sobrescrito acordó escribir á mad. de Merival, y su interesante y sensible despedida fué sellada con las lágrimas y el placer. Apenas llegó á Paris escribió una carta llena de ternura á la Baronesa, que le correspondia de corazon al amor que la profesaba: este comercio, cuyas consecuencias no preveía la Baronesa, duró tres meses, hasta que Mr. Marné que observaba un orden didáctico en sus intrigas galantes volvió á la Normandia, y figurándose inquieto y triste, puso á la Baronesa en el caso de preguntarle de dónde procedia la pena que pa-

recia devorarle. *Qué pais es Paris, Madama, qué pais!* esclamó: *estoy tratando de tomar un cargo en la corte, que conviene á mi situacion y á mi nombre, y con cien mil francos de buenas escrituras no he hallado mas que veinte mil escudos, porque los escribanos son árabes: me faltan veinte mil francos, y crei hallarlos en mis renteros, pero las nuevas contribuciones con que han sido recargados no les permiten hacer este avance, en términos que me veo deshonrado por no poder cumplir las condiciones de mi contrato. = Me da pena: vizconde el oiros hablar así,* respondió Mad. de Merival *y vuestra triste confianza me es tanto mas sensible cuanto que vos mismo sabeis mi situacion; reducida á una miserable pension de dos mil francos, me hallo en la imposibilidad de sacaros del apuro.=¡Ah cielos!* responde el vizconde, *¿qué es lo que decis señora? tampoco me apreciariais que quisieseis comprometerme á recibir un favor que me humillase? No os conozco querida baronesa, y aun creo que vos tampoco me conoceis. = Pero qué es lo que vais á hacer?* repuso la

baronesa: -- *mi resolucion está ya tomada*, dice el vizconde, *tengo un tio anciano que vive en una casita de campo que tiene en la soledad que ofrecen las faldas de los Pirineos, y voy á sepultarme allí para siempre, ocultando al universo mi retirada y mí nombre.* -- *Vamos, vuestra imaginacion está exaltada*, contesta la baronesa; *esa idea es descabellada: pensemos á sangre fria, y discurramos algun expediente honroso para sacaros de ese compromiso: yo, baronesa, lo he visto ya todo y no hay recurso humano; los hombres son tiranos, y los voy á perder de vista con placer: la única pena que me seguirá á mi retiro, y que me acompañará hasta el sepulcro es la de perderos; y no tendré otro consuelo en mi dolor que vuestro retrato y vuestras cartas: á Dios baronesa*, dice con una voz exanime é interceptada con mil sollozos, *quiera la suerte haceros feliz al paso que el dolor de perderos será el que á mi me prive de la vida.* -- *No, no*, repone la baronesa, echandose en los brazos de su amante, *no os ireis, á menos que, insensible á mis súplicas no*

querais que mi muerte siga á ese funesto instante.-- Vuestros deseos son órdenes para mi, responde el vizconde; *pero permitidme os diga, querida baronesa, que no me aprecias mucho cuando me quereis esponer á la verguenza en la corte que va al momento á saber mi situacion.-- Escuchad*, replica la Baronesa, *vuestros renteros os darán el dinero en tiempo mas feliz; y.....-- Si, me lo darán, pero puedo yo esperar seis meses? esa es mucha dilacion y lo voy á perder todo. -- Tened paciencia y escuchadme; pues en eso nada perdeis..... yo tengo un medio infalible de sacaros del apuro al instante. -- Yo le aceptaré gustoso siempre que no os comprometais*, respondió al instante el vizconde; -- *en nada*, dice la baronesa; *yo tengo aquí mis diamantes, que nunca pongo en la campiña y puedo disponer de ellos por seis meses; marchad á Roven donde hallareis sin dificultades los veinte mil francos que os faltan, dando en seguridad cuarenta mil escudos de alhajas. -- pero podeis aun proponerme recnrsos que ofendan á mi delicadeza? -- No teneis que repli-*

carme, repone con viveza la Baronesa; *si yo tuviese necesidad de una cantidad y estuviese segura de darosla en un término fijo, no tomaria â mal el que vos empeñaseis vuestras alhajas para sacarme de aquella urgencia.* -- *esas reflexiones me desarman*, dice el vizconde, *y me someto ciegamente á vuestras órdenes, pero acordaos siempre de que vos misma me lo mandais.* --

El vizconde, pues, tomó el cofrecito de las joyas de la Baronesa, y marchó á *Rouen*, desde donde la escribió que habia ya ejecutado su consejo, y que á la mañana siguiente salia para Paris con el fin de concluir el contrato: como no habia cosa mas natural que el contenido de la carta del vizconde, la Baronesa le respondió á Paris bajo el sobre que era de costumbre, pero habiendo llegado dos correos, sin recibir respuesta, tubo ya alguna inquietud; mas estas primeras alarmas no hicieron mas que fijar por un momento su imaginacion, porque la sinceridad de su proceder y la sencillez de su alma no la permitian hacer malos juicios de nadie. Engañada por una pa-

sion viva que la hacia ilusion, estaba esperando siempre noticias de su amante; pero un caballero de la vecindad que acababa de llegar de *Rouen*, hablando del mucho dinero que allí se jugaba, nombró entre los hombres de suerte al vizconde de *Marné* que acababa de ganar ochenta mil francos: estas espresiones empezaron ya á instruir á la Baronesa del caracter del vizconde, y escribió á una de sus amigas en *Rouen* para que la informase de la conducta que tenia allí el tal vizconde; la que contestó diciéndola cosas que la llenaron de una pena tan profunda que no cesaba de suspirar y llorar; la dijeron que el vizconde desde que habia ganado sumas inmensas entretenia á la jóven *Bernaut* actriz de la comedia y que acababa de darla un coche y vestidos del mayor lujo: todas estas funestas noticias acabaron de descubrir el caracter del vizconde á su triste victima, que al momento dijo era un ladron; pero esta accion por horrible y criminal que sea, es nada comparada con la que hizo despues, y que vamos á referir.

Concluyó el término de los seis me-

ses, y la Baronesa no teniendo ninguna noticia del vizconde cayó en una languidez que hizo temer por su existencia: Su marido llamó á los médicos menos ignorantes de la provincia, y el resultado de su consulta fué mandar mudar de aires á la enferma, quien se dispuso para volver á Paris; y como se hallaba en estado de no poder dar por si misma las disposiciones del viage, trató su marido de encargarse de ordenarlo todo, y acordándose de los diamantes, dijo á su muger que era mejor se los entregase á él por no confiárselos á una criada: la Baronesa al oir estas palabras cayó accidentada y con una debilidad mortal, permaneciendo por mucho tiempo sin sentido: el baron llamó al momento facultativos, y logró que volviese en sí con mil lágrimas, suspiros y sollozos; y no pudiendo fingir ni ocultar su debilidad refirió al marido la picardia del vizconde; todas las furias se representaron al momento en su semblante, pero sin articular palabra, determina tomar la posta; y recomendando á los médicos y á toda la familia el cuidado de la enferma, marcha sin detencion y llega

á *Rouen* la misma noche: el vizconde era allí demasiado conocido para ignorarse su casa; el baron paró á su puerta, sube azorado y su salutacion fué pedirle los diamantes de su muger.

El vizconde, que queria aprovecharse de la mucha edad y debilidad del baron, hizo el insolente y dijo que esta clase de negocios no se decidian sino en el campo: *Despues que me hayais restituido los diamantes de mi muger*, le dijo el baron, *iremos á donde querais; pero sabed que si no me los entregais al momento voy á perseguiros en justicia.* -- y yo responde el vizconde, *os advierto que al primer paso que deis voy á imprimir una coleccion de ciento cincuenta cartas amorosas de la Baronesa:* y enseñándole las cartas prosigue, *¿conoceis este carácter de letra y esta marca? pues bien: el público va á reir á vuestra costa; no mandaré tirar mas que 3000 ejemplares, y cuidaré de repartirlos bien en Paris y en todas las provincias del reino.* -- Uu rayo hubiera acaso herido menos al baron, que estas palabras; pero á pesar de su abatimiento tuvo valor para

pedirle la lectura de algunas, y el vizconde tubo la insolencia de leérselas. Gracia bárbara! -- El baron injuriado con las perfidias de su muger, cuya inocencia hubiera sostenido contra toda la nobleza y castidad de las damas de la Normandia, cayó en un sofá, y le dijo con una voz examine, que si hacia la restitucion de las cartas, se daba por reintegrado de los diamantes: -- *Los diamantes* replicó impudentemente el vizconde *me han sido regalados y están bien en mi poder, pues no hay cosa mas pura, ni mas sencilla, ni mas grata que recibir regalos: las cartas han sido escritas para mi y de consiguiente son de mi pertenencia, para sacar de ellas el fruto que pueda, y hacer el uso que se me antoje: un librero de esta ciudad, á quien las he leido, me ofrece ya 100 luises; juzgad lo que dará despues cuando sepa el nombre de la que las ha escrito.* --el baron lleno de furia y desesperacion ofreció 150 luises por las cartas de su muger; y el indigno del vizconde aun balancea diciendo ser un precio muy módico: por último, logra llevar hasta el estremo su perfidia y estafa,

*

arruinando á un hombre honrado, á quien habia ocasionado toda su desgracia despedazando su corazon. El baron apenas tubo fuerzas para levantarse, y entrar en una silla de manos; y á pesar de ser casi de noche, tomó la posta y llegó á su casa á las dos de la mañana, lleno de angustia y congojas, y exalando por todo el camino á beneficio de las tinieblas la soledad y el silencio, casi los últimos suspiros en fuerza de su acerbo dolor: la mucha gente que vió entrar y salir en su palacio en horas tan desusadas de la noche le hizo al instante presumir que la Baronesa tocaba eu su última hora: entró enagenado en el cuarto de su muger, la que ya en las angustias de su agonia, tuvo aun fuerzas para articular solo estas palabras clavando sus ojos en su desgraciado esposo: *perdon te pido, perdon*; y al momento espiró en sus brazos entregando su vida al criador: el baron, hombre noble, honrado, humano y sensible, mas enternecido aun con este funesto espectáculo, quiso abrazar á su esposa, llamándola con los nombres mas tiernos y dulces, pero ya no encontró mas que su sombra: la familia llevó

al baron á su cuarto, donde, despues de haber quemado las cartas que acababa de comprar, (para que ni en vida ni en muerte padeciesen su honor y el de su muger) y no pudiendo ser superior su corazon á tantas desgracias reunidas exaló su último suspiro sobre la punta de una espada pronunciando el nombre del monstruo que le habia privado de una esposa virtuosa seducida y engañada, y de su misma vida á la que renunciaba para dar fin á su acerbo dolor: este suceso tan estraordinario y horroroso que tanta admiracion causó en Paris hace dos años, hemos creido se debia insertar sin cambiar los nombres de los personages; pues asi no se dudará de su autenticidad, persuadiéndose de este modo los mortales que al que viva mal, se le prepara tarde ó temprano igual escena de espanto y horror.

Suceso LXXV.

Un ratero puso los ojos en una joven, hija única de un comerciante sabiendo que su dote era considerable, y tenia muchas dificultades para lograr

sus deseos, respecto á que como unía á los dones de la fortuna los de la naturaleza, y que sobre todo esto tenia un talento estraordinario, era deseada de todos, y tenia un centenar de suspirantes, esforzándose cada uno en complacerla para merecer ser su esposo: pues, señor, á pesar de todos estos imposibles y de obstáculos tan poderosos, nuestro ratero logró hacer sombra á todos, y alejarlos de su pretension, pero con una elegancia poco comun: una mañana bajó de su silla volante magnífica á la puerta del padre de la niña, y despues de los cumplimientos de costumbre le dijo que el objeto de su visita era pedir la mano de la señorita á quien habia tenido el gusto de ver muchas veces, profesándola ya el amor mas tierno: añadió que poseía una fortuna considerable, y era dueño de un pueblo llamado *Bourgneuf*, con cuyo nombre estaba titulado; que pasaba seis meses del año en su casa de campo, y que por último no tenia mas que escribir al cura del lugar quien podia informarle mas estensamente de cuanto quisiese; y concluyó en-

cargando se hiciesen pronto las informaciones necesarias, porque aunque era dueño de su voluntad, no queria ser importunado por los parientes con reflexiones ni reconvenciones, pues acaso pondrian mil reparos, y tratarian de reprobar una eleccion, de la que no le habian de hacer variar jamas. La ambicion no reside solo en la corte, pues domina tambien los corazones del comerciante, del plebeyo, y de cualquiera patan; y asi es que el padre de la niña se consideró muy felíz en que su hija fuese solicitada por el señor de un lugar: escribió al cura, y éste respondió que su señor era poderoso, muy amable, y de una conducta ejemplar: en vista de estos informes se trata el enlace, se fija el dia, y los novios, acompañados de los testigos de una y otra parte, se dirigen á la parroquia á las ocho de la mañana con todo lujo y ceremonia en un magnífico coche acompañados de una comitiva brillante: el cura que debia hacer pronunciar el *si* fatal y final los hizo esperar mucho tiempo; en términos que llegaron á impacientarse y á jurar; pero

ved aqui otra cosa: un caballero viendo una fila de coches á la puerta de la iglesia, entró por curiosidad, se acercó á la gente, vio á la novia, y encantado de su fisonomía interesante, preguntó cómo se llamaba el felíz mortal que iba á ser dueño de aquella deidad, y le digeron que era Mr. de Bourgneuf, señor del lugar de este nombre: *hombre! eso sí que es singular*, esclamó, *pues ese soy yo, y no tenia noticia de mi casamiento: ¿quién es el pícaro que se apropia mi nombre y mis títulos?* -- atraviesa entonces por entre la gente, y apenas fija su vista en el novio, reconoce en él á un criado que habia tenido en su casa, y que por malo habia tenido que despedirle; nuestro tuno apenas vió á su amo echó á correr con los testigos: el cura llegó en este momento, y le dijeron que su ministerio era ya inutil, dandole gracias por la tardanza, pues por ella solo no se habia realizado el proyecto diabólico del tunante; y lo mas particular que hay en esta aventura singular es que el señor de *Bourgneuf* realizó este matrimonio intentado por el falso señor de su nom-

bre, pues le pareció tan hermosa, tan amable, y tan bien educada la novia, que pasados algunos dias se efectuó el himeneo con los mismos preparativos que habia hecho el falso señor *Bourneuf*.

Suceso. LXXVI.

En una noche del mes de julio tiraron un escopetazo á un postillon) al llegar cerca de *Malause* un cuarto de legua de *Moissae*) de la diligencia de *Bordeaux* á *Toulouse*, pero no le hicieron daño; el infeliz postillon apretó á los caballos, y á poca distancia fue detenido, pues un ladron con un puñal en una mano y una pistola en la otra, le mando apearse, asi como al conductor, y á los víageros que iban en la diligencia, quienes, aunque fuesen en número de nueve personas, no se atrevieron á hacer resistencia, intimidados por la resolucion de aquel malvado, y por la presencia de otros dos picaros que le sostenian á poca distancia: luego que pusieron pie en tierra, les obligó el ladron á echarse de vientre en un foso, amenazando ma-

tar al primero que levantase la cabeza : despues obligó á subir al conductor en el carruage para abrir el cofre que tenia el dinero, y se apoderó con serenidad de una cantidad que pasaba de diez y seis mil francos que contenia dicho baul ; y cerrando despues dentro del coche al conductor de la diligencia se marchó. Nuestros viageros pasado algun tiempo sin oir ruido ninguno se aventuraron á levantar la cabeza, y mirar al rededor de sí, y vieron que el ladron habia ya desaparecido, pero no sus pícaros cómplices que estaban siempre en la misma aptitud amenazadora: sin embargo, cansados ya de una posicion tan humillante, como incómoda, el postillon y los mas atrevidos de los viageros, se alejaron rampando como culebras hasta que estuvieron libres del alcance de un fusil, y echaron entonces á correr sin parar hasta que llegaron á pedir ausilio á Moissac; vienen ya al amanecer al sitio del delito, acompañados de la gendarmeria, y llenos de confusion, vieron que una cuerda gruesa tendida al traves del camino habia deteni-

do los caballos: y los dos ladrones que tanto les habian impuesto, eran solo unos hombres de paja con unas escopetas en accion de disparar.

Suceso LXXVII.

Un milord ingles volviendo á Londres de su casa de campo en un coche con cuatro caballos conducido por dos *jockeys*; y seguido de dos lacayos á caballo, vio que al atravesar un espeso monte gritaba un hombre armado con un fusil, y aproximándose inmediatamente para hacer detener á los *jockeys*. Al oir y ver una invitacion tan brusca hacen los dos jóvenes alto, y los dos lacayos espantados huyen á galope. El hombre del fusil se acerca al coche, saludando al milord con un profundo respero, pero apuntándole con los dos cañones de la escopeta, de suerte que hallándose sin defensa, no tenia medio de escapar. *Milord*, le dice, *os pido mil perdones del atrevimiento de haber detenido vuestro coche, pero una estrema necesidad....* *Vamos, acabad*, dice el mi-

lord *esos infames me han abandonado, y soy vuestro á discrecion.* -- *Dios me guarde de intentar haceros ningun mal, y así no temais, pues yo hago mi comercio honradamente,* dice el salteador:-- *¡Ah si, seguramente, con mucho honor!* repone el milord. -- *Mi oficio, milord, es el de armero, y teniendo la mayor necesidad de dinero os venderia este fusil si tuvieseis á bien el comprârmelo:* y al decir estas palabras el comerciante de la nueva fábrica encaró su fusil, y se preparó para descargar sobre el milord: -- *concluyamos, pues,* le dice éste, *¿cuanto dinero necesitais?* -- *milord, este fusil no es barato, pero es escelente; y por ser para vos os le daré en 400 guineas.* -- *Hombre no llevo sobre mí mas que 100.* -- *Es igual, pues una vez que le tomais, soy contento con que me deis dos palabras para vuestro banquero por el resto.* -- *¿Y cómo hemos de escribir?* -- *Aqui teneis papel y tintero.* -- *Ya veo que sois hombre de precaucion.* -- *Yo no viajo nunca por el camino real sin llevar mucha.* -- *Lo creo y haceis bien, pues en esta clase de negociaciones nin-*

guna precaucion sobra.-- En fin queda hecha la letra, y entregada al contado la suma de 100 guineas; y el comerciante armero entregando el fusil al milord, le hace una reverencia hasta el suelo, y le despide, deseándole un buen viage: se retiraba poco á poeo contando las guineas, cuando en este momento le vino una idea al milord, y reflexionaba así: *desarmado ya este picaro podria yo ahora obligarle á que me restituyese mi dinero:* --al momento se encara el fusil nuestro milord, y sacando su cuerpo por la puertecilla, le dice: *desgraciado, si das un paso mas te abraso..... vuelveme mi dinero, y vete enorabuena á que te cuelguen en otra parte, pues te dejaré no solo la vida sino la libertad-- Pero, Milord....* *--vamos venga mi oro ó eres muerto.--* El comerciante vuelve hacia el coche con mucha calma sin tratar de librarse del arma que le amenaza.--*Nuestro trato, milord, está concluido, mi género está ya entregado, y recibido el dinero; yo confieso qne el fusil es un poco caro, pero si yo le doy mucho precio*

por su mérito, vos erais muy dueño de no comprarle:--malvado, esa es mucha osadia; saca mi dinero, y sino te disparo el tiro sobre el corazon.--tirad milord, sin miedo pues no temo vuestras amenazas, porque no está cargado. --Nuestro temerario milord quedó confundido, y el ladron se retiró riéndose hasta que se perdió de vista en la espesura del monte. Al dia siguiente se presentó con mucho descaro y serenidad á tomar las 300 guineas en casa del banquero de Londres; éste estaba prevenido, le arrestan, le llevan á la carcel, y juzgado, declaró el tribunal unanimemente que no habia ley en el código crimlnal ingles que prohibiese vender armas en el camino real; por lo que en vista de esta estraña decision, fue absuelto el ladron, y milord condenado á pagar el precio convenido, y á los gastos.

Suceso LXXVIII.

El ejercicio del contrabando es una especie de pequeña guerra que se funda

en la fuerza ó la astucia, pero como la fuerza armada puede ocasionar á los contrabandistas consecuencias muy serias, sea que salgan vencedores, sea que sucnmban, prefieren siempre la astucia para evadirse de tener que hacer resistencia: en todas las grandes monarquias como Inglaterra, Rusia, Francia, España, y otras hay aduanas encargadas de hacer pagar los derechos de los géneros que pasan de uno á otro reyno por el mismo interes de la industria nacional, y estos derechos de aduana son los que tratan de defraudar los contrabandistas, á cuyo fin no hay astucias de que no se valgan para lograrlo.

En Viena es mas severa que en parte alguna la aduana, de suerte que es casi imposible poder introducir por las puertas géneros prohibidos: un dia llegó á las puertas de esta capital un carro grande cargado, en apariencia, de tabaco en ojas, cuya exportacion está rigorosamente prohibida, y encima iban algunos paisanos sentados, siguiendo detras un destacamento de tropas que decia ser de las fronteras que lo iba escoltando: este

convoi pasó tranquilamente por las puertas á vista de todos los guardas á quienes se exibió la guia ó pasaporte. ¿Quién hubiera sospechado que esta guia era falsa, que el carro encubria bajo del tabaco una cantidad de artículos de contrabando, y que los paisanos, asi como la tropa era una compañia de contrabandistas disfrazados? Esta fina astucia les valió mas de 120.000 francos de beneficio.

Suceso LXXIX.

Sin embargo de ser tan perjudiciales á la sociedad los rateros, se ven en ellos algunas veces sentimientos de humanidad muy raros, y que en ellos no dejan de ser admirables, como lo prueba la accion siguiente: un hombre de la plaza fue puesto en la carcel por algun tiempo por una quimera que tuvo en una taberna, y la casualidad le dió por compañero á un bribon que habia sido preso por algunos juegos de manos propios de su oficio: fué un dia la muger del otro á llevarle de comer, y en el camino se

divirtió en mirar á uno de los muchos escamoteadores de que abunda Paris, que estaba haciendo unos juegos maravillosos, y con la atencion que ponia á los chistes que se le ocurrian, no sintió que otro escamoteador, mas diestro que el primero, acababa de sacarla el relox con el mayor disimulo; y deseando reparar el tiempo que habia perdido con aquella detencion, quiere saber la hora que es, y entonces reconoce, aunque tarde, que hubiera hecho mejor en seguir su camino; y despues de vanas é inútiles diligencias, se va esta desconsolada muger á la carcel y llorando cuenta á su marido la desgracia que la acaba de suceder: este la consuela como puede, pero todas sus reflexiones son inútiles para tranquilizarla: el ratero, que habia visto entre los dos esposos una conversacion tan animada, pero que ignoraba la causa, se informó de su compañero de infortunio, y al momento éste le contó lo que habia sucedido á su muger; á lo que el ratero la dijo: *consolaos, pues ese mal no me parece irreparable;* y sacando su relox continúa: *no son mas que las cinco, y*

si vuestra esposa se espera, en una hora tendrá el objeto de cuya pérdida tanto se aflige. En seguida tomó un pliego de papel, escribió en él, le cerró, y no lo envió á nadie; y pensando despues en otra cosa, sin saber por dónde ni cómo la entregó á las seis el relox robado.

Un acontecimiento de esta especie prueba las numerosas ramificaciones que tienen enlazados á los rateros unos con otros, y da una idea de su talento y perspicacia.

Suceso LXXX.

Los comerciantes de vino y los fondistas no son tampoco muy escrupulosos para desdeñarse de cometer ciertas picardias en su comercio, por lo que muchas personas han sido sus víctimas; y la aventura siguiente prueba que en clase de astucias son superiores muchas veces á los mas finos rateros.

En una pequeña ciudad inmediata á Strasburgo se habia encargado una comida para una boda en la fonda de la corona,

cuya fondista tenia la fama de buena cocinera y ya estaba toda la casa en la mayor actividad, mientras en los ornos se asaban de toda clase de aves, cuando.... ¡O dolor! fué preciso cesar de repente en estos preparativos, por llegar un aviso de que ya no se hacia la boda; de suerte que ya no hubo comida ni música trastornándose toda la fiesta, y quedando sin salarios los que tantas gratificaciones esperaban por tantos dias como llevaban de trabajo; pero ninguna persona recibió mayor pesadumbre que la fondista; solo el vinatero halló algun consuelo por haber estipulado libre de toda contingencia, aunque era para él muy débil consuelo, perdiendo una ocasion tan brillante en que se iban á ocupar todos los conocimientos de una cocinera astuta y diestra: el disgusto que causó esta aventura produjo un uracan tan fuerte que no hubo cosa que estuviese libre: en vano el fondista se valió de todos los términos del vocabulario del amor conyugal para tranquilizar á una esposa que tanto amaba, pues no servia cada palabra mas que para redoblar el furor de aquella muger; y por último vien-

do que nada bastaba, inventó el pobre marido un espediente, y la dice: *mira, tranquilizate esposa mia; continua tus preparativos, manda cocer y asar todo lo que quieras, pues para mañana te prometo un gran número de convidados; yo te respondo que no se conocerá que se ha desecho la boda:* = *para eso no se necesita ser un gran mágieo*, dice la muger, *pues no tienes mas que dar de comer gratis, y no te faltarán convidados: no es eso lo que yo pienso*, replicó el fondista, *pues vendrán por si mismos los convidados y pagarán su comida; tu no pienses mas que en la cocina, y dejame á mi obrar.* Veamos ahora como se compuso nuestro astuto ratero: era naturalote y alegre, y tenia en su bodega un excelente vino que nunca bautizaba como otros; por lo cual muchos sugetos se divertian en pasar allí las tardes para leer la gazeta, hablar de política, echar cuatro tragos, y jugar. El fondista podia esperar que, si lograba trastornar las cocinas de sus parroquianos, tratarian de comer ó cenar en su fonda, y para lograrlo hizo escribir media docena de esquelas

al tenor siguiente: *Mi padre me encarga mi querido don N....convidarcs para que vengais mañana á comer la sopa con nosotros con toda vuestra apreciable familia y dice que no va á convidaros en persona por impedirselo algunos negocios de la mayor importancia, &c.* Estas esquelas firmadas con el nombre del hijo ó de la hija de los seis sugetos mas ricos del pueblo, fueron enviadas de tal suerte que todos iban convidados unos á otros segun la noticia que tenia el fondista del parentesco ó amistad de cada uno con los otros: las esquelas de convite iban firmadas por las hijas ó hijos de cada uno, porque de este modo no habia necesidad de falsificar las firmas, lo que hubiera presentado mil dificultades, y hubiera sido mal interpretado.

La astucia produjo un efecto tan feliz como podia desear el fondista, pues cada uno contestó verbalmente al criado que llevó las esquelas que no faltarian al convite: á consecuencia de esto, no se puso al dia siguiente comida en las seis casas de los convidados mas que unos potages para los criados, y estos por estar li-

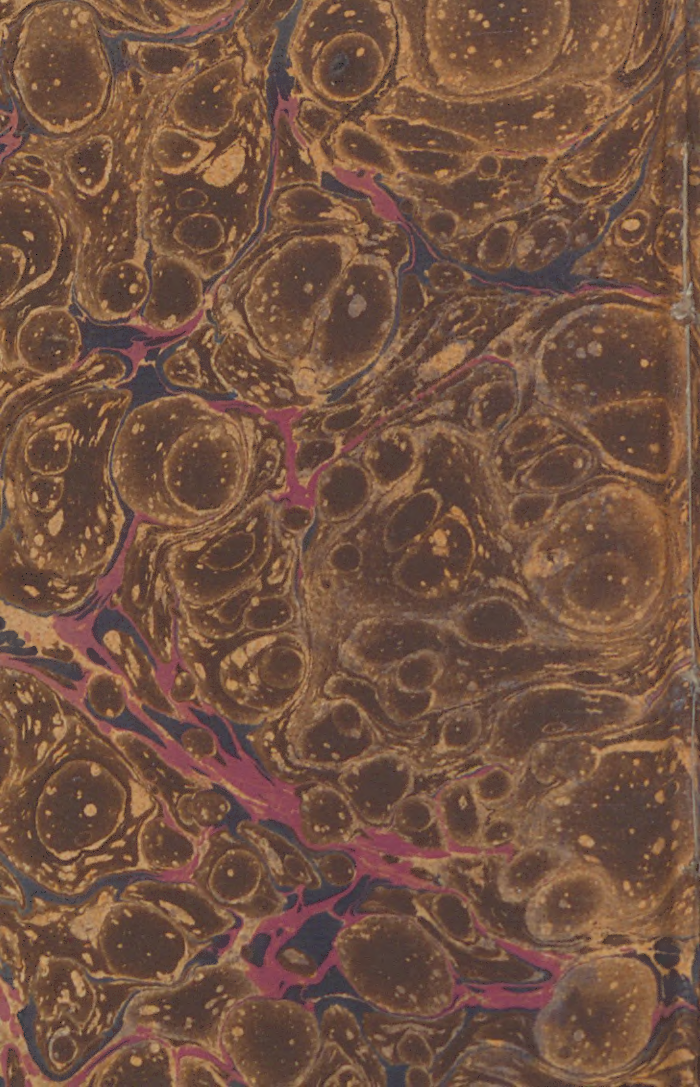
bres pronto despacharon su comida muy temprano; de suerte que á medio dia, (hora ordinaria de comer en los pueblos pequeños, donde no ha entrado aun la moda de cenar por la mañana y comer por la noche) cuando los convidados se presentaron en las casas, donde creían que se les esperaba, los unos hallaron la puerta cerrada, y los otros fueron recibidos por la criada con la mayor admiracion, donde no vieron ni mesa puesta, ni fuego en la cocina, ni á los amos que debian recibirlos: nuestros lectores podrán figurarse la admiracion que causaria esta ocurrencia á los convidados que llevaban bien preparadas sus mandíbulas para hacerlas lucir su habilidad. Se incomodan, juran, corren á buscarse, se encuentran, y en fin, despues de referir cada uno lo que le habia pasado, conocen que han sido burlados: ¿pero por quién?.......eso es lo que á pesar de mil congeturas, no pudieron adivinar: Sin embargo no pudo durar mucho el enojo siendo tan graciosa la aventura; el uno en medio de su cólera se echó á reir y los demas le imitaron: fué preciso tomar un partido, pues habiendo

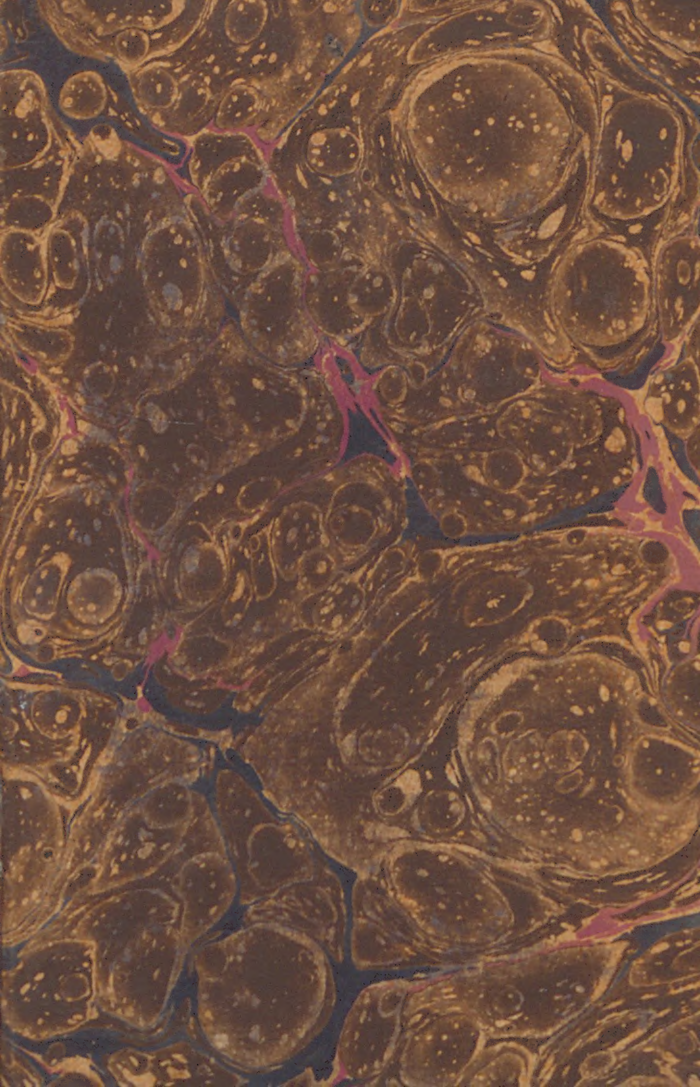
todos consentido en tener una gran comida, se hallaban con buen apetito aun para desayunarse, y despues de una corta consulta, se pusieron de acuerdo para ir juntos á comer á la fonda de la corona. El fondista los recibió con mucho agrado y muchas cortesias, riendo entre sí cuando le contaron su aventura; hizo poner una mesa grande al momento en el salon y se les empezó á servir: los convidados comieron con un apetito de hambrientos, y cuando el buen vino los puso ya de buen humor, y les hizo olvidar hasta el rencor que les habia quedado contra el inventor del chasco, se resolvió el fondista á confesar que él solo habia sido el autor, y no tardó en tener ocasion, pues uno de los convidados le preguntó cómo en tan poco tiempo habia podido disponer tan buena comida, y entonces les refirió las circunstancias de la comida que se habia encargado para la boda, y el medio que habia discurrido para emplearla bien y no perder su valor: *ya ven ustedes*, *señores*, añadió, *que hubiera sido sensible se echasen á perder estos hermosos capones*, *estas perdices*, *estos*

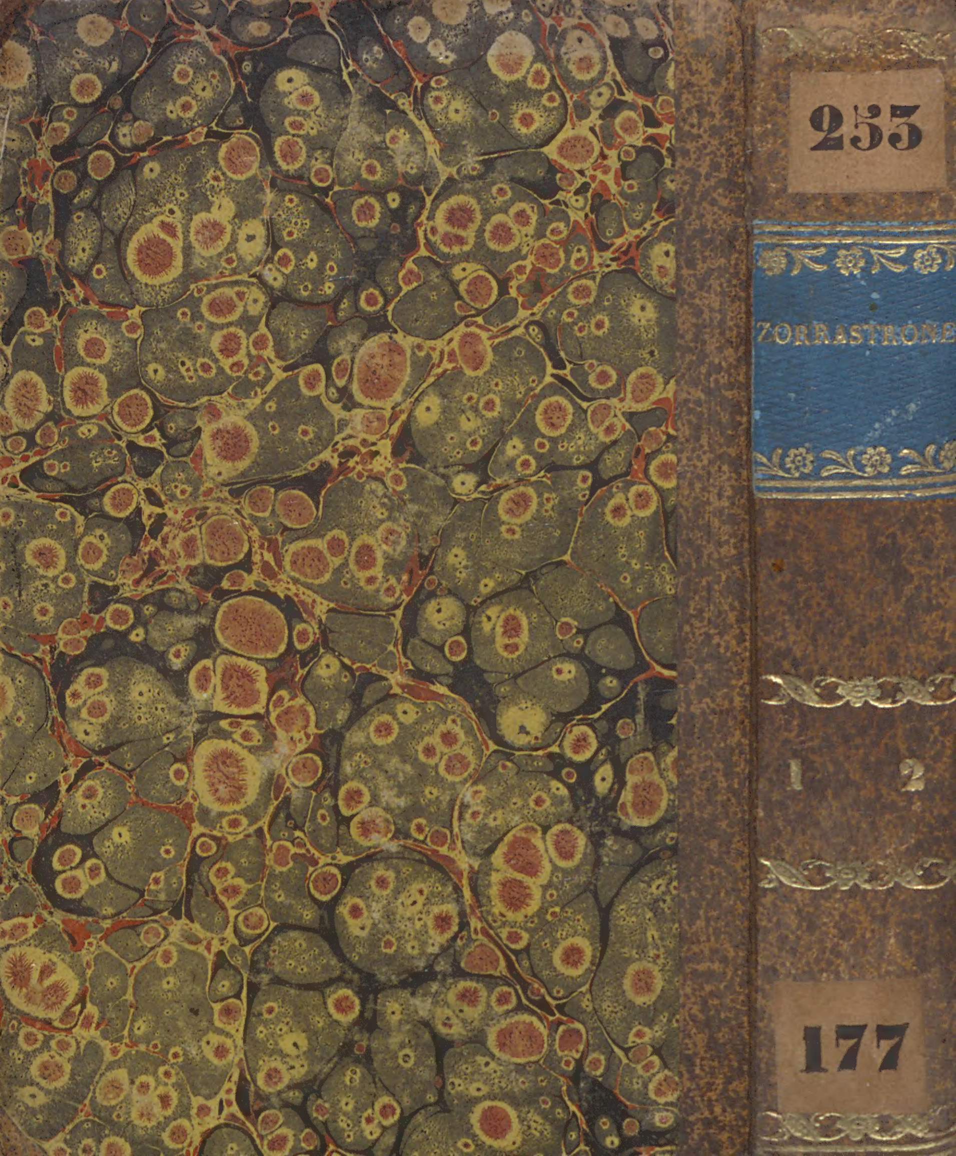
pabos.....&c. y en rebancha, señores, pues que yo he recibido ya una indemnizacion de los desgraciados novios por estos comestibles, no quiero me paguen ustedes mas que el vino. En efecto, los convidados escotaron una gratificacion con la que el fondista quedó muy satisfecho y ellos fueron muy alegres y contentos de haber sido engañados para ser tan obsequiados.

INDICE

de lo que contiene este segundo y último tomo.






253
ZORRASTRONE
1 2
177

calibrite

colorchecker CLASSIC

mm